
Eres mi ilusión
VERA BERYL

ERES MI ILUSIÓN

VERA BERYL

© Vera Beryl
1ª edición, septiembre de 2026.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y personajes son producto de la imaginación de la autora o son utilizados de forma ficticia. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

Corrección: Xander.
Cover Design: H. Kramer; Kharala Design.

ÍNDICE

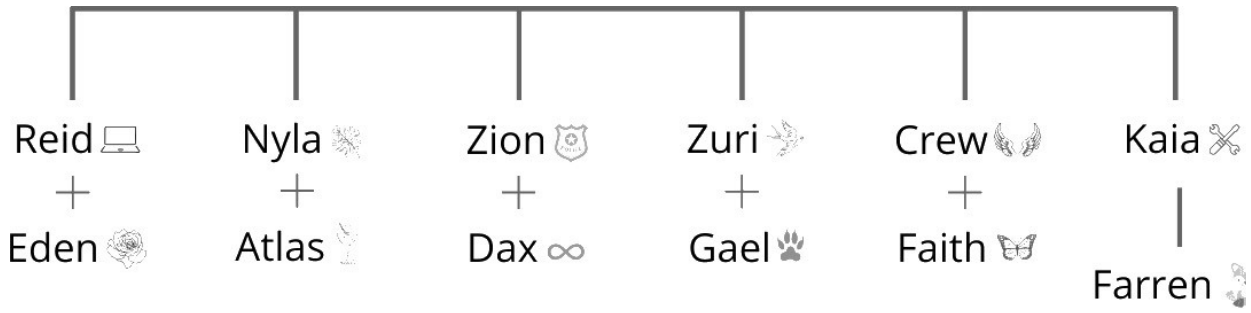
Prólogo
1. River
2. Kaia
3. River
4. Kaia
5. River
6. Kaia
7. River
8. Kaia
9. River
10. Kaia
11. River
12. Kaia
13. River
14. Kaia
15. River
16. Kaia
17. River
18. Kaia
19. River
20. Kaia
21. River
22. Kaia
23. River
24. Kaia
25. River
26. Kaia
27. River
28. Kaia
29. River
30. Kaia
31. River

32. Kaia
33. River
34. Kaia
35. River
36. Kaia
37. River
38. Kaia

Epílogo

Una promesa más
Agradecimientos
Otros libros de Vera Beryl
Sobre Vera Beryl

Para quien no deja de luchar por sus ilusiones, ni siquiera cuando parece que no las alcanzará jamás.


Reid
+
Eden
Nyla
+
Atlas
Zion
+
Dax ∞
Zuri
+
Gael
Crew
+
Faith
Kaia
Farren

> River

PRÓLOGO

JANE

Hace veintiséis años

EL AMBIENTE ESTABA raro en el orfanato. No sabía qué era lo que ocurría, pero sentía que algo iba a pasar dentro de muy poco, y eso me daba miedo porque era una novedad.

Los últimos días se habían marchado muchos niños a casas de acogida o con familias definitivas y no recordaba cuándo había sido la última vez que había llegado alguien nuevo; no me había dado cuenta hasta hacía unas horas de que cada vez éramos menos allí.

Miré a mi alrededor con disimulo y conté a los demás. Solo quedábamos cinco.

Me encogí un poco más para no llamar la atención, aunque hacía tiempo que me había vuelto invisible. Era la única explicación que encontraba ante el hecho de que nunca nadie me hubiera escogido para salir de allí cuando cada uno de mis compañeros había ido a casas de acogida, aunque hubiera vuelto tiempo después. En cambio, nadie se había fijado en mí el tiempo que llevaba allí, que era toda mi vida.

Sabía que no había nacido en el orfanato porque había oído a una de las cuidadoras decir que me habían dejado en la puerta con solo unas horas de vida y que, a pesar del frío, había sobrevivido gracias a mis pulmones. No sabía qué quería decir aquello, pero lo

habían comentado con sorpresa y admiración, como si fuera algo increíble de creer.

No nos trataban mal, al contrario, jugaban con nosotros, nos enseñaban cosas, a veces nos llevaban al parque, y sabía que hacían lo posible por encontrarnos un hogar. Solo que en mi caso había sido imposible; nadie preguntaba por mí. Cuando una pareja se asomaba al patio y nos contemplaba desde lejos, los demás aprovechaban para llamar su atención de cualquier modo: volteretas, risas o comentarios. En cambio, yo me paralizaba. Me quedaba en el rincón en el que siempre me escondía y contaba en silencio hasta que terminaba la visita y esas personas se marchaban con cualquiera de mis compañeros, nunca conmigo.

Era mi culpa, tenía que moverme y hacer algo para que me vieran, pero cuando llegaba el momento no conseguía hacerlo. Algo me impedía abandonar esa zona segura en la que parecía encontrarme yo sola, como si acompañar a esa gente a sus casas fuera peor que quedarme en el orfanato.

No tenía ni idea de si era así o no, aunque si ya me habían abandonado una vez, ¿por qué no iban a hacerlo una segunda?

—Chicos, acercaos un momento. —Ruth, una de las cuidadoras, nos sonrió desde el pasillo.

Me puse en pie poco a poco para dar tiempo a los demás a adelantarme, a pesar de que yo era la que estaba más cerca de ella. La seguimos hasta la sala común y nos repartimos a su alrededor. Tommy se sentó sobre sus piernas; Bethany lo hizo a su lado; West, al otro, y Doug y yo nos quedamos frente a ella.

Sentí una bola de nervios en mi abdomen al ver su expresión triste bajo esa sonrisa que trataba de mantener.

—Tengo una mala y una buena noticia. ¿Con cuál deberíamos empezar?

—Por la buena —dijeron varias voces.

Yo solo podía pensar en la mala, pero no abrí la boca.

—La buena noticia es que nos marchamos a vivir a otro lugar mucho más grande que este.

—¿A una casa de acogida?

—No, tonto, a otro orfanato, pero más grande, ¿verdad? —preguntó Bethany.

—Eso es. Ya no podemos seguir en este edificio, por eso hace tiempo que no llega nadie nuevo.

—Y por eso han venido tantos padres esta semana. —Doug apretó los puños a mi lado.

Él era el mayor y siempre estaba enfadado. Cuando venían visitas y alguna se interesaba por él, respondía mal y se marchaba sin hacerles caso. Luego Ruth y las demás le echaban la bronca; él se encogía de hombros y se mantenía silencioso hasta que la tormenta pasaba. No sabía cuál era su historia, solo que había llegado al orfanato lleno de heridas unos meses atrás.

—Queríamos que la mayoría os marcharais con una familia antes de que tuviéramos que irnos de aquí —admitió ella.

—¿A dónde iremos? —West la miró preocupado y ella le acarició la mejilla.

—Nos hemos puesto en contacto con otros orfanatos cercanos y hemos conseguido plazas en ellos.

—¿En más de uno? —Bethany se aferró a ella.

—Esa es la mala noticia. Ninguno tenía espacio suficiente para todos. —Ruth volvió a sonreír, aunque le salió una mueca rara en su lugar—. Solo hemos encontrado un sitio en el que pudieran acogeros a dos juntos; los demás tendréis que hacer amigos nuevos una vez lleguéis allí.

—¿Quiénes irán juntos? —preguntaron Bethany y West a la vez.

Yo iría sola, igual que Doug. Ambos lo supimos sin necesidad de que nos lo dijeran. Él se empeñaba en dejar claro que no quería a nadie a su lado y yo siempre me mantenía apartada de los demás.

—Tommy es muy pequeño, así que uno de vosotros irá con él.

—¡Yo! —exclamaron West y Beth de nuevo. Él la miró con odio y ella se puso a llorar. Ruth se mordió el labio.

—Creemos que Bethany es la mejor opción para que se quede con Tommy.

—¡¿Por qué?! —exclamó West enfadado—. ¡Yo soy quien más juega con él!

—Pero yo siempre lo ayudo a comer —murmuró ella.

Ruth intentó calmarlo, pero la charla terminó en un llanto grupal cuando confesó que debíamos hacer nuestra bolsa en ese momento. Doug y yo fuimos los únicos que no lloramos; quizá a él no le importaba ir a un nuevo lugar; a mí me aterrorizaba, pero no dije nada.

Metí mi ropa en la bolsa que Ruth nos dio a cada uno, la seguí hasta el coche enorme que esperaba fuera y vi cómo cada uno de mis compañeros desaparecía tras las puertas de su nuevo hogar. Al final, llegamos a una verja negra de hierro que se abrió cuando nos acercamos. Ruth me cogió de la mano, pero se agachó frente a mí antes de entrar en aquel sitio.

—Eres la más fuerte de todas, Jane. Llegaste a nosotras con unas ganas tremendas de vivir y te has convertido en una niña buena y responsable. Si nadie se ha fijado todavía en ti, es porque no eran las personas adecuadas; pero llegarán y lo sabrás cuando las conozcas. Solo entonces podrás dejarlas entrar aquí. —Colocó una mano sobre mi corazón antes de acariciarme una mejilla—. Espero que no tardes mucho más en dar con ellas, pequeña.

Me abrazó con fuerza, sorbió por la nariz y me sonrió. No pude devolverle el gesto porque mis ojos se habían empañado y había decidido hacía mucho tiempo que no iba a llorar más. Volvió a darme la mano y esa vez sí que entramos en el edificio.

La directora del nuevo lugar nos recibió en su despacho, me dijo unas palabras que no oí porque estaba demasiado ocupada en mantener mis emociones a raya y luego me despedí de Ruth. En cuanto se marchó, me enseñaron el dormitorio, tan distinto al que estaba acostumbrada, y salí a un patio enorme lleno de niños de todas las edades. Jamás había visto a tantos juntos.

Me senté en una esquina y miré mis propias manos hasta que una alarma muy molesta sonó de fondo y todos se pusieron en marcha. Los seguí a cierta distancia y llegué a lo que supuse que sería el comedor. Era una sala con varias mesas muy grandes en las que se iban sentando con sus platos llenos de una comida bastante rara.

Llegué a la barra cuando ya había pasado por ella todo el mundo y acepté el cuenco de sopa. Busqué una cuchara, el vaso de agua y

me volví en busca de un sitio en el que sentarme, aunque todos estaban ocupados. Di unos pasos sin saber muy bien dónde ir, aunque me detuve de pronto al encontrar a una niña sonriente frente a mí.

—Puedes comer con nosotros, si quieres. —Habló tan bajito que me costó oírla entre el ruido que hacían los demás.

Era muy menuda, aunque no parecía mucho más pequeña que yo. Y algo me llevó a asentir, quizá esa sonrisa que parecía grabada en su cara porque no desaparecía. Al contrario, cuando acepté su oferta, se hizo todavía más grande.

—Me llamo Zuri, ¿y tú?

—Jane.

—¿Te gusta llamarte así?

—¿Qué? —La miré sin entenderla, pero ella se echó a reír. Parecía un hada dulce y traviesa. Me gustó.

—Será mejor que nos comamos esto caliente; luego podemos hablar de tu nombre. Mira, mis amigos están allí.

Señaló el extremo de una mesa en la que se encontraban tres niños que nos estudiaban con atención. Uno parecía más mayor que los demás. La seguí algo nerviosa y me senté a su lado, frente a los otros dos, que debían tener más o menos nuestra edad.

—Ellos son Crew, Levi y Zion. —Apuntó a cada uno con su dedo en el momento de decir sus nombres. El primero no dijo nada, solo me miró como si estuviera enfadado; el segundo sonrió y el tercero solo asintió—. Ella es Jane, aunque no tiene cara de Jane, ¿verdad?

—Zuri… —El mayor, Zion, le hizo un gesto con la cabeza, pero ella soltó una risita antes de volverse hacia mí—. Zion y Levi se inventaron sus nombres cuando llegaron porque los anteriores no les gustaban.

—Escogimos el nombre de los protagonistas de nuestros libros favoritos —añadió Levi.

—Y también ayudé a Crew a escoger su nombre, ¿verdad? —Ella miró al niño en busca de confirmación y él asintió sin hacernos demasiado caso.

—Si te gusta Jane, no tienes que cambiarlo. La directora nos llama por los nombres que constan en nuestros papeles. —Zion

señaló mi plato—. Cómete la sopa antes de que se enfríe. Estará mucho peor luego.

Me llevé la cuchara a la boca y contuve una arcada ante el sabor.

—¿Qué es esto? —pregunté tras haberla tragado.

—Sopa —respondieron todos.

Miré mi plato unos segundos sin atreverme a probarla de nuevo.

—Te acostumbrarás con el tiempo. —Zion comió un poco más sin inmutarse—. La primera noche será la peor; luego todo mejorará.

—Vengo de otro orfanato. —Me callé al darme cuenta de que había hablado sin pensar cuando siempre solía mantenerme callada.

—¿Cómo era? ¿Por qué has venido? —Levi me miró con curiosidad.

—Ha cerrado, así que nos han repartido entre varios orfanatos.

—¿Tenías amigos allí? —Zuri colocó su mano sobre mi brazo y no me molestó; al contrario, me sentí bien.

—No.

—¿Llevabas poco tiempo? —preguntó a su vez Levi.

—No, me dejaron en la puerta el mismo día que nací. —Me mordí el labio para no añadir nada más. ¿Qué me pasaba? ¿Por qué se me escapaban las palabras cuando siempre me había costado tanto hablar?

Zion arrugó el rostro y luego me ofreció un trozo de pan.

—Tres cucharadas de sopa y un bocado de pan —me aconsejó.

—¿Sabes qué nombre sería perfecto para ti? —Zuri continuaba aferrada a mi brazo. La miré para que me lo dijera, ya que acababa de meterme una nueva cucharada de esa asquerosidad en la boca y no podía hablar, pero ella tenía sus ojos fijos en Zion y sonreía más que antes—. ¿Tú sabes cuál digo?

Él asintió, Levi sonrió también y Crew continuó con la vista fija en su comida, aunque parecía estar atento a la conversación.

—Me gusta —indicó Levi.

—En las historias de aventuras que Zion nos cuenta hay una niña muy lista que siempre soluciona todos los problemas. No habla demasiado, pero se da cuenta de todo y es tan fuerte que puede resolver cualquier situación. Es mi favorita y su nombre me gusta

mucho. —La sonrisa de Zuri era tan grande que pensé que saldría incluso de su cara.

—¿Cómo se llama? —pregunté, incapaz de contenerme.

—Kaia.

Lo pronuncié en mi mente y ocurrió algo muy raro en mi abdomen. Sentí un calor que se extendió hacia mi pecho y que se quedó allí varios segundos mientras los demás me miraban.

—Hay otros nombres —indicó Levi cuando el silencio se extendió más de la cuenta—. Y Jane también es bonito.

—Kaia me gusta más —murmuré sin aliento.

—Lo sabía. —Zuri me dio un abrazo fugaz que me sorprendió y continuó con la conversación como si nada—. ¿Qué os parece si empezamos por la primera historia otra vez?

—La hemos oído mil veces.

—Es mi favorita. —Se volvió hacia mí—. Es cuando todos se conocen.

—Después de comer —decidió Zion.

—¡Bien! —Ella le dio un trozo de pan a Crew, que negó con la cabeza, pero ella se lo tiró—. Eres más grande que yo, tienes que comer más.

—Eres muy pesada —masculló él sin mirarla.

Ella soltó una risita y me miró de nuevo.

—Me alegro mucho de que hayas llegado a nosotros, Kaia.

Sentí de nuevo ese calor tan raro en mi pecho y se me formó un nudo en la garganta, así que asentí con la cabeza y me concentré en mi sopa para evitar que mis ojos se empañaran.

No entendía por qué me sentía así, pero de alguna manera supe que ellos eran las personas que había estado esperando todo aquel tiempo, las mismas de las que Ruth me había hablado en el exterior de aquel orfanato.

1

RIVER

A PESAR de que habían abierto las puertas hacía más de veinte minutos, continuaba sentado en mi cama con los brazos apoyados en mis piernas y la vista fija en mis zapatillas. No había metido las pocas pertenencias que tenía en la bolsa de plástico que descansaba sobre la tabla de madera que hacía de escritorio; tampoco me había despedido de nadie.

Alcé la mirada al oír el ruido de pasos que se acercaban a mi celda y sentí una punzada de nervios antes de ver la sonrisa torcida de Tony.

—¿Qué haces ahí todavía?

Me encogí de hombros y él soltó una carcajada antes de ponerse a toser.

—Joder, tengo que dejar el tabaco. —Apoyó un hombro en la pared y me contempló con curiosidad—. ¿No tienes ganas de marcharte de aquí? Puedo hacerlo yo en tu lugar.

Eso no iba a suceder; Tony estaba sentenciado a cadena perpetua, así que no iba a salir nunca de allí.

Otros pasos se hicieron eco en la distancia, un sonido que todos los que vivíamos en aquel lugar conocíamos muy bien. Las botas hacían un ruido muy distinto al de las zapatillas.

—Apártate, Tony —gruñó Thomas cuando llegó a nuestra altura —. River, en marcha.

Me puse en pie con calma, como si no estuviera deseando largarme de ese infierno, como si no hubiera contado los días que llevaba allí dentro desde la primera noche.

—¿Me puedo quedar con tus cosas? —Tony señaló el libro, el lápiz, la hoja de papel desgastada y la bolsa de plástico.

Avancé hacia el escritorio, agarré el libro y pasé por su lado sin responderle. Él soltó una nueva carcajada que terminó en otro ataque de tos.

—Vas a morir antes de tiempo, Tony —masculló el guardia con una mueca de asco.

—Mejor para vosotros —respondió él sonriente.

Seguí a Thomas por el pasillo lleno de celdas vacías, ya que mis compañeros se encontraban en el patio, y crucé la puerta que solo había cruzado en cuatro ocasiones: a mi llegada, unos meses después tras haber recibido una puñalada en el abdomen, y en ese instante.

Recorrimos la parte frontal del edificio en silencio hasta llegar a una sala diminuta en la que había una mesa con dos sillas. Sobre la madera descansaba una bolsa negra de plástico.

—Ponte tu ropa y deja el mono sobre la mesa y los zapatos bajo la silla.

Me apresuré a quitarme esa tela que me había provocado sarpullidos los primeros días, pero con la que había convivido los últimos diez años de mi vida. Thomas rompió a reír cuando me puse la camiseta con la que había llegado aquel día y oyó como las costuras crujieron.

No había mucho más que hacer en la cárcel además de entrenar y, aunque la comida no era la más nutritiva, los músculos crecían sin que te dieras cuenta con tanto tiempo libre. Además, lo primero que aprendías al llegar a ese lugar era que necesitabas defenderte y para ello debías contar con un buen cuerpo que resistiera golpes e infundiera miedo a los demás, aunque solo fuera para mantener los problemas alejados.

Maldije en voz baja cuando no pude abrocharme los tejanos. Y ni siquiera podía tapar la zona con la camiseta porque se encontraba apretada alrededor de mi cadera.

—Quizá podríamos regalarte el mono —comentó Thomas sin disimular su sonrisa.

—No, gracias.

Me puse la chaqueta y logré subir la cremallera sin que explotara. Las zapatillas entraron sin problema. Encontré mi cartera vacía, solo con la tarjeta de débito y mi permiso de conducir, mi teléfono móvil y un papel arrugado que me hizo contener el aliento. Eché un último vistazo a la bolsa de plástico en busca de mi reloj, pero no estaba allí. Era inútil preguntar por él, así que me volví hacia el guardia y él abrió la puerta. Me condujo hacia la recepción; allí me dieron un sobre con documentos que no me molesté en revisar y contemplé la luz a través de las ventanas.

Había algunas personas esperando a ser atendidas y otras aguardaban sentadas en las sillas de plástico. Sin duda eran familiares, amigos o abogados que venían a ver a los presos.

—Espero no verte de nuevo por aquí.

Asentí con la cabeza, demasiado distraído por la cantidad de estímulos nuevos, y me dirigí hacia la salida. Sentí un nudo en la garganta cuando crucé la puerta y me encontré en el exterior. El aire fresco me hizo cosquillas en la cara, el sol me cegó durante varios segundos y esa sensación asfixiante se multiplicó al darme cuenta de que no me encontraba entre cuatro paredes.

Avancé unos pasos, miré a mi alrededor y me detuve frente a la parada del autobús, aunque no tenía dinero para pagar el viaje. Tendría que caminar hasta Bartlett, vaciar mi cuenta bancaria y marcharme lo más lejos posible, a pesar de que era lo último que me apetecía hacer en ese momento.

La imagen de su rostro perfecto apareció en mi mente por mucho que traté de evitarlo y solté un gruñido cuando mi corazón respondió a él. Había compartido solo unos meses con ella y, a pesar de eso, no había dejado de pensar en esa mujer ni un solo día desde entonces.

Había revivido mil veces todas nuestras conversaciones, había imaginado nuestros encuentros y había soñado con sus besos cada noche. Sabía que yo no sería más que un recuerdo lejano en su memoria y que habría pasado a la historia poco después de mi entrada en prisión, pero yo no había sido capaz de borrarla de mi mente por mucho que lo había intentado.

Apreté el libro que todavía sujetaba en una de mis manos y lo abrí por la mitad. Su sonrisa cálida destacó entre las letras. Aquella foto había sido lo único que me había molestado en esconder ese día, lo único que me había importado mantener conmigo todo ese tiempo. Su mirada clara me había ayudado a no perder la cordura, a levantarme cada mañana con el deseo de sobrevivir un día más para poder verla en algún momento, aunque no tardé en darme cuenta de que eso era lo último que debía hacer. Dos años fue lo que me llevó prometerme a mí mismo que no volvería a acercarme a ella, y pensaba hacer cualquier cosa para cumplir mi promesa.

Guardé la foto en el bolsillo de mi chaqueta y busqué una papelera en la que tirar el libro, pero el sonido de un coche hizo que alzara la vista y sintiera una punzada en el abdomen. El vehículo se detuvo a mi altura, la ventanilla descendió y su rostro me sonrió.

—¿Necesitas que te lleve a casa? —Se echó a reír cuando no respondí—. No pensarías que me había olvidado de ti, ¿verdad? Solo he estado un poco ocupado los últimos tres años.

Grant me había visitado cada mes durante los primeros seis años a pesar de mis esfuerzos para que no lo hiciera, y luego había dejado de venir sin previo aviso. Me pareció extraño, uno de sus trucos para ponerme nervioso, para recordarme quién tenía el poder, pero luego llegué a pensar que se había rendido tras todas mis negativas a continuar en su organización.

—No voy a volver. —Mi voz sonó tan calmada y segura como me sentía al decir esas palabras. No sé si fue porque ver su cabello canoso me hizo percatarme de que ya habría cumplido los cincuenta o si fue recordar lo mucho que había cambiado en la cárcel.

—Solo me tienes a mí aquí fuera, como solo me tenías a mí cuando llegaste a la calle hace tantos años. ¿Crees que alguien más

aparte de mí te aceptará? —Lo dijo con sorna, como si le divirtiera recordarme cómo nos habíamos conocido.

—No necesito a nadie.

—Ya lo creo que sí. —Su sonrisa desapareció—. Sube al coche, River.

—No.

Nos retamos con la mirada unos segundos antes de que una de sus comisuras se alzara de nuevo.

—Supongo que no tengo que recordarte que nuestro trato sigue en pie y que si lo rompes…

—Me marcho del estado —lo corté antes de que la furia que ya había llenado mis venas me instara a hacer una estupidez.

—Yo de ti no lo haría —canturreó.

—Olvídame, Grant.

Eché a caminar en dirección a Bartlett y él me siguió a mi ritmo, todavía con sus ojos fijos en mí.

—La decisión es tuya.

Me detuve ante sus palabras. El hombre que había sido mi jefe durante tanto tiempo me mostró su sonrisa más retorcida antes de lanzarme un sobre por la ventanilla. Lo atrapé en el aire; él alzó una mano a modo de despedida y se alejó a toda velocidad.

Abrí el sobre con una sensación amarga en el estómago que se intensificó al ver la fotografía que había en su interior. Sentí el mismo terror que experimenté aquella noche, aunque no dejé que me consumiera. Estudié su rostro milímetro a milímetro, fascinado por los cambios que había sufrido en esos diez años.

Su pelo seguía siendo el mismo, pelirrojo y ondulado, solo que lo llevaba recogido en un moño en lugar de suelto. Sus ojos eran tan verdes como recordaba, aunque algo más profundos. Sus labios formaban una sonrisa calmada y tímida; se notaba que estaba escuchando lo que las personas que se encontraban con ella le estaban diciendo. Iba vestida con el mono de trabajo, aunque era distinto al que ambos habíamos llevado en la empresa de construcción en la que nos habíamos conocido.

Pasaron varios segundos antes de que pudiera apartar la mirada de ella. No había nadie a mi alrededor, Grant había desaparecido con

su coche, el autobús no estaba por ningún lado y no llegaban familiares o amigos para ver a los presos. Era como si el mundo se hubiera detenido para que yo pudiera contemplarla una vez más.

Mi corazón se saltó un latido ante el significado de aquella imagen. Grant no había dejado de vigilarla a pesar de haber cumplido mi parte del trato, a pesar de no haberme acercado de nuevo a ella antes de entrar en la cárcel. Y le acababa de confirmar que pensaba marcharme muy lejos de allí; iba a continuar cumpliendo el trato, pero eso no era suficiente para él. Grant quería que no volviera a verla nunca más y que me uniera de nuevo a sus filas, aunque eso no formara parte del acuerdo al que habíamos llegado tantos años atrás.

Guardé su foto en el mismo bolsillo que contenía la otra y me puse en marcha hacia Bartlett, aunque esa vez con un plan muy distinto al anterior. Llegaría al pueblo y comprobaría mi cuenta bancaria, pero no para marcharme muy lejos de allí, sino para romper mi promesa y así protegerla desde las sombras.

2

KAIA

Me gustaba empezar el día en la oficina porque era de despertar tardío y así podía permanecer a solas un rato antes de enfrentarme al ajetreo de la obra o reforma que me tocara gestionar ese día, pero había veces que eso era imposible. Parecía mentira la cantidad de problemas que surgían a lo largo de un proyecto, y esa era la razón por la que llevaba más de cinco horas en aquel lugar cuando solo eran las once de la mañana.

—Lo mejor sería taponar la brecha y continuar —opinó Nate.

—Eso solo escondería el problema. Tenemos que desmontar las estructuras y revisar a qué nos enfrentamos. —Marco soltó un suspiro porque a nadie nos gustaba tener que retirar lo que habíamos tardado una semana en hacer.

—Quizá no haga falta tirarlo todo; podríamos abrir un agujero para acercarnos un poco más y tratar de confirmar los daños desde el exterior —propuso Kevin.

Por primera vez en toda la mañana, aparté la mirada de la casa para contemplar a mi compañero.

—¿Por qué estás doblado?

Él trató de ponerse recto, pero se le escapó una mueca de dolor.

—Me ha dado un pequeño tirón mientras dormía. —Lo dijo con la boca pequeña y sin alzar la vista del suelo.

—Ven conmigo.

—Estoy bien.

—Vamos. —Me puse en marcha, pero Marco, mi mano derecha y amigo, me detuvo con su voz.

—¿Empezamos por el agujero?

—No, desmontad la estructura entera. Hacedlo con cuidado para no estropearla. Esa brecha no tiene buena pinta; prefiero revisarla como es debido para ahorrarnos problemas futuros.

—Muy futuros —masculló Nate por lo bajo.

—En ese caso tendremos que hablar con William porque esto se alargará varias semanas más —continuó él sin hacerle caso a nuestro compañero.

—Yo me encargo.

Le hice un gesto a Kevin para que me siguiera hasta el otro lado del jardín y nos detuvimos junto a uno de los árboles.

—¿Han vuelto los dolores? —pregunté preocupada.

—No es nada, de verdad. —Su mirada paseó por el paisaje para esquivar mi rostro.

—Kevin.

Él suspiró y me miró al fin.

—He tenido una pequeña recaída, pero ya estoy con el nuevo tratamiento y debería empezar a funcionar en cualquier momento.

—¿Es como la última?

Ninguno queríamos mencionar el nombre de la enfermedad, como si eso la hiciera menos peligrosa.

—Un poco más grande, pero el médico cree que se reducirá en pocas semanas y podré hacer vida normal de nuevo.

—¿Cirugía?

—No, con las pastillas es suficiente.

Lo estudié unos segundos en silencio mientras trataba de leer sus emociones. Qué bien me habrían ido los poderes de Zuri en ese momento.

—El seguro médico debería cubrirlo todo, incluso las cirugías —le recordé.

Kevin sonrió por primera vez.

—Lo sé, me lo confirmaron en el hospital, pero no la necesito esta vez. Es una recaída menor, como la anterior, solo medio centímetro más grande, nada que la medicación no pueda mantener bajo control.

—Espero que no le estés quitando hierro al asunto; Fallon me lo dirá de ser así. —Amenazarlo con el nombre de su mujer siempre relajaba el ambiente.

Él se echó a reír.

—Me dijo que me daba hasta hoy para contártelo antes de que te abordara ella misma. —Al ver mi expresión, sonrió—. Pensaba hacerlo a última hora.

—Y de paso aguantar una jornada completa con ese dolor. —Negué con la cabeza, pero dejé caer una mano sobre su hombro y lo apreté—. Márchate a casa, Kevin.

—Puedo trabajar y…

—A casa a descansar y a recuperarte. —Lo corté sin miramientos —. No quiero verte hasta que tengas tu informe de victoria.

Así lo llamaba Fallon, el informe que su médico siempre le entregaba cuando alcanzaba la remisión; la cuarta sería esa vez.

—¿Qué voy a hacer todo el día en casa?

—Puedes aprender a hornear.

—Mi mujer me prohibió usar el horno la última vez.

—Cierto, cuando quemaste media cocina. —Me eché a reír y él se contagió.

—Podría ayudarte con el papeleo —propuso sin mucha convicción.

—Odias esa parte más que yo. —Volví a reír—. Márchate a casa; yo me encargaré de avisar a Val.

Val era la persona que se encargaba de mantener la oficina a flote, así como del calendario y del contacto más estrecho con los clientes.

Kevin bufó, pero asintió. No le dije ninguna de esas frases que solo se pronunciaban para disimular la incomodidad; le di un abrazo fugaz y esperé con los brazos cruzados a que desapareciera del terreno. Luego le envié un mensaje a Fallon para confirmarle que estaba al tanto y recordarle de paso que podía contar conmigo.

Solía ser al revés, ya que su hijo menor tenía la misma edad que Farren y compartían horario escolar, por lo que a veces la recogían del colegio si mi faena se alargaba y quería dar un descanso a Reid y los demás, que solían echarme una mano casi a diario.

Volví a la casa, agarré mi taladro y me encargué de un lado de la estructura mientras los demás ya estaban posicionados en sus puestos. Ninguno preguntó por Kevin; aunque trataba de ser disimulado con su enfermedad, Sweet Meadows era un pueblo tan diminuto que no existían los secretos, ni siquiera para los que solo trabajaban en él, como era el caso de alguno de mis compañeros, entre ellos Marco.

Él era quien llevaba más tiempo conmigo, desde que había creado mi empresa. Nos habíamos conocido hacía muchos años cuando ambos trabajábamos en la que en aquel momento había sido la única compañía de construcción del pueblo. Sentí una punzada en el abdomen al recordar que no solo lo había conocido a él allí, pero la ignoré como una experta y redirigí mis pensamientos.

Bobby, el dueño, me enseñó todo lo que sabía antes de jubilarse. Vendió su legado a alguien que no quiso continuar con él y que me facilitó mucho la creación de mi propio proyecto. Despegué al instante y tuve que contratar a mi primer compañero —Marco— a los pocos días de empezar. Kevin y Nate fueron los siguientes, y poco después llegó Val, cuando tenía tanta faena que no lograba siquiera responder las llamadas.

De eso hacía ya seis años y en la actualidad habíamos multiplicado el número de trabajadores. No éramos una de esas empresas grandes con cientos de personas realizando decenas de proyectos a la vez; prefería contar con poco personal, pero muy experimentado y fiel, compañeros en los que pudiera confiar sabiendo que harían bien su faena. Sin embargo, hacía tiempo que la cantidad de proyectos requería que contratara a alguien más y, con Kevin de baja unas cuantas semanas, tendría que hacerlo cuanto antes.

El problema de la brecha resultó ser más grande de lo que esperábamos, así que dividí a los chicos en dos grupos para que

avanzaran por otro lado mientras Marco me ayudaba a solicitar el nuevo material que íbamos a necesitar para solucionar aquello.

—Dos días —vocalizó todavía con el teléfono en la oreja.

Le dije que sí con la cabeza sin perder el hilo de mi propia conversación.

—¿Cuántos kilos tienen disponibles en el almacén? —pregunté en mi propio teléfono.

—Unos doscientos.

—Envíe esos a la dirección que le mandaré por correo electrónico. ¿Cuándo les llega el siguiente pedido?

—En dos semanas.

Mierda. Eso era demasiado tiempo.

—Con esos doscientos será suficiente entonces. Vaya preparando esos sacos mientras Valerie realiza la compra.

Colgué la llamada y seleccioné el nombre de mi compañera.

—Val.

—K —respondió con su habitual alegría.

—Necesito que realices un par de compras lo antes posible. Te mandaré los detalles por mensaje.

—¿Problemas?

—Varios —suspiré. Marco volvió a llamar mi atención para indicarme que había encontrado otros cien kilos—. Necesitamos estabilizar la estructura interna de la casa de William antes de continuar. Hablaré con él yo misma en cuanto llegue a la oficina.

—Puedo hacerlo yo, es mi trabajo —me recordó.

—Se quedará más tranquilo si se lo explico todo bien. También necesito que gestiones la baja de Kevin.

—¿Se encuentra bien?

—Eso parece, pero se ha ganado unas cuantas semanas de descanso.

—¿Recetadas por ti? —se le escapó una risita—. Me encanta cómo haces de madre para todos nosotros cuando eres la más joven.

Puse los ojos en blanco.

—Eso dice mucho de vosotros, no de mí.

—Supongo que necesitamos cubrir su plaza lo antes posible.

—Supones bien. —No tenía ni idea de cómo íbamos a encontrar a alguien cuando era tan puntillosa a la hora de escoger a mi personal. Además, no solía llegar mucha gente nueva a Sweet Meadows o a los pueblos colindantes, así que ya era complicado de por sí encontrar a alguien del sector que no tuviera ya trabajo.

—No te voy a mentir, llevo semanas corriendo la voz y todavía no hemos tenido ni una solicitud más allá de las que siempre nos llegan.

Fruncí el ceño porque las solicitudes de las que hablaba eran un par de hombres de mediana edad que habían trabajado juntos en varias empresas y habían sido despedidos de todas ellas por conductas poco correctas. Un perfil que no quería en mis filas.

—Estoy segura de que aparecerá alguien —comenté para animarla, a pesar de que no lo creía.

—Quizá tengas razón. Envíame los detalles y haré las compras en un momento. Luego arreglaré el papeleo de Kevin.

—Eres la mejor.

—Por supuesto, por eso me contrataste.

Se me escapó una sonrisa, negué con la cabeza y colgué la llamada.

—Trescientos veinte kilos que podemos tener hoy mismo y ciento cincuenta más en dos días. —Marco me lanzó una de sus sonrisas más grandes—. ¿Cuántos has conseguido tú?

—Doscientos para hoy.

—Buenos números. —Me ofreció su puño, así que acerqué el mío y me relajé un poco—. Podemos avanzar con la habitación mientras llegan los camiones y dedicar toda la tarde a la primera capa.

—Mañana podemos dejar la segunda lista y cuando lleguen los últimos doscientos cubrir imperfecciones —continué—. Eso son tres días de ejecución, más una semana de pruebas y un par de días más para montar lo que estamos retirando ahora mismo.

—Dos semanas a lo sumo.

—Si todo sale bien.

Él soltó una carcajada porque ese nunca era el caso.

—William estará de acuerdo en aceptar esa demora para prevenir un daño mayor.

Yo también lo creía. Se trataba de un hombre un tanto peculiar y malhumorado, pero muy perfeccionista; por eso habíamos tardado varios meses en llegar a un acuerdo con él.

—Aunque a esto le tendremos que sumar que tenemos un par de manos menos.

—Puedo trabajar más horas, ya sabes que no me importa.

Sentí una oleada de gratitud por contar no solo con su amistad, sino con su apoyo en la empresa.

—No será necesario.

—En seis años no has aceptado mi oferta ni una vez, cuando con Bobby nos pasábamos los fines de semana trabajando como locos para llegar a las fechas.

—Por eso te gusta más trabajar conmigo. —Le di un golpe en el hombro y él se echó a reír.

—Tienes toda la razón, me encanta formar equipo contigo, aunque no solo por eso.

Sonreí como respuesta y me puse en marcha como cada vez que Marco dejaba entrever entre líneas que buscaba algo más. Hacía años que cada cierto tiempo me invitaba a salir; sin embargo, siempre me había negado con amabilidad. No me veía en una relación amorosa con nadie; tenía más que suficiente con Farren, mis amigos y mi empresa. Ya me había enamorado una vez y no necesitaba volver a pasar por ello; mi vida era segura y perfecta tal como estaba.

3

RIVER

Me había costado un buen rato llegar a Bartlett, pero luego todo se había alineado. Había descubierto que mis ahorros casi llegaban a las tres cifras, algo con lo que no contaba porque pensaba que Grant se habría apoderado de ellos de alguna forma durante mi ausencia, y además me había topado con el único autobús que se dirigía a Sweet Meadows y que solo pasaba un par de veces al día.

Hacía tres horas que había recuperado la libertad y ya me encontraba en el lugar que me había instado a dejar la oscuridad de lado, aunque el resultado no fuera el esperado al final.

Caminé por la calle principal con una sensación amarga en el abdomen y mil imágenes grabadas en la memoria. Varias personas me sonrieron y saludaron, a pesar de que no las había visto jamás. Logré asentir tras la cuarta, cuando mi estupefacción pasó.

Me desvié por un lateral del pueblo y tomé el camino de tierra que llevaba a un terreno que conocía muy bien. Las casas quedaron atrás, los árboles me rodearon y las montañas cubrieron el paisaje.

No tuve que caminar demasiado, solo unos veinte minutos hasta llegar al claro que daba lugar a la cabaña de madera en la que había vivido unos meses antes de entrar a prisión. No era mía, la había encontrado abandonada y me había refugiado en ella porque no

tenía dinero para pagar una habitación en el hostal, así que mucho menos para comprar una vivienda.

Mi mente me bombardeó con recuerdos acontecidos en aquel lugar. Su sonrisa tímida, la expresión reservada que siempre lucía y sus risas casi silenciosas.

Los escalones de madera del porche crujieron bajo mi peso y descubrí un agujero considerable en el suelo, junto a la puerta entreabierta de la cabaña. No parecía estar ocupada por nadie, solo más abandonada que nunca, y muy deteriorada tras todo ese tiempo.

Empujé la puerta de madera y sentí otra punzada al comprobar que todo seguía igual. Los muebles continuaban en su lugar; la manta roja que ella había dejado allí tras nuestra última noche, todavía arrugada al pie de la chimenea.

Crucé el salón lleno de polvo y suciedad y me detuve en la cocina. Ahí estaban nuestras tazas, olvidadas sobre la encimera.

Comprobé cada rincón de la cabaña diminuta para cerciorarme de que nadie había estado allí, ni siquiera ella, y también para confirmar el estado en el que se encontraba la estructura. Tendría que realizar un buen apaño para poder vivir allí, pero no me importaba hacerlo. Tenía los conocimientos y mucho tiempo libre; solo necesitaba los materiales. Las herramientas deberían continuar en el garaje.

Dediqué la siguiente hora a revisar todas las conexiones para volver a tener luz y agua. Había escogido esa cabaña porque contaba con un generador enorme y un pozo a poca distancia, por lo que había sido fácil conectarlo todo en su día para que funcionara.

Luego me pasé media hora con la escoba en una mano para retirar telarañas, polvo y un montón de tierra un tanto extraño situado en el dormitorio. También taponé el agujero que encontré justo al lado con una madera y las herramientas que yo mismo había comprado hacía años.

En poco menos de dos horas la cabaña tenía otro aspecto. No parecía del todo habitable, pero en peores lugares había vivido a lo largo de mi adolescencia, así que no estaba mal del todo. Valoré la posibilidad de realizar la limpieza en ese momento, ya que contaba

con agua y jabón; sin embargo, mis tripas me recordaron que aquella mañana no había desayunado. Necesitaba volver al pueblo para comprar provisiones y de paso encontrar trabajo.

Pensé en la empresa que me había contratado hacía años cuando nadie más lo había hecho, la misma en la que la había conocido, pero descarté la idea al instante. Lo más probable es que ella continuara allí, con una posición muy superior a la de entonces, ya que le encantaba aquel trabajo.

Lo mejor sería dar una vuelta por el pueblo para revisar las opciones, comer algo y esperar a que el siguiente autobús que fuera a Bartlett pasara. Allí tendría más oportunidades de empleo, aunque no fuera la opción idónea, ya que no tenía coche y el transporte público pasaba en un horario poco eficiente.

Disfruté de la sensación de contar con espacio infinito cuando dejé la cabaña atrás y volví a encontrarme en el camino de tierra rodeado de árboles y un cielo azul despejado. No era como si no lo hubiera visto durante todos esos años; pasábamos horas en el patio cada día desde el que podíamos ver la inmensidad del cielo, pero siempre acompañado de decenas de reclusos que buscaban pelea y diversión a todas horas. Nunca había silencio, ni siquiera por las noches.

Asentí cuando una señora de unos setenta años me sonrió en la calle principal, y repetí el gesto cada vez que alguien me saludaba. Era algo que me había sorprendido mucho a mi llegada al pueblo años atrás y que parecía haber echado en falta, algo que no tenía ningún sentido porque siempre me había considerado una persona antisocial.

Su rostro volvió a mi mente, pero lo alejé de inmediato.

Dolía pensar en ella.

Recorrí la calle más transitada del pueblo sin encontrar ninguna empresa en la que pudiera solicitar trabajo, y lo mismo ocurrió cuando me interné en una más pequeña. Memoricé el nombre y la ubicación de cada tienda para compararlas con las que recordaba de hacía años y me detuve en seco ante un cartel blanco y verde en el que se leía: «Wildwood Constructions».

Aquella no era la empresa en la que había trabajado en el pasado. Contemplé la fachada verde menta, estudié el diseño de la puerta de entrada, uno cuidado y moderno que no tenía nada que ver con el hombre que había sido mi jefe una vez, y di un paso hacia allí.

Una mujer de mediana edad me dedicó una sonrisa a la par que alzaba un dedo para pedirme un minuto. Estaba al teléfono, así que miré a mi alrededor en busca del lugar más alejado en el que esperar para no incomodarla. Lo encontré en un lateral, junto a una máquina de agua.

Alcé la mirada para pedirle permiso y ella me guiñó un ojo, así que tomé un vaso de cartón y lo llené con agua bien fría. Lo vacié de dos tragos y volví a llenarlo. Cualquier líquido era escaso en la cárcel, ya que solo te ofrecían bebida durante las tres comidas y no había fuentes o botellas en las que guardar un poco para después.

—Ya estoy contigo, cielo.

Me volví de inmediato, tiré el vaso en la papelera y me acerqué a ella.

—¿En qué podemos ayudarte? ¿Tienes un proyecto en mente que necesitas plasmar en tu hogar?

—No exactamente. Estoy buscando trabajo.

Sus ojos se abrieron como platos, descendieron de forma fugaz por mi cuerpo y volvieron a mi rostro.

—¿Eres albañil? ¿Electricista? ¿Contratista? —preguntó casi emocionada.

—Puedo cubrir cualquier puesto. Tengo varios años de experiencia —mentí como si nada. Solo tenía unos meses, pero aprendía muy rápido—. Puedo darte el nombre de la última empresa en la que trabajé.

—¡Fantástico! —La mujer rebuscó entre varios papeles de su escritorio antes de chasquear la lengua y apartarlos a un lado cuando no encontró lo que quería. Su sonrisa volvió a resurgir—. ¿Puedes hacer la entrevista ahora mismo? K ha llegado hace unos minutos, así que es el momento ideal.

—Sí.

Qué rapidez.

—Estupendo, sígueme.

Esperé a que la mujer saliera de detrás del mostrador y caminé tras ella hasta una sala pequeña, pero acogedora, en la que había una mesa redonda en el centro y cuatro sillas a su alrededor.

—Espera solo un minuto.

Asentí; ella desapareció con su sonrisa enorme y todo quedó en un silencio absoluto. Me impresionó que aquella sala estuviera insonorizada. Paseé la mirada por las láminas que colgaban de las paredes, el poco mobiliario que había en la sala y luego fijé la vista en mis manos.

Tensé la mandíbula al percatarme de que las llevaba llenas de polvo tras haber limpiado un poco la cabaña, igual que mi ropa. Menuda primera impresión iba a causar al dueño de esa empresa, probablemente la única que hacía la competencia a la que no podía acudir de ninguna de las maneras.

Todavía no tenía muy claro cómo iba a protegerla sin que ella se diera cuenta de que me encontraba en Sweet Meadows cuando era un lugar tan pequeño. La cabaña se encontraba escondida y nadie se había percatado de que la había ocupado durante meses en el pasado, pero tendría que moverme por el pueblo para cumplir con mi nueva misión. Y antes de nada necesitaba encontrarla, aunque sabía dónde mirar. Conocía su hogar —la había acompañado mil veces a aquella casa— y el terreno en el que estaba ubicada la empresa de Bobby. Tendría que acercarme con cuidado para no llamar la atención de ninguno de los dos y a la vez tener un ojo puesto en Grant.

Por enésima vez esa mañana me pregunté si no sería más fácil volver a sus filas, pero sabía mejor que nadie que jamás cumpliría con su parte del trato y que lo utilizaría siempre que pudiera para doblegarme. Además, tras conocerla, me había prometido que me alejaría de aquel mundo y quería cumplir al menos esa promesa.

Me tensé cuando oí el sonido de la puerta. Me mordí el interior de la mejilla en un intento de mantener la compostura y olvidar el estado en el que se encontraba mi aspecto físico. Al menos, mi pelo y mi barba estaban decentes tras el último corte, y me había duchado el día anterior.

Lo que podía complicar un poco más mi causa eran los múltiples tatuajes que adornaban mi piel y que la ropa no cubría: los del cuello y el que llevaba en uno de los pómulos, así como los de las manos. Sin lugar a dudas, los primeros llamarían mucho más la atención, aunque ni la recepcionista ni las personas con las que me había cruzado en el pueblo parecían haberse sorprendido demasiado por ellos.

Me levanté cuando la puerta se abrió y mi pecho se contrajo con tanta fuerza que pensé que explotaría.

La misma sorpresa que me invadió al verla cubrió su rostro, aunque se transformó en varias emociones que se sucedieron las unas a las otras con rapidez, una de ellas el dolor. Sus ojos verdes estaban fijos en los míos, su piel había perdido color y su respiración se había vuelto errática; podía verlo desde donde me encontraba.

Abrí la boca para decir algo, pero no salió ningún sonido de ella; mi garganta se había cerrado, aunque ese gesto la activó. Cerró la puerta a su espalda con una lentitud exagerada sin apartar la mirada de mi rostro y dio un paso hacia mí.

4

KAIA

Dios.

Había pasado tanto tiempo, casi diez años desde la última vez que lo había visto y, aun así, apenas había cambiado. Su mirada azul tenía la misma intensidad que me había llamado la atención el primer día que lo vi, su ceño fruncido, los labios apretados.

Su rostro era más maduro y tenía varios tatuajes nuevos. Además, su cuerpo era mucho más voluminoso que en el pasado, la ropa le apretaba demasiado para resultarle cómoda y la reconocí al instante, dado que ya la había visto antes. O no tenía dinero para adquirir nuevas prendas o acababa de salir de la cárcel. La fecha cuadraba con la que yo misma había calculado y que siempre había tenido en mente.

Sus labios volvieron a abrirse en un nuevo intento de decir algo, y esa vez tuvo éxito.

—No sabía que eras la dueña de esta empresa.

Sentí un sinfín de emociones en mi abdomen ante esa voz ronca tan familiar que solía llenarme de calor.

—¿Cuándo has salido?

—Hoy.

Mantuve la calma a pesar de sentirme al borde del abismo. Di otro paso hacia él y evité cruzarme de brazos. No quería demostrar

lo mucho que me afectaba su presencia y más en mi oficina. Sus ojos hicieron un descenso fugaz por mi cuerpo antes de mover su silla a un lado.

—Mi intención no era presentarme en tu trabajo —murmuró mientras rodeaba la mesa.

Mis pulsaciones se aceleraron ante su proximidad y una furia intensa me invadió cuando intentó mantener la mayor distancia posible conmigo para llegar a la puerta.

—Me dejaste claro que no querías saber nada de mí las veces que rechazaste mis visitas. —Mi voz sonó clara y calmada.

Se detuvo frente a la puerta, como si le hubiera disparado un dardo. Luego se volvió y mi abdomen se encogió ante su expresión llena de dolor.

—Era lo mejor.

—De acuerdo. —Me encogí de hombros como si no me importara nada. Apoyé el trasero en el respaldo de la silla que tenía detrás y crucé las piernas—. Buscas trabajo.

—Iré a ver a Bobby. —A pesar de sus palabras no se movió, continuó girado hacia mí con la mano sobre el pomo de la puerta.

—Bobby se retiró y su empresa cerró. Wildwood Constructions es la única empresa de construcción y reformas del pueblo.

Su mandíbula se tensó.

—Seguro que encontraré algo en Bartlett.

Lo estudié unos segundos en los que su mirada permaneció en mi rostro, como si no pudiera apartarla de él.

—¿Has vuelto a la cabaña?

Se encogió de hombros, lo que en su lenguaje quería decir que lo había adivinado, pero no quería confirmarlo. Tampoco mentirme.

—Deberías hablar con Loretta, la alcaldesa. —Esperé un instante a que hiciera algún gesto más, pero permaneció inmóvil—. Aunque supongo que es mejor que antes consigas un trabajo.

River mantuvo su silencio unos segundos más y luego abrió la puerta.

—Cuídate, Kaia.

Sentí una oleada de pánico al ver que se marchaba y actué sin pensar. Salté delante de él para bloquearle el paso y coloqué una

mano sobre su pecho en un intento de detenerlo. Lo logré, aunque su cercanía revivió mil sensaciones en mi cuerpo.

La sorpresa llegó a sus ojos, aunque la cubrió con la indiferencia tras la que siempre se había escondido. Llevó su mano a la mía, pasó un dedo por mi piel y luego me apartó con suavidad.

—Tú necesitas trabajo y yo necesito a alguien con urgencia —solté sin aliento. Su ceño se frunció todavía más—. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

—No lo sé.

—Me sirve. —Coloqué ambas manos sobre su abdomen y lo empujé hacia la sala—. Hablemos de las condiciones.

—No es una buena idea. —A pesar de la convicción que destiló su voz, su cuerpo enorme se hizo a un lado antes de dar un paso hacia la habitación.

—Tu trabajo era excepcional, necesito a alguien así en mi equipo. Y no te preocupes, esta vez no quiero ni siquiera ser tu amiga.

Vi el dolor en su rostro. Entró en la sala, se sentó en el mismo lugar en el que lo había encontrado al llegar y yo lo hice frente a él después de cerrar la puerta.

Tomé una bocanada de aire y la solté poco a poco.

—Tenemos un par de proyectos a medias y otros cuatro en espera. Uno de ellos va a retrasarse al menos dos semanas y me he quedado sin uno de mis compañeros esta mañana. Necesito contratar a alguien hoy mismo.

—Me cuesta creer que no haya candidatos.

—Los que hay no cumplen con los mínimos.

—¿Cuáles son esos?

—Buen comportamiento, respeto hacia los demás, ganas de trabajar bien.

Su rostro se arrugó un poco más ante mis palabras y sentí una punzada en el pecho al adivinar la tensión en su cuerpo.

—Mi equipo es pequeño, pero todos son leales, educados y comprometidos con su trabajo. Eso es lo más importante para mí. Necesito que haya confianza y buen ambiente para que todo funcione bien —continué.

—Sabes que tengo poca experiencia.

—También sé cómo trabajas y cómo te comportas en los proyectos.

¿Por qué narices me estaba matando en convencerlo para que aceptara trabajar para mí cuando debería estar haciendo lo contrario?

—Han pasado muchos años, ya no soy la misma persona.

—Solo me importa tu responsabilidad en el trabajo —afirmé muy segura, demasiado para resultar creíble.

River me estudió en silencio unos segundos en los que debió comparar los pros y los contras de aceptar mi oferta. Podía ver cuánto necesitaba esa oportunidad y la poca gracia que le hacía que estuviera relacionada conmigo.

Mi abdomen se contrajo ante ese rechazo que ya había sufrido tanto tiempo atrás y dejé que recorriera cada centímetro de mi ser con la intención de que me devolviera la cordura. Pensé en cómo había terminado todo, permití que el dolor llenara mi pecho y apreté los labios con una fuerza de voluntad renovada para decirle que tenía razón y que lo mejor era que desapareciera.

—De acuerdo —soltó de pronto.

Me desinflé como un maldito pez globo; todas esas sensaciones desaparecieron para dar paso al nerviosismo que me había golpeado al verlo, el mismo que había experimentado tantas veces años atrás.

—No te he hablado del sueldo —carraspeé.

—No importa, aceptaré el que sea.

—Tampoco hemos discutido el horario.

—Tengo disponibilidad completa.

Controlé mi respiración lo mejor que supe y me llevé una mano al pelo para apartar el mechón que volaba delante de mi cara. Él siguió el movimiento con sus ojos.

—¿Y este cambio de opinión?

—Tú necesitas a alguien y yo necesito dinero. Funciona para ambas partes. —Se encogió de hombros como si no fuera lo mismo que le había dicho yo unos segundos antes para convencerlo.

Me puse en pie.

—Val preparará el contrato. Espera unos minutos y…

—¡Lo tengo aquí! —La única integrante femenina del equipo, además de mí, por mucho que había intentado contratar a más mujeres, entró en la sala como un torbellino con unos papeles en la mano. Los dejó sobre la mesa, los empujó hacia River y sonrió de forma exagerada—. Solo necesitaré tus datos para completar el contrato, aunque prefiero que lo leas primero por si tienes dudas o quieres que revisemos algún punto aprovechando que tenemos a K en la oficina.

—Genial —murmuré entre avergonzada e incómoda. Él no había despegado sus ojos de mí, como si quisiera comprender la locura que era mi relación con ella—. Necesito terminar un asunto.

—Quizá el señor… —Val lo miró y él tardó un par de segundos en decirle su nombre—. Puede que el señor Rake necesite volver a hablar contigo para firmar el contrato.

—No será necesario —dijimos los dos a la vez.

Mi compañera y amiga disimuló una carcajada de forma pésima. Lancé una última mirada a River, quien seguía con sus ojos fijos en mi rostro, y sentí un burbujeo conocido en el abdomen.

—Mañana a las ocho en la dirección que Val te indicará.

Asintió una sola vez con la cabeza y yo me marché a paso firme, pero con el corazón desbocado. No me detuve hasta llegar a mi despacho, cerré la puerta con suavidad y me apoyé en ella con una mano en el pecho.

¿Qué narices acababa de hacer?

5

RIVER

Leí el contrato por encima, demasiado distraído con lo que acababa de suceder como para prestar atención al texto, y asentí con la cabeza. La mujer tomó el documento sin perder esa gran sonrisa que había mantenido todo ese rato, me pidió que le concediera dos minutos para añadir mis datos al acuerdo y me dejó a solas.

No me atreví a bajar la guardia; me quedé inmóvil en mi silla mientras mis pensamientos frenéticos volaban de un lugar a otro.

La había cagado. Había ido a llamar justo a la puerta que no debía, aunque no le había mentido; esa no había sido mi intención. Sí que pretendía acercarme a ella, pero sin que supiera que me encontraba de nuevo en aquel pueblo.

Esperaba no haberme oxidado tanto esos años encerrado como para no realizar un trabajo sencillo como era protegerla desde la distancia mientras encontraba la manera de frenar a Grant.

Solté un gruñido ante el pensamiento. Iba a tener que ser desde la cercanía si iba a trabajar con ella. Quizá eso fuera lo mejor para evitar que ese desgraciado pudiera hacerle lo que fuera que tuviera en mente.

A pesar de conocerlo desde hacía muchos años, me daba la impresión de que nunca me había mostrado su faceta real. Sabía que era una persona sin escrúpulos a la que le gustaba tomar el

mando, como cualquiera que liderara una organización criminal, pero no estaba seguro de hasta dónde podía llegar para castigarme. Hasta el momento solo había hecho daño a aquellas personas involucradas en el negocio, al menos que yo supiera; y de eso hacía diez años. Las cosas podían haber cambiado mucho en todo ese tiempo.

—Aquí lo tienes, cielo. —La secretaria de Kaia entró de nuevo en la sala con los documentos en una mano y una bolsa enorme en la otra—. Revisa que tus datos sean correctos y lee de nuevo el contrato antes de firmarlo. Una copia es para ti.

Dejó los papeles sobre la mesa y yo me apresuré a confirmar que todo era correcto, aunque una vez más no presté atención al resto. Dibujé un garabato en la página final y repetí la acción en la copia.

—¡Bienvenido al equipo! Estoy segura de que te encantará formar parte de él. —Me tendió su mano, así que me puse en pie y se la estreché. Luego me tendió la bolsa—. Aquí está la ropa de trabajo. Son tres mudas de pantalones y cinco de camisetas y sudaderas. También una chaqueta, guantes y demás complementos. He cogido la talla más grande, aunque podemos solicitar una especial si esta no te sirve.

Repasó mi cuerpo con la mirada, aunque de una forma que no me incomodó, más bien como si tratara de averiguar mis dimensiones para cerciorarse de que la ropa que había escogido era la correcta.

—En cuanto a las botas, tendrás que confirmarme tu número. He traído estos dos.

Tomé el par que sabía que me iría bien y me lo probé allí mismo.

—¿Son cómodos? Da unos cuantos pasos. —Apartó la silla que tenía al lado y señaló la sala—. Es importante que lo sean en un trabajo como este.

Caminé por la habitación porque supuse que sería más rápido que discutir con ella.

—Lo son.

—Estupendo, cielo. ¿Quieres probarte también la ropa?

—No es necesario. —Disimulé una mueca y eché un vistazo al interior de la bolsa—. Parece que es mi talla.

—Solo tienes que llamarme si no lo fuera y solicitaré el cambio. —Me entregó una tarjeta corporativa con el nombre de la empresa —. Aquí tienes nuestros teléfonos, el de la oficina, que es donde puedes encontrarme a mí, y el de Kaia. Guarda ambos en tu agenda; nosotras haremos lo mismo. Y aquí he escrito la dirección de los dos proyectos actuales; el primero es en el que trabajaréis mañana. Recuerda que debes estar allí a las ocho. ¿Tienes coche?

—No.

—No te preocupes, Kaia irá a buscarte entonces. —Su sonrisa se amplió, como si eso le hiciera gracia.

—No es necesario.

—No seas tímido, cielo. En esta empresa somos una familia. —Me dio unas palmaditas en la espalda y me instó a salir de la sala. En lugar de cruzar el pasillo que separaba esa habitación de la entrada, me llevó en dirección contraria. Se detuvo ante una puerta, la golpeó una vez y abrió sin esperar a que la invitaran—. K, River no tiene coche, ¿podrás recogerlo en su casa mañana a primera hora?

—No es necesario —repetí, esa vez con un gruñido fruto de la desesperación.

Kaia me estudió un instante de aquella forma que parecía poder leer mis pensamientos.

—Pasaré a recogerte a las siete y media.

Me mordí el interior de la mejilla para no replicar.

—¡Estupendo! —canturreó la mujer—. Así podrás ponerlo al día sobre el proyecto. Por cierto, Kevin pretende pasarse por la oficina cada día para ayudarte con el papeleo.

—Por Dios, no —suspiró Kaia con una mueca horrorizada. Su secretaria se echó a reír—. No dejes que se acerque a mi despacho.

—Necesitas que alguien te eche una mano con todo eso, ya que no me dejas hacerlo a mí.

—Porque no es una de tus funciones y ya estás desbordada de trabajo.

—Tú también.

—Dile que lo tenemos todo al día y que su única tarea estas semanas es recuperarse.

Sentí una punzada al ser testigo de esa conversación cotidiana que me permitía poder contemplarla sin que me prestara atención.

—Se presentará aquí y tratará de ayudar con lo que sea, excepto con atención al cliente. —La mujer soltó una risita y a Kaia se le escapó una sonrisa diminuta que desapareció cuando sus ojos volvieron a posarse en mi rostro.

—Hablaré con Fallon para que lo mantenga en casa.

—Buena suerte —murmuró la otra. Dio un paso atrás y yo la seguí, no sin antes lanzar una última mirada a la mujer que me había dado alas hacía tanto tiempo. Ella me contempló sin parpadear hasta que la puerta se cerró—. Conozco esa mirada, muchacho.

La ignoré mientras cruzábamos el pasillo para llegar al recibidor.

—Puedes intentarlo, pero ninguno ha tenido éxito hasta el momento, aunque quién sabe, puede que tú seas el afortunado. —Enarcó una ceja y sonrió de una forma que me puso los pelos de punta. Me acompañó hasta la puerta y me dio una última palmada en el brazo—. Trabaja duro, sé leal y responsable en los proyectos y no te pases con las bromas, aunque me da que no tendrás problemas con esto último.

Se echó a reír ante su propio comentario y luego me empujó hacia el exterior.

—Puedes confiar tanto en K como en mí, así que no dudes en exponer tu opinión o sugerir ideas, así como cualquier inquietud que tengas. Estamos aquí para ayudarte a integrarte en el equipo.

—Gracias —musité un tanto incómodo.

—Si mañana quieres pasarte por la oficina para contarme qué tal ha ido, estaré encantada de charlar un rato contigo.

La miré como si fuera una lunática y ella rompió a reír. Vi una figura en las sombras, detrás de ella, que negaba con la cabeza, pero no se acercó para intervenir.

Me di la vuelta y me alejé lo más rápido posible de allí, antes de que esa mujer tan extraña dijera algo más. No aminoré el paso hasta que llegué a la calle principal. Fui directo a la tienda de comestibles, ya que no iba a necesitar pasar por la de ropa en ese momento gracias a la bolsa que me habían entregado. Pensaba

trabajar cada día, ya fuera en la empresa de Kaia o en la cabaña, así que tenía más que suficiente con esos uniformes.

Asentí con la cabeza cuando la dueña de la tienda me saludó con una sonrisa y llené el cesto con una buena cantidad de latas, paquetes y frutas y verduras frescas, algo que escaseaba en la cárcel. También aproveché para abastecerme de un par de garrafas de agua y algunos utensilios de cocina.

Maldije entre dientes cuando me di cuenta de que iba cargado como una mula y tenía veinte minutos de camino hasta la cabaña. Me libré de una señora que detuvo su vehículo para ofrecerse a llevarme, de otra más que se presentó e intentó indagar sobre mi pasado y de un hombre que me miró con curiosidad cuando pasé por su lado y me invitó a un café.

¿Qué narices le pasaba a la gente de ese pueblo? ¿Por qué eran tan amables con los desconocidos? ¿Acaso no sabían que eso podía ser peligroso?

A pesar de que había vivido allí unos meses antes de mi entrada a prisión y que ya me había topado con aquella simpatía tan exagerada por aquel entonces, todavía me sorprendía que vivieran con esa confianza. No comprendía cómo podían exponerse de esa forma al peligro que los rodeaba, cómo no eran conscientes de que la sociedad estaba plagada de monstruos sonrientes.

Y yo había sido uno de ellos.

Llegué al fin a la cabaña, me hice un bocadillo rápido y lo comí sentado en el porche, junto al agujero del tamaño de mi cabeza que había en el suelo. Tenía tantas cosas que arreglar en el interior, que tardaría semanas en encargarme de ese desperfecto, aunque me molestaba verlo cada vez que entraba y salía.

Me pasé toda la tarde con la limpieza profunda de la casa, solucioné los problemas más molestos y grandes, como una ventana mal encajada, el nido que había dentro de la chimenea o los cables pelados de la nevera. Y confirmé que nada explotaría o se incendiaría cuando utilizara cualquier electrodoméstico, los pocos que quedaban en pie y que yo mismo había comprado durante mi última estancia allí.

Cuando el sol se ocultó, preparé algo más elaborado que un bocadillo para cenar, me lo comí a la luz de la única bombilla que quedaba intacta en la casa y luego hice una lista con lo que tendría que comprar al día siguiente para que mi estancia en aquel lugar no fuera tan triste. De paso, guardé los números de teléfono que aparecían en la tarjeta que la secretaria de Kaia me había dado y mis dedos se fueron directos a la aplicación de mensajería sin mi permiso.

Pulsé su nombre y mi corazón se detuvo al ver su foto de perfil.

La contemplé sin aliento y con las pulsaciones revolucionadas mientras una sensación asfixiante me oprimía el pecho. Su sonrisa era la más amplia que había visto nunca y la felicidad desbordaba sus ojos entrecerrados por la risa. Llevaba el pelo revuelto, como si acabara de terminar una carrera de obstáculos, tenía barro en la cara y el cuello, y abrazaba a una niña que era una copia exacta suya. Ella sonreía de la misma forma, sus ojos eran idénticos, del mismo verde intenso, y su pelo, aunque más corto, por encima de los hombros, tenía el mismo tono de color. Su cara estaba llena de barro, igual que su ropa, y la abrazaba por la cintura con una mano y con la otra hacía el gesto de la victoria.

Esa sensación opresiva que se había adueñado de mi pecho se extendió en todas direcciones para ocuparlo todo.

Claro que Kaia había rehecho su vida. ¿Por qué no iba a hacerlo? Habían pasado diez años desde la última vez que nos habíamos visto, más de tres mil seiscientos días desde que me había negado a acudir a la sala de visitas las veces que se había presentado allí, un sinfín de ellas durante los primeros meses. Luego no volvió más, como era natural.

Contemplé esa imagen durante unos minutos más antes de obligarme a apagar el teléfono. Ni siquiera recordé mirar la hora antes de hacerlo, pero todavía no debían ser ni las siete de la tarde, así que lo dejé sobre el sofá desgastado, salí al jardín y me tumbé sobre la hierba algo mojada sin importarme que hiciera un frío de narices.

Necesitaba ver el cielo, que el aire golpeara mi piel y me demostrara que ya no me encontraba encerrado en aquella celda,

que volvía a ser libre.

Cerré los ojos e intenté no pensar en ella, así que al final me rendí porque de todas formas sería imposible no hacerlo cuando la había vuelto a ver y lo haría todavía más a partir del día siguiente.

Había planeado mis siguientes pasos durante diez años, unos que me mantendrían alejado de Sweet Meadows, de ella; y en las últimas doce horas todo se había invertido. No solo me encontraba de nuevo en aquella cabaña en la que había vivido los mejores momentos de mi existencia, sino que hasta me había metido dentro de su empresa sin saberlo. Y eso incumplía mi parte del trato con Grant, aunque, ¿qué más daba ya? Si él no lo iba a cumplir, yo tampoco tenía por qué hacerlo más.

6

KAIA

Me apresuré a cruzar la calle principal, saludé a un par de vecinos sin detenerme y entré en Red Fox Brews sin aliento y agotada. Varios pares de ojos se centraron en mí, pero yo busqué los que eran idénticos a los míos y los hallé junto a la dueña del local. Suspiré cuando ambas me dedicaron la misma sonrisa ladeada, casi demoníaca.

—Ya era hora —se quejó la que era como mi hermana mayor.

—Qué vergüenza, abandonar así a tu propia hija —añadió la aludida con todo el teatro del mundo.

La atraje hacia mí y la abracé sin hacer caso de sus quejas. Cuando le di una ristra de besos por toda la cara, sus lamentos se intensificaron.

—Jo, ma, no hagas eso. Tengo una reputación que mantener.

Farren, la niña preadolescente que lo era todo para mí, miraba a nuestro alrededor con el ceño fruncido como si quisiera asegurarse de que nadie había visto el momento vergonzoso.

—¿Qué reputación es esa? —inquirió Reid sonriente.

—La de tía independiente, dura y autosuficiente —respondió mi demonio.

Me dejé caer en mi silla mientras varias voces se alzaban.

—¿De dónde saca ese vocabulario?

—¿Y esas ideas?

—Es como volver a ver a Nyla con nueve años —se quejó Reid.

—Farren es mil veces más tranquila —la defendió Dax.

—E inteligente. —Nyla asintió con orgullo.

—Por eso infunde más miedo. —Reid le guiñó un ojo y mi hija sonrió satisfecha.

Zuri me tocó una mano con suavidad para llamar mi atención.

—¿Todo bien?

Una punzada de nervios se adueñó de mi abdomen. Era incapaz de mentirle; yo y cualquiera, porque Zuri leía tan bien a las personas que era imposible que no se diera cuenta de lo que la otra persona sentía en cada momento.

Escogí asentir y busqué mi plato entre todos los contenedores de cristal que había repartidos por la mesa.

—Me muero de hambre, ¿cuál es el mío? —pregunté. No era una mentira; de hecho, mis tripas escogieron ese momento para vibrar, como si quisieran ayudarme a convencer a Zuri de ello.

No debía ser la única en sentirme famélica; la discusión se apagó de inmediato y toda la atención recayó en repartir los contenedores que Eden había preparado en el hostal del pueblo donde trabajaba como cocinera.

—¿Cómo está Revel? —Faith fue quien pronunció las palabras aquella noche. Desde hacía unas semanas, habíamos acordado sacar el tema de forma recurrente para que perdiera ese velo de tabú que se había formado a nuestro alrededor desde su secuestro hacía algunos meses.

Dax había rescatado a su melliza de una organización criminal de trata de personas en la que había nacido, crecido y vivido toda su vida hasta que había logrado dar con ella. La había traído al pueblo, Revel se había integrado a la perfección y había luchado por dejar atrás aquel horror, pero la persona que la había retenido los últimos años logró dar con ella y atraparla de nuevo. Fueron unas horas llenas de terror que nos mantuvieron a todos en vilo y que hicieron que Revel diera varios pasos atrás en su recuperación.

—Hoy ha preferido quedarse leyendo. —Eden sonrió con ternura antes de fijar su mirada en Zuri—. El libro que le prestaste ayer la

tiene absorbida; lo ha tenido todo el día abierto bajo el mostrador.

—¿Cuál es? —inquirió mi pequeña, siempre atenta a cualquier tema de conversación.

—Es una historia muy bonita sobre una guerrera que debe dejar su pueblo atrás para ir en busca de su mejor amigo y…

—Ya sé cuál es.

Solté un suspiro largo.

—Ya no sé dónde esconder los libros.

—No parece una mala historia —comentó Faith.

Zuri enrojeció, Nyla se echó a reír como respuesta y yo negué con la cabeza.

—La protagonista descubre que él es un príncipe del infierno y que su reino es el de uno de los siete pecados capitales —explicó Farren con la boca llena.

—Así que es de fantasía. Soy más de romance contemporáneo, pero puedo probar con ella si me la recomiendas. —Faith sonrió.

—¿De qué pecado estamos hablando? —interrumpió Zion.

—De la lujuria.

Reid soltó una carcajada explosiva que contagió a Nyla y luego a Faith cuando se recuperó de la sorpresa inicial. Los chicos gruñeron, Zion me taladró con su mirada y mi hija se limitó a sonreír de oreja a oreja.

—No es para tanto —insistió ella.

—Dudo que ese tipo de libros sea para menores —masculló el mayor del grupo y el que siempre había cuidado de todos nosotros.

—Mi edad intelectual ronda los dieciséis por lo menos. —Farren se limpió las comisuras con su servilleta para hacer un descanso teatral en su discurso mientras la mayoría de sus tíos la contemplaban con el ceño fruncido. En eso no podía rebatirla, era muy madura para su edad, siempre lo había sido—. Además, si lo que te preocupa son las escenas íntimas, puedes quedarte tranquilo porque me las salto. Son la parte menos interesante de la novela.

Noté como se me escapaba una sonrisa, igual que a Zuri y Faith.

—También me preocupa la violencia que pueda haber entre esas páginas. No entiendo la fascinación que sentís por las novelas cuyos

protagonistas son mafiosos, asesinos y psicópatas. —Zion miró primero a Zuri, aunque luego saltó a cada una de nosotras.

—Es algo que no queremos en la vida real, pero que disfrutamos en la ficción. —Nyla se encogió de hombros.

—Hay información útil sobre cómo luchar —añadió Farren.

—Te ayuda a detectar comportamientos sutiles que acompañan a la personalidad de estas personas. —Faith se sumó a la lucha.

—Ahora resulta que leéis romance oscuro para saber de qué huir en el día a día, ¿no? —Reid enarcó una ceja y todas asentimos, incluso Farren. Luego nos echamos a reír.

Cómo los adoraba a todos.

Pasaron diez minutos antes de que me percatara de que Zion me observaba más de la cuenta. Lo hacía con su disimulo habitual, pero parecía estar algo distraído y preocupado, y eso me hizo tensarme, porque solo podía deberse a un detalle.

Intenté no prestarle atención, pero cada vez me resultó más complicado, y más cuando Reid se sumó al juego de las miradas. Sus ojos iban de Zion a mí, como si quisiera averiguar qué ocurría. Y Dax y Gael fueron los siguientes en contemplarnos, y el último, también a Zuri, sentada a mi lado. Sin embargo, ese no era el motivo, sino que ella se tensara antes incluso que yo, porque mi amiga había tenido un ojo puesto en mí desde el momento en el que me había sentado a la mesa.

—¿Qué narices está pasando?

Ahogué la respiración cuando Nyla puso las cartas sobre la mesa. Eden, Atlas, Faith y Farren fueron los únicos que la miraron con un asombro real.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la última integrante del grupo.

—¿Qué son todas estas miradas raras y mal disimuladas? —inquirió ella con los brazos cruzados—. ¿Quién está ocultando un secreto que Zion ha descubierto y no le hace nada de gracia?

Odiaba la intuición de Nyla. Tenía un don para detectar las situaciones más incómodas y empeorarlas.

Paseó su mirada por cada uno de nosotros y, aunque se detuvo un buen rato en Zuri, que contemplaba sus propias manos con el labio inferior atrapado entre sus dientes, saltó sobre mí.

—Tú.

Puse los ojos en blanco, pero no funcionó. Me conocían mejor que nadie.

—No es asunto vuestro —aseguré.

El rostro de Zion se oscureció un poco más y los de Dax, Crew y Reid mostraron preocupación. Zuri parecía estar a punto de vomitar, así que agarré una de sus manos por debajo de la mesa y sentí como se relajaba. Nyla continuaba con su mirada fija en mi rostro.

—No hay secretos entre nosotros —me recordó.

—Quizá prefiere un poco de intimidad —añadió Eden a media voz.

Reid colocó uno de sus brazos sobre sus hombros y yo suspiré. La pobre pensó que no quería hablar por no revelar mi supuesto secreto delante de las parejas de mis amigos, hermanos.

—No la prefiero. Confío en cada uno de vosotros por igual. —Su semblante se suavizó y sentí un apretón por parte de Zuri. Rebusqué en mi bolso hasta encontrar el sobre que había ido a recoger a la oficina de correos y se lo tendí a mi hija—. Ha llegado esta carta para ti.

Ella frunció el ceño un instante antes de adivinar de quién se trataba. Me la arrebató de un movimiento rápido, saltó al suelo y corrió hacia la mesa más alejada y solitaria.

—¡Eh! ¡Es tu primera carta de amor! ¡Queremos saber qué pone! —exclamó Nyla dispuesta a ir tras ella, pero Atlas la atrajo hacia su pecho.

—¡Espero que no sea de amor o no tendrá respuesta! —vociferó Farren desde el otro lado de la sala.

Varias cabezas se alzaron para mirarnos y sonrieron al descubrir que se trataba de ella. Todos en el pueblo la adoraban.

—¿Es la primera carta que le envía el sobrino de Cal? —inquirió Faith.

—Esperemos que haya una segunda. —Reid sonrió con diversión.

Callum era su amigo y socio, tenía dos hermanos más idénticos a él, y uno de ellos tenía un hijo de la misma edad que la mía. Durante la última visita de Cal salió el tema de que ambos niños deberían conocerse, así que quedaron en que Cian le enviaría una carta

escrita, ya que ninguno de los dos tenía ordenador o teléfono, y Farren decidiría si responderle o no.

Me di cuenta de que el silencio se había adueñado de nuestra mesa y de que todas las miradas estaban fijas en mi hija, que leía el escrito con la expresión más seria del mundo. Luego, una de sus comisuras se alzó, dejó el papel sobre la mesa y volvió hacia nosotros.

—¿Qué te dice? —preguntó Nyla de inmediato.

—Cosas privadas. —Lo dijo con tanta dignidad que se me escapó una nueva sonrisa. Farren abrió la mochila del colegio, sacó una libreta de ella, agarró su estuche y volvió a la mesa en la que había dejado la carta.

—Tiene buena pinta —comentó Faith sonriente.

—Muy buena —asintió Reid.

—¿Conocemos los antecedentes de ese niño?

Varias carcajadas femeninas se alzaron ante el comentario de Crew.

—Es de la familia. Cal y Mad aseguraron que es un crío excepcional —le recordó Reid.

Dax miró a Zion de reojo y trató de ocultar una sonrisa.

—Ni se te ocurra investigarlo.

El otro puso los ojos en blanco, pero no prometió nada, lo que hizo que los demás volviéramos a reír. Mi sonrisa se apagó cuando sus ojos perforaron los míos y mis labios se abrieron sin mi permiso, como siempre ocurría cuando Zion usaba esa mirada en cada uno de nosotros.

—River ha salido hoy de la cárcel y le he ofrecido un puesto en mi empresa.

Joder.

Si Zuri tenía un don para saber cómo te sentías en cada momento, Zion lo tenía para hacerte confesar hasta tus secretos mejor guardados.

Reid, Crew, Nyla y Zuri me devolvieron una expresión de absoluto asombro que pasó a ser de preocupación extrema. Los demás me contemplaron sin saber de qué hablaba.

—¿Quién es River y por qué querrías trabajar con él después de haber estado en la cárcel? —Dax fue el primero en preguntar.

Eché un vistazo rápido a Farren para asegurarme de que seguía enfrascada en la carta y no podía oírnos.

—¡¿Es él?! —Faith se llevó una mano a la boca en un intento de frenar sus palabras. Me miró a mí, luego a mi hija, a mí otra vez.

—¿Cuánto tiempo ha estado encerrado? ¿Y por qué? —siseó Dax sumando dos más dos.

Sentí una presión intensa en el abdomen porque odiaba las situaciones incómodas y más cuando me incumbían a mí misma. Zuri apretó de nuevo mi mano.

—No solo los culpables van a prisión —comentó sin mucha convicción.

—Diez años —soltó Reid haciendo cálculos.

Varios rostros se ensombrecieron al comprender que una pena tan elevada solo podía estar relacionada con un crimen mayor.

——¿Qué narices, Kaia? —masculló Crew entre dientes.

Desvié la mirada hacia mi comida y sentí como esa sensación me sacudía por dentro.

—No conocemos todos los detalles de la historia —saltó Zuri sin soltarme la mano.

—Dudo que lo encerraran durante diez años por no cometer ningún delito. —Nyla soltó un suspiro, así que la miré y ella arrugó el ceño—. ¿Por qué le ofrecerías un puesto en tu empresa? ¿Por qué querrías tenerlo cerca de nuevo? ¿Es por Farren? ¿Quieres que se relacione con una persona así?

Un sudor frío e invisible cubrió mi piel, el síntoma que me zarandeaba cuando me sentía abrumada. Era mi versión personal de lágrimas, ya que no podía llorar; había perdido esa habilidad en algún momento durante mi infancia.

—Ese hombre es peligroso. —La voz de Zion fue más suave de lo que esperaba.

—Kaia tiene derecho a tomar sus propias decisiones. Igual que ese hombre tiene derecho a saber que Farren es… —Zuri se interrumpió cuando apreté su mano.

Tomé una bocanada de aire y miré a mis amigos.

—Sé lo que pensáis de él, lo que ya pensabais cuando lo conocí. Sé que creéis que me equivoqué entonces, que cometí un error al confiar en él, que quedó patente cuando lo juzgaron por homicidio en primer grado y lo condenaron por ello. Y una vez más cuando no accedió a mis visitas. —Pronuncié cada palabra con calma, como si no fuera un hervidero de nervios, dolor y vergüenza por dentro—. Le he dado trabajo porque ha cumplido su condena y necesita empezar de nuevo, necesita que alguien le dé una oportunidad para continuar con su vida. A nosotros nos la dieron.

—No es la misma situación —siseó Zion.

—Lo sé, pero es mi decisión. —Aguanté su mirada unos segundos antes de pasearla por la mesa. No quise decirles que creía conocerlo, que no me había sentido en peligro en su presencia, al contrario, me había vuelto a sentir… segura. Era una locura, era consciente de ello, pero no había podido mantener la cabeza fría después de sentirme viva de nuevo tras tanto tiempo—. Y por eso debéis respetarla.

—Son escasos los criminales que no reinciden al salir de prisión. —Mi amigo no quería herirme, lo sabía, solo buscaba prevenir mi sufrimiento.

—Puede que no fuera culpable —insistió Zuri una vez más.

Aquello era lo que le había repetido mil veces cuando lo habían encarcelado, y era lo que todavía pensaba, por mucho que hubiera intentado convencerme de lo contrario todos esos años. Y pensaba que había tenido éxito, pero solo había necesitado ver sus ojos de nuevo para saber que él jamás haría algo así. Sin embargo, no pensaba compartir mi pensamiento en voz alta porque era consciente de lo ingenua que me hacía parecer.

—Hallaron pruebas en la escena del crimen y luego confesó.

Fijé la mirada en Zion.

—¿Cómo sabes eso?

—Leí los informes de la investigación.

—¿Por qué? —pregunté con un hilo de voz. Si Zion me decía que las pruebas eran reales, entonces no me quedaría más remedio que creerlo…

—Quería ver si se había hecho correctamente.

—¿Y se hizo? —Dax se me adelantó.

—A medias.

Solté una buena bocanada de aire.

—¿Qué significa eso? —Nyla apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—La escena del crimen debería haber estado más detallada en el informe, igual que las fotos deberían haber contemplado más ángulos, pero la confesión era sólida.

—Eso no significa nada —se me escapó demasiado rápido.

Zion pasó una mano por su cara antes de mirarme de nuevo.

—Solo ve con cuidado.

7

RIVER

Cuando Kaia detuvo su coche frente a la cabaña, yo llevaba ya tres horas despierto. No lo había hecho de forma intencionada, mi cerebro se había acostumbrado a mantener un sueño ligero y muy fragmentado durante la noche y solía rendirse bastante antes de que saliera el sol. Era una habilidad que me había permitido esquivar varios golpes a lo largo de mi encarcelamiento, sobre todo cuando había compartido celda con más de un compañero.

Abrí la puerta del copiloto, la saludé con un gruñido y ella me devolvió otro. Al instante recordé lo malhumorada que solía levantarse por las mañanas, lo que le costaba recuperar la voz y su sonrisa; al menos dos horas.

Mantuve el silencio durante los primeros minutos. Ya me iba bien que no tuviéramos que mantener una conversación incómoda; no tenía ni idea de qué podíamos hablar. ¿De mis últimos diez años? ¿De los suyos? Prefería no saber nada de la familia que había creado.

—Hoy vamos a trabajar en la vivienda del señor Black. William nos contrató para realizar una reforma integral de la casa que heredó hace un mes, ya que no estaba en muy buenas condiciones. El proyecto consta de varias etapas; nos encontramos en la primera

y ayer descubrimos que uno de los muros estaba mucho más dañado de lo previsto.

—¿Muro? —musité.

—Es una casa de piedra construida hace más de cien años. Sus padres decidieron mantener la estructura original, ya que la construyó su abuelo con sus propias manos, y William comparte el mismo pensamiento. —Kaia me miró de reojo un instante antes de volver su atención a la carretera—. Debemos solucionar ese imprevisto antes de continuar con la obra.

—¿Tenemos el material?

—Sí, al menos para empezar. El restante llegará mañana.

Asentí y nos quedamos varios segundos en un silencio más cómodo del que habría creído posible después de tanto tiempo sin vernos.

—¿Cuál es el otro proyecto? —pregunté solo para oír de nuevo su voz suave y algo ronca debido a la hora que era.

—Una reforma parcial, solo cocina y dos aseos. Solemos repartirnos en dos grupos para avanzar por ambos lados. Solo Marco y yo acudimos a ambas obras.

Fruncí el ceño. ¿Sería su marido? ¿Trabajaba con ella?

Estupendo.

Desvié la mirada hacia la ventanilla porque no me interesaba conocer más detalles.

—Marco es mi mano derecha.

Asentí sin mirarla.

¿Acaso esperaba que no hubiera rehecho su vida durante todo ese tiempo?

No, lo que esperaba era no tener que verlo con mis propios ojos, por eso la idea de desaparecer tras cumplir mi condena era la mejor opción para ambos.

Pasaron unos minutos más en los que Kaia me habló un poco de los proyectos y en los que yo no disimulé mi cambio de actitud, y luego detuvo la furgoneta frente a una valla metálica medio oxidada.

—Hemos llegado —suspiró—. Vamos, te presentaré a los demás.

Agarré el material que sacó de la parte trasera del vehículo y la ignoré cuando me aseguró que podía llevarlo ella; luego la seguí

hacia la casa que parecía estar en ruinas. Vi varias figuras absortas en su trabajo, un par de ellos trabajaba sobre el muro dañado, otro mezclaba los sacos en la hormigonera y un cuarto hombre lo contemplaba todo desde cierta distancia.

Tensé la mandíbula al imaginar que se trataría de su mano derecha y, en mi mente, su marido, algo que no tardaría en descubrir.

Él fue el primero que se dio la vuelta al oír nuestros pasos. Su mirada la encontró al instante, una sonrisa apareció en su rostro y luego se congeló al verme a su lado. Mi propia expresión se arrugó al reconocerlo. Aquel hombre había trabajado con nosotros en la empresa de Bobby.

—Hola, preciosa. —Habló con cautela, con la atención puesta en mí.

—Marco, ¿recuerdas a River?

Me pareció extraño que no se acercara a él para intercambiar un beso o ignorara su saludo, aunque ella siempre se había comportado de forma muy profesional en el trabajo.

—Claro. ¿Cómo estás, tío? Me alegro de verte de nuevo. —Me tendió la mano y se la estreché sin apretar más de la cuenta, aunque tuve el impulso de hacerlo.

—¿Cómo va? —repliqué a mi vez.

—River cubrirá la posición de Kevin.

Enarqué una ceja porque había firmado un contrato indefinido; en ningún momento me habían comentado que cubriría una plaza temporal. Kaia debió percatarse de ello porque volvió a hablar.

—Y luego continuará con nosotros.

Marco sonrió y asintió. Los demás se dieron cuenta de que su jefa había llegado y dejaron sus tareas atrás para acercarse a saludarla, y ella aprovechó para presentarnos a todos.

—River trabajó con Marco y conmigo en el pasado, así que no habrá que enseñarle nada nuevo —terminó mucho más despierta que antes. Que su mano derecha le entregara un café unos minutos antes había ayudado a que se activara un poco más.

Vi como uno de esos hombres se tensaba ante esa información y cómo su expresión se oscurecía un poco, pero no dijo nada. Kaia los

instó a volver al trabajo y se volvió hacia mí.

—Nosotros nos encargaremos del otro lateral del muro —sentenció. Marco asintió sin perder su sonrisa y yo los seguí unos pasos por detrás para darles intimidad, aunque no hubo ningún acercamiento ni intercambio de susurros.

Trabajé en silencio durante más de tres horas antes de que Kaia tuviera que alejarse para responder una llamada. No me había resultado difícil concentrarme en la tarea, ni siquiera llevarla a cabo después de tanto tiempo distanciado de la obra. Ella nos había dado las primeras instrucciones, como si fuera algo habitual, aunque lo dudaba, y los tres habíamos realizado las reparaciones pertinentes mientras ellos dos charlaban, él más que ella, ya que siempre había sido una mujer callada. Sin embargo, no lo habían sido los momentos que habíamos compartido a solas en el pasado.

—Kaia es una mujer excepcional —murmuró Marco tras varios segundos en silencio. La miraba desde la distancia con una expresión que evidenciaba cuánto la admiraba—. Me alegro mucho de que te haya dado una oportunidad. Supongo que no debe ser fácil conseguir una tras pasar tanto tiempo en ese lugar.

Tensé la mandíbula porque lo último que me apetecía era hablar con él, pero asentí de todas formas.

—Entiendo que no quisieras verla allí dentro. Le hiciste un gran favor —continuó.

Sentí una oleada de furia que frené al ver que me sonreía con sinceridad.

Claro que se alegraba de ello; le había permitido iniciar una relación con ella poco después de mi entrada a prisión, a juzgar por la foto de la hija que compartían. Debía tener ocho o nueve años.

En ese momento, uno de los hombres que trabajaba al otro lado del muro, Larson, el que me había estado lanzando miradas furtivas desde que habíamos llegado, se acercó a nosotros.

—Hemos terminado la primera capa del relleno —comentó con la mirada fija en Marco. Él se levantó, estiró los brazos por encima de su cabeza y se dirigió hacia allí para comprobar el resultado. El otro permaneció junto a mí—. Espero que Kaia no se arrepienta de haberte contratado.

Enarqué una ceja.

—¿Te conozco?

—Me uní al equipo de Bobby un par de días antes de que desaparecieras y los rumores no tardaron en llegar. Al principio nadie lo creyó, pero luego la sentencia se hizo pública. —Larson me contempló con tal desdén que volví a sentir esa oleada de furia a la que estaba tan acostumbrado a ignorar—. Me da igual que hayas cumplido tu condena, una muy corta por el crimen que cometiste, dicho sea de paso. Las personas de tu calaña nunca cambian; solo espero que no pongas a nadie del equipo en peligro. Hablaré con el sheriff Craiger para que no te pierda de vista.

—¿Es una amenaza? —Di un paso hacia él, lo que lo hizo retroceder.

—Por supuesto que no. —Marco apareció junto a nosotros con su sonrisa. Pasó un brazo por encima de los hombros de Larson y lo miró—. River era muy cercano a Kaia, jamás le haría daño. Y a nosotros tampoco, así que puedes relajarte.

—Es un asesino —masculló él entre dientes.

—Todo el mundo se equivoca y merece una segunda oportunidad. —Esa vez su voz sonó más dura, lo que hizo que Larson tensara la mandíbula.

—Dudo que la familia de ese hombre opine lo mismo.

Se hizo un silencio incómodo que Kaia rompió sin darse cuenta al acercarse. Marco se volvió hacia ella sonriente, todavía con un brazo sobre los hombros del otro.

—Aquella parte del muro ya tiene la primera capa, ¿quieres que la revisemos?

—Sí. —Kaia nos miró a cada uno con una expresión cauta, como si adivinara la tensión en el ambiente—. River, ven conmigo, la revisaremos juntos.

Pasé por delante de ambos sin mirarlos, con la vista fija en ese rostro delicado y perfecto que me había llamado la atención por primera vez hacía tanto tiempo y que me había acompañado en mi mente durante mis peores momentos.

—¿Todo bien? —murmuró cuando nos alejamos de ellos.

—Sí.

Asintió sin estar convencida, llegamos al otro lado del muro y se agachó para atisbar su interior. Yo la imité, me acerqué un poco más a ella para ver entre las sombras y ella se volvió de repente, lo que hizo que su rostro quedara a escasos centímetros del mío.

—¿Seguro? —preguntó con un hilo de voz.

La contemplé perdido en sus facciones y me percaté de que me había dicho algo, aunque no sabía qué.

—¿Eh?

Mi corazón se saltó un latido cuando sonrió de aquella forma que me calentaba el alma.

—¿Seguro que no ha pasado nada con Larson y Marco?

—Seguro.

Ella puso los ojos en blanco al adivinar mi mentira y yo noté como mi ceño se relajaba un poco.

—Esa es la primera capa. Parece sólida, aunque todavía debe secarse, así que hasta mañana no sabremos si está bien hecha. —Al ver que la miraba, señaló el material que mis nuevos compañeros habían insuflado en el interior del muro—. No deben quedar grietas. De haberlas, tendríamos que retirarlo y volver a empezar.

—¿Y si no las hay? —murmuré, atento de nuevo a su rostro.

—Entonces pasaremos a la segunda capa. Tres en total para confirmar que queda perfecto y que no se dañará en otros cien años. —Apoyó los codos en sus rodillas y giró la cara para mirarme también. Parecía encontrarse mucho más relajada que yo—. Entonces podremos continuar con la reforma tal y como estaba previsto.

Sentí el impulso de apartar el mechón de pelo que caía sobre uno de sus pómulos, pero en su lugar me mordí el interior de la mejilla y me puse en pie de forma brusca. Ella me imitó.

—Tres horas más de trabajo y pararemos a comer. ¿Seguimos con el otro lateral del muro?

—Claro.

Esperé a que pasara por mi lado para seguirla. Mis ojos pasearon por su pelo recogido en un moño ya deshecho. Era de un color cobrizo claro, una mezcla de pelirrojo y rubio, un tono que no había visto jamás en ninguna otra persona. Entonces recordé la foto de su

perfil; su hija tenía exactamente el mismo color. Igual que el de sus ojos verdes.

Mi mirada bajó por sus hombros, su espalda y llegó a su trasero, uno muy redondo y, a juzgar por el contorno, tan firme como recordaba.

Joder.

Desvié la atención hacia mis propias botas para tratar de apartar esas imágenes de mi mente. Mis manos sobre su piel, mis dedos alrededor de sus glúteos mientras sus piernas me envolvían con fuerza y sus labios…

—¿River?

Alcé la cabeza al oír su voz. Me miraba extrañada, como si me hubiera preguntado algo que yo me había perdido por estar distraído con pensamientos que no debía.

—¿Te encargas tú de hacer la mezcla?

Asentí, ella frunció el ceño y agarré un par de sacos para llevarlos hasta la segunda hormigonera. Sentí su mirada a mi espalda y la tentación de volverme para comprobar si ella, como yo, acababa de perderse en mi cuerpo, pero no lo hice. Vacié los sacos en la máquina, añadí el agua junto con el material restante y esperé a conseguir la consistencia adecuada antes de cargarla en la carretilla y llevarla junto a ella.

La jornada laboral iba a ser mucho más dura de lo que había pensado, y no por la faena en sí, sino por mis malditos pensamientos.

8

KAIA

No podía dejar de lanzarle miradas furtivas mientras trabajábamos. Era incapaz de controlar el impulso de contemplarlo, de memorizar los cambios sutiles que el paso del tiempo había implementado en su rostro, en su cuerpo. El más aparente era la cantidad de masa muscular que había ganado.

Siempre había sido un hombre imponente, alto y con los músculos bien definidos, pero en ese momento podía vislumbrarlos incluso a través de la ropa. La sudadera no le quedaba tan ancha como al resto, a pesar de que Val me había asegurado que le había entregado la talla más grande de la que disponíamos. Y los pantalones…

Desvié la mirada avergonzada.

¿Desde cuándo ojeaba cuerpos ajenos de esa manera?

No desde hacía diez años, eso por descontado.

River había llamado mi atención en el instante en el que se había unido al equipo de Bobby y había aparecido en la obra el primer día. Nuestro jefe lo presentó con una sonrisa e intentó hacer una broma, pero él mantuvo su expresión fría e impasible. Su mirada siempre entrenada hacia delante, como si no quisiera conocernos, aunque el dueño de la empresa no permitió que trabajara por su cuenta y lo emparejó conmigo.

Sentí una punzada en el pecho al recordar cómo se había tensado su mandíbula al mirarme. Sus ojos se habían mantenido en mi rostro sin descender por debajo del cuello, algo que no solía ocurrir en un trabajo donde reinaba la masculinidad.

No abrió la boca durante la primera semana, solo se comunicó conmigo a través de gestos o miradas. Asentía o negaba con la cabeza, nada más, como si tuviera que proteger su voz. Lo único que me consolaba era que se comportaba de igual forma con los demás, así que no parecía ser algo personal hacia mí.

No me importó demasiado. En aquel entonces todavía trataba de demostrar mi valía en aquel sector, así que mi atención estaba focalizada en el trabajo y mis amigos, nada más. Jamás me había sentido atraída por nadie; había estado siempre muy ocupada con salir adelante y me costaba una barbaridad confiar en las personas. Sin embargo, con él me sentía cómoda, más que con ningún otro de mis compañeros, a pesar de llevar varios años compartiendo trabajo con alguno de ellos.

Que River no pareciera interesado en ganarse mi simpatía había logrado que me gustara formar equipo con él. Podía perderme en mis pensamientos porque sabía que no los interrumpiría y de alguna manera intuía que no estaba nada pendiente de mí, así que podía ser yo misma y relajarme en su presencia.

—Este lateral también está terminado.

Mis memorias se desvanecieron ante el tono ronco y suave de su voz, el mismo con el que me había sorprendido la primera vez que me había dirigido la palabra.

—Echemos un vistazo. —Me obligué a no contemplarlo durante más de los dos segundos de cortesía y me encaminé hacia el lugar en el que había estado trabajando las últimas tres horas en completo silencio.

Marco se había acercado a él en varias ocasiones con una sonrisa y algunos comentarios amables, pero River había sido escueto en sus respuestas, algo a lo que mi compañero ya se acostumbró años atrás. Los demás parecían más silenciosos de lo habitual, concentrados en sus tareas al otro lado de la vivienda.

Era extraño; mis chicos solían bromear y reír durante toda la jornada laboral. El ambiente que se respiraba en las obras era ligero y divertido, y eran los primeros en integrar a los nuevos compañeros, aunque ese en concreto fuera duro de roer. Su expresión ceñuda, su mirada intensa de ese color azul tan frío y su tamaño no invitaban a acercarse a él.

Era todo fachada, al menos la parte más importante.

No era tan ingenua como para creer que su historial estaba limpio; él mismo había admitido que había tenido que sobrevivir un tiempo en la calle y que para ello había hecho cosas de las que no estaba orgulloso, pero sabía que no quería continuar por aquel camino. Durante aquellos meses pude comprobar que su corazón no era de color negro como él parecía creer. Sus gestos, sus hechos me lo demostraron, aunque luego todo cambiara.

Aparté aquellos pensamientos de mi mente y me concentré en el muro que tenía delante. Examiné cada detalle, confirmé que tenía buen aspecto y me volví hacia él. Ignoré el pinchazo que sentí en el abdomen al percatarme de nuestra cercanía y asentí.

—Buen trabajo. —Miré a mi alrededor para calmar mis pulsaciones y buscar otra tarea para él—. Ayuda a Larson y Alan, por favor.

Su mandíbula se tensó, asintió y fue para allí. Esa vez mantuve mi vista fija en él con la excusa de adivinar su reacción, no porque me estuviera resultando casi imposible concentrarme en mi trabajo. Ambos alzaron la cabeza cuando él se aproximó y vi cómo el rostro de Larson se arrugaba. Alan contempló a River con miedo.

Intercambiaron unas palabras y mis chicos me lanzaron una mirada. Al percatarse de mi atención, ambos asintieron, aunque no pudieron ocultar la tensión en sus cuerpos. Larson dijo algo más, señaló el material que quedaba por descargar y River se inclinó sobre él para ponerse a trabajar.

Sentí una oleada de furia al comprobar que le habían asignado la tarea que nadie quería hacer, una muy tediosa y cansada, que era mover el material más pesado de un lugar a otro. El camión lo dejaba donde podía y nosotros debíamos organizarlo y guardarlo

dentro de la vivienda para mantenerlo a resguardo. Y ese día habían llegado casi trescientos kilos de cemento y arena.

Siempre había odiado que los recién llegados tuvieran que realizar esas tareas, por eso no lo permitía en mi equipo. Los nuevos debían aprender nuestra forma de trabajar, así que solían observar y ayudar en tareas mucho más importantes mientras que el material se guardaba por turnos; cada uno se encargaba de ello durante unos treinta minutos a lo largo de la jornada. De esa forma ni se hacía tan pesado ni se generaban dolores de espalda.

Me mordí la parte interna de la mejilla y volví a mi tarea, aunque no dejé de vigilar lo que ocurría en aquel rincón. Marco charló de forma despreocupada como siempre mientras yo me quedaba con cada detalle: el ceño fruncido de Larson cada vez que miraba a River, la expresión preocupada de Alan, el tiempo que River dedicaba a organizar el material.

Mi malhumor escaló cuando pasaron cuarenta y cinco minutos y nadie se ofreció a continuar con la tarea.

—¿Te importa terminar esto? —murmuré con la vista fija en River.

—Claro que no. ¿Ocurre algo? —Marco aceptó las herramientas que le tendí.

—No lo sé.

Me alejé de él sin prestarle demasiada atención, crucé el jardín e ignoré a Larson y Alan cuando pasé por su lado. Me detuve junto a los palés llenos de sacos y contemplé cómo River transportaba otros cuatro hacia el interior de la casa.

No necesité revisar el peso de los paquetes, lo conocía de sobra; cada uno era de veinte kilos. Salió de allí con la mirada centrada en el suelo, algo que solía hacer cuando trabajábamos para Bobby. Era su forma de ignorar a todo el mundo y evitar acercamientos y conversaciones indeseadas, aunque conmigo nunca había funcionado.

Se detuvo en seco al verme.

—Es mi turno —comenté con calma. Me agaché para recoger dos sacos, evité hacer una mueca de esfuerzo y lo miré de la forma más indiferente que pude—. Ayuda a Marco, por favor.

Di un paso, pero River se colocó frente a mí y se adueñó de los sacos con el ceño fruncido.

—Eres la jefa —apuntó sin moverse.

—¿Y qué? —Hice ademán de recuperarlos, pero no los soltó.

—Que no deberías hacer este trabajo.

Su tono me indicó que no pretendía ofenderme; su rostro denotaba incomprensión.

—Todos realizamos las mismas tareas. Las más pesadas o tediosas no son para los recién llegados; nos turnamos a lo largo del día.

—No me importa hacerlo. —Dio un paso hacia atrás, pero sujeté los sacos con toda la fuerza que pude.

—Me parece genial, pero no vas a organizar todo esto tú solo. Ya has estado aquí un buen rato, así que ahora seguiré yo y después lo hará otro compañero. Dame los sacos, por favor.

Su mandíbula se tensó, pero me tendió uno. Enarqué una ceja, hizo chirriar sus dientes y colocó el otro encima con suavidad, como si temiera que fuera a hundirme bajo el peso.

Eché a caminar todavía enfadada con Larson y Alan. También nerviosa porque cada vez que me acercaba demasiado a River o que intercambiaba una frase con él, mi abdomen se volvía de gelatina. No importaba que hubieran pasado diez malditos años y que hubiera decidido terminar con la relación de forma unilateral; mis sentimientos parecían haber pasado todo ese tiempo adormecidos y se habían despertado casi con la misma fuerza al verlo el día anterior.

Debería haberme sentido furiosa con su comportamiento, asustada ante su condena, humillada por mi reacción al volver a verlo, pero lo único que había sentido desde entonces era un dolor intenso al pensar en cómo se estaría sintiendo él. Mi interior me decía que todo aquello no era lo que parecía, que alguien se había equivocado, que él había acudido al lugar equivocado en el peor momento posible.

Dejé caer los sacos sobre los que ya estaban colocados y solté un gruñido lleno de frustración. Me había prometido que no sacaría el pasado a relucir, que lo dejaría estar, que aceptaría su decisión

después de tantos años, pero no tenía ni idea de si podría cumplir con ello.

Chuté con rabia un tornillo que vi en el suelo y me detuve en seco al ver a River en la puerta con cuatro sacos en sus manos. Me contempló sorprendido, sus ojos escanearon por primera vez mi cuerpo y yo enrojecí; no por su mirada, sino porque hubiera visto mi gesto infantil.

—¿Por qué sigues cargando sacos? —mascullé.

—Porque terminaremos antes si lo hacemos los dos. Y porque no quiero que levantes tanto peso —admitió de mala gana.

—¿Te crees que no puedo con dos sacos? —Esperé a que descargara los suyos para clavarle un dedo en el pecho. Sus labios se volvieron una línea fina—. Llevo haciéndolo más de quince años; te aseguro que puedo con ellos y con mucho más.

Sus ojos se oscurecieron un tono y ese detalle fue suficiente para que mi corazón se desbocara. Fui incapaz de mantener la concentración donde debía y, en su lugar, me distraje con su barba y el tatuaje de su pómulo izquierdo.

Cerré la mano que tenía a la altura de mi cintura en un puño para evitar que fuera a comprobar si esa zona seguía siendo tan suave como siempre y me obligué a volver a centrarme en sus ojos, todavía más oscuros que antes.

Él llevó una mano hacia el dedo que tenía todavía incrustado en su pecho y me agarró con una suavidad que me paralizó. Su mirada viajó por mi rostro, se detuvo en mis labios durante dos segundos y su ceño se frunció algo más.

¿Dónde se había marchado todo el aire de esa habitación?

No conseguía respirar con normalidad.

Un ruido hizo que River me soltara, diera dos pasos atrás y mirara por encima de mi cabeza.

—Kaia, son las tres.

Me di la vuelta, asentí a Marco, que se había detenido en la puerta con una expresión llena de curiosidad, y eché a caminar hacia él. Cuando llegué a su lado, él sonrió, me guiñó un ojo como siempre hacía y se puso en marcha. Me volví antes de salir y vi cómo el rostro de River se había oscurecido.

—Ven con nosotros; te enseñaré el otro proyecto.

Las arrugas de su ceño se alisaron un poco y tardó un segundo en echar a caminar. No esperé a que llegara a mi altura, salí al exterior y traté de convencerme de que debía mantener la cordura.

9

RIVER

Marco me ofreció sentarme en el asiento delantero, pero lo rechacé; necesitaba mantener una distancia de seguridad con Kaia. Había estado a punto de cometer una locura en el interior de esa casa y solo hacía unas horas que nos habíamos reencontrado.

No era como si me sorprendiera; desde el primer instante en el que la había visto había sentido una atracción casi incomprensible por ella. La forma que tenía de mirarme, como si no me temiera ni siquiera cuando todavía no me conocía, como si pudiera ver en mi interior, como si pensara que era una persona normal.

Aparté esos pensamientos de un golpe y me centré en la conversación. Marco charlaba animado sobre lo que parecía ser una película o una serie. Me tensé de nuevo ante la idea de que la vieran juntos en el sofá de su casa. A Kaia solía encantarle acurrucarse en mi pecho, pegarse a mi cuerpo en busca de calor, enterrar su rostro en mi cuello.

¡Joder!

Intenté apagar ese botón que creía tener, el mismo que me había ayudado a vivir bajo las órdenes de Grant en un inicio y a soportar esos años en prisión, pero parecía haber dejado de funcionar, igual que ocurrió al conocerla. Kaia tenía el poder de desestabilizar todo mi mundo solo con su presencia.

Llegamos a otro terreno en el que el equipo iba mucho más avanzado. Me presentó a todo el mundo, me contó que quedaban pocos días para terminar ese trabajo y me enseñó cada rincón de la vivienda. Narró lo que habían hecho, me mostró los documentos con los planos que ella misma había creado y parte del material utilizado.

Luego echamos una mano hasta que sentenció que debía marcharse. El camino de vuelta fue idéntico al de ida, su charla en la que no me entrometí, solo cuando Marco me lanzó alguna pregunta de cortesía. Nos detuvimos en la primera obra y Kaia habló antes de que pudiera apearme del vehículo.

—Siéntate delante.

—Pensaba que mi turno terminaba a las cinco.

—Es tu primer día; siempre os dejamos en libertad un poco antes —respondió ella.

Marco se echó a reír.

—Es cierto, pero eso solo ocurre hoy, así que aprovecha la oportunidad. Nos vemos mañana, preciosa. —Le dio una palmada en la mano a Kaia y salió de la furgoneta. Me hizo un gesto con la mano desde fuera y se alejó con paso rápido.

—Venga, que quiero sorprender a Farren.

Salí yo también, me senté delante y la contemplé sin entender nada.

—¿Quién es Farren?

Ella se tensó, aunque fue solo un instante; luego me miró de reojo.

—Mi hija. Quiero ir a buscarla al colegio. Necesito llamar a Reid un momento.

Manipuló su teléfono, conectó el altavoz y arrancó.

—Qué raro que me llames —respondió él al segundo tono.

—Te llamo muchas veces —suspiró ella—. Acabo de salir del trabajo, así que no hace falta que recojas a Farren.

—Adoro recoger a mi sobrina. —Su voz sonó casi desilusionada —. ¿Qué haré hasta que Eden salga del hostal?

—¿Molestar a Nyla y Atlas?

—Me gusta más hacerlo con Farren. ¿La vas a llevar al bar? Si es así, voy para allá.

—No, haremos los deberes juntas en casa. —Kaia volvió a mirarme de reojo—. Ve a casa de Dax si no tienes nada que hacer. O ayuda a Sylvie en el refugio.

—Nada es comparable a la locura del pequeño terremoto —se quejó él—. Por cierto, ¿cómo ha ido el…?

—Bien, tengo que dejarte —lo cortó ella—. Estoy conduciendo y necesito toda mi atención en la carretera.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

Y colgó.

Permanecimos en silencio unos minutos, ella con la vista fija al frente y yo en el paisaje. Entramos al pueblo poco después.

—Déjame aquí mismo. No quiero que llegues tarde por acercarme a la cabaña.

—Farren no sale hasta las cinco.

Miré el reloj en la pantalla del vehículo; quedaba una hora por delante.

El silencio nos rodeó de nuevo mientras recordaba la despedida de Marco. Le había tocado una mano, no se había acercado a darle un beso, aunque puede que fuera por mí, porque me encontraba en el coche con ellos. Marco sabía que habíamos estado juntos en el pasado; lo más seguro era que se sintieran incómodos por mí.

Entonces, la última frase que había soltado resonó en mi mente.

«Nos vemos mañana, preciosa.»

¿Mañana?

—Hemos llegado. —Kaia me contempló con curiosidad.

Había detenido el coche frente a la cabaña y esperaba a que me bajara del coche. Sin embargo, mi cuerpo no se movió, demasiado confundido para procesar ese detalle que no dejaba de repetirse en mi mente.

—¿No vives con Marco?

Mis palabras nos sorprendieron a ambos por igual. Ella abrió mucho sus ojos y su boca antes de sonreír de lado.

—¿Por qué iba a vivir con él? ¿Crees que mis ofertas de trabajo van acompañadas de una habitación en mi casa?

Solté un sonido molesto, me crucé de brazos y fijé mi mirada en su rostro.

—Pensaba que erais una familia.

—Lo somos. —Respondió de inmediato y mi abdomen dio un vuelco—. Por eso me cuesta tanto encontrar personal nuevo.

La miré sin comprender hasta que me percaté de que hablaba de su equipo.

—Me refiero a Marco, Farren y tú.

Mierda, no sabía por qué estaba hurgando en la llaga.

Ella se echó a reír, aunque no había ninguna diversión en sus ojos.

—Jamás he tenido nada con Marco. Es mi mano derecha, el que más tiempo lleva trabajando conmigo.

—¿No es el padre de tu hija?

No entendía nada.

—No. Solo somos nosotras dos. —Su voz se fue apagando y me quedó claro que era un tema delicado, así que no pregunté más. Quizá se había marchado o había muerto. —No necesitamos a ningún hombre con nosotras.

Alzó ambas cejas al lanzarme esa flecha directa al pecho. Yo la había abandonado al entrar en la cárcel y no acceder a sus visitas, y lo había hecho sin darle ninguna explicación.

Asentí con la cabeza, abrí la puerta y salí sin decir nada más. ¿Para qué?

Avancé dos pasos antes de oír su puerta. Me giré para contemplarla. Vino hacia mí decidida y por un instante temí que fuera a besarme, aunque me reí de mi propio pensamiento. Era mucho más probable que me diera un puñetazo en lugar de un beso, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Se detuvo frente a mí con su mirada verde fija en la mía.

—¿Por qué?

Supe a qué se refería; sin embargo, preferí hacerme el tonto.

—¿Qué?

—¿Por qué aceptaste la condena?

Mi corazón se saltó un latido y todo el aire de mis pulmones desapareció. Pensaba que quería saber el motivo por el que no había

accedido a sus visitas.

—¿A qué te refieres? —Mi voz fue un susurro ronco.

—Ni siquiera aceptaste una defensa en condiciones.

—No era necesario.

Sus ojos se incrustaron en los míos y temí que pudiera ver el interior de mi mente y encontrar todos los secretos que había guardado a lo largo de mi vida.

—Las pruebas no eran directas. Esa condena se debió a tu confesión. —Lo dijo con tanta rabia bajo su expresión calmada que mis pulsaciones se descontrolaron.

—Necesitaba cumplir con el castigo.

—¿Por qué?

Bum. Bum. Bum.

Mi corazón latía tan fuerte que podía oírlo de forma tan clara como la voz de la única mujer que había logrado derrumbar todas mis defensas.

—Por el crimen cometido.

Su ceño se frunció todavía más.

—Tú no lo hiciste.

Mi corazón se detuvo del todo y una presión enorme se instaló en mi pecho.

¿No creía que hubiera matado a un hombre? ¿Por eso se había pasado los siguientes dos meses intentando visitarme? ¿Todavía pensaba que era una buena persona a pesar de que había intentado convencerla de lo contrario durante el tiempo que habíamos estado juntos?

—Sí lo hice.

Dos largos segundos pasaron mientras sus ojos escrutaban los míos en busca de la verdad. Luego vi la duda en su rostro, aunque solo fue un instante, pero el suficiente para sentir un dolor agudo en el abdomen.

—Pagué por lo que debía —insistí con un gruñido.

Luego me di la vuelta y avancé hacia la cabaña sin girarme ni una sola vez. Cerré la puerta a mi espalda, me apoyé en ella y solté una retahíla de maldiciones entre dientes. No me atreví a moverme

hasta que oí el motor del coche. Conté hasta diez antes de echar un vistazo por la ventana y confirmar que Kaia se había marchado.

Di unos pasos por el salón sin saber qué hacer con esa sensación tan cruda que me oprimía el abdomen y lo único que se me ocurrió fue incrustar mi puño en la pared. Los ladrillos no evitaron que se resquebrajara, pero al menos no se formó un agujero como habría ocurrido de estar hecha de madera.

Contemplé el desperfecto con el corazón a mil y me centré en el dolor que comenzaba a extenderse por mi mano. Me acerqué a la cocina, abrí el grifo y coloqué mis dedos bajo el chorro de agua. Sentí un alivio inmediato, aunque no me sirvió para controlar los pensamientos que inundaron mi mente, todos sobre ella. Sobre nuestro pasado y sobre el presente. Imágenes que sabía que no podría ignorar y aún menos sabiendo que no había rehecho su vida.

10

KAIA

Detuve el coche frente al Ayuntamiento, me apeé de él sin perder tiempo y corrí hacia la puerta enorme de madera que permanecía abierta a modo de invitación. Eché un vistazo a mi reloj y maldije entre dientes. No quería llegar tarde, no el primer día que Loretta y Nyla ofrecían esa actividad. Era importante que nos uniéramos a ella para demostrar a los demás que también podían hacerlo. Y de paso, para ayudar, si era posible, a las supervivientes con las que llevaban trabajando varios meses.

Nuestra alcaldesa había iniciado ese proyecto social para que víctimas de violencia de género, abusos o incluso trata de personas tuvieran un espacio en el que socializar, aprender nuevas habilidades y sentirse más seguras con sus propios cuerpos y ante los demás.

Se impartían talleres y clases de todo tipo, aunque la más importante era la de defensa personal, ya que proporcionaba una medida de defensa que ellas podían aplicar si se encontraban ante una situación complicada, algo que era poco probable. Sin embargo, las hacía sentirse mejor consigo mismas dado que les generaba más seguridad.

Y a pesar de que el proyecto social iba viento en popa, Loretta no podía quedarse quieta más de dos minutos; por eso había decidido abrir ciertas clases para que cualquier persona del pueblo y

alrededores pudiera acudir si así lo deseaba. Por un lado, esperaba que las supervivientes socializaran con gente que no hubiera sufrido lo mismo que ellas y, por otro lado, quería que todo el que quisiera aprender a defenderse pudiera hacerlo.

Frené en seco al llegar a la sala enorme en la que tenía lugar la clase. Todavía no había empezado, aunque todo el mundo se encontraba en su lugar. Nyla estaba sobre la tarima con Zion, Dax, Reid y Aldric. Ella charlaba con las mujeres que se habían situado en primera fila y reía despreocupada; Reid escuchaba a Loretta y asentía de forma solemne, y los demás permanecían en silencio con sus expresiones hoscas habituales.

—¡Ma!

Mi mirada fue directa a la voz de la persona más importante de mi mundo. Mi hija alzó la mano y la movió de un lado a otro para llamar mi atención. Me mordí el labio para no sonreír cuando se puso a saltar, haciendo reír a los que se encontraban a su alrededor. Zuri y Faith se encontraban junto a ella.

Farren me tendió su puño a modo de saludo, pero la ignoré y la atraje hacia mi cuerpo para darle un abrazo; luego peiné su cabello y le di un beso en la frente. Ella puso los ojos en blanco, aunque no se separó de mí.

—¿Dónde están los demás?

—Tío Atlas se ha quedado al frente del bar, tío Crew ha dicho que tenía un cliente y tío Gael no ha cogido el teléfono.

Mis amigas sonrieron de la misma forma.

—Vamos, que se han acobardado —adiviné.

Las tres asintieron a la vez.

—Están hechos el uno para el otro. —Zuri soltó una risita y Faith le guiñó un ojo.

—¿Y Eden? —Fruncí el ceño al no verla.

—Debería haber llegado ya. —Faith miró hacia la puerta, sus labios formaron una sonrisa orgullosa y eso me instó a buscar la causa.

Eden acababa de entrar con Revel. Ella la seguía de cerca con los ojos fijos en el suelo y una expresión que dejaba entrever la tensión que sentía. Algunas vecinas las saludaron cuando pasaron junto a

ellas; Eden sonrió como siempre y Revel asintió nerviosa. Luego desvió la mirada hacia un lado y su rostro se relajó antes de que sus mejillas se sonrojaran. Seguí sus ojos y me encontré con Aldric, que la contemplaba con una intensidad que me dejó sin aliento.

Centré mi atención en ellas de nuevo y me mordí el labio para no sonreír.

—Lo siento, me entretuve con la preparación de la cena —soltó Eden al llegar hasta nosotras.

Revel abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar.

—Habéis llegado en el momento perfecto —aseguró Zuri situándose al lado de la melliza de Dax.

Su hermano también la observaba desde la tarima, aunque su rostro mostraba una mezcla de preocupación y sorpresa ante su presencia.

Revel no había vuelto a pisar aquella sala desde su secuestro, que había deshecho todo lo que había conseguido las semanas previas y había incluso logrado que se retrajera todavía más en ella misma. Sin embargo, Zuri había acertado insistiendo en que cuidara de Mina, la loba que pretendía hacernos creer que era un perro, y sabía que Aldric le había dado alguna clase más de defensa personal en el hostal. Así que su presencia era todo un logro que debíamos celebrar cuando termináramos.

—Bien, vamos a empezar. Algunas de vosotras ya sabéis cómo funciona esto. —Nyla sonrió hacia las supervivientes, que se mantenían juntas en un lateral de la sala—. Sin embargo, hoy es un día especial porque hemos abierto esta clase para todo el que quiera o necesite aprender a defenderse, que en mi opinión deberíamos ser todos.

»Somos cinco instructores, así que formaremos cinco grupos. Si os fijáis, nosotros ya estamos posicionados, así que solo tenéis que escoger a uno y situaros frente a él, aunque procurad que los grupos sean equitativos.

La mayoría de las supervivientes ya se encontraban cerca de Nyla, aunque había otro grupo frente a Zion y alguna más cerca de Dax. Aldric solo contaba con un par en su lado. Zuri se dirigió hacia él sin decir nada y las demás la seguimos. Nuestras vecinas también

escogieron a su favorito; todo quedó en silencio y Nyla nos lanzó esa sonrisa que prometía más guerra que paz. Fue entonces cuando me percaté de que Farren saltaba frente a ella y algunas de las supervivientes sonreían ante sus gracias.

Mi pequeño terremoto inició una charla con ellas sin saber lo que su personalidad transmitía a los demás: confianza, felicidad, comodidad.

—Creo que Farren ha escogido el grupo correcto —comentó Zuri con una sonrisa.

—Esa niña es una bendición —murmuró Eden con una expresión repleta de amor.

Mi pecho se llenó de calidez y yo asentí.

—¿Tú no deberías estar en otro grupo? —Faith disimuló una sonrisa diabólica al dirigirse a ella.

Reid la miraba fijamente desde la tarima.

—Ya hay mucha gente allí…

—Tu prometido te quiere en sus filas —aseguré.

Ella alzó la vista, pero dudó, hasta que él carraspeó. Luego hincó una rodilla en el suelo y el murmullo dio paso a las exclamaciones de sorpresa. Eden se puso más roja que nunca mientras él sonreía de forma abierta.

—Eden Moore, ¿quieres formar parte de mi equipo?

—Dios mío —murmuró ella avergonzada.

Nuestras vecinas comenzaron a corear su nombre y ella intentó hacerse más pequeña. Zuri la contempló con las mejillas encendidas y una mueca de angustia.

—Ya me dijiste «sí» una vez —continuó él.

—Fuiste tú el que lo dijo.

Me sorprendió que lo rebatiera delante de todos. Negó con la cabeza y caminó hacia su prometido, que ya se había levantado y la esperaba con los brazos cruzados y la sonrisa más grande del mundo.

—No volverás a adelantarte a mis peticiones —aseguró.

Loretta se pasó una mano por la cara como si no pudiera creer que la liáramos en cualquier situación, al menos Nyla y Reid. Los demás éramos capaces de comportarnos.

—Empecemos con la clase —dictó y cada instructor se dirigió a su grupo.

Aldric se colocó en el centro del nuestro y gruñó algunas instrucciones. Nos propuso formar parejas, aunque al ser impares, una quedaría libre. Zuri dio un paso hacia Revel, pero la intercepté. Frunció su ceño, miró a nuestro alrededor y le lancé una mirada a Faith para que escogiera a una de las vecinas. Sin embargo, Marjorie fue directa a Aldric.

—Somos impares, ¿serás mi pareja? —preguntó con voz alta y clara. Luego batió sus pestañas.

¿En serio?

—¡Yo puedo ser tu pareja! —saltó Faith de inmediato. Se aproximó a ellos y sonrió como una lunática antes de señalar su cuerpo—. Medimos y pesamos más o menos lo mismo; eso nos hace la pareja ideal.

—Tiene razón —masculló Aldric. Aprovechó la confusión para acercarse a nosotras, extendió su mano hacia Revel y ella la tomó sin vacilar—. Dejad un metro de distancia entre vosotras: una será la atacante y la otra la víctima. Luego cambiaremos roles. Empezad.

Nos dio la espalda como si no le interesara lo más mínimo ver nuestros movimientos y se centró en Revel, que lo contemplaba con timidez a la par que confianza. Sus mejillas habían subido un tono, pero ya no había rastro de la tensión que se había aferrado a su cuerpo al llegar a la clase.

Alcé una ceja y disimulé una sonrisa que Zuri imitó. Practicamos y repetimos un movimiento tras otro, ambas con nuestra atención puesta en la pareja, que parecía ajena a lo que ocurría a su alrededor. Mi abdomen se encogió al pensar en ese sentimiento, uno que había sentido en infinidad de ocasiones con cierto hombre que aseguraba ser un asesino.

Nos despedimos de los demás al terminar la clase y nos encaminamos hacia el bar para cenar. Aldric y Revel fueron los primeros en desaparecer hacia el hostal, seguidos de Eden y Reid, que quisieron ir a por la cena con Zion y Dax. Faith, Nyla y Farren caminaban delante de nosotras mientras charlaban entusiasmadas, y Zuri y yo permanecíamos unos pasos por detrás en silencio.

—Me alegra ver que Revel confía en Aldric —murmuró a media voz.

—A mí también, aunque no sé cómo se lo tomará Dax.

Ella sonrió confiada.

—Irá bien.

—¿Cómo puedes saberlo todo siempre?

—Mis poderes —bromeó con una risita.

—Te envidio. Me encantaría tenerlos en ciertas ocasiones. —Me mordí el labio para no decir nada más, aunque era inútil; ella no necesitaba más para comprenderme.

—Todo el mundo los tiene, solo que algunos están más acentuados que otros.

Sus dedos rozaron los míos, así que la cogí de la mano y sonreí para tranquilizarla.

—Tienes razón.

Giramos la esquina en ese momento y, como la estaba mirando, no vi que alguien apareció frente a nosotras hasta que mi rostro impactó en su pecho. Un olor conocido me envolvió, igual que sus manos, que me aferraron de la cintura para estabilizarme. Llevé las mías hacia su abdomen y las apoyé sobre él sin pensar. Luego alcé la mirada y me encontré con la suya, tan azul y tan intensa.

Su rostro mostraba sorpresa y tensión, aunque se recuperó al instante. Su ceño se frunció, sus dedos soltaron mi cuerpo y dio dos pasos atrás. Sus ojos se posaron sobre Zuri, que permanecía junto a mí.

—Lo siento, no estaba mirando —murmuré entre avergonzada y nerviosa.

Él volvió a mirarme, me estudió un instante y negó con la cabeza.

—Iba demasiado rápido.

Di un paso hacia Zuri y tomé su mano de nuevo. Ella la apretó con suavidad.

—¿Recuerdas a Zuri?

River tardó un par de segundos en desviar la vista hacia ella y asentir.

—Me alegro de verte. —Ella susurró las palabras con una sonrisa, aunque pude ver que estaba nerviosa.

Él volvió a asentir.

—Tengo que irme. —Vaciló una milésima de segundo como si quisiera decir algo más, pero me rodeó con rapidez y desapareció.

Zuri soltó una bocanada de aire y a mí se me escapó una risita extraña.

—Impone todavía más que antes —comentó en voz baja.

—No sé qué narices debe comer —bromeé para calmar mis nervios. Sin embargo, mis manos habían comenzado a temblar.

Zuri me dio un nuevo apretón y se situó frente a mí.

—No lo temes.

No fue una pregunta, pero negué de todas formas.

—Debería hacerlo. La semana pasada me aseguró que había cometido ese crimen. —Algo no funcionaba en mi cerebro, estaba claro.

—Pero no lo creíste. —Sus ojos me perforaron—. No del todo.

—No sé qué pensar —admití en un susurro.

—No tienes que hacerlo. —Llevó una mano a mi pecho y la situó sobre mi corazón—. Solo sentir.

—¿Y si me equivoco? ¿Otra vez?

—¿Fue una equivocación la primera?

—No. ¿Cómo podría serlo si me dio lo que más quiero? —Sonreí al pensar en Farren y Zuri me devolvió el gesto.

—Confía en tus instintos, en tus poderes. —Me rodeó con sus brazos y apoyó su nariz en mi cuello, así que la abracé por la cintura con fuerza—. Yo tampoco me he sentido en peligro.

Mi abdomen se contrajo y una oleada de alivio cruzó mi cuerpo. No tenía ningún sentido, pero eso fue todo lo que necesité para dejar ir la duda diminuta que se había instalado en mí tras la conversación que habíamos tenido aquel día.

Desconocía si estaría equivocada o no, pero que Zuri estuviera de mi parte me llenó de esperanza y tranquilidad. También de confianza.

11

RIVER

Pretendía pasar un rato en el bar situado en la calle principal, pero había visto como Nyla, una de las amigas de Kaia, entraba en él acompañada de Farren. No había podido olvidar su nombre, tampoco su aspecto; al fin y al cabo, era idéntico al de su madre.

Por eso me había alejado de allí a toda prisa, temeroso de que me viera, a pesar de no conocerme. Y eso me había llevado a girar la esquina y toparme con ella. Mis manos habían salido disparadas hacia su cintura sin mi permiso y la habían acercado más de lo necesario a mi cuerpo, aunque ella se sorprendió tanto por el impacto que no se percató de ello. Sin embargo, su amiga Zuri sí que lo vio.

Su mirada había escaneado nuestros cuerpos con rapidez, como si estuviera acostumbrada a estudiar cada detalle de todo lo que ocurría a su alrededor. Kaia me había hablado de ella cuando estuvimos juntos, me había contado que era capaz de sentir lo que otros sentían a su alrededor.

Hui también de ella porque tenerla tan cerca, notar su cuerpo bajo mis dedos y ver esa expresión tan clara hizo que mis tripas temblaran, y no podía permitir que eso ocurriera. Debía mantener la distancia con ella porque lo último que quería era herirla de nuevo.

Había transcurrido una semana desde nuestra charla, siete días en los que apenas nos habíamos dirigido la palabra. Kaia me había recogido en casa cada mañana y me había traído de vuelta cada tarde sin excepción, pero no habíamos vuelto a conversar como ese día. Las pocas veces que me había hablado había sido para saludarme o darme instrucciones en la obra, nada más. Y yo había mantenido mi silencio en un intento de no acortar la nueva distancia que había creado entre nosotros.

Jamás habría pensado que me considerara inocente del crimen, aunque ella siempre había querido ver mi mejor versión, incluso antes de que yo mismo considerara que podía existir. No conocía mi pasado; en su día decidimos que era mejor no tocar ese tema, así que solo le conté algunas pinceladas: que mi infancia no había sido fácil y que había tomado la vía más directa.

Jamás le hablé de Grant porque no podía confesar lo que había sido capaz de hacer por él, en quién me había convertido durante tantos años, el tiempo que me había costado buscar otra manera de vivir. Tampoco le expliqué en lo que estaba metido, en que ese desgraciado la tenía en el punto de mira, en lo que pretendía obligarme a hacer.

Sacudí la cabeza con violencia para sacar esos pensamientos de mi mente. Miré a mi alrededor y me percaté de que me encontraba a las afueras del pueblo, así que me dirigí a la cabaña, aunque no me apetecía nada volver allí. Aquel lugar me recordaba demasiado a ella, a los momentos que habíamos pasado juntos entre esas cuatro paredes.

Mi teléfono vibró en el bolsillo de mis pantalones. Fruncí el ceño, porque solo dos personas tenían ese número, y con una acababa de toparme en la calle.

¿Has tomado ya una decisión?

Apreté la mandíbula al reconocer el número. Bloqueé la pantalla y volví a guardarlo sin responder. Llegué a la cabaña, abrí la nevera y contemplé mis opciones. Preparé lo que pude con lo primero que vi

y me lo comí en silencio sentado en las escaleras del porche. Me tensé al oír un ruido. Unos ojos brillantes me contemplaban desde el otro lado de la maleza. Nos estudiamos en silencio durante un buen rato antes de que se movieran. El zorro se acercó con calma y se detuvo a pocos metros; luego se sentó sin desviar su mirada de la mía.

Me llevé otra cucharada a la boca antes de dejar el plato sobre las escaleras y meterme en casa. Cuando pasé por la ventana, vi que olisqueaba la comida. Fregué la cuchara, bebí un vaso de agua y volví a detenerme frente a la ventana. Ya no había rastro del zorro, tampoco del plato.

Genial.

Me dejé caer en el sofá y miré el techo de madera. Estaba lleno de humedades y telarañas, igual que las paredes. Cerré los ojos, pero su rostro lo invadió todo. Vi sus ojos verdes llenos de esperanza y calidez y luego la expresión que puso cuando le aseguré que había cometido el crimen. Ese brillo había desaparecido para dar paso a una emoción más oscura. Había esperado ver terror en ellos, aunque fue dolor lo que los invadió. Dolor ante lo que había hecho. Y furia.

Coloqué un brazo sobre mis ojos en un intento de hacerla desaparecer, pero fue imposible. Kaia siempre había vivido en mi pensamiento, desde el momento en el que su mirada había entrado en contacto con la mía aquel primer día bajo las órdenes de Bobby.

Me levanté de un salto cuando fue un rostro infantil el que se coló junto al de ella y un pinchazo me dejó sin respiración. No quería pensar en que había mantenido una relación seria con alguien y que de esa unión había salido Farren.

Joder, la pequeña me obsesionaba casi tanto como su madre. Porque era suya, porque era una copia idéntica.

Me levanté de un salto, agarré la caja de herramientas y salí de nuevo al porche. Había encontrado unas maderas viejas en el garaje. No eran del mismo tono, pero servirían para reparar el agujero. Comprobé que ningún animal había caído en él antes de taparlo y asegurar la tarima.

Hice una mueca ante el parche, pero no tenía dinero en aquel momento para hacer algo mejor. Hasta que no cobrara mi

mensualidad no revisaría materiales ni haría planes de reforma. Tampoco tenía prisa por ver la cabaña arreglada, aunque sí que necesitaba la distracción para mantener mi mente a raya.

Mi teléfono volvió a vibrar en mi bolsillo y esa vez no tuve duda de quién se trataba. Grant odiaba que no le respondieran al instante, y yo lo había ignorado.

Me estoy cansando de esperar.

Y yo de su maldito juego desde hacía tantos años.

Dejé el aparato sobre las escaleras, di unos pasos por el jardín —más bien por el bosque que rodeaba la cabaña— y me tumbé en el suelo. Coloqué los brazos bajo mi cabeza, fijé la mirada en el cielo negro plagado de estrellas brillantes y dejé que la inmensidad se adueñara de mí. La brisa helada azotaba mi rostro sin que calara en mis huesos. Había pasado frío, hambre, miedo, dolor durante tantos años que había aprendido a ignorarlo todo, a desentenderme de esas emociones, a apagar el interruptor que las controlaba.

Me quedé allí inmóvil durante horas hasta que me cansé de mis pensamientos y decidí refugiarme en el interior de la cabaña. Recogí el teléfono al pasar junto a él y comprobé que no tenía mensajes nuevos, pero sí seis llamadas del mismo número.

No me importó lo más mínimo.

No pensaba volver con él.

Y tampoco iba a permitir que se acercara a Kaia.

12

KAIA

Había dejado a River en la obra, les había dado instrucciones a los chicos y me había marchado antes de que mis manos se pusieran a trabajar porque necesitaba poner al día la parte que más aborrecía de mi negocio: el papeleo.

Contaba con un gestor que me ayudaba de vez en cuando, pero no quería desentenderme del todo de aquella tarea porque consideraba que ser la dueña conllevaba una serie de responsabilidades y no todas se podían delegar, al menos, no completamente.

Odiaba los números y mi cerebro intentaba apagarse cada vez que le ponía una factura delante; siempre había sido así, incluso durante mi tiempo en el instituto de Sweet Meadows. Sin embargo, desde un inicio había decidido que me haría cargo de incluso lo que más aborreciera porque eso significaba que había conseguido cumplir mi sueño y crear mi propia empresa.

Entré en la oficina con un suspiro y Val se echó a reír al verme.

—Pensaba que esta vez el papeleo te vencería y Richard tendría que encargarse de todo —me dijo a modo de saludo.

—Tengo dos horas —farfullé desganada.

Me dirigí a mi despacho, me dejé caer en la silla y encendí el ordenador. Ni siquiera pude distraerme mientras revivía porque no

tardaba ni tres segundos en hacerlo.

Val entró con una taza de café y una caja de cartón en la mano. Me enderecé como si así pudiera ver lo que había en su interior y ella disimuló una sonrisa.

—Para que te animes un poco. —Dejó todo sobre el escritorio y esperó a que abriera la caja.

—Te adoro. No sé qué haría sin ti.

Fui a coger el trozo de pastel, pero me apartó la mano de un movimiento, lo que hizo que yo bufara como un gato.

—Solo la mitad. La otra mitad será tu recompensa al finalizar la tarea.

Fruncí el ceño de una forma muy parecida a como lo hacía Farren cuando no le gustaba algo y luego puse los ojos en blanco.

—De acuerdo. —Acerqué la mano de nuevo, esa vez con desconfianza, pero mi secretaria y amiga no me lo impidió, así que me llevé un trozo a la boca y se me escapó un gemido—. ¿Lo ha hecho Eden?

—Por supuesto. Le pedí que preparara uno para darte ánimos. Seguro que te ha guardado un trozo más grande en el hostal.

Sentí una oleada de calor al pensar en ella, en todos mis amigos, mi familia.

—Voy a revisar esto —suspiré al terminar la mitad acordada.

Bebí un trago largo de café, abrí las carpetas correspondientes y casi me puse a llorar al ver la cantidad de facturas que tenía pendientes, las de los últimos tres meses. ¿Por qué no las había revisado de forma mensual como debía?

—Estaré en la recepción, querida.

Asentí con un puchero y me concentré en la primera. Fue doloroso, pero cogí ritmo rápido y las fui organizando conforme las leía y comprobaba que todo era correcto, hasta que encontré una que no entendí. Busqué el contrato con ese proveedor que no me sonaba de nada y lo encontré entre los de los demás. Lo leí con atención, revisé la fecha y volví a la factura.

Siempre trabajábamos con las mismas empresas, ¿cuándo habíamos cambiado a aquella?

La busqué por internet, confirmé que se encontraba en Bartlett, que los datos coincidían con los del contrato y cerré los ojos en un intento de hacer memoria, pero mi cerebro me devolvió una imagen en blanco. Volví a la factura y comparé los precios estipulados. Eran más elevados de los que solíamos aceptar; claro que llevábamos tanto tiempo con nuestros proveedores que solían hacernos algunos descuentos.

Me centré en los materiales comprados y vi que eran los que siempre utilizábamos. ¿Por qué los habíamos adquirido a través de otra empresa y con un coste más elevado? No tenía ningún sentido.

Eché un vistazo al reloj y maldije al ver que llevaba casi media hora atascada con esa factura. Necesitaba avanzar o no terminaría a tiempo, así que busqué el contacto de Marco y esperé. Él no se encargaba de ese tipo de tareas, pero solía contárselo todo; seguramente habríamos hablado de un nuevo proveedor.

—Hola, preciosa.

—Marco, ¿te suena una empresa llamada Concrete and Water? —Se hizo el silencio al otro lado, así que volví a hablar—. Tenemos un contrato y una factura con ellos.

—Ah, debe ser la empresa que nos suministró material cuando Elliot tuvo aquel problema de stock. ¿Recuerdas que hace un par de meses no pudimos gestionar la compra con él?

—Tienes razón. —Aquello sí que me sonaba.

—Encontramos ese proveedor en Bartlett y, aunque sus precios eran más elevados, nos facilitaba el material al día siguiente.

—Ya me acuerdo. Gracias, llevaba media hora parada con esto.

—¿Quieres que me acerque y te eche una mano?

Sonreí ante su tono amable. Marco siempre estaba dispuesto a ayudarme con lo que fuera.

—No te preocupes, solo me quedaré treinta minutos más y volveré a la obra. ¿Cómo vais?

—Bien, avanzamos con rapidez y sin ningún incidente.

—¿No hay más desastres ocultos? —bromeé más relajada tras descubrir de qué iba esa factura.

—Ni uno. Crucemos los dedos para que se mantenga así hasta mañana. —Él se echó a reír.

—Perfecto, pues nos vemos en un rato.

—Avísame si encuentras algo más que no cuadre; seguro que podremos sacarlo entre los dos.

—Gracias, Marco.

—Estoy aquí para ti, K.

—Lo sé.

Colgué la llamada, eché un vistazo al pastel que me esperaba y me obligué a centrar mis ojos en las ocho últimas facturas que quedaban. Sin embargo, el rostro prohibido se abrió hueco en mi mente y me retó con su mirada intensa y azul.

—No.

Mi voz sonó clara y fuerte, aunque no sirvió para que River desapareciera. Hice rodar mis ojos porque lo último que me faltaba era volverme majara por su culpa y le prometí al estúpido de mi cerebro que podríamos deleitarnos con su cara y su cuerpo en menos de una hora si me ayudaba a revisar las facturas que quedaban. No le hizo gracia, pero accedió.

Treinta minutos más tarde salí del despacho con el pastel en la boca, el café frío en una mano y la carpeta de los contratos en la otra. Me detuve en la recepción y le tendí el vaso de cartón a Val, que se echó a reír. Al darme cuenta de lo que había hecho, lo intercambié por la carpeta.

—Dile a Richard que ya puede ponerse con las facturas de este trimestre —balbuceé con la boca llena.

No sé cómo me entendió, pero Val asintió sonriente.

—No conozco a nadie que tenga tanta prisa por volver al trabajo, y menos a uno tan cansado y exigente como el tuyo.

Me encogí de hombros porque no quería volver a enseñarle el contenido a medio masticar ni tampoco perder tiempo.

—A menos que estés ansiosa por ver a cierto hombre con unos músculos impresionantes y una mirada de infarto.

Solté un sonido que pretendía ser de burla, pero me atraganté y empecé a toser. Ella negó con la cabeza, me tendió una servilleta y me ofreció su vaso de agua. Mastiqué y tragué mientras trataba de mantener la tos bajo control para no desperdiciar ni una miga y luego vacié el vaso de agua.

—Joder, casi me asfixio —solté cuando pude hablar.

—De tal palo, tal astilla —comentó risueña—. A Farren le ocurrió lo mismo el otro día mientras te esperaba.

La contemplé con el ceño fruncido.

—¿Con qué se atragantó exactamente?

—Con un trozo de tarta de chocolate —admitió con calma.

—Pensaba que sus expresiones de pena no te afectaban. ¿Es que no hay nadie en este pueblo capaz de decirle que no? —suspiré.

—Tú, y no siempre.

—No sé qué pasará cuando se haga mayor —mascullé entre dientes.

—Que conseguirá todo lo que quiere, aunque con esfuerzo y trabajo.

—Eso espero —ladré antes de que la puerta se cerrara a mi espalda.

Mi hija era responsable y demasiado astuta para su bien, y tenía una adicción insana al azúcar, lo que no lograba controlar porque sus tíos y, en general, cualquier persona que vivía en el pueblo le entregaban dulces cada vez que ella los miraba de una determinada manera. Los tenía a todos en sus manos; era increíble. Por suerte, no era un comportamiento generalizado. No utilizaba sus encantos en el colegio o para lograr sus objetivos, solo para que le ofrecieran pasteles, caramelos y chocolate.

Conduje con un nudo en el abdomen porque esa mañana no había intercambiado ninguna palabra con River, como los días anteriores desde que me había asegurado que había sido el autor del crimen. Seguía sin creerlo, aunque había aprovechado para incrementar la distancia entre nosotros porque cada vez me costaba más mantener mis sentimientos a raya y hasta yo sabía que no era una buena idea dejarlos fluir, al menos por el momento.

Aun así, mi cuerpo, mi mente y mi corazón reaccionaban a él y eso no podía frenarlo, solo disimularlo con mi expresión siempre compuesta y relajada. Nadie tenía por qué saber que mi interior era un volcán cada vez que me encontraba junto a él, aunque de alguna forma sabía que él podía adivinarlo. Siempre lo había hecho.

Detuve el coche junto a los de los demás, bajé de un salto y fruncí el ceño al no ver a nadie en el jardín. Tampoco oí el murmullo de las herramientas que solían acompañarnos: taladros, hormigoneras, martillos.

Qué extraño.

Me acerqué a la casa y oí voces. Me tensé de inmediato porque, aunque no podía entender las palabras todavía, el tono era agresivo y airado. Al entrar en la sala principal encontré a todos mis chicos enzarzados en una discusión: River y Marco estaban a un lado y los demás al otro.

—¡Ha sido él! —ladró Larson con el dedo hundido en el pecho de River, que lo contemplaba como si estuviera a un segundo de rompérselo de un movimiento.

—No tenemos ninguna prueba. —Marco trató de ser razonable—. Él ha llegado a la misma hora que nosotros esta mañana, y lo ha hecho con Kaia.

—Lo habrá hecho durante la noche.

Varias voces le dieron la razón y el rostro de River se oscureció todavía más.

—Os advertí que solo nos traería problemas. —Larson volvió a colocar su dedo sobre el pecho musculoso.

—No me toques —murmuró River con un tono tan letal que se hizo el silencio.

Crucé la sala con rapidez, aparté el dedo de Larson de un manotazo y me colé entre ellos, lo que hizo que mi espalda descansara directamente en su cuerpo.

—¿Qué narices está pasando aquí?

13

RIVER

Su voz fue la habitual, calmada y suave, pero adiviné una nota de furia en ella. Larson dio dos pasos atrás para dejarle espacio y algunos desviaron la mirada hacia el suelo. Ella no se movió; su calor entró poco a poco en mi cuerpo y me calmó casi al instante.

Coloqué una mano sobre su cintura y la aparté a un lado. No necesitaba protegerme de nadie, mucho menos de ese capullo y sus amigos.

—¿Alguien va a dignarse a hablar? —Su tono se volvió afilado.

—Ha desaparecido uno de los palés de baldosas. —Marco dio un paso hacia ella y le tocó un brazo para llamar su atención. Mi abdomen se contrajo ante el gesto, pero permanecí inmóvil.

—¿Entero? —preguntó sin comprender.

—Incluido el palé —confirmó él.

—Jamás nos había pasado algo así; qué casualidad que ocurra a las pocas semanas de que él se una al equipo —soltó Larson con rabia.

—¿Acaso ha dado River alguna señal de que no se pueda confiar en él? —preguntó Kaia con la mirada fija en sus trabajadores. Nadie respondió, aunque las expresiones fueron claras—. Que yo sepa, ha realizado las tareas igual que los demás, no ha faltado ni ha llegado

tarde nunca ni ha causado ningún problema. Entonces, ¿por qué pensáis que puede haber sido él?

De nuevo, un silencio tenso se adueñó de la sala.

—Sabemos que ha estado en la cárcel, así como el motivo de su estancia allí —murmuró Alan sin atreverse a mirarme.

—Ya ha cumplido su condena.

A nadie le tranquilizó ese hecho.

—Todo el mundo puede equivocarse. —Marco trató de calmar los ánimos.

—Eso no es una equivocación —gruñó Larson—. No quiero trabajar junto a él.

Noté como mi mandíbula se movía de un lado a otro debido a la tensión del momento, y supe lo que iba a ocurrir a continuación. Kaia se vería obligada a ceder ante sus protestas porque tenían razón y yo me quedaría sin trabajo y sin la excusa que me permitía verla cada día.

—River no es un peligro para nadie —aseguró ella. Su voz tembló en la última palabra, aunque dudaba de que alguien se hubiera percatado de ello.

—No nos sentimos seguros con él —insistió Larson, y los pocos que todavía mantenían su mirada fija en ella asintieron.

—¿Os sentís todos así? —Ante la pregunta directa, solo Alan respondió. Los demás se mantuvieron inmóviles con los rostros repletos de incomodidad. Kaia dio un paso hacia ellos—. Os aseguro, os prometo, que podéis estar tranquilos. River es responsable, leal y…

La tomé de la muñeca y ella se volvió con el rostro enrojecido.

—Lo mejor será que me marche. —Mi tono fue bajo, solo para que lo oyera ella.

—Ni hablar. —La furia volvió a sus ojos y yo sentí una punzada de calor en el pecho—. ¿Sabes por qué somos un equipo tan pequeño a pesar de la cantidad de proyectos que manejamos? ¿De los que podríamos llevar a cabo si los aceptara todos? Porque escojo a mis compañeros con mucho cuidado, porque no ofrezco un contrato hasta que no he hecho las entrevistas suficientes para

saber cómo son, porque busco ciertas cualidades no solo en el trabajo, también en sus personalidades.

Kaia se volvió hacia los demás. Ya nadie miraba el suelo; todos los ojos estaban fijos en ella.

—No busco trabajadores que sepan hacer bien su trabajo; busco personas leales y amables que estén dispuestas a aprender y a formar parte de un equipo en el que haya confianza y respeto por encima de todo. ¿Alguno cree que le habría ofrecido un contrato a River si no supiera que cumple con todo ello? ¿Queréis saber la verdad? —Se le escapó una sonrisa que me encogió las tripas—. Tuve que insistir mucho para que aceptara el trabajo porque no quería crear problemas, porque sabía que no todo el mundo entendería su situación. Como Marco ha dicho, todos nos equivocamos en mayor o menor medida y no conocemos los detalles de esos errores. Sé que algunos no pueden perdonarse y cada uno es libre de decidirlo por su cuenta. Yo lo he hecho y esta ha sido mi decisión. Podéis aceptarla, trabajar a su lado y ver si tengo razón o desestimarla. Me entristecerá llegar a ese punto porque sabéis que os considero parte de mi familia, pero tampoco quiero que esto suponga un problema para vosotros.

Apreté la muñeca que todavía sostenía entre mis dedos y luego la solté.

Me sentía hasta mareado después de su discurso, con una sensación asfixiante en el pecho y el estómago revuelto.

¿Por qué narices tenía que defenderme?

Di un paso hacia la puerta, pero ella fue quien me sujetó a mí. Sus dedos se cerraron sobre los míos y tiró con fuerza de ellos para que me detuviera.

—Ni se te ocurra dar un paso más —siseó.

La intensidad de su mirada me paralizó.

—Yo no tengo ningún problema en trabajar con River —soltó uno de ellos de pronto—. Siento todo el lío.

—Yo tampoco.

Más voces se unieron hasta que el silencio volvió a rodearnos. Solo Larson y Alan habían mantenido sus bocas cerradas.

Kaia se volvió hacia mí y habló con claridad, todavía sin soltarme.

—¿Has robado el material?

Fruncí el ceño.

—No.

Ella se volvió hacia Marco.

—¿Y tú?

—Claro que no —respondió él sorprendido.

—¿Alguno de vosotros lo ha robado? —inquirió al encararlos de nuevo.

Esa vez todos respondieron y lo hicieron de forma negativa.

—Y yo tampoco he sido —aclaró casi con sorna—. Os creo, a todos, así que supongo que alguien habrá visto el cartel de construcción y se habrá llevado las baldosas.

—El palé se encontraba en el interior de la casa y la puerta y ventanas no estaban forzadas —apuntó Larson de inmediato—. Eso significa que tenía acceso.

—¿Tienes tú una copia de la llave de la casa? —Kaia volvió a hablar y él arrugó la nariz, pero negó con la cabeza—. Solo yo tengo la copia, y la tengo aquí.

La sacó del bolsillo y la mostró.

—Pocos clientes nos dan una copia de la llave y, cuando lo hacen, Kaia es la única que las custodia —aclaró Marco.

—Puede que se la robara. —La voz de Larson sonó más débil.

—No voy a seguir con este asunto, así que quien se sienta cómodo que vuelva al trabajo. Tenemos unas fechas que cumplir y un material que reponer.

Me soltó antes de darse la vuelta y acercarse a Marco.

—¿Puedes encargarte de solicitar un nuevo palé, por favor?

—Por supuesto. —Llevó una mano a su brazo, pero Kaia le dio la espalda y caminó hacia mí de nuevo.

Se detuvo al ver que Larson y Alan eran los únicos que seguían parados en el mismo lugar.

—Me gustaría que le dierais una oportunidad, pero estáis en vuestro derecho de no hacerlo. —Su voz volvía a ser suave, casi suplicante, lo que me llenó de furia porque yo era el causante de todo aquello.

—Lo haremos —dijo Alan.

Larson apretó los labios, pero asintió, y ambos se alejaron sin lanzarme una última mirada. Marco también lo hizo con el teléfono pegado al oído.

—Debería marcharme —repetí cuando Kaia se detuvo frente a mí.

—Tú no has robado ese material.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —gruñí exasperado. ¿Por qué narices tenía esa confianza ciega en mí incluso después de haberle asegurado que había cometido el crimen?

—Porque me lo has dicho. Además, no tienes coche, ¿cómo ibas a llevarte todo eso a mano?

—Se lo podría haber vendido a alguien y que esa persona se encargara del transporte.

Ella enarcó una ceja y soltó un sonido similar a una risa incrédula.

—Por favor.

La tomé de la muñeca cuando fue a girarse y esa vez procuré que mi rostro evidenciara mi naturaleza.

—No soy una buena persona.

—Eso lo decidiré yo, igual que hice hace diez años. —Su voz se endureció, pero no se alejó, tampoco se tensó.

—Ya viste el resultado entonces.

Sus comisuras se alzaron en una sonrisa que me dejó sin aliento.

—Que cada uno crea lo que quiera y tome las decisiones que más le convengan. —Giró la muñeca, así que la solté de inmediato. Alzó la mano poco a poco hacia mi rostro mientras mis pulsaciones se aceleraban y una presión infinita se adueñaba de mi cuerpo. Cuando posó sus dedos sobre mi mejilla y tiró de mí hacia ella, dejé de oír el sonido que nos rodeaba. Me incliné sin poder pensar en nada; ella se puso de puntillas y rozó la otra mejilla con sus labios, luego los acercó a mi oído—. Te conozco, River, y confío en ti.

Me soltó con la misma lentitud, me sonrió de un modo que demostró la tristeza que sentía en ese momento y se alejó como si no acabara de destruir las barreras que me había costado tantos años reconstruir.

14

KAIA

El resto del día pasó sin incidencias, aunque el ambiente se mantuvo tenso y silencioso. Nadie bromeó, las conversaciones se mantuvieron entre susurros y las caras largas adornaron a todos mis chicos, incluido Marco, que intentaba actuar con normalidad sin éxito. Y River trabajó aislado de los demás en un rincón de la sala, absorto en sus pensamientos.

Estaba segura de que no comprendía qué me había llevado a actuar de ese modo, tanto con los demás como esos segundos en los que nos habíamos quedado a solas y que mi cuerpo traicionero había aprovechado para acercarse a él. Todavía sentía un cosquilleo en los labios tras haber dejado un beso ligero sobre su mejilla y me costaba concentrarme en el trabajo pensando en la expresión tan vulnerable que había mostrado en ese instante, como si no esperara ese gesto.

¿Cómo iba a esperarlo si me había sorprendido hasta a mí misma? Pero me había enfurecido tanto que lo atacaran de esa forma, que él permaneciera inmóvil sin responder a los comentarios, que insistiera en marcharse, que no había podido contenerme.

Alcé la mirada cuando una sombra se cernió sobre mí en el jardín y mi abdomen se activó al reconocer sus piernas. Lo miré desde mi posición agachada y dejé que mis labios formaran una sonrisa. Sus

ojos se posaron en ellos un instante antes de fijarse en los míos y contemplarme con incomodidad.

—He terminado. ¿Dónde me quieres ahora?

Mi mente me devolvió una imagen no apta para menores que logré expulsar antes de que mis mejillas se hicieran eco de mi rubor. Eché un vistazo al reloj y solté lo primero que se me ocurrió.

—Puedes limpiar las herramientas.

Él asintió y se marchó sin más. Contemplé como se dirigía a la fuente que solíamos utilizar para ello, recogió una pala y la fregó bajo el chorro de agua. Alan se aproximó a él vacilante, le entregó un rodillo en mano y se marchó sin decir nada.

Solíamos amontonar el material que necesitaba ser lavado al final de la jornada junto a la fuente para que la persona que realizara la tarea ese día lo tuviera más fácil.

River se quitó la chaqueta tras terminar con la pala, la dejó unos pasos más allá y se arremangó la sudadera. No pude evitar fijarme en los tatuajes que decoraban sus brazos, aunque no podía ver los detalles desde donde me encontraba. Lo que sí podía adivinar eran las líneas de sus músculos cada vez que se movía.

Estaba tan distraída con su cuerpo que me costó ver el coche que se detuvo al otro lado de la valla. Lo hizo frente a él, aunque no lo vio porque estaba de espaldas. Sin embargo, tras un par de segundos, River miró por encima de su hombro y se tensó. Contempló el vehículo —a la persona que estaba al volante— con una expresión que me heló la sangre. Luego el coche arrancó y siguió su camino hasta que desapareció tras los árboles.

Me puse en pie y me topé con Marco, que se acercaba sonriente.

—Hemos terminado por hoy.

—Lo sé, ya estaba recogiendo —mentí.

Me costaba dejar de trabajar, así que mi amigo hacía años que se encargaba de recordarme la hora cuando llegaba el momento.

Algunos de mis chicos se acercaron todavía con sus rostros alargados.

—Nos vamos, K —murmuró Bran.

—Descansad.

Ellos asintieron, pero no se movieron. Mi pecho se llenó de calidez ante su comportamiento.

—Lo sentimos mucho —añadió Cole.

—Cuando hay confianza hay discusiones, pasa en las mejores familias —aseguré.

—Descansa tú también. —Mike me dio un golpecito en el brazo a modo de despedida.

Los demás lo imitaron y se marcharon hacia sus vehículos. Alan asintió con su cabeza al pasar por mi lado y Larson hizo una mueca.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo? —preguntó Marco con amabilidad.

—Necesito recoger a Farren. —Aquella era la respuesta estrella a todas las invitaciones de mi amigo—. Nos vemos mañana.

Él sonrió de nuevo, acarició mi pómulo y se marchó también. Al volverme, vi que River me estudiaba con la mandíbula tensa y mi abdomen dio un brinco.

Jodidas reacciones sin sentido.

Caminé hacia él y esperé en silencio a que terminara con el material y se levantara.

—¿Tienes problemas?

Frunció el ceño sin comprender, o eso quiso hacerme creer.

—¿A qué te refieres?

—El coche que te ha vigilado desde la carretera.

Su mirada se oscureció y sus labios formaron una línea fina.

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—No quiero líos extraños en mis obras —advertí en voz baja—. ¿Han sido ellos los que han robado el material?

—No sé quién ha robado las baldosas.

—¿Quién conducía ese coche?

—No lo sé.

Nos contemplamos en silencio, él con su mirada helada y yo con mi expresión calmada. Ambos con nuestras protecciones en su sitio, unas que conocíamos demasiado bien como para creer que eran reales.

—Necesito que me digas si tienes problemas con alguien —insistí —. Zion puede ayudarte.

Me di cuenta de que no había dicho lo correcto en cuanto las palabras abandonaron mi boca. Su cuerpo se tensó más todavía, sus ojos se volvieron como espejos y los músculos de sus brazos se movieron como si los hubiera flexionado sin querer.

—Nadie puede ayudarme, y menos un policía.

—Zion es mi hermano antes que policía.

—No estoy metido en ningún lío, Kaia. —Dio un paso hacia atrás para recoger el material empapado—. Y me encargaré de averiguar quién está detrás del robo de las baldosas para que no vuelva a ocurrir.

—No. —Mi mano llegó hasta su abdomen a la vez que mi cuerpo se aproximaba al suyo. Mis dedos agarraron la tela de su sudadera —. No quiero que investigues nada. Solo quiero que te mantengas apartado de cualquier problema y que, si te ves envuelto en alguna situación de ese tipo, acudas a mí en busca de ayuda.

—No necesito ayuda.

—Lo sé, pero para eso están los amigos.

—No somos amigos. —Mantuvo su mirada fija en la mía, como si quisiera demostrarme que estaba diciendo la verdad, pero su voz lo traicionó.

—Di lo que quieras. —Me encogí de hombros como si nada, recogí el material sobrante y lo llevé hasta la casa. Sus pasos sonaron a mi espalda. Colocamos las herramientas sobre un papel, le lancé una mirada por encima del hombro y sonreí—. Supongo que no todas las relaciones de amistad son bidireccionales.

Su ceño se frunció todavía más y masculló algo entre dientes mientras me seguía. Mi corazón dio un tumbo al oír la misma frase que había soltado al conocernos tantos años atrás.

—Hacía tiempo que nadie me decía que era un grano en el culo —admití divertida.

—Me sorprende —masculló al entrar en el coche.

—Puede que solo te saque de quicio a ti.

—Lo dudo. —Su mirada estaba fija en el paisaje que nos rodeaba, aunque su expresión se había relajado.

—¿Te llevo a la cabaña o necesitas parar en el pueblo?

—Déjame en el centro si te va mejor.

—Necesito hacer la compra, no sé si tú también —comenté ya en la carretera. Al ver que dudaba, insistí—. Es más fácil transportar las bolsas en un coche que a pie.

—Todavía no tengo que ir a comprar —dijo al fin.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que quizá no tenía dinero para hacerlo y que todavía quedaba una semana para ingresar la nómina.

—Supongo que no te importará ayudarme entonces.

Él se volvió con el ceño fruncido, pero no dijo nada. Aparqué delante de la tienda de comestibles cuando llegamos a Sweet Meadows y lo arrastré por toda la tienda mientras llenaba el carro mucho más de lo necesario. Intercambié unas palabras con Monette, la dueña del establecimiento, y presenté a River como un amigo y compañero de trabajo. Ella lo miró de forma apreciativa y se sonrojó cuando él tomó todas las bolsas con una mano y se marchó sin decir nada.

Cuando me detuve frente a la cabaña, bajé del coche y él me miró casi con pavor, lo que me hizo sonreír.

—¿No quieres que vea el estado en el que se encuentra? —Señalé la vivienda con la cabeza.

—Tengo que arreglarla.

—Lo supongo, han pasado muchos años.

Cogí cuatro de las nueve bolsas y caminé hacia el porche.

—¿Qué haces? —River intentó frenarme, pero fui más rápida. Abrí la puerta con un empujón fuerte, me adentré en el salón y las memorias me sacudieron con fuerza. Tanta que su pecho colisionó con mi espalda cuando me detuve en seco.

El sofá en el que habíamos pasado tantas tardes abrazados, la chimenea que nos había proporcionado luz y calor mientras charlábamos, el cuadro que yo misma había dibujado y que le había regalado en su cumpleaños; el único que habíamos disfrutado juntos.

Me volví hacia él y vi mis mismas emociones reflejadas en sus ojos, aunque lo disimuló con rapidez.

—¿Qué quieres? —preguntó en un susurro.

Parpadeé varias veces para obligar a mi mente a volver al presente y sonreí una vez más. Le guiñé un ojo, fui hacia la cocina y abrí la nevera después de dejar las bolsas en el suelo. Estaba vacía, como imaginaba. Empecé a colocar los alimentos en ella, pero River me sujetó una mano con suavidad.

—No necesito que llenes mi nevera.

—Lo sé, pero quiero hacerlo igualmente.

Tiré de mi mano y él me soltó. Seguí con mi tarea hasta que él suspiró y se encargó de vaciar las bolsas y tenderme los paquetes. Cuando terminamos, le sonreí de forma abierta.

—Mañana quiero comer estofado.

Su rostro permaneció impasible, pero su mirada se aclaró.

—¿Por eso has comprado los ingredientes?

—Sí. —Lo dije sin vergüenza, con total seguridad—. Y no quiero una ración pequeña.

—Lo tendré en cuenta. —Esa vez una de sus comisuras vibró y mis pulsaciones se volvieron locas ante ese gesto casi imperceptible.

—Bien.

Lo rodeé sin tocarlo, a pesar de que mis dedos palpitaban de las ganas que tenían de hacerlo; llegué hasta la puerta y la abrí. Él me siguió a cierta distancia.

—Gracias —musitó casi con timidez. Mi corazón dio un salto contra mis costillas.

Me encogí de hombros y sonreí.

—Mañana te recogeré una hora antes. Necesito pasar antes por la otra obra.

—Sin problema.

Asentí, me di la vuelta y caminé hacia mi coche con toda la calma del mundo, la que siempre aparentaba y la que en ese momento desde luego no sentía. Alcé la mano antes de arrancar; él me devolvió el gesto y me marché con un cosquilleo incesante en el abdomen.

15

RIVER

Me había sumido en una nueva rutina sin darme cuenta. Me levantaba un par de horas antes de que Kaia viniera a buscarme para ir a la obra, preparaba la comida de ese día y la distribuía en dos contenedores que había comprado la misma tarde que me había pedido que le cocinara el estofado que solíamos compartir al conocernos y luego me duchaba con agua fría a pesar de ser ya invierno.

Trabajaba en silencio y sin parar durante toda la jornada, a menos que Marco o ella se emparejaran conmigo. Kaia me traía de vuelta a la cabaña al terminar y dedicaba toda la tarde a arreglar los desperfectos más visibles. Habíamos finalizado ya uno de los proyectos y Kaia me había sorprendido al repartir el material sobrante que el dueño no quería entre los compañeros que lo necesitaran. Yo me había quedado con lo que nadie quiso y gracias a eso había podido adecentar mi hogar mucho más rápido de lo esperado.

Cuando llegaba la hora de cenar, a pesar de sentirme agotado, me pasaba un par de horas en la cocina en busca de nuevas recetas para llevar al trabajo al día siguiente y contemplar de nuevo esa sonrisa que me llenaba el pecho de calidez.

Conocía algunos detalles del pasado de Kaia, aunque no habíamos compartido mucho en su día porque yo no me sentía cómodo con el mío y ella decidió que era una etapa de nuestras vidas que no importaba. Sí lo era, y debería haberle hablado del lío en el que estaba metido, de las personas que formaban parte de mi círculo, de todo lo que había hecho antes de conocerla. Sin embargo, fui un cobarde.

Por primera vez en mi vida había conocido a una persona buena y generosa que no me trataba como a un delincuente a pesar de serlo, y aquello le dio fuerza al motivo por el que me había presentado a ese trabajo. Conocerla me instó a querer redirigir mi vida, a intentar seguir lo que hacía tiempo que revoloteaba en mi mente, en mi corazón.

Lo único que sabía de su historia era que se había criado en un orfanato, que había creado lazos fuertes con otros chicos del mismo lugar y que de alguna manera habían conseguido formar una familia en ese pueblo de colores pastel. También descubrí que la cocina no se le daba nada bien, que uno de sus hermanos —como ella los llamaba—, el mayor, era el que se encargó de esa tarea hasta que se marchó del pueblo. Ese fue el motivo de que se lanzara sobre mi comida cuando vio que se trataba de un estofado que olía bien.

Un vistazo a su contenedor de vidrio fue suficiente para que me apiadara de ella y le cediera la mitad del mío. La sonrisa que cubrió su rostro al probarlo fue tan inmensa que me descubrí preparando dos raciones para el día siguiente y así, sin darme cuenta, comenzamos a acercarnos y Kaia terminó abriéndose paso aun con mis barreras en su sitio.

Y la historia parecía estar repitiéndose.

Un ruido a mi espalda eliminó todos esos pensamientos de un plumazo. Me incorporé, miré por encima de mi hombro y se me escapó un gruñido.

Ahí estaba ese maldito zorro otra vez. Se había detenido junto al árbol más cercano y me contemplaba con curiosidad. Movió la cola de forma sutil, se acercó dos pasos más y volvió a detenerse.

Sabía lo que quería, pero esa vez no pensaba dárselo. No se conformaba con comerse lo que le pusiera en el cuenco; el

desgraciado siempre tenía que llevárselo.

Había perdido ya tres platos y varias bandejas que había encontrado en la cocina. No podía permitirme el lujo de quedarme sin vajilla en la que comer y cocinar.

En realidad, podía darle un plato más, ya que me quedaban dos y solo necesitaba uno, pero tenía la estúpida esperanza de que Kaia se autoinvitara una tarde a cenar, lo cual no era nada probable dado que tenía una hija y siempre se marchaba a toda prisa para verla.

No me había contado nada de ella, solo había dejado caer comentarios inofensivos que se le escapaban de vez en cuando y que me habían servido para hacerme una idea de cómo era la niña: un terremoto inteligente y divertido con un corazón de oro. Esa era mi percepción tras oír como Marco y los demás hablaban de ella cada vez que Kaia mencionaba su nombre. Y ni una sola vez habían mencionado al padre. Era como si esa niña jamás hubiera tenido uno.

El zorro se acercó unos pasos más, se colocó a un lado y me miró con atención. Parecía estar gritando que le diera de comer. Lo ignoré durante unos segundos, me centré en las lamas del suelo del porche y pasé la brocha por la última. No pude terminarla; el maldito animal me rozó la pierna con su nariz y no se asustó cuando le lancé una mirada asesina, la que solía usar en la cárcel para mantener a los demás a raya.

Solté un suspiro algo exagerado, dejé la brocha sobre el cubo de pintura y amenacé a la criatura en silencio para que no se acercara. La cabaña solo tenía una puerta, pero, dado que el suelo estaba recién pintado, no podía usarla para entrar. Fui hasta la ventana del dormitorio que había dejado abierta, salté al interior y llegué hasta la cocina. Me había sobrado un plato del mediodía, así que puse un par de cucharadas en el único cuenco que quedaba en el armario y se me escapó una maldición al ver al zorro en el salón.

—Márchate —gruñí con el ceño fruncido.

Él me miró como si quisiera comprender lo que le decía, pero no se movió.

Pasé por su lado y saltó sobre el sofá para poner distancia entre nosotros; luego dio una vuelta sobre sí mismo y se tumbó hecho una

rosquilla. Cuando cerró los ojos como si nada, solté una nueva maldición que el animal ignoró. Dejé el plato sobre la mesa coja que bailaba delante del sofá y salí de nuevo por la ventana. Al menos así no me robaría el cuenco.

—La madre que…

Decenas de huellas diminutas e idénticas estaban marcadas sobre las lamas del porche.

Me pasé una mano por la cara para controlar la desesperación que me invadió, tomé tres bocanadas de aire enormes y eché un vistazo al bote de pintura. No quedaba suficiente para dar otra pasada, así que tendría que quedarse como estaba. Terminé la maldita última lama, lavé la brocha en el grifo que había en la fachada y lo guardé todo antes de entrar de nuevo en la cabaña.

Me detuve en seco en el salón al ver que no había rastro del zorro. Tampoco del cuenco.

Sentí el dolor en la mandíbula antes de oír el sonido que hicieron mis dientes al rechinar, y mascullé un improperio al descubrir las huellas de pintura tanto en el suelo como en varios muebles, incluso en la cocina.

Jodido zorro ladrón y aprovechado.

Solo eran las cuatro de la tarde del domingo, por lo que me fue bien la distracción de tener que limpiar toda la casa de forma minuciosa. Odiaba los fines de semana porque me quedaba a solas conmigo mismo durante demasiadas horas después de pasar cinco días seguidos en su compañía.

Kaia iluminaba mi vida sin percatarse de ello. Solo su presencia aligeraba las sensaciones oscuras que vivían en mi interior; su sonrisa me calentaba el pecho y su mirada verde lograba que mis pensamientos se calmaran al instante.

Lo mismo había ocurrido diez años atrás y el recuerdo de todas esas sensaciones me había mantenido cuerdo durante el tiempo en prisión. Volver a sentir aquello de nuevo después de convencerme de que jamás podría hacerlo lo había intensificado todo, incluso más que al principio.

Mi teléfono vibró en mis pantalones y mi mente se ofuscó al adivinar lo que encontraría.

Grant me había llamado varias veces las últimas semanas y me había enviado algunos mensajes al no obtener una respuesta por mi parte. Me quería de vuelta y yo no estaba por la labor. Además, no le había sentado nada bien que lo ignorara en la obra. El desgraciado se había detenido allí con el coche durante unos segundos y yo había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no saltar sobre él porque Kaia se encontraba demasiado cerca.

No me cabía duda de que él había sido quien había robado el material aquel día. Lo había hecho para darme un aviso, para demostrarme que sabía exactamente dónde me encontraba y con quién, para recordarme que su poder no tenía límites. Sin embargo, no había respondido a su llamada esa noche, tampoco los siguientes días.

No pensaba cometer el mismo error dos veces. La mirada limpia de Kaia, la esperanza que brilló un día en ellos, la misma que todavía podía intuir a pesar de mis intentos por convencerla de lo contrario, pesaba más que las amenazas de Grant.

No era el mismo hombre que había entrado en prisión hacía diez años. En aquel momento tenía mucho que perder, no conocía mis límites y todavía vivía bajo su mandato. Aquel tiempo allí me había servido para comprenderme a mí mismo, para analizar todos los detalles de mi vida y para demostrarme que podía tomar las riendas, que podía enfrentarme a él si era necesario.

Revisé el mensaje y una nueva oleada de furia me invadió.

> ¿Estás seguro de que quieres obligarme a escalar mi juego?

Bajo el mensaje había una foto de Kaia acompañada de algunos de sus amigos en el parque del pueblo. Zuri, Crew y otros dos que no conocía se encontraban junto a ella. Las chicas charlaban mientras ellos las miraban como si no pudieran apartar sus ojos de sus rostros.

Amplié la imagen con un nudo en el abdomen y me fijé bien en los detalles. Crew contemplaba a la mujer de piel más morena, que

reía ante lo que Zuri decía. El otro hombre tenía su vista fija en ella, y Kaia sonreía de lado, casi con timidez, aunque su atención estaba dividida entre ellos y la lejanía. Al ampliar todavía más la imagen, vi a otro grupo y entre ellos se encontraba Farren con la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos cerrados y una sonrisa enorme, como si estuviera a media carcajada.

Mis pulsaciones se intensificaron ante la posibilidad de que Grant me amenazara también con la niña. Si había estado vigilando a Kaia durante semanas, tenía que haberla visto. Eran como dos gotas de agua y estaba claro que ella era la persona más importante para Kaia, a la vez que la más vulnerable, así que eso la convertía en un movimiento seguro a la hora de escalar sus amenazas.

16

KAIA

Eché un vistazo al reloj y sentí un cosquilleo en el abdomen al comprobar que era la hora de comer. Dejé la llana sobre el cartón manchado, me sacudí el polvo del pantalón y me volví hacia los demás.

—¡A comer! —exclamé con demasiado entusiasmo.

Marco soltó una risita cerca de mí, algunos de mis chicos sonrieron y contemplé como todos dejaban las herramientas y el material a un lado. Solo dos de ellos se marchaban a casa, los que vivían más cerca; los demás traían su comida.

Los dejé atrás cuando se reunieron en la mesa del jardín y avancé hacia River, que continuaba enfrascado en su tarea. Me detuve detrás de él y hundí el índice entre sus escápulas. Su rostro se giró lo justo para mirarme por encima del hombro, aunque siguió sin hacerme caso.

—Me siento ofendida. Eres el único que no sigue mis instrucciones.

—Quiero terminar esto —murmuró.

—A eso le quedan por lo menos quince minutos y solo tenemos sesenta para comer.

—Me sobra tiempo.

—Pero a mí no. —Lo rodeé y traté de quitarle la lijadora eléctrica de la mano, pero fue imposible. Lo que sí conseguí fue apagarla—. Dámela.

—No.

Enarqué una ceja y tiré de ella. Él puso los ojos en blanco, la soltó poco a poco y me contempló mientras la dejaba en el suelo. Luego lo empujé hacia la fuente en la que solíamos lavar el material. Ahogué un lamento cuando se dirigió hacia allí de forma muy lenta. Coloqué ambas manos en su espalda y lo empujé sin ningún éxito.

—Tengo hambre —me quejé. Me puse delante de él y mis tripas dieron un brinco al ver una de sus comisuras un milímetro por encima de la otra—. ¿Qué me has traído hoy?

—Ya lo verás.

—Dímelo.

Esa comisura subió un poquito más. Se agachó frente a la fuente, la accionó y se lavó las manos. Luego se las pasó por la cara y el pelo corto y oscuro. Mi mente traicionera me devolvió una imagen que había vivido hacía muchos años; el mismo gesto, pero en una estación mucho más calurosa. Ese día se había quitado la camiseta porque hacía mucho calor y las gotas de agua corrieron desde su pelo hasta su cintura, deslizándose por su pecho lleno de tatuajes y músculos.

Enfoqué la mirada en su rostro y vi que me estudiaba con el ceño fruncido. Ahogué una tos falsa, maldije al notar el calor en mis mejillas y volví a increparlo.

—¿Dónde está mi comida?

—Ya sabes dónde está.

Tenía razón, siempre la dejaba en el maletero de mi furgoneta.

—Sería de mala educación comérmela sin ti. —Me encogí de hombros y su comisura vibró una vez más.

Si no fuera tan guapo, no tendría tantos problemas para controlar las reacciones de mi cuerpo. Mis tripas se movieron de un lado a otro y un sonido nada sensual salió de ellas. River alzó ambas cejas en mi dirección, pero yo disimulé como pude mientras el calor se intensificaba en mi rostro.

No sabía si era debido a que mi piel era muy clara y mi cabello rojizo, pero mis mejillas se encendían con mucha facilidad. Incluso podía tener toda la cara roja en cuestión de segundos cada vez que sentía una chispa de vergüenza, que era demasiado a menudo a pesar de mis intentos por parecer siempre calmada.

—Vamos.

Contuve la respiración cuando su mano llegó a la mía como solía hacer en el pasado. Sus dedos rozaron los míos y entonces desaparecieron a la vez que su espalda se tensaba, sin duda tras haberse dado cuenta de lo que había hecho.

Lancé una mirada rápida a nuestros compañeros, pero todos estaban absortos en la conversación que mantenían, incluso Marco, que siempre solía tener un ojo puesto en mí. Di dos zancadas enormes para ponerme a la altura de River y le di un golpe en el brazo.

—Ouch, ¿qué clase de ejercicios haces para tener estos músculos? —pregunté para deshacernos del ambiente extraño que se había generado.

Me miró como si me faltara un hervor.

—Ahora mismo lo que puedo, teniendo en cuenta que no tengo material.

—¿Y antes? —Todavía no me había atrevido a preguntarle ningún detalle sobre su estancia en la cárcel.

—Pesas. —Respondió con calma, aunque su rostro no pudo ocultar del todo una mueca fugaz.

—¿Las tenías a libre disposición?

—Algo así.

Llegamos al coche; él sacó la bolsa que contenía los dos contenedores de cristal y me tendió uno. Abrí la tapa, el olor llegó hasta mí y empecé a salivar.

—¿Qué es?

—¿Qué crees que es?

Percibí la diversión en su tono.

Caminamos hacia el jardín y sus pasos se ralentizaron al acercarse a la mesa que los demás compartían. Al ver que no quedaban sillas ni espacio, señalé las escaleras del porche y

retomamos el camino. Yo lo hice con una maraña de nervios en el abdomen ante la excusa de tener un rato a solas con él.

—Parece una lasaña, aunque tiene un aspecto extraño —respondí al fin.

—Es un invento —admitió en un susurro.

Las escaleras del porche eran estrechas y su cuerpo gigante ocupaba casi todo el espacio, así que tuvo que colocar un brazo detrás de mi espalda para que yo pudiera mover el mío. No dijo nada cuando me apoyé en su costado, aunque noté la tensión momentánea que lo invadió.

—Espero que no hayas puesto berenjena.

—Pruébalo.

—Eso es que la has puesto —me quejé con el tenedor a medio camino—. Sabes que la odio de verdad.

Llevó su mano a la mía y la empujó con suavidad hasta que no tuve más remedio que saborear el bocado. Me sorprendió no encontrar ni rastro de ese vegetal asqueroso y me fue imposible disimular un gemido. River se tensó de nuevo sin apartar la mirada de mis ojos. Los suyos acababan de oscurecerse un tono y mis mejillas ya se estaban encendiendo.

—Está bueno.

—¿Solo bueno? —Su voz fue un murmullo ronco que reverberó en la parte baja de mi abdomen.

—Bastante bueno.

Nos contemplamos un instante más antes de que me quitara el contenedor de un movimiento y yo me lanzara sobre él. Lo agarré con fuerza para recuperarlo, pero no logré atraerlo ni un centímetro hacia mí, por lo que mi cuerpo se pegó por completo a su pecho y estuve a punto de perder el equilibrio. El brazo que había permanecido detrás de mi espalda sin tocarme me rodeó y sus dedos se clavaron en mi cintura para mantenerme en el escalón.

—Devuélvemelo —gruñí con un millar de sensaciones en mi interior.

—¿No prefieres algo que sea mejor?

—No, quiero la lasaña.

—Solo está bastante buena. No deberías conformarte con eso —bromeó como solía hacer.

Mi pecho se llenó de calor, mis manos soltaron el recipiente y mis ojos se clavaron en los suyos, lo que fue un error porque lo que vio en ellos hizo que me devolviera la comida y se enderezara para poner distancia entre nosotros.

—¡Ma!

Alcé la cabeza con el corazón desenfrenado y vi a mi pequeña al otro lado del jardín. Corría hacia nosotros con esa sonrisa mágica que lograba encandilar a todo el mundo mientras Reid la seguía unos pasos por detrás. Su rostro estaba relajado, aunque su mirada se encontraba fija en River.

La tensión llenó su cuerpo cuando la vio y trató de levantarse, pero no se lo permití. Coloqué una mano sobre su muslo para impedirlo y sonreí a pesar de que apenas podía respirar. Le di el contenedor de comida justo antes de que Farren se lanzara a mis brazos y sentí su mano en mi espalda cuando el impacto hizo que me fuera hacia atrás.

—¿Por qué no estás en el colegio? —pregunté tras besar su frente y peinar su cabello corto. Lo llevaba a la altura de la mandíbula porque decía que así no se le enredaba—. ¿Hoy es viernes?

—Claro. —Me miró con el ceño fruncido y puso su mano diminuta sobre mi frente—. No tendrás fiebre, ¿verdad?

—Ha sido una semana de locos —me excusé. No solo esa, todas desde que River había aparecido en mi oficina aquel día.

Farren se volvió hacia él, lo contempló un par de segundos y alzó un dedo hacia su rostro. Ambos nos tensamos, yo porque no tenía ni idea de lo que pretendía hacer mi hija. Intentó llegar hasta su piel, pero no podía desde donde se encontraba, así que se subió a mis piernas, apoyó una mano sobre su hombro y llevó el dedo índice al tatuaje que adornaba su pómulo.

—¿Es un pescado? —preguntó de pronto.

Mi abdomen se encogió ante su ocurrencia y no pude evitar ignorar a Reid, que acababa de llegar hasta nosotros, porque necesitaba ver la reacción de River.

—No.

—¿Estás seguro? —Ella pasó el dedo sobre el tatuaje mientras él permanecía inmóvil con la vista fija en ella—. Esto sería la cabeza, el cuerpo y la cola. ¿Qué es entonces?

—Un diseño tribal. —Su voz sonó más suave que nunca.

—¿Y este?

Mi pequeña se apoyó todavía más en él para llevar sus dedos al cuello, donde tenía otro tatuaje.

—Otro diseño tribal.

Cuando agarró su sudadera y tiró de ella para ver el resto del dibujo, la detuve.

—¿No te estás tomando demasiadas confianzas? —grazné nerviosa.

—¿Te he incomodado? —preguntó tras soltar su ropa, pero sin alejarse aún de él.

Vi la duda en su rostro, así que aproveché para presentarlos y saludar a Reid al fin.

—Te he traído comida, pero veo que ya tienes —comentó sorprendido. No hacía falta ser demasiado inteligente para comprender que aquello no lo había cocinado yo, dado que solo conocía dos recetas básicas.

—¿Qué es? —Farren me rodeó, escaló sobre las piernas de River y se estiró para coger el recipiente.

Reid contempló la escena con el rostro impasible, aunque su mandíbula estaba tensa. River le tendió el contenedor de vidrio; ella se acomodó entre sus piernas y se llevó el tenedor a la boca.

—¡Está bueno! —exclamó asombrada. Dirigió la mirada hacia su padre y asintió—. Lo has hecho tú, ¿verdad? Mi madre odia la cocina. ¿Por qué le haces la comida? ¿Sois amigos?

Vi el pánico en su rostro, así que me adelanté a su respuesta, fuera cual fuera.

—Lo somos.

—¿Desde cuándo? —Mi pequeña le devolvió el recipiente y se cruzó de brazos, aunque permaneció apoyada en sus piernas.

—Desde hace muchos años.

—¿Y por qué no lo conocía? —Se volvió hacia él—. ¿Tú también creciste en el orfanato y te marchaste como Dax?

River me lanzó una mirada nerviosa y a mí me entraron ganas de reír ante su reacción. Sin embargo, se me pasaron al recordar que era su hija y que él no lo sabía. Tampoco ella. Y de nuevo sentí una punzada de culpabilidad.

—No, a River lo conocí en Sweet Meadows. Trabajamos juntos antes de que creara la empresa —respondí con un nudo en la garganta.

—¿Te marchaste a vivir fuera y ahora has vuelto para volver a trabajar con mi ma? —Farren lo miró a él.

—Algo así —murmuró al fin.

—Guay. —Centró su atención en Reid—. Quiero quedarme, tío Reid.

—No creo que sea buena idea. —Su voz sonó más tensa de lo habitual, aunque lo supo disimular bien—. Kaia tiene que trabajar.

—Lo sé. La ayudaré, ¿a que sí, ma?

—Tu ayuda consiste en desmontar todo lo que haya hecho, así que no.

Agarré el recipiente y me puse a comer. River permaneció inmóvil con la vista fija en Reid, que no apartaba sus ojos de él.

—¡Qué injusticia! ¡Eso no es cierto! Además, hace siglos que no te ayudo.

—Lo hiciste dos o tres meses —le recordé. Tragué lo que tenía en la boca y le di un golpe en el pecho a River para llamar su atención —. Come o nos quedaremos sin tiempo.

—Ma, por favor. Te prometo que seguiré tus instrucciones al pie de la letra. —Se puso en pie, apoyó ambas manos sobre mis rodillas y me dedicó la mirada inocente que nadie, ni siquiera yo, podía ignorar.

—De acuerdo —suspiré derrotada.

Ella dio un salto de victoria, River se tensó todavía más con la mirada fija en su recipiente y Reid me taladró con sus ojos.

Maravilloso.

17

RIVER

No logré volver a concentrarme en toda la tarde. Farren se mantuvo pegada a Kaia durante algo más de una hora y luego revoloteó entre los demás mientras los ayudaba en mayor o menor medida. Me fijé en que todos reían sin parar cada vez que ella se detenía a charlar con ellos y en que se desvivían para hacerla sonreír. También vi que con quien más tiempo pasaba era con Marco, quizá porque era el más extrovertido del equipo o el que más confianza tenía con su madre.

Intenté no prestar atención a las risas y voces que se elevaban por el jardín, pero cada vez que oía ese tono agudo, mis ojos la buscaban primero a ella y luego a su madre, que tampoco la perdía de vista. Su sonrisa calmada apareció mucho más gracias a la presencia de la pequeña y eso hizo que sintiera una sensación extraña que ignoré por completo.

—¿Qué haces?

Mi corazón se saltó un latido al oír su voz aguda. Llevé la mirada a sus pies porque no la había oído llegar y yo siempre estaba atento a lo que ocurría a mi alrededor. Su calzado era ligero para la estación en la que estábamos.

—Trabajar.

—Eso ya lo veo. —Puso los ojos en blanco de una forma idéntica a como lo hacía su madre—. ¿Estás revocando?

Me sorprendió que conociera esa palabra.

Al ver que no respondía, me incrustó su dedo en la mejilla sin ningún cuidado.

—Me gustas.

Me atraganté con mi propia saliva y me puse a toser. Ella sonrió.

—A mis tíos tampoco les gusta hablar. Bueno, a Reid sí, pero los demás prefieren observarlo todo en silencio y dejar que sean otros los que hablen. —Hundió de nuevo el dedo en mi cara—. Crew es el más callado, aunque puede que te lleves el título si sigues así. ¿Me dejas ayudarte?

Me encogí de hombros y su sonrisa se extendió todavía más, como si mi comportamiento le hiciera gracia.

Joder, era tan parecida a Kaia.

No en todo, ya que su madre no era extrovertida como ella, pero sí que compartían no solo el físico, también las expresiones, las sonrisas, la mirada inteligente.

—Tendrás que enseñarme.

Lo hice. Primero con cuatro palabras roncas, después con algunas instrucciones más al ver que estaba desgraciando la pared y luego con mis propias manos. Al final, Farren logró revocar un trozo sin que pareciera un cuadro destrozado.

—Esto es un poco aburrido, ¿no podemos hacer otra cosa?

—Tengo que acabar la pared antes de pasar a la siguiente tarea —murmuré. No podía dejar de mirarla de reojo.

Se dejó caer al suelo, me agarró un brazo y me subió la manga para ver el tatuaje que tenía ahí.

—¿Quién te los ha hecho?

—Distintas personas.

—¿Sabes que mi tío Crew es un genio de los tatuajes? Vienen de todas partes a que él se los dibuje y tiene una lista de espera infinita, aunque seguro que te encontraría un hueco antes por ser amigo de mi madre.

—Todavía no es el momento de hacerme otro.

—Si es por el dinero, tendrías el descuento de amigo. O siempre podría hacértelo yo.

Detuve la mano a mitad de movimiento y la miré asombrado.

—¿Sabes tatuar?

—No, pero puedo aprender. ¿Tienes una pistola? Tío Crew no me deja acercarme a la suya, pero enseñó a tía Faith a usarla, así que no puede ser tan difícil. Se usan plantillas, ¿sabes? Es como calcar.

—¿No te dan miedo las agujas?

—¡Me encantan! Una vez me quitaron un lunar y vi todo el procedimiento. No sabes la de sangre que salió y el trozo de carne que me quitaron. Parecía un iceberg; el lunar era un cuarto de todo lo que salió —comentó entusiasmada—. También vi cómo me ponían los puntos. Fue una pasada.

No supe qué responder, aunque no le importó.

—¿Cuánto pesas?

—No lo sé.

Dejó atrás el tatuaje del brazo y trató de rodear mi bíceps con sus dos manos, pero no lo logró.

—Es posible que estés más fuerte que tío Crew. —Se movió hasta quedar frente a mí y me abrazó por la cintura. Ahogué un sonido sorprendido y me quedé inmóvil hasta que me soltó—. Yo creo que sí, ni siquiera puedo tocar las yemas de los dedos si te estrujo. ¿Crees que podrías entrenarme? Tía Nyla me ha enseñado a luchar, pero me iría bien aumentar mi masa muscular.

—¿Por qué? —solté sin pensar.

—Por si tengo que enfrentarme a alguien. A un adulto —aclaró de inmediato—. Obviamente, puedo con cualquier adolescente.

—¿Sueles enfrentarte a gente? —Busqué a Kaia con la mirada y la encontré apoyada en su coche con el teléfono en su oreja y sus ojos fijos en nosotros.

—Por desgracia, no. Mis compañeros saben que no tienen nada que hacer contra mí y no hay gente mala en Sweet Meadows, pero siempre va bien estar preparado. —Se sentó de nuevo en el suelo, esa vez sobre los restos de mortero que se le habían caído al suelo cuando había revocado ese trozo de pared—. Si me haces una tabla

de ejercicios y me enseñas cómo hacerlos, los puedo incorporar a mi rutina de entrenamiento.

La contemplé alucinado y ella resopló.

—¿De verdad te sorprende que siga una rutina? Las chicas también entrenamos, ¿sabes? —Esperó a que dijera algo, pero no lo hice, todavía sin hallar las palabras—. ¿O lo piensas porque tengo nueve años? Es una estupidez esperar a los dieciséis para ir al gimnasio. ¿Para qué perder los mejores años? Somos más flexibles, creamos rutinas con más facilidad y tenemos el cerebro en pleno desarrollo.

—¿De verdad solo tienes nueve años? —pregunté al fin.

—Soy inteligente. Me gusta leer y aprender. —Se encogió de hombros—. ¿Me vas a enseñar? Y no me digas que necesito el permiso de mi madre, no soy un bebé.

—¿Para qué necesitas mi permiso? —Kaia apareció junto a nosotros. Parecía nerviosa, como si le incomodara que estuviera a solas con su hija, lo cual era lógico, a pesar de que sentí una oleada de malestar. Jamás le haría daño, ni a ella ni a la pequeña.

—Al contrario, decía que no lo necesito.

—No te dejes liar por este demonio —me aconsejó Kaia.

—No lo estoy liando, ¿a que no? —Farren se puso en pie y me rodeó el cuello con sus brazos para abrazarme una vez más.

Su madre contuvo el aliento, igual que hice yo. La niña se giró sin alejarse, todavía con un brazo sobre mis hombros, y sonrió.

—Somos amigos.

Sentí una presión en el pecho que no logré ignorar. Kaia nos contempló de una forma extraña, pero Farren me pellizcó el cuello con fuerza. La miré de reojo y ella sonrió como un diablo.

—Lo somos —repitió.

Yo asentí, lo que ensanchó su sonrisa.

—River va a hacerme una tabla de ejercicios para ponerme tan fuerte como él.

Intercambié una mirada con Kaia, que continuaba inmóvil frente a nosotros.

—Los podemos hacer juntas —dijo entonces la pequeña. Aquello despertó a su madre.

—Yo ya hago ejercicio.

—Pero es muy aburrido.

—¿Qué tipo de ejercicios crees que hace River?

—No lo sé, pero funcionan. —Farren me soltó al fin, así que me puse en pie. Grave error porque sus dedos encontraron el borde de mi sudadera y la subió con rapidez—. Yo también quiero una tableta de chocolate.

Retiré con suavidad sus dedos de la prenda y la bajé antes de mirar a Kaia. Sus ojos continuaban fijos en mi abdomen, sus mejillas se habían encendido y mi entrepierna se despertó.

Mierda.

El deseo que vi en su rostro cuando alzó la cabeza intensificó el mío, aunque lo mantuve bajo control. Le costó dos segundos centrarse de nuevo en su hija y lo hizo con el ceño fruncido.

—¿Cuántas veces te he dicho que tienes que respetar el espacio personal de la gente? —masculló entre dientes—. Ven aquí.

Farren negó con la cabeza y me agarró una mano.

—A River no le importa —sentenció.

—¿Se lo has preguntado?

—No ha hecho falta. Si no me quisiera tan cerca, me lo habría dicho. No con palabras porque habla menos que tío Crew —aclaró tras un instante.

La miré confundido. Ella se giró y me sonrió.

—Zuri me ha enseñado a leer las emociones de la gente. Sé que te gusto. —Apretó mi mano y mi corazón hizo un movimiento raro.

Kaia suspiró, así que ambos la miramos. Yo, sin saber qué narices estaba ocurriendo.

—Es hora de marcharnos.

Eché un vistazo a nuestro alrededor y me sorprendió no encontrar a nadie. Ni siquiera los coches de nuestros compañeros estaban allí. ¿En qué momento se habían marchado y cómo era posible que no hubiera oído sus voces o los motores de los vehículos?

Me volví hacia la pared a medio terminar mientras Kaia y Farren se enzarzaban en otra discusión de las suyas. Me agaché para tomar

la llana, revisé el mortero ya seco y ahogué una maldición, pero una mano que conocía muy bien se posó sobre mi hombro.

—Seguiremos mañana —comentó.

—Debería terminar esto antes de irme. Puedo volver andando —añadí.

—No. Nos vamos todos.

Recordé que Marco y ella eran los únicos que cerraban la obra cada día, los que debían comprobar cómo quedaban las cosas antes de marcharse. Lavé las herramientas en silencio, aunque Farren parloteaba junto a mí sin esperar respuestas, y me reuní con Kaia cuando terminó su vuelta.

—¿No tienes coche? —inquirió la pequeña cuando se acomodó en el asiento trasero.

—Todavía no.

—¿Y cómo vas a trabajar cada día?

—Compartimos el viaje —respondió Kaia.

—¿Sois mejores amigos?

Lancé una mirada fugaz a Kaia, quien intentaba disimular una sonrisa.

—Supongo.

—Puede que Cian se convierta en el mío —dijo entonces Farren —. ¿Podemos pasar por la oficina de correos?

—¿No dejaste tu carta allí ayer? Lo más probable es que no la haya recibido todavía.

—Podría haberme enviado otra antes. —La niña se encogió de hombros y asomó su rostro entre nuestros asientos—. Cian tiene un par de años más que yo y vive en Rainbell Falls. Somos amigos por carta y, a diferencia de todos los niños que conozco, no es un idiota.

—Eso está bien —murmuré sin saber qué otra cosa decir.

Kaia sonrió de lado antes de atrapar su labio inferior entre sus dientes, lo que despertó de nuevo cierta zona de mi anatomía.

El resto del camino transcurrió acompañado de la charla incesante de Farren, algunos comentarios de su madre y una sensación cálida que se había instalado en mi pecho en el momento en el que nos habíamos sentado en las escaleras a comer y que no desapareció hasta bien entrada la noche.

18

KAIA

Detuve el coche frente a la cabaña y fruncí el ceño al no ver a River en el jardín. Cada mañana solía esperarme junto al camino a pesar del frío, aunque ese día las temperaturas habían descendido bastante y el cielo había amanecido blanco. Tenía pinta de que pronto llegaría la primera nevada del año, casi con toda seguridad esa misma semana; a la siguiente, a más tardar.

Esperé un total de tres segundos antes de abrir la puerta del vehículo, pero no me dio tiempo a bajar; River salió de la cabaña con la bolsa de siempre en una mano y un recipiente en la otra y trotó hacia mí. El vaho lo acompañó los pocos metros que había de distancia; abrió la puerta del coche y saltó al interior para cerrarla lo más rápido que pudo.

—¿No tienes frío? —murmuré con un escalofrío a pesar de que tenía la calefacción al máximo. Entonces pensé en la chimenea, busqué la línea de humo que debería salir de la cabaña y no la vi—. ¿Por qué no has encendido la chimenea?

—Estoy bien. No todo el mundo es tan sensible al frío. Toma.

Me tendió el recipiente y mi abdomen se contrajo al ver el desayuno que solía hacerme cuando nos despertábamos juntos. Luché contra las emociones que me invadieron y abrí la tapa para disimular. El olor hizo gruñir mi estómago, lo que ayudó a mitigar el

calor que se había adueñado de mi pecho. Cogí un trozo de tofu ahumado y me lo llevé a la boca.

—Dios —gemí sin ninguna vergüenza—. ¿Cómo narices consigues que quede así de crujiente? Y con este sabor…

—Son las especias. —Una de sus comisuras se había alzado un milímetro. Su mirada era tan azul y tan intensa que mi abdomen dio otro vuelco, esa vez exagerado.

—Genial, ahora llegaremos tarde y necesito ir a la oficina tras abrir la obra —me quejé.

—Pasa al asiento del copiloto y cómete eso mientras yo conduzco.

No esperó a que respondiera, bajó cerrando la puerta tras él porque sabía que reptaría por dentro del coche para llegar al asiento antes que salir a la intemperie. Lo hice con cierta dificultad porque todavía estaba dormida y el frío agarrotaba mis músculos.

River se acomodó tras el volante, lo adaptó todo a su tamaño enorme y arrancó.

Me llevé otro trozo a la boca mientras lo estudiaba con descaro. Vestía el uniforme del trabajo, que consistía en unos pantalones oscuros y anchos con mil bolsillos; la chaqueta térmica e impermeable del mismo color y la sudadera con el logo de la empresa asomaba por el cuello abierto. Y por su piel subían los tatuajes que tenía allí, algunos nuevos y otros ya conocidos.

Tenía la mano izquierda apoyada sobre el volante, la otra, sobre su muslo derecho, y la vista fija en la carretera. A pesar de que llevaba toda esa ropa, algunos de sus músculos se adivinaban bajo ella, como los de los brazos y la espalda.

Me fijé en la barba que adornaba su rostro, idéntica a la que solía llevar tantos años atrás. No sabía cada cuánto la recortaba, quizá cada siete u ocho días. Era bastante frondosa, suave y bien cuidada. Mantenía su pelo más corto por los laterales que por la parte superior, y siempre lo llevaba del mismo tamaño. Sabía que se lo cortaba él; al menos así había sido antes y dudaba que ahora fuera diferente.

Y luego estaban los pendientes de sus orejas. No los tenía el día que hicimos la entrevista; supongo que no debían permitir que

llevaran ese tipo de joyas dentro de la cárcel, así que tuvo que ponérselos a su vuelta, ya que apareció con ellos varios días después.

—Se te va a enfriar.

Parpadeé antes de recordar que tenía el mejor desayuno del mundo en mis manos y que me había distraído tanto con su apariencia que hasta había olvidado comérmelo. Agarré varios trozos y se me escapó otro gemido al masticarlos.

—Deberías dejar de hacer ese sonido —masculló entre dientes.

—¿Te molesta? —pregunté con la boca llena.

—No exactamente.

Se me escapó una sonrisa sin pretenderlo y él frunció el ceño, aunque no me miró. El siguiente bocado fue silencioso; sin embargo, no pude disimular la expresión de placer. Sus dedos se volvieron blancos alrededor del volante, la mano que tenía sobre el muslo formó un puño y su mandíbula se tensó.

—No he dicho nada.

—No ha hecho falta.

Las mariposas, burbujas, mapaches o lo que fuera que River Rake siempre había despertado en mí corretearon por todas partes.

—¿Quieres? —Acerqué un trozo a sus labios y me sorprendió que lo aceptara—. ¿No has desayunado?

—No me ha dado tiempo.

Este hombre.

Llevé otro trozo a su boca, pero negó con la cabeza.

—Es para ti.

—Abre la boca —ordené.

River me miró de reojo, pero obedeció. Sin embargo, un bache provocó que parte del tofu tocara su mejilla antes de entrar en su boca. Me limpié la mano en la servilleta de tela que encontré en la bolsa de la comida y me incliné sobre él para pasar un dedo por su piel. Él se volvió y nuestras miradas se encontraron. Mi mano se congeló en su rostro, los animales invisibles de mi abdomen se pusieron a correr como locos y mi corazón los acompañó.

Sus ojos estaban fijos en los míos y podía sentir sus pulsaciones en el cuello, donde tenía apoyada parte de la mano. Moví el dedo

con lentitud sobre la zona manchada mientras todo se apagaba a nuestro alrededor. Acaricié su barba cuando no quedó rastro de comida en su mejilla y mis entrañas me gritaron lo que necesitaba en ese momento, lo que siempre había querido con él.

Su expresión se volvió más fiera, como si pudiera entender mi petición silenciosa, esa que le había prometido al firmar el contrato que no ocurriría. Sin embargo, su cuerpo se inclinó sobre el mío, yo aguanté el aliento y un claxon a nuestra espalda rompió el hechizo.

Su rostro reflejó el pánico que sintió al percatarse de lo que había estado a punto de hacer y aceleró de inmediato, dejando el semáforo del pueblo atrás. El único puñetero semáforo que había en todo Sweet Meadows. Eché un vistazo atrás y lancé mi mirada más asesina al conductor que teníamos detrás, que no era otra que Val.

La madre que la parió.

Ella se desvió hacia la oficina y nosotros salimos del pueblo. Los diez minutos restantes transcurrieron en silencio mientras yo terminaba el desayuno sin ofrecerle ni un trozo más.

Marco nos saludó al llegar y disimuló la sorpresa que le causó ver a River al volante. Abrí la casa de la señora Bells, me despedí de ellos y me marché a abrir la segunda obra. Tras saludar a los compañeros que se encargaban de ella, volví a Sweet Meadows y entré en la oficina con cara de culo.

—Buenos días, K —canturreó la traidora. Se echó a reír ante mi expresión, me tendió un café humeante y me siguió casi al trote hasta mi despacho—. Te he traído galletas.

—¿Dónde están?

—Aquí tienes una. —Me la ofreció con su mejor sonrisa—. El resto te las daré conforme avances con tus tareas.

—Te odio.

—Me adoras.

—Hoy no —mascullé entre dientes. Encendí el ordenador, tomé el documento que mi gestor había enviado el día anterior y que Val había imprimido para mí porque necesitaba tachar las filas para poder avanzar.

—Hacía rato que el semáforo se había puesto en verde y Loretta estaba a punto de bajar de su coche para ir a ver qué ocurría.

La miré con una ceja enarcada y ella aguantó la compostura. Negué con la cabeza antes de centrar mi atención en el documento.

¿Cómo era posible que tuviera que revisar todas esas facturas todavía?

—¿Hay algo que quieras contarme? —Se sentó en la única silla vacía y yo la ignoré—. Lo digo por ese casi beso.

—No ha habido ningún beso.

—Y yo no he sido la culpable. Lo único que he hecho ha sido crear más tensión sexual para la siguiente vez que os quedéis a solas.

—Eres una bruja —suspiré con un indicio de sonrisa.

—No lo negaré. —Echó un vistazo a la tabla e intentó disimular una mueca—. Hoy sí que vas a necesitar mi ayuda con esto.

—Lo sé.

19

RIVER

KAIA NO APARECIÓ por la obra hasta la hora de comer y lo hizo distraída y preocupada. Dado que tuve que sentarme con los demás, no pude hablar con ella. Marco lo intentó, pero ella aseguró que todo estaba bien y disimuló a la perfección. Me lanzó alguna mirada mientras se comía el estofado que le había preparado y me dio la impresión de que deseaba acercarse; sin embargo, mantuvo las distancias.

Mi maldito comportamiento en el coche debía ser el motivo, aunque me había parecido bastante dispuesta en ese momento. Había estado a un maldito segundo de besarla, de joderlo todo una vez más. A pesar de haberme prometido no cruzar esa línea, cada día me resultaba más difícil y ella debía saber tan bien como yo que no era una buena idea.

Ni siquiera sabía cómo era posible que todavía me dejara formar parte de su equipo, que no temiera quedarse a solas conmigo, que sus ojos no emitieran terror al verme. Le había asegurado que había cometido el crimen, ¿por qué seguía sin temerme?

Porque Kaia Brooks era un jodido ángel, la persona más cálida y buena que existía en el mundo, la más leal y atenta. Por eso no me dejaba tirado, porque sabía que nadie más me daría una oportunidad. Si hasta había conseguido que su equipo me tratara

con educación, incluso Alan. Larson era otra historia, pero al menos había pasado de increparme a ignorarme, lo cual era un gran avance.

Me centré en mis tareas hasta que finalizó la jornada, y como cada tarde, me entretuve con la limpieza de las herramientas mientras los demás se marchaban. No era un secreto que viajaba con Kaia, pero prefería pasar lo más desapercibido posible y ella parecía estar conforme.

—¿Nos vamos? —me preguntó cuando nos quedamos a solas.

La estudié un instante y controlé las ganas de rozar su mejilla con mi mano ante la preocupación que mostraba su rostro. En su lugar, solo asentí y la seguí hasta la furgoneta. Intenté mantenerme en silencio, pero solo lo conseguí durante dos minutos exactos.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué? —Me lanzó una mirada desconcertada. Se encontraba demasiado distraída en sus propios pensamientos como para haberme escuchado.

—¿Qué ha pasado en la oficina? Has estado allí más tiempo del habitual.

—Estamos con las tasas trimestrales y había varias facturas que no cuadraban —suspiró—. Suelo revisarlas antes de enviar todos los datos al gestor, pero parece que esta vez he hecho un trabajo de mierda porque ayer me devolvió una tabla infinita para volver a revisar. Y no entiendo ninguna de esas facturas. Y de paso, algunos contratos.

No tenía ni idea de esos temas.

—¿Necesitas ayuda? —inquirí de todas formas. Odiaba verla decaída.

—Lo he revisado todo con Val y he apartado las que no hemos logrado entender para seguir indagando en casa. Esta noche me espera una velada larga de trabajo. —Apretó el volante con fuerza—. No lo entiendo, siempre trabajamos con los mismos proveedores y usamos los mismos materiales. Nos hacen un precio especial; son empresas de confianza con las que llevamos trabajando desde el inicio. De vez en cuando tenemos que realizar pedidos a otras personas cuando tenemos imprevistos, pero eso no ocurre de forma

frecuente. En cambio, este último trimestre ha sido una locura y hay un descontrol absoluto de documentos.

—¿Qué te ha dicho el gestor?

—No mucho, que necesito enviarle toda la información mañana por la tarde. —Se pasó la mano por la cara—. Te prometo que esta es la parte que menos me gusta de nuestro trabajo.

—Pensaba que era trabajar a la intemperie en invierno —bromeé.

—Creo que esto lo supera. —Sentí un pinchazo en el abdomen cuando sonrió un poco.

—Hablaremos de ello cuando nieve.

Soltó una risita y se detuvo en el mismo semáforo en el que había estado a punto de besarla hacía solo ocho horas. Algo se accionó en mi interior y sentí la necesidad de bajarme del coche.

—Puedes dejarme aquí; necesito hacer unas compras.

Ella enarcó una ceja, pero no discutió. Tomé la bolsa con los recipientes vacíos de la comida y me largué como un cobarde. Ni siquiera la miré cuando pasó por mi lado. Caminé hasta el parque más cercano, me senté en un banco y dejé que el frío eliminara el calor que Kaia provocaba en mi interior.

No sé cuánto rato estuve allí inmóvil, rodeado de mis pensamientos, pero debía haber pasado un par de horas porque había anochecido y sentía el cuerpo agarrotado. En lugar de dirigirme hacia el camino que me llevaría a la cabaña, mis ojos se fijaron en el cartel del bar al que todavía no había tenido oportunidad de ir. No tenía ni idea de quién era el dueño ni de qué tipo de establecimiento era, si servirían cena o solo bebida, pero estaba helado y pensar en un café caliente hizo que mis pies se pusieran en marcha.

La calefacción me azotó con fuerza al cruzar la puerta y lo primero que vi fue la barra desierta, a pesar de que el local estaba lleno de gente que conversaba en cada mesa; mesas formadas por barriles y taburetes.

Me acerqué a la barra sin fijarme en los vecinos, ya que me regía por el pensamiento de que, si yo no miraba a nadie, ellos tampoco lo harían, y escogí un taburete para sentarme, aunque no llegué a hacerlo porque algo impactó contra mi cuerpo.

Al bajar la mirada, me encontré con el rostro sonriente de Farren. Sus brazos rodeaban mi cintura como habían hecho ese día e intentaba estrujarme con fuerza mientras me miraba.

—River —dijo a modo de saludo.

—Farren —respondí de forma automática.

Mierda, si la niña estaba allí, significaba que Kaia también. Alcé la vista para buscarla, pero la pequeña me sorprendió con sus palabras.

—¿Qué quieres que te sirva?

—¿Trabajas aquí? —No logré controlar ni mi voz sorprendida ni mi ceño arrugado.

—Trabajo en muchos sitios.

—¿Es eso legal?

Se encogió de hombros y entonces una sombra se cernió sobre ella. Mi mirada se topó con una mujer rubia que recordaba muy bien.

—Supongo que bienvenido a mi bar —soltó Nyla sin una pizca de entusiasmo en su rostro.

Joder. Tenía que entrar en su maldito establecimiento. Eché una mirada hacia la puerta mientras calculaba cuántos pasos tendría que dar para desaparecer, pero los brazos de Farren me apretaron un poco más.

—Dime qué quieres, te lo prepararé y lo llevaré a la mesa. —Separó una mano para señalar hacia atrás.

Ahí estaba Kaia. Su expresión mostraba sorpresa, nerviosismo y algo más que no quise adivinar. Sujetaba un lápiz en una mano y tenía la otra apoyada sobre varios documentos sobre la mesa. Junto a ella se encontraba Zion, quien me contemplaba como si quisiera borrarme del mapa. Al otro lado estaba sentado Reid, cuyo rostro no denotaba tanto odio como el de su amigo; y luego estaban todos los demás, aunque se habían multiplicado con el tiempo.

—He cambiado de opinión —murmuré a la espera de que me soltara, pero no lo hizo.

—Siéntate con nosotros. Tío Crew ha ido a por la cena; solo tenemos que llamarlo para que traiga un plato más.

—No es una buena idea —dijimos Nyla y yo a la vez.

Farren arrugó el ceño y se volvió hacia ella sin soltarme.

—River es el mejor amigo de mamá, así que debería cenar con nosotros.

Nyla miró al cielo como si quisiera pedir ayuda y yo di un paso atrás, pero Farren siguió pegada a mi abdomen. Kaia apareció frente a nosotros.

—Ma, convence a River para que se quede a cenar con nosotros —le pidió la niña.

Los ojos verdes con los que solía soñar cada noche me estudiaron durante varios segundos.

—Ha dicho que ha cambiado de opinión —comentó Nyla. Su voz sonó más suave al dirigirse a la pequeña.

Kaia sacó su teléfono del bolsillo, deslizó el dedo por la pantalla y se lo llevó a la oreja.

—¿Puedes traer un menú más, por favor?

Mi pecho se encogió, tanto por sus palabras como por la determinación que vi en su rostro. También ante el gesto de victoria que hizo Farren. Nyla tensó su mandíbula, pero no dijo nada. Tampoco apartó su mirada gélida de mí.

—No puedo quedarme —aclaré cuando colgó la llamada.

—Cenaremos en diez minutos y te llevaré a casa. Necesito continuar con las facturas. Vamos.

Me tomó de la mano como si repitiéramos ese gesto cada día. Farren me soltó al fin para adueñarse de la otra y me dejé arrastrar hacia la mesa en la que todos me contemplaban con distintas expresiones. Zuri se levantó de inmediato para colocar una silla más junto a la de Kaia y Farren hizo mover a Reid y a un hombre que no conocía para sentarse a mi otro lado.

El silencio lo llenó todo durante varios segundos agónicos.

¿Qué narices hacía sentado allí?

Kaia me presentó a las parejas de sus amigos; Nyla me preguntó qué quería beber y Farren me recordó que le debía su tabla de ejercicios. Luego Kaia se volvió hacia Zion.

—¿Podrás ayudarme con esto entonces? —Deslizó los papeles hacia él, que asintió.

—Echaré un vistazo a las empresas y confirmaré que sean reales.

—¿Por qué no iban a serlo? —preguntó ella confundida—. He encontrado sus datos en internet. Son empresas de materiales, la mayoría de ellas situadas en Bartlett.

Ese comentario encendió mis alarmas, aunque no dije nada.

—Deja que las investigue. —Él recopiló los papeles y los dejó a un lado—. ¿Cuándo los necesitas?

—Tengo la cita con mi gestor mañana.

Estábamos sentados tan cerca que noté cómo su pierna se movía con nerviosismo, algo que solo hacía cuando se sentía sobrepasada. Mi mano llegó hasta ella sin que pudiera hacer nada por evitarlo y sus hombros se relajaron al instante, lo que me generó una oleada de sensaciones demasiado intensas. Fui a retirar mi mano, pero la suya aterrizó encima antes de que pudiera hacerlo y la mantuvo allí atrapada.

—¿Cuándo realizaremos el primer entrenamiento? —Farren tiró de mi otro brazo y se inclinó hasta apoyar su rodilla en mi muslo.

—Pensaba que solo tenía que darte una tabla de ejercicios —murmuré a la par que ignoraba al resto, que estaban atentos a nuestra conversación.

—Necesito que me enseñes bien cómo hacerlos.

Nyla dejó el café frente a mí y se cruzó de brazos.

—Soy tu entrenadora oficial —soltó con la vista fija en la niña.

—Tú me enseñas artes marciales. Yo quiero ganar músculo.

—También hacemos ese tipo de ejercicios. —La amiga de Kaia se dejó caer en su silla con el ceño fruncido.

—Son otros —aclaró Farren.

—No lo son.

—Tienen que serlo, mira.

No llegué a tiempo de evitar que mostrara mis abdominales a los demás. Me bajé la sudadera de un tirón, aunque mi brazo la rodeó para evitar que perdiera el equilibrio. Ella aprovechó para acomodarse sobre mi regazo y sonreír.

—Está tan fuerte o más que tío Crew —sentenció como si nada.

Intenté disimular la incomodidad que sentía sin mirar a ninguno de ellos. Mantuve la vista fija en el cogote de Farren mientras discutía con Nyla sobre el tipo de ejercicios que hacía.

—Lo siento —murmuró Kaia en mi dirección. Su rostro había enrojecido y el malestar estaba patente en sus ojos—. No suele comportarse tan mal. Ni tener esas confianzas.

—Confianza sí que se toma —comentó Reid frente a mí. No parecía tan frío como aquel día.

—No he hecho nada malo —alegó Farren. Se volvió para mirarme —. ¿Te he avergonzado?

No pude decirle que lo había hecho y su madre me salvó de responder.

—A nadie le gusta que vayan mostrando su cuerpo a desconocidos.

—No son desconocidos, es nuestra familia. Y solo quería demostrar que sus músculos son muy grandes, pero no lo volveré a hacer. —La pequeña colocó su mano diminuta en mi mejilla y sonrió con ternura. Algo oprimió mi pecho con fuerza—. ¿Me perdonas?

Asentí con la cabeza. Crew llegó en ese momento acompañado de su pareja y de otra mujer que, por lo que descubrí, era la prometida de Reid y no sé muy bien cómo, pero terminé compartiendo una velada bastante agradable con Kaia y su familia.

20

KAIA

Desbloqueé las puertas del coche y esperé a que Farren y River subieran, pero solo lo hizo la primera; él se quedó inmóvil junto a la puerta del copiloto.

—Prefiero volver caminando.

—Hace mucho frío y es noche cerrada. —Me crucé de brazos sin abrir mi puerta.

Vi como mi hija alargaba el brazo entre los asientos delanteros para encender el motor y luego la calefacción. También bajó un milímetro la ventanilla del copiloto.

—¿Qué hacéis? Os vais a congelar.

El rostro de River se suavizó ante su comentario, aunque no se movió. Rodeé el vehículo, me apoyé en la carrocería frente a él y no disimulé la vulnerabilidad que sentía.

—No ha sido tan malo, ¿no? —murmuré para que Farren no me oyera, aunque ya había subido la ventanilla porque era tan friolera como yo.

River negó con la cabeza.

—Podría haber sido mucho peor. Debería haberlo sido. —Eso último lo dijo para sí mismo.

—Vamos, deja que te acerquemos a casa. No tiene ningún sentido que recorras un camino a oscuras con esta temperatura. —

Coloqué una mano sobre su brazo y la deslicé hasta llegar a sus dedos. ¿Cómo era posible que los tuviera calientes? Tiré de él, pero siguió sin moverse y yo puse los ojos en blanco—. No seas terco.

—Tú lo eres más.

Me encogí de hombros y sonreí. Él suspiró, dejó que lo arrastrara hacia el coche y entró.

—Odio el invierno —mascullé cuando cerré mi puerta con un golpe seco.

Coloqué las manos frente a la rejilla de la calefacción mientras mis dientes castañeteaban y Farren se envolvía en la manta que siempre llevaba detrás. Se colocó el cinturón por encima tras hacerse un burrito ella misma.

Al lanzar un vistazo de reojo hacia River, vi que trataba de contener una sonrisa ante el panorama.

—¿Te lo has pasado bien, River? —inquirió mi hija cuando arranqué.

—Supongo.

Me mordí el labio para no sonreír. Era tan adorable ver cómo trataba de contentarla a su manera.

Como siempre que tenía uno de esos pensamientos, llegó la culpa ante mi silencio y sentí una amargura extrema. Ambos tenían derecho a conocer la verdad; deberían compartir su tiempo sabiendo la relación que los unía. Jamás había querido ocultárselo, pero no accedió a mis visitas y quise ahorrarle el sufrimiento a Farren en vista de que no quería saber nada de nosotras, de mí en realidad.

Sin embargo, todo había cambiado al presentarse en mi oficina tras cumplir su condena. Habían pasado varias semanas desde entonces y no parecía que fuera a marcharse. Estaba construyendo su vida en Sweet Meadows y Farren le había cogido cariño en pocas horas.

Sentí unos dedos fuertes y cálidos en mi pierna por segunda vez esa noche. Me topé con la mirada preocupada de River, aunque no dijo nada. Supuso que no sería sincera con Farren en el coche. Si él supiera lo que teñía mis pensamientos en ese momento…

Dejamos el centro del pueblo atrás y nos internamos en el camino de tierra. Los faros del coche generaban la única luz que nos

rodeaba y conducía más despacio de lo habitual, no solo por ese motivo, sino porque odiaba tener ese sentimiento amargo clavado en el corazón. Quería decírselo a ambos, pero no sabía cómo. Temía la reacción de River, a pesar de que en el fondo algo me decía que sería un padre ejemplar.

¿Cómo podía estar tan segura de eso después de su condena? ¿De que tratara de convencerme de lo contrario?

Ni siquiera yo podía responder a esas preguntas.

Fruncí el ceño cuando vi otra luz en el horizonte, una mucho más anaranjada que las del vehículo, y vi que River se tensaba a mi lado. Farren se inclinó entre ambos asientos para ver mejor.

—¿Qué es eso? —preguntó desconcertada.

Mis pulsaciones se dispararon cuando nos acercamos lo suficiente como para adivinar las llamas. Ahogué un jadeo al detener el coche tras dos camiones de bomberos y un par de vehículos más. River bajó sin decir nada y nosotras lo seguimos.

Loretta se dio la vuelta al oírnos.

—Lo siento, chicos, no podéis estar aquí.

—¿Qué ha pasado? —Contemplé el espectáculo con el corazón encogido.

Los bomberos luchaban contra el incendio con sus mangueras y trataban de que no se propagara por el bosque.

—Todavía es pronto para saberlo, pero nos han pedido que volvamos a nuestras casas. Es peligroso que inhalemos este humo —respondió la alcaldesa.

Vi como lanzaba una mirada apenada a River, que mantenía su vista fija en el que había sido su hogar. El mismo en el que había dedicado todo su tiempo libre para adecentarlo. No debería sorprenderme que Loretta supiera que vivía allí sin permiso, ya que la mujer lo sabía todo de todos.

Tomé a Farren de la mano y me acerqué a River. Ni siquiera me miró, absorto en el crepitar de la madera y las órdenes que los bomberos se lanzaban los unos a los otros.

Coloqué mi mano libre sobre su pecho y logré que sus ojos buscaran los míos.

—Tenemos que irnos —susurré sin soltarlo.

Él asintió, aunque parecía tan perdido que tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no abrazarlo delante de todo el mundo. En su lugar, lo insté a volver al coche con un nudo en el abdomen.

No sabía cuántas pertenencias poseía, pero era consciente de que acababa de quedarse sin nada. Sin su ropa, sin su comida, sin un hogar en el que refugiarse en invierno.

Me mordí el labio inferior para contener unas lágrimas que llevaban años sin salir y conduje en un silencio denso que ni siquiera Farren se atrevió a cortar. Accioné la puerta de la valla con el mando a distancia, esperé unos segundos con la mirada fija en la casa que nos había acogido a todos a nuestra llegada al pueblo y crucé el jardín hasta aparcar en el garaje.

Fue entonces cuando River se dio cuenta de dónde nos encontrábamos. La desolación y el agotamiento se hicieron visibles en su rostro, aunque intentó disimularlo.

—Tenemos una habitación de invitados —murmuré en el silencio del coche.

Él negó con la cabeza.

—Iré al hostal.

—Es tarde y hace frío —añadió Farren. Su voz era más suave de lo habitual y podía ver que se sentía mal por él.

—Antes la utilizaba Zion cuando venía en Navidad, pero desde que volvió al pueblo nadie ha vuelto a necesitarla —insistí.

—Tiene tu nombre. —Mi hija asomó la cabeza entre ambos asientos y le tocó la mejilla—. Vamos, que tenemos que ver una película antes de irnos a dormir.

Hice una mueca al recordar que yo no dormiría porque tenía un sinfín de facturas que revisar, aunque Zion se hubiera prestado a ayudarme.

—No puedo quedarme aquí. —River bajó del coche decidido y esperó a que nosotras también lo hiciéramos—. Gracias, pero será mejor que me aloje en el hostal.

—¿Mejor para quién? —Farren le cortó el paso antes de que pudiera hacerlo yo.

—Para todos.

—Ve encendiendo la calefacción —le pedí a mi hija. Ella me retó un instante con la mirada, pero vio algo en mi rostro que la instó a obedecerme.

—Os espero dentro. A los dos —puntualizó antes de desaparecer.

Di un paso más hacia River y él se tensó, así que di otro más. Llevé ambas manos a sus mejillas, ignoré el calor que llenó mi pecho ante su mirada clara y me pegué a su cuerpo porque necesitaba sentirlo. Sus brazos me rodearon tras un instante de vacilación y su sien bajó hasta apoyarse en la mía.

—No es buena idea —murmuró.

—Yo creo que es la mejor idea —respondí en el mismo tono.

Llevé mis dedos hacia su nuca y masajeé su cuero cabelludo. Un escalofrío recorrió su cuerpo, me apretó contra él y enterró la nariz en mi cuello. Mi interior se incendió y varias zonas se llenaron de esas burbujas que no me dejaban tranquila en su presencia.

—No quiero volver a joderlo todo.

Mi abdomen se contrajo y millones de mariposas revolotearon por mi pecho. Deposité un beso junto a su oreja, paseé mis labios por su piel y memoricé de nuevo su olor.

—Confía en mí —le pedí sin aliento.

River se irguió y me miró de una forma que me rompió el corazón. Parecía tan vulnerable y cansado en ese momento, como si no tuviera fuerzas para seguir luchando contra el mundo.

Me puse de puntillas, acaricié una de sus mejillas y tiré de él con suavidad para que me permitiera llegar hasta su rostro. Dudó, aunque fue solo un instante; luego se inclinó y sus labios rozaron los míos.

21

RIVER

JODER.

La descarga eléctrica que me recorrió al sentir sus labios de nuevo fue tan exagerada que por un momento todo se apagó, incluso mi mente. Se quedó en completo silencio mientras un millón de sensaciones me bombardeaban desde todas direcciones y creaban el caos más absoluto en mi interior.

Las noches que había soñado con aquello, las veces que lo había imaginado, incluso mis propios recuerdos no hicieron justicia a la suavidad de su roce, a las caricias de sus manos, al calor de su cuerpo. Mis dedos se clavaron en su piel con una necesidad apabullante y mi corazón perdió el ritmo cuando su lengua se abrió paso entre mis labios.

Ni siquiera me había percatado de que había dejado de respirar. Pegó su cuerpo al mío como si quisiera fundirse con él y mis manos fueron directas a su trasero. La alcé con la misma facilidad con la que solía hacerlo; sus piernas rodearon mi cintura y ambos ahogamos un gemido cuando encajamos a la perfección.

Intenté no perder el control, no convertirme en un puñetero salvaje que llevaba anhelando aquello diez años, pero el mordisco que me dio en el labio inferior me lo impidió. Hundí mis dedos entre su pelo, profundicé el beso y busqué su piel bajo su sudadera.

Kaia soltó un gemido que me incendió, se aferró a mis hombros con fuerza y empezó a moverse contra mí. El gruñido que abandonó mi garganta fue casi animal y eso pareció gustarle porque dejó mi boca atrás, descendió con sus labios por mi mandíbula y se detuvo en mi cuello, en esa zona que sabía que me perdía. Tras unos besos delicados, clavó sus dientes y mi abdomen se contrajo.

Tiré de su pelo con suavidad para alzar su rostro y durante un segundo solo nos miramos, ambos sin aliento. Sus pómulos estaban encendidos, sus ojos brillaban como dos jodidos faros en mitad de la oscuridad y sus labios formaron la sonrisa más sensual que había visto jamás.

No sé quién salvó la distancia, pero me perdí en su boca de nuevo y esa vez no me importó ser delicado. La besé como lo había imaginado cientos de veces y ella respondió como si hubiera anhelado aquello tanto como yo. Sus brazos permanecían alrededor de mi cuello, sus piernas, a la altura de la cintura, y sabía que estaba a punto de saltar al vacío. La conocía, sabía en qué punto se encontraba porque había dedicado todo mi tiempo con ella a aprender sus reacciones y…

—¡Ma! ¡River! ¡Ya he puesto la película!

Kaia cortó el beso, aunque no me soltó. Volvimos a contemplarnos con el mismo deseo que antes, incluso más, ya que sus ojos estaban desenfocados y podía ver como la frustración empezaba a cubrir su rostro.

Me adueñé de nuevo de su boca, la apreté todavía más contra mi cuerpo y retomé el movimiento rítmico que ella había iniciado sin darse cuenta. Sus piernas se tensaron, ella jadeó y yo me esmeré todavía más en dirigirla hacia ese punto de no retorno.

Sus uñas se clavaron en mi espalda, sus labios soltaron los míos y enterró el rostro en mi cuello en el instante en el que todo su cuerpo se puso a temblar descontrolado. A punto estuve de lanzarme al vacío con ella, pero logré contenerme. La abracé mientras la oleada de placer la recorría y ella intentaba no romper el silencio más allá de nuestra respiración agitada.

—¡Ma!

—Joder, no tengo fuerzas para responder —susurró contra mi piel.

—¡River!

Oí el golpe de una puerta en la lejanía, así que dejé a Kaia en el suelo y miré mi entrepierna con el ceño fruncido y sin saber qué hacer. Ella soltó una risita adorable, avanzó hacia la puerta del garaje y la abrió en el instante en el que Farren llegaba a ella.

—¿Qué hacéis?

—No encuentro las llaves de casa.

—Claro, porque me las has dado a mí para que entrara —respondió la niña con cara de circunstancias.

—Tienes razón, vamos.

Kaia la empujó hacia dentro, pero ella se resistió.

—¿Y River?

—Detrás de nosotras.

Mi anatomía parecía haber vuelto a la normalidad, así que me situé tras ellas y la pequeña me sonrió.

—He escogido una película que estoy segura de que te va a encantar.

Asentí porque mi cerebro parecía encontrarse todavía apagado.

—Antes de eso iremos a la ducha —sentenció su madre.

—Entonces se hará demasiado tarde y me mandarás a dormir —se quejó la otra.

—Te prometo que veremos la película, pero antes necesitamos ducharnos. Me he pasado ocho horas trabajando en la obra y necesito deshacerme del sudor y la suciedad. Y seguro que River también.

Me miró para que le diera la razón, pero mi maldita ceja se elevó sin mi permiso y su rostro enrojeció.

—¿Ves? Él tampoco quiere ducharse. —Farren le dedicó una mirada victoriosa.

—Sí que quiero —hablé al fin.

Y lo que más deseaba en ese momento era hacerlo con Kaia, aunque eso no lo dije, por supuesto.

—Ve tú primero. Mientras tanto, nosotras prepararemos algo para picar —propuso ella.

—¡Algo con mucho azúcar!

La pequeña corrió hacia la cocina y desapareció. Kaia enrojeció un tono más, se mordió el labio inferior sin darse cuenta y mi cuerpo respondió de forma desmesurada. Ahogué una maldición y me marché antes de cometer una nueva locura.

Conocía aquella casa porque me había invitado en un par de ocasiones cuando todavía la compartía con sus amigos, con algunos de ellos, así que fui directo al aseo y me situé bajo el chorro de agua antes de que se calentara. Eso sirvió para cortar todo tipo de pensamientos durante dos segundos completos, aunque hice lo posible por ignorarlos cuando volvieron y salí de allí con una toalla rosa atada a la cintura. Dejé un reguero de gotas de agua a mi paso hasta que llegué a la cocina y ambas se giraron a la vez para mirarme con los mismos ojos, solo que los de Kaia se llenaron de deseo y esa vez fue mi corazón el que reaccionó.

—Juraría que todavía tengo algo de Zion en casa —murmuró sin apartar la vista de mi pecho. Se volvió hacia la niña y alzó el dedo índice—. ¿Puedo dejarte sola un minuto sin que te comas todo lo que encuentres?

—Claro, ma. —Ella puso los ojos en blanco, aunque detecté una mota de diversión en su rostro.

—No puedo —suspiró su madre.

—Que sí. —Farren la empujó con sus dedos llenos de chocolate —. Prometo no comer nada hasta que vuelvas.

Kaia negó con la cabeza, me encaró de nuevo y sus ojos descendieron por mi cuerpo antes de que subieran de forma abrupta a los míos.

La seguí en silencio y a una distancia prudencial para no atraparla entre mis brazos y llevarla de nuevo al límite. Llegamos a una habitación bastante simple; ella rebuscó en el armario y sacó un pantalón y una sudadera que dejó sobre la cama. Cuando se volvió hacia mí, todos mis músculos se contrajeron porque conocía muy bien esa sonrisa ladeada.

Contemplé como se acercaba a mí de esa forma tan delicada, como si fuera la gacela más perfecta de la sabana frente al león rudo y peligroso que había caído rendido a sus pies desde el primer

momento, el que haría cualquier cosa por protegerla y mantenerla a salvo, incluso de él mismo.

Sus manos fueron las primeras en llegar hasta mí. Las colocó sobre mi pecho, una de ellas encima de mi corazón, y luego apoyó su cuerpo en el mío. Su mirada era tan clara, sincera y cálida que sentí un tirón en el abdomen y la necesidad de rodearla con mis brazos, pero me contuve.

Debería decirle que no podíamos repetir el error del garaje, que no era buena idea cruzar la línea de nuevo, que yo era su peor decisión. Sin embargo, no lo hice. Era un jodido egoísta que no podía mantenerse alejado de ella ni aun prometiéndose que lo haría.

Se puso de puntillas y yo me incliné de forma automática. Nuestros labios se encontraron de nuevo, aunque esa vez fue de forma suave, tierna, bonita. Una sensación asfixiante se adueñó de mi pecho, pero la ignoré. Llevé una mano a su rostro y lo acaricié con cuidado. Ella sonrió todavía con los ojos cerrados y dejó que la explorara durante unos segundos más; luego se separó.

—Tengo que volver a la cocina o ese demonio se lo comerá todo antes de llegar al sofá.

Asentí, incapaz de hablar.

Un calor extremo se había adueñado de mí y no sabía qué hacer con él.

—No tardes.

Depositó un beso suave sobre mi corazón, sonrió una vez más y salió de la habitación, dejándome a solas con todas esas emociones.

22

KAIA

Me sentía como un muro de contención sin desagües a punto de estallar, aunque entre todas las emociones que se agolpaban en mi interior en ese instante estaban unas que no había experimentado desde hacía mucho tiempo: ligereza, seguridad, un entusiasmo desmesurado.

Encontré a Farren en el mismo lugar en el que la había dejado y con una expresión de inocencia total.

—¿Me toca ir a la ducha? —preguntó demasiado rápido.

—Enséñame tus bolsillos.

—¿Por qué?

—Porque te conozco mejor que nadie.

Puso los ojos en blanco, pero dejó las golosinas que había escondido en ellos sobre la encimera.

—¿Contenta?

—No del todo. —Levanté su jersey y encontré una barrita de chocolate atrapada bajo la goma del pantalón—. ¿Pensabas comerte esto en la ducha?

Se encogió de hombros, aunque no pudo frenar su sonrisa. Ni yo la mía.

River entró en la cocina descalzo y con la sudadera de Zion arremangada. Los pantalones le quedaban demasiado estrechos,

pero no pensaba quejarme porque estaba segura de que le marcarían el trasero de una forma deliciosa.

—¿Vas a encargarte de la comida? —Farren corrió hacia él y lo miró con adoración—. ¿Puedes hacer algo muy dulce, chocolateado y sabroso?

—Puedo intentarlo. —Una de sus comisuras vibró y mi abdomen se llenó de burbujas una vez más.

—Hazlo, y no dejes que mamá intente ayudarte, ¿vale?

Mi corazón se saltó un latido cuando sus labios formaron una sonrisa ladeada.

—La mantendré alejada de la cocina.

Mi hija asintió conforme y corrió hacia el aseo.

—Está feo que os aliéis contra mí —comenté aferrada a la encimera.

Su mirada paseó por mi cuerpo con lentitud, examinando cada centímetro mientras mis dedos se volvían blancos del esfuerzo que hacían por mantenerme en pie. Mis rodillas habían abandonado toda voluntad de hacerlo y lo único que me impedía colapsar era el mueble que tenía detrás.

River se puso en movimiento sin ninguna prisa; tampoco apartó sus ojos azules de mí. El cosquilleo, burbujeo o lo que fuera que se instalaba siempre en mi abdomen cuando se encontraba cerca se intensificó y recorrió cada parte de mi ser. Cuando se detuvo frente a mí, mis dedos resbalaron sobre la superficie y él me sujetó con un brazo. La sonrisa que decoró su rostro fue impresionante, lo que no ayudó a mi causa.

—Estoy cansada —mentí.

—No lo dudo. —Sus labios se extendieron un poco más y mi útero estuvo a punto de implosionar.

—Haz el favor de controlar tus encantos.

—¿Cuáles?

Se inclinó sobre mí y paseó su nariz por mi cuello.

Jesús.

—River —murmuré sin aliento.

—Dime.

Sus labios acariciaron mi piel, mis manos buscaron su pecho y una de mis piernas trató de escalar las suyas.

—Farren es la niña más rápida de la historia en la ducha y no voy a soportar otra interrupción de ese tipo. —Mi voz sonó entrecortada y sin aliento.

Depositó un beso sobre mi cuello, deslizó un dedo por mi mejilla y se separó dos pasos, aunque su expresión se había vuelto más hambrienta que antes. Me volví con la esperanza de calmar mis nervios y también para apoyarme un poco más en la encimera, ya que todavía me temblaban las piernas. Eso hizo que me perdiera su expresión cuando soltó una risa ronca.

—Yo me encargo de esto. —Me separó de la encimera con cuidado y me instó a marcharme al aseo. Di el primer paso cuando Farren entró en la cocina ataviada con su pijama. Me incliné sobre ella y susurré—: No asustes a River.

—Dudo que haya algo que lo haga.

Eso esperaba porque quería contarle la verdad lo antes posible.

Me duché a toda velocidad porque tenía demasiadas ganas de volver a su lado y de ver cómo interactuaba con mi hija, la suya. Los encontré ya acomodados en el sofá, uno al lado del otro, mientras ella le contaba algo con entusiasmo y él la contemplaba con atención, como si le interesara lo que le decía.

Me detuve en seco al ver que en lugar de cinco o seis boles de golosinas y chocolate solo había tres tazas con una especie de bizcocho en su interior, todas ellas decoradas con una gominola. River alzó el rostro para mirarme cuando me senté a su lado.

—Hemos cambiado un poco el menú —murmuró casi con timidez.

—River ha hecho un bizcocho de chocolate a la taza. —Farren tomó una y me la tendió, luego hizo lo mismo con él, se colocó la suya sobre sus rodillas y puso en marcha la película—. Y ahora, silencio.

Me costó no soltar un gemido cuando me llevé la cuchara a la boca y saboreé el pastel o lo que fuera eso. Estaba delicioso y mi pequeña opinaba lo mismo dada su expresión. Vaciamos las tazas en

un par de minutos y no di crédito cuando Farren mantuvo el silencio en lugar de pedir más chocolate.

Se me formó un nudo en la garganta cuando agarró uno de los brazos de River con ambas manos y apoyó la cabeza sobre él mientras el hombre más intimidante de la historia la miraba de reojo sin atreverse a mover ni un solo músculo. Sus ojos buscaron los míos y yo sonreí, aunque me costó controlar mis emociones.

Un rato después, Farren se quedó dormida, algo que desde luego no habría ocurrido de haberse comido la cantidad ingente de golosinas que habíamos preparado en la cocina. Dejé caer mi frente sobre el hombro de River y me mordí el labio cuando colocó la mano sobre mi pierna. Yo también me aferré a su brazo, deseosa de sentir su calor de nuevo. Movió uno de sus dedos sobre mi piel y no dejó de hacerlo hasta que la película terminó.

—La llevaré a la cama —susurré para no despertar a Farren.

Él asintió y permaneció inmóvil mientras trataba de cogerla, pero me detuvo. La alzó sin esfuerzo, se puso en pie y me indicó con la mirada que lo llevara hasta su habitación. Aparté las mantas; él la dejó sobre la cama y yo la tapé bajo su atenta mirada. Luego le di un beso en la frente y me volví.

Sus ojos estaban clavados en los míos y desprendían un millar de sentimientos.

Lo tomé de la mano y volvimos al salón.

—Tenemos que hablar —murmuré nerviosa.

Él asintió, metió las manos en los bolsillos del pantalón y desvió la mirada, lo que me llenó de ansiedad. Sabía lo que pasaba por su mente en ese momento; lo había hecho muchas veces en el pasado. Acuné su rostro entre mis manos y contemplé sus ojos.

—Ignora esos pensamientos.

—No puedo, son los únicos que me mantienen en mi lugar. —Su susurro sonó ronco y frustrado—. Por mucho que intento mantenerme alejado de ti, no lo consigo.

—Debe ser por algo.

—Porque soy un maldito egoísta y soy incapaz de hacer lo correcto aun después de todo lo ocurrido.

—Lo correcto para ti no es lo correcto para mí —dije con suavidad.

Soltó una carcajada dura.

—Eres la persona más buena del mundo, eso hace que me veas con buenos ojos, que ignores lo malo.

—No deberías pensar así de ti. No tienes motivos para hacerlo. Eres leal, responsable, protector.

—Soy un puto delincuente, Kaia. Siempre lo he sido.

Se calló al instante tras haber levantado un poco la voz. Dio un paso atrás, se dio la vuelta y se pasó las manos por el rostro. Sus hombros estaban tensos; se sentía frustrado, atrapado, desesperado porque no lo considerara un peligro.

—No lo eres. —Me coloqué de nuevo frente a él y entrelacé nuestros dedos.

Su mirada se oscureció y su expresión se volvió dura, fría. Soltó una nueva carcajada, esa mucho más aterradora que la anterior.

—Crecí en distintos orfanatos, invisible para todo el mundo, hasta que me echaron de allí —masculló entre dientes. Mi corazón se encogió al reconocer su dolor, el mismo que había sentido yo antes de encontrar a Zuri y los demás—. Vagué por las calles durante días buscando comida en los contenedores, intentando robar lo que podía, defendiéndome de todo el que me retaba. No sé cuánto tiempo permanecí sin dormir, temeroso de que se abalanzaran sobre mí en la oscuridad, hasta que alguien me tendió su mano.

»No era una buena persona; al contrario, era el líder de una organización criminal. Se dedicaban al contrabando de droga a pequeña escala, a hurtos con violencia, a encargos que proporcionaran cualquier suma de dinero. —River apretó los dientes con fuerza antes de mirarme a los ojos—. Estuve con ellos durante nueve años en los que hice todo lo que me pidió; cualquier tarea.

Contuve el aliento al comprender lo que me estaba diciendo, aunque esa voz interna que siempre lo había defendido continuó en sus trece.

—Herí a otras personas, Kaia.

Mi pecho se contrajo y esa voz perdió fuerza.

—¿Personas inocentes? —susurré sin soltar sus dedos.

Parpadeó una sola vez, frunció todavía más su ceño y resopló.

—Esa no es la cuestión —gruñó—. Era su mejor soldado, el que enviaba para llevar a cabo los ajustes de cuentas.

Como el que tuvo lugar cuando lo encarcelaron. De pronto lo comprendí, aunque seguía sintiendo que me faltaba una pieza del rompecabezas, que algo no encajaba todavía.

—Eso forma parte del pasado y no define nuestro presente, ¿recuerdas?

Había repetido aquella frase en infinidad de ocasiones cuando estábamos juntos.

Él negó con la cabeza, soltó un suspiro y dejó caer la frente sobre mi hombro, así que lo abracé con fuerza y deposité un beso sobre su pelo.

—No sé qué hacer contigo —murmuró contra mi piel.

—Te conozco mejor de lo que crees; quizá puede que te conozca incluso más que a ti mismo. Eres bueno, River; por mucho que intentes convencerte de lo contrario, eres una buena persona que merece ser amada.

Volvió a negar con la cabeza, pero no se alejó de mí. Me permitió que lo arrastrara hacia mi dormitorio, que lo tumbara sobre mi cama y que me acurrucara junto a su cuerpo. Me rodeó con sus brazos y compartimos un beso dulce y suave.

—No debería estar aquí —musitó somnoliento.

—Eso lo decidiré yo.

Apreté mi rostro contra su pecho, dejé que todas esas sensaciones cálidas me invadieran y cerré los ojos, envuelta en una calma que hacía años que no sentía.

23

RIVER

Me despertÉ rodeado de calor, con su rostro pegado al mío y sus brazos alrededor de mi cuerpo. Los míos también la sujetaban, como si mi subconsciente supiera que debía protegerla incluso en sueños, que debía aprovechar esa oportunidad para volver a sentirla antes de que todo se torciera una vez más.

Me quedé inmóvil para no despertarla, temeroso de que esa sensación que solo relacionaba con ella se esfumara si lo hacía y el hechizo se rompiera.

No tenía ni idea de cómo habíamos llegado a ese momento. ¿Cómo narices habíamos terminado abrazados en su cama después de todo lo ocurrido?

Había hecho un trabajo pésimo intentando mantenerme al margen, convenciéndola de que era un maldito monstruo que no merecía su cercanía, pero ella siempre había visto más allá de mis barreras, de mis palabras. Así lo hizo diez años atrás cuando nos conocimos y volvía a hacerlo cuando menos lo merecía, cuando la había herido, a pesar de prometerme a mí mismo que jamás lo haría.

Sentí como se tensaba mi cuerpo, incluidos mis brazos a su alrededor, y eso provocó que ella se moviera. Kaia restregó la nariz sobre mi cuello, un suspiro cálido abandonó sus labios y se aferró

con más fuerza a mí. Luego se alejó poco a poco, sus párpados se movieron y esos ojos verdes tan bonitos me miraron. Su sonrisa tierna y alegre me pilló desprevenido. Un latigazo impactó contra mi pecho al verla tan confiada bajo mi abrazo, tan calmada y a la vez tan fuerte.

—¿Has dormido bien? —susurró sin perder esa expresión que incrementaba mis pulsaciones.

Asentí, incapaz de hablar. Me obligué a soltarla, pero ella negó con la cabeza, su sonrisa se extendió por su rostro y se pegó por completo a mí.

—Es mi decisión —aseguró antes de mordisquear el lóbulo de mi oreja.

Mi cuerpo se despertó todavía más, pero no me moví. Aquello era la peor idea de toda la historia, mucho peor que la primera vez. Kaia tenía mucho que perder si algo salía mal y Grant…

Vi su sonrisa retorcida en mi mente y mi abdomen se contrajo. Grant había escalado su juego, había quemado mi cabaña para dejarme claro que se estaba impacientando con mi modo de actuar. No me importaba que fuera a por mí, pero era muy posible que terminara fijando su objetivo en ella, en su hija incluso, para hacerme cambiar de parecer.

La aparté con suavidad, pese a sus protestas, y me puse en pie.

—No huyas —me pidió con un hilo de voz. Tenía el pelo revuelto, los ojos brillantes y me contemplaba con su ceño fruncido.

—No lo hago.

—No es eso lo que parece.

Se levantó también, aunque no se acercó a mí, y yo la empecé a echar de menos. Sin embargo, me adecenté y salí al salón oscuro y silencioso. Ella me siguió, pero se dirigió a la cocina. Encendió la cafetera, colocó una sartén sobre la placa de inducción y se volvió.

—Haznos el desayuno.

Mi corazón se derritió ante su orden.

Joder, era preciosa y perfecta. Y por alguna razón confiaba en mí.

Me acerqué sin hacer ruido, la rodeé para no tocarla y eché un vistazo a la nevera. Estaba repleta de comida saludable, así que

seleccioné varios ingredientes y me puse a cocinar bajo su mirada atenta.

Oí el sonido de una puerta seguido de unos pasos ligeros y lentos. Enarqué una ceja al ver como Farren se arrastraba hacia la cocina con los ojos todavía medio cerrados y una expresión que jamás había visto en su rostro. Se dejó caer en uno de los taburetes, cruzó los brazos sobre la isla y su cabeza impactó sobre ellos. Después todo quedó en silencio.

Kaia disimuló una sonrisa, se acercó a ella y le pasó una mano por el pelo en un intento de ordenar sus puntas, que apuntaban a todas direcciones. La pequeña se mantuvo inmóvil unos segundos, luego alzó la cabeza como si le costara un mundo y me miró con un solo ojo.

—Chocolate —masculló sin fuerza.

—No —respondió su madre.

Farren gruñó, Kaia ni se inmutó y la niña volvió a dejar caer la cabeza sobre sus brazos.

Me centré de nuevo en la cocina para disimular el calor que invadió mi pecho. Me quedó claro que Farren, como su madre, no se activaba hasta que había pasado un rato. No debería haberme sorprendido, eran como dos gotas de agua, pero al ver esa energía infinita, su charla incesante y esa curiosidad extrema por conocerlo todo, había pensado que se mostraría de esa forma a cualquier hora del día.

Desayunamos en silencio, ellas atentas a sus platos y yo demasiado distraído con sus expresiones y movimientos. Sujetaban el tenedor de la misma forma, ambas con la mano derecha, y se lo llevaban a la boca a la vez. También seleccionaban la comida bajo el mismo criterio: primero lo que más les gustaba y los vegetales para el final, a pesar de que eso no tenía ningún sentido.

Farren fue la primera en terminar, saltó al suelo algo más despierta, se llevó su plato al lavavajillas y contuve el aliento cuando escaló por mi regazo y me abrazó. Dejó caer su rostro contra mi cuello antes de que mis manos se posaran dudosas sobre su espalda.

Kaia intentó disimular una mueca que no comprendí; luego me sonrió con tristeza. Quizá porque su hija me estaba cogiendo cariño y sabía que tarde o temprano desaparecería de nuevo.

—Chocolate —susurró junto a mi oído.

Se me escapó una sonrisa diminuta que Kaia respondió poniendo los ojos en blanco primero y luego con un suspiro. Se levantó, se estiró sobre la encimera y rescató un tarro lleno de chocolatinas. Me tendió una, así que se la mostré a Farren. Sus ojos se llenaron de vida, sus labios formaron la primera sonrisa del día y me la arrebató con una fuerza impresionante dado el estado en el que se encontraba segundos antes.

—Gracias, Riv.

Depositó un beso sobre mi mejilla, se dio la vuelta y desapareció con su chocolate.

—¿Me acaba de manipular? —pregunté anonadado.

—En parte. —Kaia se encogió de hombros y retiró nuestros platos de la mesa, pero se lo impedí. Los coloqué en el lavavajillas, me encargué de la sartén y desmonté la cafetera para limpiarla—. No tienes que hacerlo todo; lo sabes, ¿verdad?

La ignoré. Era lo mínimo que podía hacer por ella.

—Necesito ir a la cabaña.

—Antes iremos a ver a Loretta. —Al ver mi expresión sorprendida, aclaró—: Nos dirá cómo se originó el incendio.

—Me dejaría la cocina encendida.

Su ceja se elevó hasta el cielo, pero no me rebatió. Kaia sabía cuándo debía ignorarme y cuándo merecía la pena discutir conmigo; siempre había sido así.

Recogimos la cocina entre los dos; Farren apareció vestida y ya despierta unos minutos después y su voz llenó la casa. Kaia me lanzó las llaves del coche para que condujera yo, ya que sabía que era algo que me encantaba, pero que apenas había tenido oportunidad de hacer dadas las circunstancias. La pequeña me hizo mil preguntas durante el tiempo que tardamos en llegar hasta el centro del pueblo.

—Es sábado —comenté al detenernos frente al Ayuntamiento.

Kaia sonrió de lado, pero no respondió, y Farren desapareció tras la puerta enorme de madera.

Me sorprendió oír muchas voces desde el recibidor, ya que siempre había pensado que esos lugares eran silenciosos y que estarían vacíos el fin de semana. Sin embargo, me equivocaba, y mucho. Había decenas de personas allí dentro. Charlaban, sonreían, caminaban de un lado a otro.

Descubrí a Farren junto a Nyla y Eden, y al resto de sus amigos un poco más allá, todos enfrascados en conversaciones con otros vecinos.

Seguí a Kaia entre el gentío hasta llegar a la alcaldesa, que sonrió al vernos. Intercambiaron unas palabras en voz baja antes de que Loretta señalara un despacho. El silencio nos envolvió cuando cerré la puerta a mi espalda.

—¿Se sabe ya el origen del incendio? —preguntó Kaia sin preámbulos.

—Una colilla encendida junto al sofá. Al haber tanta madera en la cabaña y al estar tan apartada, ardió durante varias horas antes de que detectáramos el humo. —La mujer intentó disimular una mirada de compasión—. Es una lástima, parecía estar en mejor estado últimamente.

—¿Seguro que fue una colilla?

Kaia no me miró, pero sabía que no fumaba.

—Sí, encontraron los restos y pudieron confirmar que se originó en el salón y se expandió por el resto de la vivienda. Por suerte no llegó al bosque. —Su mirada volvió a recaer en mí—. Pudieron recuperar algunas cosas. Las traerán al ayuntamiento cuando terminen con la investigación.

No respondí. Tampoco me importaba haber perdido la ropa y las cuatro tonterías que había acumulado esas semanas. Estaba acostumbrado a vivir con lo puesto.

Kaia le dio las gracias y volvimos a la sala en la que se encontraba todo el mundo, aunque sus dedos encontraron los míos y de repente me vi arrastrado hacia un despacho vacío.

—Tú no fumas. —Fue una afirmación rotunda.

—Puede que ahora sí lo haga.

Metí las manos en los bolsillos de mi chaqueta para evitar que la buscaran sin mi permiso.

Ella acortó la distancia, tomó mis mejillas de un movimiento y tiró de mí. Me incliné sin pensar y sus labios impactaron en los míos. Su lengua se abrió paso, mi respiración se detuvo y mi mente se quedó en blanco. Jadeé cuando cortó el beso.

—No lo haces.

Me costó conectar de nuevo con la conversación y fruncí el ceño ante su mirada victoriosa.

Busqué una nueva excusa, pero ella negó con la cabeza a la par que colocaba una mano sobre mi pecho.

—No me mientas más, por favor.

Mi abdomen se encogió y varios segundos transcurrieron sin que ninguno dijera nada. Kaia apoyó su frente sobre mi pecho, rodeó mi cintura con sus brazos y su calor aligeró esa sensación cruda que siempre viajaba conmigo.

—¿Estás metido en un lío? —murmuró contra mi sudadera.

Vacilé un instante, y estuve a punto de negarlo todo, pero alzó el rostro y sus ojos verdes impactaron en los míos, así que asentí.

—Deja que te ayude.

Se me escapó una carcajada incrédula. Su ceño se frunció y me miró de forma airada, como si le hubiera ofendido mi reacción. Llevé una mano a su mejilla y la acaricié con suavidad.

—Lo solucionaré. —Me mordí la lengua antes de decir algo más.

—Podemos hacerlo juntos —insistió.

Paseé un dedo por su pómulo, lo deslicé por la línea de su mandíbula y lo llevé hasta su cuello. Ella cerró los ojos, sus latidos se dispararon y mi pecho se contrajo. Me incliné de nuevo sobre ella, deposité mis labios en ese punto tan delicado y casi perdí el control cuando oí su gemido.

Dejé un reguero de besos por esa zona, subí por su mandíbula y me detuve en su boca. Kaia respondió al beso como siempre lo había hecho, con intensidad y delicadeza, todo a la vez, como si eso fuera posible. Que lo era, era su marca.

Sus manos subieron por mi pecho hasta alcanzar mi nuca y la cogí cuando saltó para pegarse a mi cuerpo. Nos besamos como dos

malditos adolescentes en celo hasta que alguien llamó a la puerta. Nos alejamos con rapidez; ella me dedicó una mirada llena de deseo y yo me cagué en todo por mi escaso autocontrol.

Loretta se encontraba al otro lado de la puerta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Las clases van a empezar —comentó como si nada.

¿Qué clases?

24

KAIA

Ni siquiera Farren fue capaz de convencer a River para que se quedara a la clase de defensa personal. El pobre salió corriendo en cuanto vio lo que iba a ocurrir en esa sala llena de mujeres, vecinos y de casi todos mis amigos. Algo me decía que no se marcharía del pueblo pese a no tener su cabaña, así que me concentré en los movimientos y dejé que mi cabeza descansara un poco de todo aquel lío. Sin embargo, la preocupación y las cavilaciones sobre la persona que había destrozado su hogar volvieron en cuanto terminó la clase.

Charlamos unos minutos en la sala antes de abandonarla y, aunque solté una excusa muy convincente a mi parecer, no llegué demasiado lejos. Nyla me cortó el paso en el recibidor y las demás aparecieron detrás.

—Tenemos una cita en tu casa —soltó la que solía llevar la batuta cuando éramos pequeñas.

—Lo sabría de ser así —comenté con calma. Aparté la mirada de Nyla para mirar a Zuri, que jugueteaba nerviosa con sus dedos y mis tripas se contrajeron—. ¿Qué ocurre?

—Intervención, amiga. —Nyla sonrió con un punto de maldad.

Puse los ojos en blanco y miré a las demás. Faith nos estudiaba con curiosidad, dispuesta a apuntarse a un bombardeo si era

necesario; Eden parecía algo preocupada, y Revel no tenía ni idea de qué iba aquello. Busqué a mi hija con la mirada y la encontré al otro lado del recibidor con los chicos. Sonreía como una lunática, igual que Reid, mientras los demás parecían querer desaparecer.

El aludido me miró, sonrió todavía más y se acercó a nosotras con los demás a su espalda.

—Nos vamos a jugar a *paintball* —anunció.

Farren pegó un par de saltitos emocionada. Zion tenía su mirada ceñuda fija en mí.

Jodida Nyla, sabía como montar sus emboscadas, pero yo también sabía jugar a eso. Me volví hacia mi hija y sonreí.

—Nosotras vamos a hacer día de chicas, ¿te apuntas?

Si lo hacía, no habría intervención. Sin embargo, mi hija negó con su cabeza.

—Lo siento, ma. Es *paintball*. —Lo dijo con tanta reverencia que acepté mi derrota sin insistir.

Nyla sonrió todavía más como el demonio personificado que era. Nos despedimos de ellos, nos repartimos en distintos coches y tomamos rumbo a mi infierno personal. Me sorprendió ver que Revel había llegado hasta mi casa, pero me sentí feliz por ella. Era un avance que cada vez se uniera a más de nuestros planes. Incluso la había visto paseando con Mina por el pueblo en más de una ocasión.

—No necesito ninguna intervención —aclaré cuando nos acomodamos en el salón.

—¿Ah no? ¿Y esto qué es? —Nyla alzó una camiseta masculina del sofá.

—La casa de River se quemó ayer, así que ha pasado la noche aquí —murmuré entre dientes.

La sorpresa ocupó todos los rostros, incluso el de Nyla, que no esperaba esa respuesta. Se levantó de un salto y echó a correr; yo lo hice tras ella porque sabía qué pretendía. No llegué a tiempo; estaba en mejor forma que yo.

—¡Aquí no ha dormido nadie! —exclamó tras abrir la puerta de la habitación de invitados.

Faith soltó una risita detrás de nosotras y las otras tres me miraron con distintos grados de entusiasmo.

Santo Dios.

—Vamos. —Nyla me agarró de la mano y me arrastró hasta el sofá, donde me obligó a sentarme. Cuando todas estuvieron acomodadas a mi alrededor, sonrió de nuevo—. Habla.

—Es un amigo. —Me encogí de hombros.

—Es el padre de tu hija.

Revel estuvo a punto de perder sus ojos ante la afirmación. Yo asentí en su dirección y suspiré.

—Lo conocí hace diez años cuando se incorporó a mi antiguo trabajo. Congeniamos bien, nos hicimos amigos…

—Mucho más que eso —me interrumpió Nyla y Zuri asintió con vehemencia, aunque se detuvo en seco ante mi mirada.

Puse los ojos en blanco.

—Empezamos a salir y un día desapareció —continué con voz de autómata—. No tardé en averiguar que lo habían detenido por un homicidio. Las pruebas no terminaban de encajar, pero él confesó, así que lo condenaron e ingresó en prisión. Fui a verlo en varias ocasiones; sin embargo, no accedió a las visitas. Hace algunas semanas terminó su condena, se presentó en mi oficina buscando trabajo sin saber que era mi empresa y lo contraté. Fin de la historia.

—Te falta la parte de Farren —apuntó Nyla.

Solté un nuevo suspiro.

—Averigüé que estaba embarazada mientras lo investigaban. Traté de decírselo cuando fui a verlo, pero no hubo forma de que aceptara mis visitas y no quise hacerlo por carta. Quería ver su rostro y de paso que me contara por qué narices había confesado un crimen que no había llevado a cabo.

Esa vez, los rostros que me contemplaban se llenaron de preocupación, no solo de sorpresa.

—¿No crees que lo hiciera? —Eden habló con suavidad.

—Las pruebas no encajaban.

—Pero confesó —murmuró Revel.

Me encogí de hombros.

—Quizá fuera un accidente —propuso Faith, aunque su expresión indicaba que no lo creía.

—Lo dudo.

—¿Crees que alguien le tendió una trampa? —Me sorprendió que Revel fuera la primera en llegar a mi propia conclusión.

—Estuvo involucrado en una organización criminal —admití en voz baja.

Ella asintió despacio, como si estuviera analizando esa información, y Zuri tendió su mano hacia ella. La melliza de Dax había nacido y vivido toda su vida en una organización enorme de trata de personas; sabía mejor que nadie como era aquello, aunque no fuera la misma situación de River.

—Esa gente tiene formas de manipularte —admitió sin mirarnos.

—Quizá lo obligaron —sugirió Faith.

—Algo me dice que no lo hizo. No puedo explicarlo, pero River no habría hecho algo así, ni siquiera bajo amenaza. —Examiné mis manos unos segundos, los suficientes para que Revel colocara una de las suyas sobre ellas y yo sonriera agradecida—. Nunca ha tenido una vida fácil y ha hecho cosas de las que se arrepiente, pero cuando lo conocí parecía dispuesto a dejar todo aquello atrás. Nunca me habló de su pasado; lo de la organización me lo dijo anoche, pero siempre tuve la sensación de que estaba haciendo lo posible por empezar de cero, por hacerlo bien.

»Me encantaría que pudierais verlo con mis ojos, que bajara sus barreras para que todo el mundo pudiera conocerlo. Es una buena persona, es luchador, protector y generoso. Es leal, detallista y siempre se ha preocupado más por mí que por él mismo —musité con la mirada fija en mi regazo.

—¿No te ha contado qué pasó realmente aquel día?

Mi corazón dio un vuelco ante la pregunta de Nyla. ¿Ya no sospechaba de él?

—Insiste en que cometió el crimen.

—Eso es raro.

Las demás asintieron, todas excepto Revel y Zuri.

—¿Qué es eso de que su casa se quemó ayer? —preguntó la primera.

—Los bomberos encontraron los restos de un cigarro junto al sofá.

—¿Un accidente? —Nyla enarcó una ceja.

—River no fuma.

El silencio se extendió entre nosotras mientras las miradas volaban de una a otra.

—Todo esto es muy extraño —concluyó Faith al fin.

—Seguro que Reid y Zion pueden ayudarlo. —Eden lo dijo con vehemencia.

—Los chicos lo odian. —Nyla se encogió de hombros—. Mató a alguien, o al menos eso confesó, y la dejó embarazada sin dignarse a aparecer las veces que fue a verlo a la cárcel.

—Ambos harían cualquier cosa por Kaia, incluso protegerlo si ella se lo pidiera.

Zuri fue quien soltó la afirmación, pero todas asintieron. Revel apretó mi mano y yo le devolví el gesto.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, y mi abdomen se contrajo de nuevo.

—Descubrir en qué lío está metido y sacarlo de él.

Esperé a que Nyla pusiera alguna pega, a que Eden admitiera que podía ser peligroso, a que a alguna se le escapara una mirada de duda, pero ninguna hizo nada de eso. Mis chicas asintieron con solemnidad y yo me sentí mucho más ligera y muy agradecida de contar con ellas en mi vida. Si River hubiera tenido mi misma suerte, no habría terminado en aquella organización. Estaba segura de ello.

—¿Cómo lo haremos? ¿Quieres que lo sigamos? ¿Dónde está ahora?

Varias sonrisas se materializaron en los rostros de mis amigas.

—Yo me encargaré de recabar la información —decidí con una sensación indescriptible en el pecho.

—En ese caso, sigamos con la intervención. —Nyla se volvió hacia Revel—. ¿Qué pasa con Aldric?

Zuri abrió los ojos como platos ante su descaro, Eden se puso roja y Faith sonrió de lado. Yo me aguanté un suspiro y abrí la boca para redirigir la atención hacia otro lado; sin embargo, Revel respondió antes de que pudiera hacerlo.

—Me gusta una barbaridad.

Varias mandíbulas se descolgaron ante su sinceridad y Nyla se echó a reír.

—¿Se lo has dicho ya?

—En varias ocasiones —admitió Revel sin una pizca de incomodidad—. Quiere ir despacio.

—Es normal —murmuró Zuri.

—¿Y tú qué quieres? —preguntó a su vez Faith.

—Lanzarme sobre él. —Esa vez sus mejillas se sonrojaron—. Por primera vez en mi vida quiero acercarme a un hombre, quiero sentir sus manos sobre mi cuerpo, sus labios entre los míos. Quiero que reemplace esos recuerdos asquerosos por unos con los que llevo soñando meses.

Vaya.

Volví a apretar su mano y ella sonrió de lado.

—No soy una víctima, soy una superviviente y, aunque el secuestro mermó mi valentía, no modificó el deseo que siento hacia él. Estoy enamorada de Aldric y el muy idiota no me deja acercarme a él. Al menos, no tanto como quiero. Solo me falta colarme desnuda en su habitación y meterme en su cama —masculló.

—No es mala idea. —Nyla sonrió de esa forma que nos ponía los pelos de punta a todos.

—Yo lo haría —asintió Faith con una expresión muy similar.

—Si esto fuera una novela romántica, sería una buena escena —la animó Zuri.

Eden las miró a todas como si estuvieran locas y a mí me entró la risa floja. Al principio me contemplaron en silencio, pero luego Revel se unió a mis carcajadas y esas se extendieron por el salón.

—Me alegro tanto de haberos conocido a todas —logró decir Faith entre risas.

Las demás asentimos y las carcajadas disminuyeron hasta extinguirse, aunque no lo hicieron nuestras sonrisas.

—Estupendo, este es el doble plan: Kaia se encargará de extraerle toda la información a River y Revel llevará a cabo su incursión cochina en el dormitorio de Aldric. Voto porque ambos movimientos se lleven a cabo esta misma noche: ¿votos a favor?

Nos echamos a reír ante la ridiculez de su plan, pero estoy segura de que cada una de nosotras agradeció encontrarse en un ambiente lleno de confianza y cariño.

25

RIVER

HABÍAN PASADO varios días desde el incendio de la cabaña y me había sumido en una nueva rutina que aborrecía y adoraba a partes iguales. Lo primero, porque tenía a Kaia más cerca que nunca y me costaba una barbaridad mantener las distancias que me había impuesto tras esa primera noche; y lo segundo, porque me encantaba ver su expresión al levantarse, oír sus gruñidos compartidos por su hija mientras les hacía el desayuno y sus miradas llenas de deseo cada vez que nos quedábamos a solas.

Nuestra relación se volvía cada día más tensa conforme Kaia intentaba vencer mis barreras sin que yo se lo permitiera, y menos después de haber visto a Grant conducir por delante de la obra una segunda vez. Su sonrisa torcida había decorado su cara los segundos que había tardado en pasar de largo, con su mirada fija primero en mí, pero luego en ella.

Cada noche me costaba más ignorar sus preguntas, mantener ese silencio. En cuanto Farren se quedaba dormida, yo trataba de huir a la habitación de invitados, pero Kaia me seguía dispuesta a conocer mi pasado. Estaba convencida de que estaba metido en un lío y creía que todo se solucionaría si se lo contaba, si pedíamos ayuda a su amigo Zion. Sin embargo, Grant no era un delincuente cualquiera y yo sabía muy bien hasta dónde estaba dispuesto a

llegar. Si no lo había hecho todavía era porque le gustaba demasiado jugar conmigo.

Sacudí la cabeza para alejar esos pensamientos de mi mente y me centré en mi trabajo. Marco se encontraba junto a mí y se encargaba de alisar el otro lado de la pared. Larson charlaba con otros dos compañeros detrás de nosotros. Parecían haber comprendido que no tenía ningún interés en causar problemas y hacía días que me ignoraban, lo cual era el escenario perfecto para mí.

—¿Puedes terminar esto por mí, por favor? Necesito revisar una cosa con Kaia. —Marco sonrió y yo asentí.

Reconocí una punzada de celos que desapareció en cuanto me recordé que ella no sentía nada por él, sino por mí. Kaia siempre había sido franca con sus sentimientos; creía que era una tontería no exponerlos desde un principio. Era uno de los rasgos que más me gustaban de ella.

Trabajé durante un rato más hasta que el sonido ligero de sus pasos me interrumpió. La miré por encima del hombro sin alejarme de la pared y ella sonrió de esa forma que solo hacía cuando estábamos a solas y que activaba mi cuerpo al instante.

Me tragué una maldición, solté la llana y me volví.

—¿Me acompañas a la otra obra?

—Tú eres la jefa.

—Lo soy. —Su sonrisa se ensanchó y di un paso hacia ella de forma automática, aunque me percaté de ello y me detuve en seco. Eso le hizo gracia—. Recoge todo, no volveremos.

—¿Ni siquiera a cerrar?

—Le he dado las llaves a Marco. Necesitamos avanzar un poco más con el otro proyecto.

Asentí y la seguí hasta el coche. Fui directo al asiento del conductor, me acomodé tras el volante y encendí el motor cuando ella cerró su puerta. En nuestra nueva rutina, siempre era yo el que conducía mientras ella me contemplaba.

—Hoy es un buen día —comentó con voz cantarina.

—¿Para qué? —Le lancé una mirada de reojo.

—Para que me hables de tu pasado.

Puse los ojos en blanco y ella disimuló una sonrisa.

—Ya te hablé de él.

—Quiero que me hables de los años que pasaste en esa organización.

—No —siseé.

—No seas gruñón. —Colocó una mano sobre mi muslo y mi abdomen se llenó de jodidas mariposas—. ¿Prefieres que hablemos de los meses que estuvimos juntos?

—No.

—Fue una de las mejores épocas de mi vida.

Mierda. Mis tripas dieron un salto triple mortal.

Sus dedos avanzaron por mi pierna mientras mis músculos se tensaban, pero se detuvo a mitad del muslo y movió su pulgar en círculos.

—Kaia —susurré entre dientes.

—Lo sé, es mejor que no volvamos a besarnos. —Lo dijo con voz ronca, intentando sonar como yo—. No entiendo por qué, si te soy sincera. La atracción entre nosotros es palpable y no es lo único que vibra cada vez que nuestras miradas se encuentran.

—No quiero hacerte daño de nuevo.

—Quizá me lo estés haciendo al no dejarte llevar.

La miré, esa vez con el pecho encogido. Su sonrisa estaba en su sitio y sus ojos mostraban un desafío que adoraba ver en ellos.

—No puedo darte lo que necesitas —aseguré, centrado de nuevo en la carretera.

—¿Qué es lo que necesito?

—Alguien bueno.

—¿Solo eso?

—Alguien que haga cualquier cosa por ti, que esté dispuesto a todo con tal de protegerte y cuidarte, de hacerte feliz. Alguien que no sea un jodido delincuente capaz de hacer lo impensable, alguien con un trabajo normal y una vida tranquila. Un buen padre para tu hija.

Kaia desvió la mirada hacia su regazo y tensó la mandíbula y, por primera vez, temí haberla convencido de que no merecía ni siquiera su amistad. Todo quedó en silencio durante varios minutos en los

que mi interior se llenó de una sensación amarga que me asfixiaba, que apretaba cada uno de mis órganos.

Cuando me detuve en la obra, me sentía a punto de explotar porque no se había movido ni un milímetro desde mi comentario. Abrió la puerta con la misma calma que la rodeaba siempre y bajó sin mirar atrás. Lancé una maldición cuando me quedé a solas, pero la vibración de mi teléfono interrumpió la vorágine de sentimientos en la que me encontraba sumido. El nombre de Grant parpadeó en la pantalla y la furia me llevó a descolgar la llamada.

—¿Qué quieres?

—Veo que estás entrando en razón.

—Déjame en paz. No voy a volver contigo.

—¿Ni siquiera por ella? —La diversión se filtró en su voz y lo imaginé sonriente en el sillón que siempre ocupaba.

—No tienes ningún tipo de control sobre mí. Ya no.

—Ya te has quedado sin una casa; sería una lástima que le ocurriera lo mismo a la nueva. Es mucho más grande y bonita que la anterior.

Apreté el volante con fuerza para no soltar un improperio y me obligué a no caer en su juego.

—A nadie le importa lo que le pase a un delincuente, pero sí a una persona con familia y amigos —murmuré con voz letal—. Siempre procuraste no involucrar a la policía en tus juegos; me sorprende que eso no te importe ahora mismo.

—Puede que esté dispuesto a ensuciarme las manos si es por ti.

La oleada de furia que recorrió mi cuerpo me dejó sin aliento.

—Yo también sé jugar sucio —le recordé con rabia.

—Nunca te gustó hacerlo. Me halaga que valores esa opción conmigo.

—Aléjate de ella, Grant.

No esperé a oír su respuesta en forma de carcajada, colgué y di un golpe al volante. Lancé el teléfono al asiento del copiloto, me pasé una mano por el rostro y tomé una bocanada de aire. Al abrir la puerta del coche y salir al exterior, me topé con la mirada inquisitiva de Kaia.

—¿Me lo vas a explicar? —Su voz sonó más dura de lo habitual.

—No.

Nos retamos con nuestros ojos hasta que se dio la vuelta y echó a caminar por el jardín. No me dirigió la palabra en todo el día y eso me hizo sentir el ser más infeliz de la historia.

Había llegado a pensar que Grant se cansaría de perseguirme si no respondía a sus amenazas, pero eso parecía alentarlo todavía más. Y por mucho que confiara en que no atentaría contra Kaia para no llamar la atención de la policía, empezaba a dudar de ello.

¿Cómo narices iba a controlar a Grant y a proteger a Kaia y Farren?

Barajé las mismas opciones que siempre rondaban mi mente: enfrentarme a él, idear algún plan ilegal para alejarlo de ellas, contactar con quien no debía para que se encargara de todo, ¿acudir a la policía?

Por primera vez no descarté esa opción de forma automática, sino que dejé que diera vueltas junto a las otras mientras la desesperación se adueñaba de mí.

26

KAIA

TRAS ESA PRIMERA noche en la que nos habíamos dejado llevar y River me había contado algo más sobre su pasado, había llegado a pensar que no tardaría en contarme el resto, en darme los detalles que necesitaba para adivinar en qué narices estaba metido. Sin embargo, la realidad había sido muy distinta, hasta el punto de que mi paciencia casi infinita se estaba agotando y me costaba mantener la calma en su presencia.

El muy terco no soltaba prenda. Daba lo mismo si lo intentaba con amabilidad, si trataba de acercarme más de la cuenta, si buscaba una forma más ligera de hacerlo; nada lo instaba a compartir ni una pizca de información.

Lo castigué con mi silencio durante las dos horas que trabajamos en aquel lugar mientras nuestros compañeros charlaban animados. Les gustaba que me uniera a ellos y procuraba alternar mi presencia entre ambos grupos según los proyectos, así como variar algunas posiciones para que todos trabajaran con todos.

El ambiente se había aligerado tras aquella discusión a raíz del robo de material que no llegué a denunciar para no perder tiempo, ya que eso habría implicado otro retraso adicional en la obra. Preferí perder ese dinero que quedar peor con el cliente y de paso

meternos en un lío de papeleo que no necesitaba en ese momento cuando ya tenía facturas y contratos que no cuadraban.

Eso me pasaba por querer gestionarlo yo a pesar de que la empresa había crecido mucho durante los últimos años. Si supiera delegar, no tendría que encargarme de lo que más odiaba y menos conocimientos tenía. Vamos, que era hora de revisar de nuevo las cuentas y pensar en ampliar un poco más el equipo, y no solo el que me acompañaba a las obras.

Intenté concentrarme en mi faena, lo intenté de verdad, pero su rostro ceñudo volvió a mi mente junto con esa expresión oscura que había mostrado al atender esa llamada de teléfono en el coche.

¿Con quién había hablado? ¿Con un antiguo compañero de prisión que ya había sido puesto en libertad? ¿Con alguien de la organización criminal a la que había pertenecido? ¿Con la persona que lo vigilaba desde la distancia?

Me había fijado en el coche que había conducido junto a la obra pocos días atrás. Se trataba de otro distinto al de la primera vez, pero también había pasado muy poco a poco a la altura de River. Como si quisiera entregarle el mensaje de que seguían sus movimientos. Y también había visto su respuesta: su cuerpo se había tensado, su mirada se había detenido varios segundos en el conductor del coche y luego me había buscado casi con ansiedad, como si temiera que me hubiera dado cuenta de todo.

Me centré en mi trabajo antes de que sus ojos se posaran sobre mí, aunque no sé por qué lo hice. Quizá de lo contrario me habría contado quién era esa persona y por qué trataban de intimidarlo.

Solté un sonido de incredulidad que llamó la atención de mis compañeros, incluido River.

Sonreí de lado, negué con la cabeza e hice un gesto con la mano para indicarles que no me hicieran caso. Ellos sonrieron como si les hiciera gracia mi comportamiento, mientras que mi gruñón favorito frunció el ceño sin comprender qué pasaba por mi cabeza.

Ni siquiera yo misma lo sabía porque mi enfado hacia él ya había vuelto a desaparecer. Una vez más, lo único que me apetecía en ese momento era acercarme de nuevo a su cuerpo y molestarlo un

poquito para sacarlo de quicio con la esperanza de que sus ojos me dijeran lo que él no quería pronunciar con sus labios.

Siempre me había ocurrido lo mismo; me costaba mucho enfadarme y, cuando lo hacía, se me pasaba enseguida, algo que mis amigos y mi hija adoraban.

Dieron las cinco y todos nos apresuramos a guardar el material, lavar las herramientas y recoger lo que habíamos dejado por el medio. Mis chicos desaparecieron con rapidez, ávidos por volver a sus casas dada la temperatura gélida de esa tarde, y yo me encaminé hacia el coche con un River incómodo detrás de mí.

Nos acomodamos en nuestros asientos; él encendió el motor y yo regulé la calefacción antes de ponerme una manta sobre las piernas. Esperé su comentario sobre ello, pero no llegó. Su mirada estaba fija en la carretera, sus manos apretaban tanto el volante que sus dedos permanecían blancos y su expresión mostraba una frustración exagerada.

Parecía un niño pequeño al que habían amonestado con dureza tras una travesura de la que se avergonzaba y arrepentía.

¿Cómo iba a permanecer enfadada con él cuando su imagen me llevaba a querer abrazarlo?

Solté un suspiro algo teatral para llamar su atención y procuré que mis facciones no delataran mis sentimientos. Uno de sus ojos se fijó en mí durante un instante antes de volver a la carretera. Abrí la boca para soltar la primera estupidez que se me ocurriera y acabar así con ese ambiente que aborrecía, pero mi teléfono fue el que rompió el silencio. La llamada se descolgó de forma automática y se conectó a los altavoces del vehículo.

—¿Has terminado de trabajar? —preguntó Zion sin molestarse a saludar.

—Sí, vamos de camino a casa.

—Dirígete al bar. He encontrado información sobre los contratos que no cuadran.

—¿Son muy malas noticias? —Me mordí el interior de la mejilla nerviosa y River volvió a mirarme de reojo, esa vez más preocupado que frustrado.

—Te lo contaré todo cuando llegues. Nos vemos en unos minutos.

Me quedé con las ganas de replicar y hasta estuve a punto de llamarlo de nuevo para hacerlo, pero no serviría de nada. Zion no era muy amante del teléfono a pesar de que lo utilizara para trabajar.

—¿Son los mismos contratos de los que me hablaste hace varias semanas? —La voz de River sonó más suave de lo habitual y algo más gruñona también.

—Sí, pertenecen a empresas con las que no suelo trabajar y no recuerdo haberme puesto en contacto con ellas, al menos no con todas ellas. Mi gestor necesita más información y no sé de dónde sacarla, así que le pedí a Zion que les echara un vistazo. —Me mordí la lengua para no incluir una frase del tipo: «Aunque no debería contarte esto porque tú no me cuentas nada de tu pasado.» Luego suspiré—. No es gestor ni abogado, pero se le da bien encontrar información.

—Podría ayudarte. Intentarlo al menos —aclaró en voz baja.

—También podrías hablarme de tu pasado.

Sus labios formaron una línea fina y sus dedos apretaron de nuevo el volante. No respondió y yo tampoco volví a hablar hasta que detuvo el coche frente al bar de Nyla.

—Solías decir que nuestros pasados no importaban —murmuró antes de que pudiera abrir la puerta.

Me volví hacia él y lo contemplé un instante antes de colocar mi mano sobre la suya, que descansaba en su muslo.

—Y no importa, al menos de la forma que crees. No quiero saber qué te viste obligado a hacer para sobrevivir; lo que busco es comprender con qué tipo de gente estuviste y si esas personas todavía intentan ponerse en contacto contigo. Si son las causantes de que terminaras en la cárcel, si continúan pendientes de ti, si estás en peligro.

Movió la cabeza como si no diera crédito a mis palabras y luego se movió tan rápido que me cortó la respiración. Su rostro apareció a escasos centímetros del mío, una de sus manos tomó mi mejilla y sus ojos escanearon los míos con fiereza.

—No tienes que preocuparte por mi seguridad. Eso es lo último que debes hacer —musitó sin apartar la mirada.

Uno de sus dedos se deslizó por mi mejilla mientras mi corazón retumbaba casi con agresividad. Ese azul tan intenso se oscureció cuando remojé mis labios, aunque no se desvió hacia ellos. Otro de sus dedos descendió por mi cuello, viró hacia la nuca y se perdió entre mi pelo.

—Voy a besarte —anuncié todavía sin aliento.

—No.

Su respuesta me hizo sonreír. También que se acercara cuando yo lo hice para encontrarme a medio camino. Saboreé sus labios con lentitud y un deseo descomunal me invadió, aunque no me moví del asiento. Saltar sobre su regazo, deshacerme de su camiseta y devorarlo como quería no era la mejor de las ideas cuando nos encontrábamos en el centro del pueblo; y menos delante del bar en el que mi hija estaba tras haber terminado sus clases.

—Hablaremos más tarde —jadeé al soltarlo—. Ve a casa, Farren y yo podemos volver caminando.

—Ni hablar. —Su ceño se frunció, aunque sus ojos seguían repletos de deseo.

—Pues entra conmigo. —Señalé el bar con la cabeza, pese a conocer su respuesta.

—Aprovecharé para hacer unas compras.

—Como quieras.

Abrí la puerta dispuesta a bajar, pero me volví sin pensar y deposité otro beso sobre sus labios antes de alejarme. Aguanté mi sonrisa ante su expresión sorprendida y me adentré en el bar con el pecho lleno de emociones. Farren no se encontraba allí, tampoco Reid, así que lo más probable era que estuvieran en el hostal frente a la chimenea.

Saludé a Nyla y Atlas con la mano, ya que ella se encontraba enfrascada en una conversación intensa con Loretta y él las contemplaba desde cierta distancia, y fui directa a nuestra mesa, solo ocupada por Zion, su ordenador y unos cuantos papeles.

—¿Qué has averiguado?

Me senté junto a él y miré su pantalla.

—Estos dos contratos pertenecen a empresas reales, pero con márgenes inflados. —Deslizó dos de los contratos hacia mí y luego puso la mano sobre los otros dos—. Y estas son empresas fantasma.

—¿Cómo?

Alterné mi mirada entre mi amigo y dichos papeles sin entender ni una palabra de lo que había dicho.

—Estos precios no coinciden con los que estas dos empresas anuncian en sus tarifas. He hablado con ambas y aseguran que estos no son los mismos contratos que firmaron en su día, sino estos. —Zion me tendió más papeles que revisé con atención.

—¿Cómo puede ser que tengamos dos versiones firmadas por ambas partes de estos contratos? Esta es mi firma —murmuré asombrada. Acerqué el papel a mi rostro para examinar los trazos y negué con la cabeza—. Lo es.

—No es complicado falsificar una firma. Me dijeron que el trato se hizo a través del correo electrónico, pero que las firmas se gestionaron por correo postal.

—No me gusta hacerlo todo por internet, me da mala espina, por eso siempre realizamos el papeleo en persona o enviamos los documentos por mensajería si no tenemos disponibilidad para reunirnos. Y hace varios meses que no la tengo.

—¿Recuerdas haber firmado estos? —Zion me contempló con el ceño fruncido.

—¿Quizá? He firmado muchos contratos en el último año. ¿De cuándo son estos? —Busqué las fechas en ellos—. Hace tres y dos meses. Sí que me suena haber recibido varios sobres y haber firmado distintos contratos. ¿Pero qué significa esto de los precios inflados? ¿Nos han intentado engañar con estos dobles contratos?

—No lo sé. Ellos aseguran que el contrato que te enviaron y que luego ellos recibieron es el que contiene los precios reales. Me han mostrado los correos electrónicos que compartisteis y todos ellos tratan las tarifas reales. Necesitamos comprobar la cuenta bancaria de la empresa para confirmar estos datos. —Zion me dio una palmada en la mano—. Dame acceso y yo me encargaré.

Asentí sin saber qué pensar, hasta que me acordé de la segunda parte de la frase con la que me había recibido.

—¿Qué es eso de las empresas fantasma?

—Estos dos contratos pertenecen a empresas que no existen realmente. Tienen una página web, sus datos en la red y hasta una oficina que aparenta ser normal, pero es todo una farsa.

—Pero he recibido el material que he pagado, de eso estoy segura —salté a la defensiva. ¿De verdad había sido tan tonta como para caer en una estafa de ese estilo?

—Sí, pero no proviene de estas empresas. Lo más seguro es que lo compraran a un precio menor y te lo entregaran para sacar beneficio.

—No me lo puedo creer —musité con un nudo en el abdomen.

—Es más común de lo que piensas.

—Por eso siempre trabajo con las mismas empresas. Si hay un contrato con estas, es porque las otras no tenían material suficiente para cubrirnos en algún momento y tuve que buscarlo en otro lado. —Me pasé una mano por la cara frustrada.

—¿Quién más, aparte de ti, tiene acceso a esta información? A los contratos y facturas.

—Solo yo. —Dejé caer la cabeza sobre mis brazos cruzados sobre la mesa—. Val y Marco me ayudan de vez en cuando, pero solo cuando se lo pido y siempre en mi presencia.

—¿Y dónde guardas estos documentos?

—En mi despacho. —Alcé la cabeza con el ceño fruncido y me adelanté a su siguiente pregunta—. Val tiene una copia de las llaves, pero ella jamás haría algo así.

—Deja que revise la cuenta bancaria y eche un vistazo a tu oficina.

—¿Debería interponer una denuncia? ¿Qué tengo que hacer con estas empresas?

Mierda, de pronto me sentía agotada y con una carga imposible sobre mis hombros. Definitivamente ampliaría el equipo para no verme envuelta en un asunto como ese nunca más.

—De momento continuaré con la investigación. Cuando tengamos todos los detalles, lo formalizaremos con la policía. —Zion dejó caer uno de sus brazos sobre mis hombros y me revolvió el

pelo—. No tienes que hacerlo todo sola. Deja esto en mis manos, ¿de acuerdo?

Asentí con un nuevo nudo, esa vez en la garganta, porque conocerlos a ellos era lo mejor que me había pasado en la vida junto con dar a luz a mi hija. El rostro de River se coló en mi mente para recordarme que también consideraba su presencia un factor muy importante.

—Te quiero —musité sin mirar a mi amigo.

—Lo sé.

Una de mis comisuras se alzó ante su gruñido avergonzado y su imposibilidad por devolverme esas palabras. No hacía falta, Zion, así como Crew y Dax, no eran dados a ir expresando sus sentimientos en voz alta, pero sí que los demostraban de muchas otras formas. En el caso del mayor, era estando siempre ahí para nosotros, como en ese momento.

27

RIVER

Como cada mañana, fui el primero en levantarme. A pesar de ser sábado, mi reloj interno me desvelaba siempre a la misma hora, excepto la noche que dormí con Kaia en su cama, aunque prefería no pensar en ello. Necesitaba mantenerlo lejos de mi mente.

Su rostro acudió raudo a mis pensamientos. Sin embargo, lo hizo de una forma distinta, con una expresión seria y preocupada. La tarde anterior había dado una vuelta por el pueblo mientras ella se reunía con Zion en el bar y me había encontrado poco después a Farren y Reid en el parque. Ella lo había convencido para acudir al lago helado y dar unas vueltas en sus patines en lugar de hacer los deberes.

Intenté que no me vieran, pero esa niña era tan observadora como su madre y sus ojos dieron con los míos en cuestión de segundos, incluso antes de que su tío, como ella lo llamaba, me descubriera. Se acercaron a mí tras devolver los patines a la mujer que los custodiaba en una caseta ubicada junto al lago y Farren se lanzó a mis brazos.

Reid no despegó su mirada de mí mientras ella me contaba todo lo que había hecho en el colegio y luego en el parque. Me confesó que haría los deberes a escondidas durante el fin de semana y sonrió como un demonio cuando Reid le entregó una piruleta.

Me fascinaba la obsesión que tenía por cualquier dulce y su facilidad por conseguirlos.

El hombre nos estudió en silencio, más atento a mis reacciones que a los detalles que Farren soltaba sin parar. La pequeña nos obligó a acercarnos a una caseta en la que vendían chocolate caliente y nos dejó a solas unos segundos en los que se puso a charlar con la vecina que preparaba su bebida. Ninguno de los dos abrió la boca. Yo intenté ignorarlo con mi vista fija en Farren y él continuó con el análisis de mi persona.

Cuando su teléfono sonó y nos comunicó que se trataba de Kaia, fuimos hacia el bar los tres juntos y ella abrió los ojos de forma desmesurada al vernos. Farren me sujetaba una mano con fuerza, quizá para prevenir mi huida, y también mantenía a Reid agarrado, aunque él no parecía tan incómodo como yo.

Me fijé enseguida en que algo no iba bien. A pesar de que Kaia procuraba mantener siempre una expresión calmada, había una arruga diminuta entre sus cejas que indicaba que algo la preocupaba. También lo noté en su postura tensa y lo que le costó sonreír cuando se despidió de su amigo.

Condujimos de vuelta sin que discutiera con Farren después de que ella admitiera haberse bebido dos tazas de chocolate pocos minutos antes y tampoco insistió en que se comiera el brócoli cuando lo apartó durante la cena. Ni siquiera le recordó que debía escoger una pieza de fruta de postre. Y Farren aprovechó la ocasión para correr a lavarse los dientes y desaparecer en su habitación, temerosa de tener que llevarse el plato de verdura con ella.

Recogimos la cocina en un silencio incómodo que no supe interpretar, ya que había esperado que, después de lo ocurrido en el coche, volviera a acercarse a mí en cuanto nos quedáramos a solas, pero parecía distraída y preocupada.

Intenté preguntarle por la información que le había dado Zion, pero la noté tan agotada y desanimada que no insistí cuando me prometió contármelo todo al día siguiente. Por primera vez desde que me había instalado en su casa, se dirigió a su habitación en lugar de seguirme hasta la mía, y eso hizo que una sensación fría se asentara en mi interior.

Me volví al oír el sonido de sus pasos. Kaia gruñó un saludo sin mirarme, todavía con los ojos medio cerrados, y se arrastró hacia el taburete más cercano. Le tendí un vaso de agua, que agarró y vació casi de un trago. Soltó un suspiro, se pasó ambas manos por la cara y enterró la cabeza entre sus brazos.

Continué con el desayuno sin dirigirle la palabra porque sabía que era lo que prefería en ese momento. Antes de nada, necesitaba su café. Lo coloqué frente a ella, esperé a que se lo llevara a la boca y sentí una punzada en el vientre cuando se le escapó un gemido suave.

—¿Qué es esto? —murmuró sin vocalizar.

—Otro tipo de café.

Asintió con la cabeza y a punto estuvieron sus ojos de desaparecer de sus cuencas cuando dio el segundo sorbo.

—Santo Dios. ¿De dónde lo has sacado?

Su voz empezaba a sonar más normal, aunque todavía enlazaba unas palabras con otras.

—De la tienda del pueblo.

—¿Seguro?

Enarqué una ceja y contemplé como daba el tercer sorbo y volvía a gemir, lo que activó mi cuerpo. Me di la vuelta con rapidez, busqué el paquete de café y se lo ofrecí. Ella lo estudió con atención antes de sonreír. Mi maldito pecho se inundó de luz.

Me centré en terminar el desayuno, lo repartí en tres platos y los dejé sobre la isla junto con tres vasos de agua y mi propia taza de café a medio beber. Kaia se llevó la tostada a la boca y esa vez se abstuvo de soltar sonido alguno, aunque su rostro mostró lo que opinaba del sabor.

Dejé que se terminara la primera tostada y todo el café antes de sacar el asunto a relucir.

—¿Qué pasó ayer con los contratos?

Soltó un gemido quejumbroso y se ocultó tras una de sus manos.

—Soy una idiota.

—Lo dudo. —Me senté a su lado y le di un golpe suave con mi rodilla—. ¿Qué fue lo que averiguó Zion?

—Me han estafado. —Kaia negó con la cabeza y su expresión se llenó de rabia—. Un par de empresas han inflado el presupuesto y las otras dos ni siquiera existen. Todo para sacarme dinero. No sé cómo narices lo han hecho ni cómo he podido picar.

Farren apareció en el salón con cara de muerta viviente y el pelo de punta. Caminó balanceándose con un ojo medio abierto y el otro cerrado y una mano delante de su rostro a modo de protección por si se chocaba con algo. Consiguió llegar hasta nosotros, me agarró la sudadera y dejó caer su cabeza contra una de mis piernas.

El rostro de Kaia se suavizó ante la imagen; una de sus comisuras se alzó y acarició el pelo de la pequeña con sus dedos. Farren escaló por mis piernas hasta sentarse sobre mi regazo y llevarse mi tostada a la boca.

—Ese es tu plato —comenté con un nudo en la garganta. No tenía ni idea de por qué reaccionaba siempre de esa forma ante sus gestos tan confiados y cariñosos.

Ella se encogió de hombros y continuó con mi comida, así que me adueñé de la suya.

—¿Qué hora es? Me prometiste que hoy iríamos al refugio.

La entendí de milagro y con mucho esfuerzo.

—¿Refugio? —Me volví hacia Kaia, que parecía mucho más despierta.

—Zuri y la abuela de Gael gestionan un refugio de animales en su terreno. Todos echamos una mano de vez en cuando.

Por supuesto.

—Vendrás con nosotras —murmuró Farren.

Le quité la taza de café de la mano cuando la arrastró hacia su rostro y en su lugar le tendí su vaso de agua. Ella no se inmutó, dio dos tragos y fue en busca de mi nueva tostada después de haberse terminado la anterior. Kaia sonrió de lado cuando me quedé inmóvil sin saber qué hacer.

—Hoy necesito ocuparme de unas gestiones —mentí.

—Nop. —La niña continuó masticando tan tranquila—. Tienes que venir con nosotras. Zuri necesita ayuda y tú estás fuerte.

Abrí la boca para replicar, pero Kaia me sorprendió al depositar un beso casto sobre mi mejilla antes de levantarse y dirigirse hacia

el dormitorio.

—Es inútil que protestes. Hoy toca pasar el día en familia.

Mi abdomen se contrajo de forma tan violenta que hasta me dolió, aunque ese dolor fue en parte agradable.

28

KAIA

Farren se pegó a nosotros durante todo el fin de semana, así que no tuvimos ni un minuto a solas, lo que me llevó a no poder hacerle preguntas y, por lo tanto, a darme cuenta de que insistir de esa manera era contraproducente. Si River no quería hablarme de esa organización, tendría que dar con los detalles de otra forma, aunque en ese momento estaba bastante distraída con el lío de los contratos y esas empresas que habían conseguido estafarme.

Tanto era así que no recordé que tenía una cita agendada para aquel lunes hasta poco antes de la hora. Acabábamos de salir de la obra tras mostrarle el trabajo terminado a Mike, el dueño de la casa, cuando mi teléfono sonó y la llamada se conectó al altavoz sin darme tiempo a responder desde el aparato.

—K, soy tu recordadora de confianza —me saludó Val con su voz cantarina.

—¿Qué es lo que he olvidado ahora? Acabo de entregarle las llaves a Mike y Marco está en casa de la señora Bells. Los demás se han marchado ya.

—Matthew Benson.

—¿Se supone que ese nombre debería decirme algo? —Intercambié una mirada con River, la suya tan sorprendida como la mía.

—El nuevo cliente que nos contactó hace un mes para revisar el proyecto de su casa contigo.

—¡Mierda! ¿A qué hora he quedado con él?

—En diez minutos.

River aceleró un poco más y yo maldije en voz alta.

—Te puse un recordatorio sonoro en el teléfono —comentó Val como si nada.

—Me sonó esta mañana, pero lo apagué sin mirarlo. —Solté un gruñido de frustración. ¿Por qué todo tenía que salir mal?

—¿Qué te parece si reviso algunos currículos? Quizá puedas entrevistar a alguien esta semana. Está claro que tenemos más trabajo del que podemos manejar.

Lo dijo con amabilidad, aunque noté un toque de severidad en su voz que me hizo apretar la mandíbula porque tenía razón. Y la muestra era que todo se estaba viniendo abajo por mi incompetencia.

—Hazlo, aunque antes acomoda al señor Benson. Dime que tienes galletas o magdalenas de las tuyas.

—Tengo ambos dulces y un zumo que he preparado durante la comida. Está todo dispuesto en la sala de reuniones junto con los documentos que necesitas, así como tu ordenador, ya que el cliente nos ha enviado algunos detalles por correo electrónico.

—No sé qué haría sin ti —suspiré más tranquila.

—Lo mismo, pero con mucha menos diversión.

Sonreí ante su risa explosiva y, tras colgar, examiné mi ropa de trabajo llena de polvo y manchas.

—Soy un maldito desastre.

—Eres todo lo contrario.

—No me digas esas cosas ahora cuando estoy al borde del infarto y necesito llegar a la oficina lo antes posible. —Hundí mi rostro en mis manos—. ¿Cómo he podido olvidar la cita? Nunca me olvido de mis citas, nunca la cago con los contratos, siempre estoy en todo. Es tu culpa.

River me miró sorprendido, pero no dijo nada. Volvió a centrarse en la carretera con una expresión más oscura y tensa. Llevé una mano a su brazo y lo obligué a soltar el volante.

—Lo decía porque tu belleza me distrae.

Arqueó una ceja, su rostro se relajó y negó con la cabeza.

Llevé un dedo a su mejilla y lo paseé por su barba antes de deslizarlo hacia su cuello y trazar la línea de sus tatuajes con él.

—¿Te he dicho alguna vez cuánto me gusta tu tinta?

—Alguna que otra —murmuró.

—Sobre todo la de tu pómulo.

Su pulso se aceleró bajo mis dedos.

—¿Te sorprende? —pregunté más relajada. Era hablar con él y las preocupaciones se mitigaban.

—Un poco. Pensaba que un tatuaje en la cara asustaría a la gente. Es algo típico de delincuentes.

—¿Se ha asustado alguien al verte?

Lo pensó un instante antes de negar con la cabeza.

—Ni siquiera las señoras mayores del pueblo.

Se me escapó una risita que llamó su atención.

—Las señoras de Sweet Meadows están enamoradas de ti.

—No es cierto.

—He oído sus comentarios en las clases de defensa personal. Y algunas de ellas le han pedido a Loretta que te acorrale para que seas instructor. —Volví a reír ante su expresión atemorizada.

River detuvo el coche frente a la oficina, se volvió hacia mí y acunó mi rostro con una de sus manos.

—Estaré por aquí.

Me lancé contra él para saborear sus labios antes de que le diera tiempo a recordar que no debíamos besarnos. Luego me marché a toda prisa con una sonrisa idiota en la cara que Val descubrió en cuanto crucé la puerta.

—Matthew Benson te espera en la sala de reuniones —me comunicó con su sonrisa pícara.

Al darme la vuelta, me di cuenta de que su posición le permitía ver el exterior, concretamente el lugar en el que River todavía estaba detenido con sus ojos fijos en mi figura.

—Genial —solté sin aliento.

—Te he dejado una muda limpia en tu despacho. —Su voz me siguió por el pasillo.

—Voy a tener que subirte el sueldo.

Me cambié delante de ella mientras asentía.

—Estaría bien.

Cuando entré en la sala de reuniones, lo hice como una mujer con todo bajo control.

—Buenas tardes, señor Benson.

—Llámeme Matt, por favor. Es un placer conocerla al fin, señorita Brooks.

—Kaia.

Me senté frente a él y sonreí. Era un hombre de unos cincuenta años ataviado con un traje azul y corbata del mismo color. Su rostro tenía algunas arrugas a nivel de los ojos y la boca, como si le gustara sonreír, lo que me dio una buena impresión de él.

—Sus clientes hablan maravillas de usted, por eso la he contactado para reformar mi casa. Hace años que quería hacerlo, pero ya sabe, nunca es el momento. Sin embargo, no quiero esperar más. —Matt me ofreció una carpeta del mismo color que su traje—. Estos son los planos de mi vivienda. Como verá, no es muy grande, pero sí que me gustaría actualizar todas las estancias, además del jardín.

Estudié los documentos con atención mientras mi mente se llenaba de ideas. También había incluido imágenes de las habitaciones, la cocina y los aseos, así como los colores y materiales que tenía en mente.

—Creo que este estilo podría encajar muy bien con su casa. —Lo miré entusiasmada—. Es justo lo que le habría recomendado.

—Estoy abierto a cualquier mejora que se le ocurra.

Durante los siguientes cuarenta minutos le mostré distintas opciones en mi ordenador y creamos una tabla resumen con lo que más le gustaba. También decidimos la paleta de colores, concretamos algunos revestimientos y hablamos de números.

—El dinero no será un problema. Como le decía al principio, hace muchos años que quiero realizar esta reforma y llevo ahorrando desde entonces. Lo que quiero es que el resultado final sea impecable.

—Le aseguro que así será. Somos una empresa comprometida tanto con nuestro trabajo como con nuestros clientes. Por ello tenemos el calendario tan apretado y realizamos varias reuniones antes de iniciar la obra —le expliqué.

—Sí, su secretaria me ha explicado como trabajan. Tampoco tengo prisa ni ninguna fecha concreta en la que necesite tener el proyecto terminado.

—Eso es fantástico. En ese caso podemos agendar ya una visita a su hogar. Nos acompañará un arquitecto, así como un técnico, para comprobar el estado actual de cada estancia y poder así crear el presupuesto final. Esto significa que es cerrado, es decir, que cubrirá todos los gastos que vayamos a tener y dejará estipulada la fecha de entrega. —Le devolví los papeles junto con mis anotaciones —. Nos comprometemos a no exceder ni el presupuesto ni el día de finalización.

—¿Y si surgieran complicaciones?

—El examen que realizaremos en su casa previene justo esos problemas. Está claro que siempre puede surgir un imprevisto, pero es extraño que ocurra si se estudia todo bien con antelación. Y ya contamos con algunos días de margen por este mismo motivo.

—Sabía que merecía la pena esperar un mes para reunirme con usted, Kaia. —Matt se levantó sonriente y me ofreció su mano.

—Estoy segura de que podremos hacer un buen trabajo en su casa. —Le devolví la sonrisa—. Lo acompaño hasta la puerta. Valerie se pondrá en contacto con usted para fijar la hora de la reunión cuando sepamos la disponibilidad de nuestros compañeros.

—Ya tengo su número de teléfono y su correo electrónico —añadió ella en la recepción.

—De verdad ha sido un placer conocerla. —Matt salió al exterior, se dio la vuelta para mirarme y tomó mi mano entre las suyas—. No sabe la ilusión que me hace saber que el proyecto no tardará en ponerse en marcha.

Sonreí en su dirección, aunque mi mirada se desvió hacia el hombre que me contemplaba desde el asiento del conductor de mi coche. Mi abdomen se llenó de mariposas, mi corazón se saltó un latido cuando sus ojos recorrieron mi cuerpo y de repente sentí una

necesidad exagerada de deshacerme del cliente para acudir a su lado.

—Lo llamaremos lo antes posible —prometí.

29

RIVER

KAIA CHARLABA con el cliente mientras su mirada acudía a mí una y otra vez, lo que generaba una sensación cálida y burbujeante en mi interior. Cuando al fin dio un paso atrás, el hombre se dio la vuelta y sentí un latigazo intenso en el abdomen.

Grant me miró sonriente, me guiñó un ojo y caminó con calma por la acera hasta desaparecer tras una esquina. Mis pulsaciones se habían incrementado, mi pecho se había congelado y mis pulmones no terminaban de llenarse de aire.

Volví a mirar hacia la oficina, pero Kaia ya no se encontraba allí y la puerta estaba cerrada.

Me costó varios segundos recuperar el aliento y despertar los músculos que se habían tensado ante la visión de Grant junto a ella.

Bajé del coche con piernas algo temblorosas, como si acabara de realizar el entrenamiento de fuerza más duro de la historia, mientras una sensación oscura me oprimía el pecho. El aire continuaba sin fluir como debería, por eso respiraba con dificultad. El miedo que sentía en ese momento no era comparable al que me había invadido durante los últimos diez años.

En más de una ocasión temí por mi vida allí dentro, pero esto era distinto; esta vez temía por Kaia, por Farren.

Entré en la oficina a la carrera y me detuve en seco antes de topar con Valerie, que esperaba a Kaia junto a la puerta. Su rostro se iluminó al verme, una sonrisa se formó en sus labios y su mirada repasó mi cuerpo.

—K está recogiendo sus cosas en el despacho.

Asentí una sola vez y fui hacia allí, incapaz de hablar.

Ese miedo seguía aferrado a mis entrañas y lo único que lo calmaría sería tenerla a ella entre mis brazos.

Crucé el pasillo sin molestarme a disimular la prisa que tenía, empujé la puerta entreabierta del despacho y, en lugar de sentirme mejor, la ansiedad se incrementó al encontrarla allí tan despreocupada. Se giró al oírme, me sonrió sorprendida y mi abdomen se encogió.

Avancé hacia ella con esa maldita sensación palpitando en mi interior, la abracé con fuerza y enterré el rostro en su cuello.

Dios, qué bien olía.

Kaia llevó una de sus manos a mi pelo y la otra a mi nuca. Sus dedos masajearon mi cuero cabelludo mientras sus labios se posaban sobre mi oreja. El beso fue suave, tierno, cálido; como ella.

Alcé la cabeza, contemplé sus ojos de ese color tan verde que me había ayudado a no perder la cabeza en la cárcel y la besé con desesperación. Ella respondió de inmediato, algo descolocada al principio, pero se aferró a mis hombros cuando la alcé porque necesitaba sentirla por completo.

—¡K! Me voy, que tengo algo de prisa.

Me quedé inmóvil al recordar a su secretaria y ella soltó una risita adorable cuando la solté.

—Dame un segundo. —Sus ojos vagaron por mi rostro antes de desaparecer del despacho. Sus pasos resonaron por el pasillo, su voz se mezcló con la de Valerie en la recepción y me relajé un poco cuando oí la puerta exterior y el sonido de la cerradura. Llegó de nuevo a mi lado y me abrazó sin perder tiempo, aunque sus labios se movieron sobre los míos para hacerme una pregunta—. ¿Qué ocurre?

—Te lo contaré en casa. Tenemos que recoger a Farren. —Traté de que mi voz sonara natural, no al borde del infarto como me

sentía.

—No podremos hablar con Farren. Y yo también necesito contarte algo.

Se mordió el labio inferior en un movimiento involuntario que solía hacer cuando se sentía incómoda o nerviosa. Eso incrementó todavía más mi ansiedad.

—Cuéntame.

—Ni hablar. Tú primero.

—Kaia, esto es serio —mascullé. Su maldita seguridad estaba en riesgo—. Y prefiero que Farren esté con nosotros.

Mis palabras hicieron que su ceño se frunciera y la preocupación cubriera su rostro.

—Farren está con Reid y Nyla en el bar. Y me estás asustando, así que habla de una vez.

Me tomó de la mano y tiró de mí hacia el escritorio de su despacho, pero no me quise sentar en la silla. No podía, me sentía demasiado crispado. Ella se situó frente a mí y cruzó los brazos a la altura de su pecho en una posición de defensa que me instó a acercarme a ella, a tocarla.

Dejó que colocara ambas manos en su cintura y la atrajera hacia mi cuerpo. Sus brazos quedaron atrapados entre nosotros, aunque rotó las muñecas para que sus dedos descansaran sobre mi sudadera llena de polvo de la obra.

—Cuéntame exactamente qué has hablado con el hombre con el que te has reunido. —Mi voz sonó más ronca de lo que pretendí.

—¿Qué? —Mi pregunta la descolocó—. ¿El señor Benson? ¿Nuestro nuevo cliente?

Asentí.

—¿No podemos dejar eso para después? Quiero saber qué es lo que ha ocurrido, el motivo de tu inquietud. —Su ceño seguía fruncido. Subió las manos por mi pecho hasta posarlas sobre la piel de mi cuello. Su calor me calmó un poco más.

—Cuéntame esto y te pondré al día de todo.

—¿Responderás a todas mis preguntas? —El asombro cubrió sus facciones.

Volví a asentir y sus dientes atraparon su labio inferior una vez más.

Sus dedos llegaron hasta mi nuca y pasearon por ella en un intento de hacerme sentir mejor.

Funcionó.

—Quiere reformar su casa por completo. Tiene bastante claro lo que quiere; estuvimos revisando los planos, materiales y estilos. Me contó que hacía muchos años que quería realizar este proyecto, pero que nunca era el momento, hasta que decidió que no esperaría más. Asegura que el dinero no es un problema, que lo que más le importa es que se haga un buen trabajo. Tampoco tiene demasiada prisa; está dispuesto a aceptar nuestra agenda.

—¿Cuál es el siguiente paso? —Sentí de nuevo esa pelota gigante en mi abdomen.

—Val programará la siguiente reunión tras ponerse en contacto con el arquitecto y el técnico. Iremos a su casa para hacer una revisión de su estado, tomaremos medidas, comprobaremos como está todo y con eso haremos el presupuesto cerrado. En él añadiremos las fechas de inicio y finalización. —Kaia me miraba sin comprender qué narices pasaba por mi cabeza en ese momento.

—¿Cómo dices que se llama?

—Matthew Benson. Me ha parecido un buen hombre. —La sensación asfixiante de mi pecho me oprimió los pulmones. Kaia llevó sus manos a mis mejillas—. ¿Qué ocurre?

—¿Te ha hecho algo?

Sus ojos se abrieron ante mi tono oscuro.

—No. Dime ya lo que ocurre, por favor.

Tomé una bocanada de aire, cerré los ojos y la solté demasiado rápido, lo que no me calmó en absoluto. Al contrario, sentí como cada vez respiraba peor y el miedo avanzaba hacia más zonas de mi cuerpo.

Kaia tiró de mí de forma brusca, lo que me hizo abrir los ojos y centrarlos en ella. Estaba asustada. ¿De mí?

Dejé caer mis manos de su cintura y di un paso atrás, pero aprovechó para empujarme hacia el escritorio. Mis piernas toparon con la madera, se doblaron y terminé apoyado en la mesa. Ella se

pegó a mí, rodeó mi cuello con sus brazos y encontró mis labios. Me besó con fiereza, como si supiera que eso era lo que necesitaba en ese momento.

Mis manos encontraron su trasero sin mi permiso y la encajé entre mis piernas. Su cuerpo cálido se apretó contra el mío, su lengua jugueteó con mis labios y esas sensaciones oscuras y crudas comenzaron a recular. Me centré en su sabor, sus caricias, sus besos y poco a poco fui recuperando el control. Ella debió notarlo porque se separó lo justo para mirarme con las mejillas enrojecidas y la respiración entrecortada.

—Necesito que me lo cuentes todo.

Mis pulsaciones rebotaban por todas partes con demasiada fuerza, tanto por su cercanía y lo que ello significaba como porque al fin iba a contarle lo que quería y eso haría que la perdiera.

—Ese hombre no se llama como te ha dicho ni tampoco es un cliente. Su nombre es Grant y es el líder de la organización criminal de la que formé parte durante tanto tiempo.

30

KAIA

Sus palabras hicieron eco en mi mente. Mis dedos habían detenido el movimiento circular sobre su nuca, mi cuerpo se había tensado y estaba segura de que mi rostro mostraba la preocupación y el pánico que me habían invadido de pronto.

Mis manos se deslizaron desde su cuello por sus hombros mientras trataba de procesar lo que ocurría y entonces vi la desesperación en sus ojos, el terror, la culpabilidad y la vergüenza. Me di cuenta de que me había soltado, aunque no se había movido, ya que me encontraba entre sus piernas. También sabía que estaba haciendo un esfuerzo brutal por mantenerme la mirada.

Llevé mis manos a su rostro, lo acuné a la par que volvía a apoyar mi cuerpo sobre el suyo y le di un beso que esperaba que le dejara claro que no iba a alejarme de él. Sin embargo, River me agarró de la cintura y trató de separarme.

—He traído un asesino a tu puerta —siseó—. Tanto Farren como tú estáis en peligro.

Consideré su frase antes de hablar.

—¿Desde cuándo lo estamos? —murmuré de forma mucho más calmada de lo que me sentía. Él frunció el ceño sin comprender—. ¿Cuánto tiempo llevas protegiéndonos?

—Si no fuera por mí, no lo estaríais.

—Quizá, pero quien nos pone en peligro es él, no tú.

—Es mi culpa.

—Es culpa del que realiza la acción.

River soltó un bufido frustrado, pero no intentó alejarme de nuevo. Mis dedos habían llegado de nuevo a su nuca y la masajeaban con tiento. Sabía que eso lo calmaba; siempre había sido así. Sus manos avanzaron por mi cintura hasta rodearme.

—Cuéntamelo todo.

—¿Aquí? Deberíamos recoger a Farren.

—Lo haremos, pero antes quiero que me lo cuentes todo.

Volví a posar mis labios sobre los suyos y durante unos segundos nos besamos de una forma que me llenó de calidez y amor. Luego paseó un dedo por mi mejilla antes de depositar un beso sobre mi sien y tomar aliento.

—Grant fue quien me tendió su mano cuando llevaba semanas malviviendo en la calle. Me llevó a su casa, me cedió una habitación y me dio trabajo. Al principio eran tareas sin importancia: entregar un sobre con documentos a alguien, ayudar en alguna obra, encargarme de abastecer la casa. Luego me presentó a los demás y empecé a acudir a las reuniones. —River se tensó bajo mis manos—. Comprendí que se movían en la ilegalidad, pero solo manejaban drogas y blanqueaban dinero. No me pareció demasiado malo, así que me quedé con ellos. Las cosas cambiaron con el paso del tiempo.

No me atreví a moverme por temor a que interrumpiera su discurso. Solo acariciaba su nuca con suavidad mientras él mantenía su mirada clavada en la mía.

—Cada vez me daba más responsabilidad, me ordenaba realizar tareas más peligrosas, dejaba a otros hombres a mi cargo, me explicaba más sobre sus planes. En lugar de tomar conciencia de lo que estaba haciendo, me sentía en deuda y quería ayudarlo para demostrarle mi agradecimiento, no solo por haberme sacado de la calle, también por haberme enseñado a desenvolverme, a defenderme. —River tensó la mandíbula y desvió su mirada un instante, aunque se obligó a volver a fijarla en mí—. Cumplí con sus tareas, con todas ellas. Extorsioné a personas, herí a más de una,

robé dinero, moví droga, destrocé la vida de más de un inocente que no quiso hacer la vista gorda.

—¿Los mataste? —pregunté en un susurro.

Negó con la cabeza.

—Pero mis manos están manchadas de sangre igualmente. Sabía todo lo que ocurría en esa organización y, aunque no era yo quien terminaba con sus vidas, otros sí lo hacían. Y nunca hice nada para evitarlo. Miraba hacia otro lado, ignoraba esos detalles y me centraba en mis tareas.

—Solo estabas sobreviviendo.

—Era una persona adulta en sus plenas facultades para tomar decisiones —siseó. No era furia todo lo que centelleaba en sus ojos; también había vergüenza y culpabilidad.

—Pero saliste de allí. —Llevé una mano a su mejilla para acariciarlo—. Cuando nos conocimos, no pertenecías a esa organización.

—Claro que seguía con ellos. —Soltó una carcajada amarga que me hundió el corazón—. Quería alejarme de ellos, pero Grant no me lo permitió. Me dejó pensar que podría hacerlo, permitió que durante unos meses fuera feliz a tu lado, pero después me recordó que era imposible marcharse de su lado.

—Te obligó a confesar un crimen que no habías hecho para castigarte por tu osadía —adiviné horrorizada. Esa era la pieza que faltaba. Ahora todo cobraba sentido.

—Hacía meses que no llevaba a cabo sus tareas, que no cumplía ninguna de sus órdenes. Busqué trabajo en la empresa de Bobby porque era lo único que sabía hacer y porque quería comprobar si podía ahorrar un poco de dinero para desaparecer sin dejar rastro. La idea inicial era trabajar a escondidas mientras seguía en la organización.

—Pero me conociste —susurré con un nudo en el pecho.

—Te conocí y no quise marcharme. ¿Cómo podía hacerlo cuando me mirabas de esa forma? ¿De esta? —Introdujo una mano entre mi pelo, movió los dedos por él hasta dar con la goma que lo sujetaba en un moño y lo soltó—. Siempre has creído en mí, a pesar de que mi vida ha sido un infierno desde que tengo memoria, a pesar de

que he sido un delincuente gran parte de ella. Quería ser el hombre que pensabas que era; por eso aceleré mis planes.

Mi abdomen se llenó de burbujas y no pude evitar buscar sus labios de nuevo. Compartimos un beso delicado e intenso a la vez, casi doloroso.

—Grant se dio cuenta cuando no volví la primera noche y nos enzarzamos en una discusión cuando le dije que no pensaba volver. Al principio se echó a reír y me dio carta blanca, aunque yo sabía que solo estaba jugando conmigo. Sin embargo, lo único que quería era estar a tu lado, así que lo ignoré, hasta que se cansó y no pude hacerlo más.

—¿Por qué confesaste? ¿Por qué accediste a ir a la cárcel? —Me dolía el pecho y sentía como me ardían los ojos; aunque sabía que mis lágrimas no se desbordarían, hacía demasiados años que no lo hacían.

—Era lo mejor.

—¿Te prometió dejarte en paz si lo hacías?

Asintió.

—Pero no lo ha hecho —susurré angustiada.

—Apareció en la puerta de la cárcel cuando salí y me dejó claro que seguía siendo de su propiedad.

—Y volviste a ignorarlo —adiviné de nuevo—. Decidiste volver a Sweet Meadows en lugar de acompañarlo.

—No pienso unirme a sus filas. He pasado diez años de mi vida encerrado bajo la promesa de que sería realmente libre al cumplir mi condena. Ya no temo sus amenazas, al menos hacia mi persona.

—¿Te ha buscado todo este tiempo? ¿Es él quien ha pasado delante de la obra con su coche en varias ocasiones?

River asintió. Me atrajo hacia su cuerpo y me abrazó con fuerza.

—No voy a dejar que se acerque a ti; tampoco a Farren. Pensaba que no lo haría porque nunca se ha arriesgado a actuar de forma tan abierta como para llamar la atención de la policía, pero te aseguro que no voy a permitir que os haga daño a ninguna. —Su voz sonó fiera, letal.

—Tenemos que contárselo a Zion.

Su cuerpo se tensó y yo me preparé para la discusión más eterna de la historia. Sin embargo, no pensaba ceder. River no estaba solo, no tenía que luchar contra un criminal sin ayuda. Era hora de que comprendiera que éramos un equipo, siempre lo habíamos sido, y ello conllevaba confiar en mi familia.

—Además, necesitas saber algo. —Tomé una bocanada de aire y me aparté para mirarlo a la cara—. No ha habido nadie después de ti.

Su ceño se frunció al no comprender mis palabras. Me contempló en un silencio absoluto durante un par de segundos sin que el significado de esa frase acudiera a su mente. De repente, su expresión se transformó y sus labios se entreabrieron a la par que sus pupilas se dilataban.

—Farren es tu hija. —Solté la bomba con voz temblorosa y un pánico absoluto a que su reacción no fuera la que había imaginado cientos de veces durante las últimas semanas.

31

RIVER

Todo el aire había abandonado mi cuerpo mientras esas palabras resonaban en mi mente una y otra vez. Kaia me miraba más aterrada que antes, como si temiera que fuera a enfadarme o a desaparecer ante la revelación que acababa de poner mi mundo patas arriba.

¿Farren era mía?

¿Esa niña tan parecida a la única mujer que había amado en toda mi vida era mi hija?

¿El pequeño terremoto extrovertido, bondadoso y dicharachero era parte de mí?

Oh, joder.

Me eché hacia atrás en busca de más apoyo en el escritorio sin soltar a Kaia. Sus manos continuaban sobre mí, aunque se habían deslizado hacia mi pecho y su expresión era seria y temerosa.

—¿Farren es mía? —susurré alucinado.

Ella asintió y se mordió el labio inferior.

—Podemos hacer una prueba de paternidad. —Su voz se perdió en la última palabra.

Agarré su rostro de un movimiento, aunque procuré ser cuidadoso, y fundí mi boca con la suya. Ella soltó un sonido de sorpresa, pero sus labios se abrieron cuando introduje mi lengua.

Mis manos bajaron por su cuerpo mientras mi boca le demostraba lo que pensaba de esa jodida prueba de paternidad. Estrujé su trasero y la alcé para colocarla sobre mí. Sus muslos apretaron mis piernas, sus rodillas estaban apoyadas sobre el escritorio y su respiración era tan agitada como la mía.

—¿Es una buena noticia entonces? —jadeó entre mis labios.

—La mejor —aseguré volviendo a besarla.

Ambas eran mías.

No podía creerlo.

De repente, todo encajó.

—Por eso trataste de visitarme durante tanto tiempo —comprendí con un nuevo nudo en la garganta.

—Ese fue uno de los motivos, pero no el único. —Kaia se aferró a mis hombros y se acomodó sobre mi regazo—. No llegué a decirte que te quería; necesitaba que lo supieras si ibas a pasar tanto tiempo allí dentro. Y también deseaba que me contaras la verdad para poder sacarte de allí.

—Nunca pensaste que fuera culpable. De ese crimen al menos —murmuré maravillado.

—Sabía que no lo eras. —Kaia sonrió de lado y no me quedó más remedio que besarla de nuevo.

Sus manos buscaron la parte baja de mi sudadera y se colaron por dentro. Acarició mi piel con sus dedos helados, tiró de la prenda y me despojé de ella de un movimiento. Sus ojos recorrieron mi pecho y abdomen antes de estrellar sus labios en mi boca con más deseo que antes. Sus dedos llegaron al botón de mi pantalón en el instante en el que yo trataba de deshacerme de su sudadera, idéntica a la mía, pero unas cuantas tallas más pequeña.

Kaia me mordió el labio cuando logré desabrochar su pantalón y no sé muy bien cómo logré que se quedara desnuda sobre mí. Caminé unos cuantos pasos con ella aferrada a mi cuerpo hasta que apoyé su espalda en la puerta con delicadeza. Ella se estremeció debido a la temperatura de la madera, pero me devoró con más intensidad.

Se movió contra mi cuerpo al borde del abismo, así que deslicé una mano por su abdomen hasta llegar donde me quería y la

acaricié en círculos hasta que ahogó un grito en mi boca. Antes de que pudiera volver a satisfacerla, me introdujo en su interior y ambos gemimos a la vez.

Dios, hacía tanto tiempo desde la última vez.

Me moví poco a poco para no perder la cordura, aunque ella no estaba muy por la labor. Había dejado mi boca atrás y sus dientes marcaban mi cuello justo donde sabía que más me gustaba. Coloqué una mano bajo su trasero y la otra en su nuca para instarla a besarme de nuevo y esa vez dejé la mente en blanco y me centré en las emociones que me invadían. En todas ellas, el deseo, la esperanza, el amor.

Kaia era mi hogar, lo había sido desde que se había colado bajo mis barreras de esa forma tan sutil, como si nada, y me había mostrado lo que era la lealtad y la generosidad.

—Oh, Dios mío, River.

Me tensé ante su voz llena de deseo y placer y me rendí ante los míos propios. Incrementé el ritmo, me concentré en los sonidos que abandonaban su garganta y la presión que ejercían sus piernas alrededor de mi cintura. Cuando sus uñas se clavaron en mis hombros, solté un gruñido atronador y sus gritos resonaron por toda la oficina.

La sujeté con fuerza a pesar de que me temblaban las piernas y dejé un reguero de besos suaves por su cuello mientras ella se mantenía inmóvil con la respiración entrecortada.

—¿Qué hora es? —preguntó de pronto.

—¿Qué? —Traté de activar mi cerebro, pero no lo logré.

Kaia se movió en un intento de que la soltara, pero nos hizo gemir a ambos. Cuando sus pies tocaron el suelo, correteó por el despacho hasta llegar a su ropa y rebuscó algo en ella. Revisó su teléfono, alzó la cabeza y me dedicó una sonrisa de lo más sensual.

—Ven.

Obedecí sin pensar. Me situé frente a ella con los ojos fijos en su rostro enrojecido y feliz, me dejé caer sobre la silla cuando me empujó y solté una maldición cuando se subió a horcajadas sobre mí. Estoy seguro de que mis ojos se quedaron en blanco cuando se

movió en círculos sobre mí antes de tomar mis labios entre los suyos.

Sujeté sus glúteos cuando se acomodó en el punto exacto y jadeé al encontrarme de nuevo en su interior.

—Cómo te he echado de menos —gimió en mi boca.

—No más que yo a ti —le aseguré con un gruñido.

—Necesitamos recuperar el tiempo perdido. —Mi pecho se contrajo cuando sonrió de lado.

Llevé una mano a su mejilla y la acuné.

—No pienso separarme de ti ni un jodido segundo nunca más.

Su sonrisa se ensanchó y sus movimientos se volvieron más rápidos. Atrapé sus labios una vez más, sujeté su cadera con fuerza y acompañé el ritmo mientras todo mi cuerpo se llenaba de calor, uno muy intenso que siempre había asociado con ella, con la persona más importante de mi vida.

La que había visto más allá de mi fachada, la que había hecho todo lo posible por acercarse a mí, por conocerme, cuidarme. La que me había enseñado que la vulnerabilidad no era una desventaja, sino una emoción que podías compartir con la persona adecuada.

La abracé con fuerza y me prometí que esa vez haría las cosas bien.

32

KAIA

Llegamos al bar cogidos de la mano. Reid enarcó una ceja al vernos y Nyla sonrió de lado. El rostro de Farren se iluminó, acudió a nosotros a la carrera y chocó contra mi abdomen. River mantuvo mi equilibrio con su propio cuerpo tras el mío.

—¿Sois novios?

Lancé una mirada hacia atrás y me mordí el labio inferior al ver que sus orejas comenzaban a enrojecer.

—No lo hemos hablado —admití como si nada.

—Los amigos no entrelazan los dedos. —Mi hija señaló nuestras manos unidas—. Y sois mayores.

—¿Qué significa eso? —Fingí ofenderme.

—Que nadie os obliga a daros la mano como sí hacen con nosotros en clase de educación física.

Farren me soltó al fin, dio un paso hacia River y lo miró sonriente.

—¿Os vais a casar?

Su expresión no varió, aunque vi el pánico en su mirada, lo que me provocó una carcajada.

—Vas demasiado rápido. ¿Por qué no acompañas a River hasta nuestra mesa?

—Pero Reid está en la barra.

—Recógelo también.

—¿Vas a convocar una reunión? —Sus cejas se alzaron hasta el cielo—. ¿Para contarles a los demás que ahora sois novios?

—Algo así.

Ella me devolvió una sonrisa algo demoníaca antes de aferrarse a River y arrastrarlo con ella. Nyla, Atlas y Reid los siguieron con la mirada hasta la barra; el más simpático de los tres asintió cuando mi hija le dijo algo y los acompañó hasta nuestra mesa mientras los demás alternaban su atención entre nosotros.

Saqué mi teléfono del bolsillo y seleccioné el contacto de Zion.

—Tengo que hablar contigo —dijo él a modo de saludo.

—Nosotros también.

—¿Nosotros?

—River y yo. —Hubo un silencio corto—. Te esperamos en el bar.

Soltó una mezcla de gruñido, suspiró y colgó.

Al pasar por delante de la barra, Nyla me cerró el paso.

—¿Tienes algo que contarme? ¿Has averiguado algo más?

—Todo.

—¿Y?

—Zion está de camino. Necesitaré que distraigas a Farren para que podamos hablar con él.

—Ni hablar, que lo haga Reid. Yo quiero enterarme de todo.

Puse los ojos en blanco.

—Eres la única que puede distraerla durante más de tres minutos sin que se percate de ello.

—Lógico, la ha enseñado la mejor. —Nyla sonrió antes de lanzar una queja lastimera—. Pero cuéntamelo todo después.

Saludé a Atlas con la cabeza de camino a la mesa. Reid sonreía divertido, Farren charlaba sin parar y River parecía estar a punto de salir huyendo.

—Puedo ayudarte con el anillo, ¿sabes? Conozco a mi madre mejor que nadie —estaba diciendo el pequeño terremoto.

—No va a haber ningún anillo —suspiré al sentarme con ellos.

—¿No quieres casarte? —Mi hija me miró sorprendida.

—No lo sé, pero desde luego todavía no. —Me volví hacia River —. ¿Todo bien?

Él solo asintió. No parecía molesto ni afectado; al menos su rostro no mostraba nada de eso, aunque sus hombros estaban algo tensos. Coloqué una mano sobre su pierna y la suya la cubrió de inmediato.

—¿Cómo ha sido? —inquirió Farren.

—¿El qué?

—¿Cómo os habéis hecho novios?

—No nos hemos hecho novios. Los adultos no se hacen novios.

Mi hija miró a Reid.

—¿Tú no le pediste a tía Eden que fuera tu novia?

—No exactamente. —Él disimuló una sonrisa traviesa. Le di una patada por debajo de la mesa y soltó una carcajada—. No hace falta hacer esa pregunta para iniciar una relación.

—¿Y cómo sabe la otra persona que ha entrado en ella? —Mi hija nos miró a los tres con su ceño fruncido—. Sé que no es con un beso porque tía Nyla le dio besos a muchos chicos antes de que llegara tío Atlas y no eran sus novios.

—Eh —se quejó ella. Acababa de aparecer con algunas bebidas.

—Es verdad.

—Quizá sea al revés —sugirió Reid—. Puede que ella tuviera que dejar claro que ese beso no significaba algo serio.

Farren lo pensó durante un instante y su rostro adquirió un deje de pánico.

—¡Necesito ir a buscar a Logan!

—¿Quién es Logan? —Dos voces masculinas gruñeron al unísono. Reid y River se miraron con el ceño fruncido.

—¿Has compartido un beso con ese tal Logan? —Nyla se sentó junto a Farren sonriente.

—¡Me lo robó en el pasillo! ¿Ahora soy su novia? —preguntó horrorizada.

River se tensó a mi lado y Reid se puso en pie de un salto.

—Voy a averiguar ahora mismo quién es ese mocoso —masculló furioso antes de desaparecer a toda velocidad.

Nyla se echó a reír como una loca, Atlas llegó hasta nosotros sin saber qué estaba ocurriendo y River estaba a punto de lanzar la mesa por los aires.

—¿Qué pasa? —preguntó el recién llegado.

—Farren ha dado su primer beso y Reid ha perdido los papeles —resumió Nyla.

—No se lo di, me lo quitó. Por eso se llevó una paliza después.

—Bien hecho. —Mi amiga alzó su puño para que mi hija lo chocara—. ¿Qué le hiciste?

—Le di un puñetazo en el cuello, como me enseñaste.

Santo Dios.

—¿Se lo dijiste a la profesora? —pregunté.

—Claro que no, ma. No soy ninguna chivata, aunque el muy idiota se fue llorando porque decía que no podía respirar, así que la directora me llamó a su despacho y le tuve que decir el motivo de mi puñetazo. —Farren negó con fastidio—. Nos castigaron a los dos, pero a él le quedó claro que no podía ir robando besos por ahí. Cian me dijo que había hecho lo correcto.

—Así que Cian, ¿eh? —Nyla le pasó un brazo por encima de los hombros y la atrajo hacia su cuerpo—. ¿Es tu novio?

—¡Qué asco, tía Nyla! ¡Claro que no! Es mi amigo.

—¿Estás segura de ello?

—Nyla —suspiré.

Mi hija le dedicó una mueca de disgusto.

—Jamás voy a tener un novio. Huelen mal, son idiotas y les falta medio cerebro —sentenció con una seguridad apabullante.

—Solo los adolescentes apestan —aclaró Atlas.

Farren lo miró un instante antes de acercarse a River y enterrar su cara en su cuello. Hasta yo la oí aspirar con fuerza.

—Tienes razón. —Colocó una mano en la mejilla de su padre—. Tú hueles bien, Riv.

Él asintió, más tenso que un palo.

Zion se detuvo frente a nosotros y contempló durante más tiempo del necesario a River. Nyla se levantó como un resorte.

—¡Mierda! ¡Hoy debía hacer el inventario del almacén!

Todos la miramos con distintos grados de sorpresa.

—Yo te ayudo, tía Nyla.

—Menos mal. Vamos.

Atlas las siguió hacia la barra y nosotros nos quedamos a solas.

—Primero vosotros. —La voz de Zion fue grave y algo tensa.

Miré a River de reojo, sujeté sus dedos bajo la mesa y asentí.

—Hoy he recibido una visita inesperada. Un hombre que se ha hecho pasar por un cliente —aclaré tras soltar una bocanada de aire.

—Su nombre es Grant Olson y es el líder de una organización criminal en Bartlett.

Zion frunció el ceño, yo contuve el aliento y River procedió a contarle todo lo que me había explicado hacía poco más de media hora. Mi amigo le hizo mil preguntas que él respondió con una calma fingida mientras el otro lo anotaba todo en una libreta. Riv le contó todos los detalles sobre la organización, describió a Grant y le habló de algunas tareas que solía hacer para él cuando formaba parte de su equipo. También relató lo ocurrido la noche que lo detuvieron y mi abdomen se contrajo cuando analizaron la escena del crimen.

Pasaron más de veinte minutos antes de que Zion se diera por satisfecho con su explicación.

—He averiguado algo más sobre esos contratos —comentó de pronto.

—Eso no es importante ahora —aseguré. ¿Qué me importaba en ese momento haber sido engañada por unas decenas de dólares? Había un criminal que quería apoderarse de River.

—Creo que podría estar conectado.

—Esos contratos son previos a la llegada de River.

—Grant tiene varias empresas fantasma relacionadas con la construcción con las que blanquea su dinero —admitió él—. Todas ellas con sede supuestamente en Bartlett.

—Hay algo más. —Zion deslizó un documento sobre la mesa en nuestra dirección—. Esta otra empresa también fue arrastrada a este lío. Firmó varios contratos con estas compañías fantasma sin saberlo. Cuando se dio cuenta de que algo no cuadraba, comenzó a investigar y poco después la empresa cerró.

—¿Quebró? —Mi corazón se saltó un latido.

—No, el dueño sufrió un accidente laboral y murió.

Se hizo el silencio de nuevo, esa vez uno mucho más denso.

River apretó una de mis piernas con su mano.

—¿Puedo ver la información que has recopilado? —preguntó en un susurro letal.

Zion asintió, le ofreció una carpeta llena de documentos y durante unos minutos nadie habló. Riv hizo dos montañas con los papeles y su mirada se centró en mi amigo.

—Estas empresas son de Grant. Ya las tenía cuando trabajaba para él. —Puso su mano sobre el montón más pequeño—. Estas otras no las conozco, pero tienen su firma.

—No lo entiendo, esto es anterior a tu llegada —murmuré con un hilo de voz.

—Creo que Grant ha estado utilizando tu empresa por el mero hecho de pertenecer a la construcción y estar ubicada cerca de su núcleo de acción.

Lo miré con un nudo en la garganta.

—Lo más probable es que Bobby también estuviera en su punto de mira y lo hiciera quebrar —añadió mi amigo.

—¿Bobby? Él cerró porque quiso jubilarse antes de tiempo… —Me detuve al comprender que aquello había sido muy extraño. Nuestro antiguo jefe adoraba su trabajo. ¿Por qué querría abandonarlo antes de tiempo?

—Quizá Grant metió a alguien allí cuando me condenaron —sugirió River.

Era posible. Cada año entraba alguien nuevo al equipo.

—¿Cuál es el siguiente paso? —River se adelantó a mi propia pregunta.

—Hablaremos con la policía y le entregaremos toda la información recopilada. —Zion se volvió hacia él—. ¿Estás dispuesto a colaborar?

Asintió una única vez.

—¿Podemos hacerlo mañana? Me da la sensación de que han pasado quinientos años desde que salí de casa a primera hora.

Ambos fruncieron el ceño, aunque mi amigo accedió.

—Pero no iréis a trabajar. Os recogeré en tu casa e iremos juntos a la comisaría.

—Necesito abrir la obra antes. Solo yo tengo la llave; de una de ellas al menos. Marco tiene la otra porque la ha cerrado hoy para

hacerme un favor.

—En ese caso te llevaré. —Decidió Zion. River gruñó por lo bajo y él lo miró—. Os llevaré a ambos.

33

RIVER

No conseguí concentrarme en la película que Farren nos obligó a poner cuando llegamos a casa después de cenar con Zion y todos los demás, que habían aparecido de la nada con la cena. Incluso la melliza de Dax los había acompañado. Había habido un momento en el que nos habíamos quedado los chicos a solas porque ellas desaparecieron sin dejar rastro. Y Farren había vuelto unos minutos después con cara de aburrimiento ante la reunión secreta que ellas habían llevado a cabo en el almacén.

La pequeña se encontraba en ese momento sentada entre los dos en el sofá. Tenía la vista fija en la televisión, una mano dentro del cuenco de las palomitas y la otra sobre mi brazo. Ella, como su madre, parecía necesitar estar en contacto continuo con los demás.

Farren era mi hija.

Todavía no terminaba de creerlo. Esa niña adorable y tan fuerte era parte de mí.

Le lancé una mirada de reojo, incapaz de contenerme. Su pelo corto estaba revuelto, tenía un millón de pecas sobre sus pómulos y una nariz respingona idéntica a la de Kaia.

Mis ojos saltaron sobre ella, que giró la cabeza como si hubiera llamado su nombre.

Sonrió de lado, como si supiera lo que llenaba mi mente, y mi cuerpo se encendió ante las ganas irrefrenables de besarla.

Me sobresalté cuando la cabeza de Farren aterrizó en mi brazo. Su mano seguía dentro del bol y sus dedos agarraban varias palomitas; sin embargo, acababa de quedarse dormida.

Kaia sonrió todavía más, aunque no se movió. Esperó varios minutos antes de levantarse con cuidado, retirar el bol del regazo de nuestra hija y soltar una carcajada silenciosa cuando una palomita quedó atrapada dentro de su puño.

La cogí en brazos sin esperar su señal y fui directo a la habitación infantil. La tendí sobre la cama; Kaia intentó quitarle la palomita sin éxito y al final la tapó con la manta. Nos quedamos un par de segundos allí con la mirada fija en ella.

Mi pecho estaba a punto de explotar, lleno de una sensación cálida indescriptible.

Kaia deslizó sus dedos entre los míos y me sonrió con una vulnerabilidad que me dejó sin aliento. Me incliné para depositar un beso suave sobre sus labios, eché un último vistazo a Farren y salimos de allí sin romper el silencio. Tampoco lo hicimos mientras recogíamos el salón ni cuando cerramos la puerta del dormitorio a nuestras espaldas.

Tomé sus mejillas con ambas manos, saboreé su boca y mi pecho se infló cuando sonrió.

Nos despojamos de nuestra ropa sin prisa, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo.

Lo teníamos. No pensaba alejarme de ella, de ellas, nunca más.

Acaricié su cuerpo con una ternura que solo había sentido con ella, recorrí su cuello y lo llené de besos. Sus labios encontraron el lóbulo de mi oreja y sus dientes lo mordisquearon.

Aterrizamos sobre la cama en silencio, Kaia con una sonrisa en su rostro perfecto y rosado, yo con mil sensaciones en mi interior porque no podía creerme que nos encontráramos en ese punto. Que la hubiera recuperado, que siempre hubiera confiado en mí, que formara parte de esa pequeña familia que era enteramente mía.

Me pasé tanto rato venerando su cuerpo que ella perdió la paciencia. Ella, la reina de la calma.

Sonreí cuando sus mordiscos se volvieron más incontrolados y su voz sin aliento me suplicó que me hundiera en ella. Lo hice, aunque a mi ritmo. Poco a poco, como no lo habíamos hecho nunca, siempre cegados por el deseo y la sensación de que todo acabaría. Una sensación que había desaparecido para dejar paso a la ilusión. Una ilusión extrema ante lo que me esperaba junto a ellas.

Nos movimos juntos, al unísono, durante tanto rato que perdí la noción del tiempo. Sus besos, sus caricias, sus miradas se clavaron en mi corazón y se grabaron a fuego en mi memoria. Pensaba repetir aquello cada día de nuestras vidas.

—Gracias —musitó cuando al fin el sueño se extendió sobre nosotros.

—¿Por satisfacerte? —bromeé.

—Por volver. Por quedarte.

Le había confesado que mi idea inicial había sido marcharme lejos de ella para no meterla en problemas. De no ser porque Grant había aparecido a la salida de la cárcel con su foto, no lo habría hecho. Sin embargo, ese detalle no se lo había contado, tampoco a Zion. Ambos pensaban que ese desgraciado no conocía nuestra relación antes de que me uniera a su empresa de construcción. Tampoco les había contado el motivo que me había impulsado a realizar la confesión diez años atrás.

La abracé con fuerza y ella se acurrucó entre mis brazos. Su respiración era calmada y rítmica, como si se encontrara más segura que nunca entre mis brazos.

Y lo estaba. Porque jamás permitiría que Grant llegara hasta ella.

Antes tendría que pasar por encima de mí.

34

KAIA

Abrí los ojos al sentir la vibración de mi teléfono. El número parpadeaba en la pantalla poco iluminada mientras mi mente luchaba por despertarse.

Conocía los últimos dígitos; además, no era del todo extraño que recibiera alguna que otra llamada a esas horas de la mañana.

Las cinco menos diez.

Intenté levantarme, pero no pude. Algo pesado se encontraba sobre mi pecho y también sobre una de mis piernas. Al echar un vistazo, mi corazón se aceleró al descubrir a River dormido junto a mí. Uno de sus brazos me mantenía pegada a su cuerpo y su rostro estaba a escasos milímetros de mi pelo.

Mi abdomen se contrajo al recordar lo ocurrido la noche anterior y por un momento olvidé la llamada. Cuando el teléfono vibró de nuevo, retiré su brazo con cuidado, deposité un beso suave sobre su hombro y me levanté sin hacer ruido. Recuperé el aparato de la mesita de noche y me lo llevé hasta la cocina.

—Buenos días —susurré tras descolgar.

—Siento llamarte a estas horas, pero tenemos un problema en la obra de la señora Bells —suspiró Marco todavía con la voz ronca.

—¿Qué ha pasado?

Me moví hacia el salón y recogí la ropa del trabajo del día anterior.

—Te daré todos los detalles cuando llegues, pero saltó la alarma de movimiento y la señora Bells me llamó para avisarme, así que fui a echar un vistazo y está todo hecho un desastre.

—¿Un animal salvaje? —pregunté sin entender nada.

—No lo sé. Todavía no lo he revisado todo bien; antes quería hablar contigo.

—Llegaré allí en treinta minutos.

Colgué con la mente a mil por hora y di una vuelta sobre mí misma antes de detenerme a pensar. Si despertaba a River, insistiría en acompañarme y entonces tendría que levantar a Farren y llevarla con Reid porque todavía faltaban unas cuantas horas para que abriera el colegio, y todo eso demoraría mi llegada a la obra.

Me dirigí a la cocina, agarré el bloc de notas que mi hija utilizaba para dejarme frases o dibujos y arranqué una hoja. Garabateé con rapidez lo ocurrido, prometí volver a tiempo para llevar a Farren al colegio y dejé la nota sobre la isla para que ambos la vieran. Luego salí de casa sin hacer ruido y me subí al coche.

Con un poco de suerte, volvería antes de que se despertaran y no me metería en ningún lío por haberme marchado sin avisar a River o Zion.

Conduje con un nudo en el abdomen ante lo que podría haber causado el desastre en casa de la señora Bells. A veces teníamos problemas con determinados animales salvajes que se adentraban en las propiedades y hacían de las suyas durante la noche. Solían buscar comida o refugio y en su misión terminaban estropeando ciertas zonas como el jardín o el porche, pero esa vivienda estaba protegida por una valla bastante nueva. Me extrañaba que hubieran abierto un agujero en ella. Yo misma había revisado el perímetro esa misma semana por si necesitábamos reforzar alguna parte y la había encontrado en buen estado.

¿Nos habríamos dejado la puerta abierta la tarde anterior?

Un fallo lo tenía cualquiera, sobre todo al final del día. Ponías el piloto automático y realizabas las mismas tareas de siempre sin

prestarles atención, por eso luego no podías recordar si habías cerrado la puerta con llave, apagado la cocina o colocado el pestillo.

A pesar de prometerme a mí misma estar más atenta al presente, no tardé ni dos minutos en perderme en mis pensamientos. El rostro de River apareció en mi mente, mis comisuras se alzaron sin mi permiso y mis tripas dieron un salto. Solo el recuerdo de su mirada intensa y azul era suficiente para que un escalofrío recorriera mi cuerpo. Visualizar el tatuaje que lucía en su pómulo izquierdo me provocaba un cosquilleo en la parte baja del abdomen y, como pensara en uno de sus besos, ya podía despedirme de recobrar la cordura en los siguientes segundos.

Una sombra apareció ante las luces del coche y mi pie se lanzó contra el pedal. El coche no hizo ningún ruido al frenar, aunque el animal saltó a un lado y desapareció entre los árboles que bordeaban la carretera vacía a esas horas intempestivas.

—Céntrate, Kaia —mascullé sin aliento.

Me temblaban las manos y mi corazón rebotaba con fuerza en mi pecho.

No era la primera vez que me encontraba con un animal mientras conducía, ni mucho menos; era algo muy común a las afueras de Sweet Meadows. Lo que me había asustado había sido que me había sumido una vez más en mis pensamientos y había tardado demasiado en verlo.

Continué con mi camino esa vez concentrada en lo que hacía y llegué hasta la vivienda de la señora Bells sin ningún otro percance. La puerta del jardín estaba abierta, así que entré con mi linterna y avancé por el sendero de piedra. Esa casa era una pasada, tanto por su ubicación en mitad del bosque como por el tamaño del terreno. También por la forma en la que lo habían construido y decorado todo.

Avancé en el silencio de la noche y me subí el cuello del abrigo hasta las mejillas en un intento de no congelarme. Todavía faltaba un rato para que amaneciera y, dado que el aire parecía ser capaz de cortar mi piel, era muy probable que en unas horas nevara.

Accedí a la vivienda a través de la puerta principal, que se encontraba entornada.

—¿Marco? —pregunté con la voz entrecortada debido al frío.

No obtuve respuesta. Pulsé el interruptor de la luz, pero no ocurrió nada, así que continué con mi linterna. Me pareció oír algo a mi derecha y de repente sentí una punzada de miedo, aunque la ignoré como había hecho cientos de veces a lo largo de toda mi vida, sobre todo durante mi infancia.

Paseé la luz por el salón en busca del origen del sonido, pero no encontré nada. Tampoco se oía ya ese ruido. Crucé la estancia, eché un vistazo por los ventanales que daban al jardín y se me escapó una exclamación al ver pasar una sombra diminuta entre las hierbas. Sin lugar a dudas, un roedor nocturno.

Algo crujió a mi espalda. Me di la vuelta a toda velocidad y esa vez sí que solté un alarido que resonó por toda la estancia. Mi linterna cayó al suelo a la vez que mi espalda rebotaba contra la ventana y el haz de luz terminó enfocando a la persona que se encontraba frente a mí.

—Santo Dios, K. Casi me matas de un infarto. —Marco se sujetaba el pecho con una mano y me miraba con una expresión de terror absoluto.

Pese a mi propio miedo, me eché a reír ante la situación.

—Casi infarto yo misma —admití entre carcajadas—. Lo siento.

—No te preocupes. —Marco sonrió al fin, se agachó para recuperar mi linterna y me la tendió—. Acabo de terminar de hacer la ronda.

—¿Dónde está el destrozo?

—En la parte trasera.

Lo seguí hasta la cocina, pasamos al garaje y maldije en voz alta al ver el desastre. Me agaché frente a los materiales que guardábamos allí y recorrí mi mano por los sacos agujereados. Luego fui al siguiente montón y descubrí las baldosas rotas. Un poco más allá, las herramientas habían sido arrastradas por el suelo y algunas habían perdido varias piezas mientras que otras se encontraban partidas.

—Tiene pinta de haberlo hecho un animal. O una manada de ellos —murmuré haciendo un cálculo aproximado de lo que nos

costaría reponer todo aquello. Entonces me detuve en seco ante una huella humana—. ¿Has visto esto?

Marco se acercó y negó con la cabeza.

—Son mis huellas. Hay tanto cemento y arena por el suelo que es imposible no dejarlas. —Movió su linterna a mis pies y vi las mías.

—¿No debería haber huellas animales?

—Supongo que las habremos borrado con las nuestras. —Mi amigo se dirigió a la puerta y me hizo un gesto para que me acercara—. Está toda rota.

Observé las marcas en la madera. No había arañazos, sino golpes, y a la altura de mi cintura.

—¿Qué clase de animal puede haber hecho esto? —musité asombrada.

—No tengo ni idea. ¿Quieres que llamemos a los forestales? ¿O a la policía?

—No. Nos retrasarían todavía más —suspiré—. Limpiemos todo esto, hagamos inventario de lo que debemos reponer e intentemos conseguir los materiales lo antes posible.

—Lo siento, K. —Marco colocó una mano sobre mi hombro y apretó con suavidad.

Yo me encogí de hombros y le dediqué una sonrisa cansada.

—Pongámonos manos a la obra.

Intentaría adecentar todo aquello antes de que amaneciera y, con un poco de suerte, llegaría a casa a tiempo para despertar a Farren y River. Llevaríamos a nuestra pequeña al colegio, avisaríamos a Zion y volveríamos a casa de la señora Bells para arreglar ese desastre juntos.

Ese pensamiento me hizo sonreír y trabajar con más ganas pese al frío y la oscuridad.

35

RIVER

Me desperté sobresaltado de un sueño que se había repetido varias veces. Me encontraba de nuevo en mi celda compartida y mi compañero era un hombre sin rostro con un cuerpo enorme que me contemplaba en silencio día y noche. No hacía nada más, solo mirarme sin pestañear.

Moví una mano sobre la cama y eso me sacó de mis pensamientos. Me incorporé con rapidez, paseé mis ojos sobre la superficie vacía y sentí una punzada en el pecho.

Kaia no se encontraba a mi lado.

Su lado de la cama estaba frío y no había ninguna luz encendida al otro lado de la puerta que daba al aseo del dormitorio. Y el silencio era absoluto.

Me incliné hacia su mesita de noche y esa punzada se intensificó al descubrir que su teléfono no estaba allí.

Me levanté de un salto, comprobé el aseo y salí del dormitorio sin molestarme en encender la luz. Pasé por el salón y la cocina sin encontrarla antes de dirigirme a la habitación de Farren, que dormía acurrucada bajo las mantas. Tenía una sonrisa ladeada en el rostro que aligeró un poco mi malestar.

¿Dónde narices estaba Kaia?

Oí un ruido suave en el exterior justo antes del sonido de la cerradura de la puerta principal. Solté una bocanada de aire y me obligué a tranquilizarme. Quizá se había despertado antes de tiempo y había salido al jardín para ver el amanecer.

Mi abdomen se contrajo al imaginarla en el exterior a esa hora.

Kaia jamás se expondría a semejante frío y menos antes de que saliera el sol. Mi chica era la mujer más friolera del universo y no tenía el mejor despertar.

Me volví ante el ruido sordo que oí a mi espalda y todas mis alarmas se encendieron. Había dos personas intentando acceder a la casa y ninguna de ellas era Kaia, dado que quien se encontraba frente a la puerta principal todavía la manipulaba.

Di un salto atrás para ocultarme entre las sombras y avancé hasta una de las ventanas. Vi un haz de luz que provenía de una linterna. ¿Tres personas? Si intentaban entrar en la casa, significaba que no tenían a Kaia, ¿o sí?

No podían habérsela llevado de entre mis brazos; me habría despertado sin ninguna duda, así que ella había tenido que marcharse por voluntad propia y más si lo había hecho con su teléfono.

Su teléfono. El único que había en la casa.

¡Mierda!

Corrí hacia la habitación de Farren, eché un vistazo rápido al mobiliario en busca de una estrategia y me tragué una maldición al ver el haz de luz al otro lado de su ventana. Los estores estaban bajados, así que al menos no podían vernos. Me acerqué a su cama y coloqué una mano sobre su pecho.

—Farren. —Mi susurro sonó ronco y agresivo.

Ella ni se inmutó.

La zarandeé varias veces hasta que abrió los ojos. Le tapé la boca con la mano cuando la abrió y sus pupilas brillaron ante mi gesto.

—Necesito que te escondas y no salgas de ahí hasta que te avise. —Esperé un segundo mientras su ceño se fruncía—. Quiero que bloquees la puerta de tu habitación con esa cómoda y que

subas a la parte superior del armario, que te tumbes allí y esperes. Oigas lo que oigas. ¿Me entiendes?

Ella asintió con la cabeza, sus ojos verdes enormes muy abiertos.

—No dejaré que entre nadie aquí, por eso necesito que no salgas bajo ninguna circunstancia.

Un golpe fuerte resonó en el garaje y ella lanzó sus brazos a mi cuello.

—¿Dónde está mamá? —musitó en mi oído. Su cuerpo diminuto temblaba a pesar de que se aferraba a mí con fuerza.

—No está en casa. Se marchó a la obra antes de tiempo —mentí, aunque recé para que fuera cierto—. Haz lo que te he dicho.

—Te quiero, Riv. —Me abrazó un instante más y me soltó.

No pude responder porque acababa de formarse un nudo enorme en mi garganta. Un nuevo golpe, ese mucho más cercano a nuestra posición, hizo que me pusiera en pie.

—La cómoda contra la puerta y tú escondida sobre el armario —le recordé.

Ella asintió con vehemencia, así que salí de su habitación, cerré con cuidado y me quedé allí mientras oía como movía el mueble con una lentitud desesperante. Hasta que no quedó todo en silencio, no probé a empujar su puerta. No se movió ni un milímetro, así que me volví y corrí hacia el salón, donde una sombra enorme cayó sobre mí.

Lancé un puñetazo que aterrizó en su mandíbula, rodamos por el suelo y lo inmovilicé con mi peso.

—¿Te envía Grant? —pregunté entre dientes.

El hombre escupió algo de sangre antes de sonreír como un psicópata. Sus ojos lo traicionaron y enfocaron hacia un punto a mi espalda, así que salté a un lado y esquivé el golpe de su compañero. Le di una patada en una pierna y él cayó como un peso muerto al suelo, pero el otro ya se había levantado y cargaba contra mí. Lo golpeé con fuerza en el abdomen antes de impactar mi puño en su cuello con la esperanza de dejarlo inconsciente. El otro corrió hacia mí, así que lo esquivé, pero me topé con un tercer cuerpo que intentó sujetarme.

Me revolví contra él, logré golpearlo con la cabeza y gruñí cuando el otro me asestó un puñetazo en la cara. No dejé que el dolor me distrajera; me centré en mis oponentes como había hecho decenas de veces en prisión. Me moví entre ellos con fluidez, manteniéndolos a raya entre puñetazos y patadas hasta que algo cayó sobre mí y me inmovilizó contra el suelo.

Eran cuatro.

El gigante que trataba de mantenerme bajo su peso me agarró por el cuello y apretó hasta cortarme la respiración. Liberé una de mis manos, la lancé hacia su rostro y agarré lo que encontré, que por el tacto debía ser el interior de su nariz y uno de sus ojos. Soltó un alarido y su cuerpo se balanceó hacia un lado, así que aproveché para quitármelo de encima y patear al que más cerca tenía.

Uno de ellos permanecía en el suelo inconsciente, el gigante seguía sentado con sus manos en su rostro y los otros dos trataban de alcanzarme.

Sentí una oleada de terror al ver a un quinto hombre frente a la habitación de Farren. Golpeaba la puerta y trataba de abrirla. Sacudí a los que tenía más cerca y corrí hacia él. Lo agarré del cuello, me impulsé contra la pared y lo lancé al otro lado del pasillo, donde impactó contra uno de sus compañeros.

En ese momento pareció romperse el silencio y sonaron las primeras amenazas rabiosas. Uno de ellos sacó una navaja de su pantalón y me la mostró con una sonrisa. Otro rompió una de las sillas y se hizo con una pata que alzó en el aire. El gigante se había levantado ya; su cara estaba hinchada y parecía estar furioso. Además, un reguero de sangre bajaba desde su nariz hasta su cuello.

—Ya podéis llamar a todo el escuadrón, porque os va a hacer falta —sentencié con calma.

No me sentía calmado, ni mucho menos, porque Farren se encontraba al otro lado de esa puerta y podía oírlo todo.

Dos se echaron a reír y los otros gruñeron como animales antes de lanzarse sobre mí. Esquivé todos los golpes que pude, aunque tuve que soportar algunos para asestar los míos propios.

Necesitaba dejarlos a todos inconscientes para sacar a mi pequeña de allí.

Apreté la mandíbula con fuerza cuando sentí un escozor en el brazo. Me volví hacia el desgraciado que acababa de herirme con su navaja y le di con todas mis fuerzas en el cuello. Se desplomó al instante, aunque me llevé un golpe en la cabeza por detrás que me dejó inmóvil unos segundos, los justos para que un puñetazo aterrizara en mi nariz.

—¡River!

Su voz aterrorizada me provocó una descarga extra de adrenalina. Me deshice del imbécil que trataba de sujetarme y la vi al otro lado del pasillo. Tenía lágrimas en los ojos y sus manos cubrían su boca. Todos los hombres se volvieron hacia ella y uno incluso dio un paso en su dirección.

Me volví loco. Golpeé con manos y pies para deshacerme de ellos y ser yo el que llegara hasta ella, pero me alcanzaron de nuevo con la navaja, esa vez en la pierna. Farren gritó cuando uno la sujetó del brazo y yo sentí un terror que no había sentido nunca.

Mi hija se lanzó hacia un lado, le dio una patada en la entrepierna y le clavó el codo en la nariz. El tipo se inclinó sobre sí mismo e intentó agarrarla de nuevo, pero ella lo esquivó y corrió hacia mí. Y hacia el resto de los hombres, que se encontraban a mi alrededor.

Uno alargó el brazo para sujetarla, pero yo fui más rápido. Mis dedos llegaron hasta su cabeza y utilicé toda mi fuerza para lanzarlo contra el suelo. Su frente rebotó con un sonido sordo y por un momento todo pareció detenerse: el sonido y el movimiento.

La mirada verde y decidida que ya adoraba impactó en la mía. Todavía brillaba con lágrimas, pero vi una determinación y una fortaleza que me sorprendió. A pesar de ser tan pequeña, parecía estar dispuesta a todo por salir de esa situación, así que me abalancé sobre uno de ellos y la miré a los ojos.

—Ve a buscar a Reid.

Su tío vivía al otro lado del camino, en la casa más cercana.

Ella negó con la cabeza.

—¡Hazlo, Farren!

Mi pequeña se encogió ante mi grito, pero aun así dudó. El hombre que la había sujetado junto a la puerta de su dormitorio corrió hacia ella y yo intenté interponerme en su camino, pero otro de ellos me lo impidió.

—¡Corre, Farren! ¡Ahora!

Ella se movió antes de que el desgraciado pudiera tocarla y desapareció a través de la puerta del salón. Me removí con furia entre los brazos que me sujetaban y logré deshacerme de dos de ellos; cogí el primer objeto que encontré en el suelo y se lo lancé al que trataba de perseguirla.

El idiota se tambaleó contra la pared y se volvió furioso contra mí. Ladró algunas órdenes a los demás. Solo quedaban tres en pie; debería poder con ellos, aunque uno tuviera una madera en la mano, otro todavía blandiera la navaja y el tercero estuviera buscando algo con lo que atizarme.

Vi cómo la puerta principal se abría y Farren la cruzaba sin mirar atrás. Solo tardaría diez minutos en llegar hasta Reid y entonces estaría a salvo.

—¡Tenemos que irnos! —graznó uno de ellos.

—Iré a por la niña —sugirió otro.

Logré alcanzarlo con mi puño antes de que me empujaran contra el suelo.

—No hay tiempo.

Me removí contra los dos hombres que me sujetaban y hasta pateé a uno de ellos. Sentí como intentaban atarme las muñecas, así que me esmeré todavía más en impedírselo. Lancé mis brazos y piernas en todas direcciones hasta que uno de ellos terminó en el suelo. Agarré al otro del cuello y lo sostuve de escudo mientras me levantaba, pero algo impactó con fuerza sobre la parte trasera de mi cabeza.

El dolor se extendió con rapidez por toda la zona. El capullo se soltó de mi agarre y un nuevo golpe me lanzó de nuevo hacia el suelo. Mi visión se nubló, sentí como un líquido denso y caliente bajaba por mi cuello y mis extremidades dejaron de obedecerme. Las voces se volvieron lejanas y las palabras, incomprensibles, hasta que todo se apagó.

36

KAIA

Habíamos organizado todas las herramientas en dos montones; uno contenía las que todavía podíamos utilizar y el otro las que tendríamos que reemplazar lo antes posible. También habíamos hecho una lista con los materiales que necesitábamos ese mismo día.

—Me encargaré de llamar a todos nuestros proveedores en cuanto abran —comentó Marco. Él, igual que yo, iba lleno de polvo y tierra—. ¿Estás segura de que no quieres que avisemos a la policía?

—La señora Bells se muere de ganas de volver a su casa. No quiero que la fecha se vea atrasada por algo que de todas formas no va a solucionar nada.

Volví a mirar el reloj. Necesitaba ponerme en marcha si quería que nadie notara mi ausencia.

—Ve tranquila, seguiré recogiendo hasta que lleguen los chicos. —Mi amigo sonrió.

Mi teléfono se encendió en el bolsillo de mi pantalón.

Fruncí el ceño al ver que se trataba de Zion. Descolgué la llamada y no tuve tiempo ni de responder antes de oír su voz.

—¿Kaia?

—Claro, me estás llamando a mí —respondí sorprendida.

—¿Dónde estás?

Dudé un segundo, solo uno, lo que tardó en volver a gruñir.

—¿Dónde narices estás?

—En una de mis obras —admití con un suspiro.

—Envíame la ubicación.

Zion no estaba de buen humor y eso sumado a esa llamada solo significaba que River se había despertado sin encontrarme y que se había puesto en contacto con él. Aunque me extrañaba que no me hubiera llamado él mismo. Entonces recordé que me había llevado el único teléfono que había en casa.

—No hace falta, vuelvo ahora mismo.

—No, quédate ahí hasta que vaya a buscarte.

—No seas ridículo, necesito volver a casa ahora para llevar a Farren al colegio. —Puse los ojos en blanco cuando Marco me miró y me dedicó una sonrisa amable.

—Farren está con Reid.

Mi abdomen se contrajo.

—¿Qué hace con él a esta hora?

—Ha ocurrido algo. Te lo contaré cuando te recoja.

Esa sensación amarga se intensificó.

—Zion. —Mi voz tembló pese a mis esfuerzos por mantener la calma. Marco frunció el ceño y se acercó a mí—. ¿Qué ha pasado?

—Unos hombres entraron en tu casa y Farren salió corriendo mientras River se enfrentaba a ellos.

Abrí la boca para decir algo, pero ningún sonido salió de ella. Mi amigo agarró mi teléfono y conectó el altavoz.

—Hola, soy Marco. ¿Qué ocurre?

—¿Qué hacéis ahí tan temprano? —rugió Zion.

—La alarma de la casa saltó hace unas horas. Un animal salvaje entró y ha causado un desastre. Dime en qué puedo ayudar.

—En nada, voy para allá. Dame la dirección.

Marco empezó a dársela, pero lo interrumpí.

—¿Dónde está River?

—No lo sé. Espera a que llegue y…

—¡No voy a esperar aquí! ¡Necesito ver a mi hija y encontrar a River!

Salí del garaje sin importarme que Marco todavía sujetara mi teléfono. Oí sus pasos rápidos a mi espalda y las voces de ambos mientras discutían. Alcancé mi coche y traté de desbloquear las puertas, pero las llaves se escurrieron entre mis dedos. Solté una maldición que se mezcló con una especie de sollozo, pese a que no había lágrimas en mis ojos, y volví a intentarlo, esa vez con éxito, pero Marco me quitó las llaves de un movimiento.

—Iremos en mi coche.

—¿Zion está de acuerdo? —pregunté sin aliento.

—No, pero sé que no puedes esperar a que llegue, así que te acercaré donde me digas.

Entramos en su vehículo y tomé una bocanada de aire mientras nos poníamos en marcha.

—A casa de Reid —murmuré sin fuerzas.

Él asintió, me dio una palmada en la pierna y luego agarró el volante con ambas manos. Recuperé mi teléfono y llamé a mi amigo, que respondió al primer tono.

—¿Kaia?

—¿Dónde está Farren? —Mi voz tembló de nuevo.

—Está con Eden en la cocina —susurró—. Está bien, solo asustada por lo ocurrido. Y muy preocupada por River.

—¿Qué ha pasado?

—Te daré todos los detalles en persona. ¿Dónde estás? Zion casi incendia el pueblo al enterarse de que no estabas en casa.

—Necesito hablar con ella.

—Voy a buscarla.

Asentí a pesar de que no podía verme. Esperé unos segundos hasta que oí una respiración al otro lado del teléfono.

—Ma…

Se me rompió el corazón al oír su voz.

—Pequeña, ¿cómo estás?

—Bien, pero River no lo está. Eran muchos y tenían armas. —Farren se echó a llorar—. Ma, tenemos que ayudarlo.

—Lo vamos a hacer —aseguré con un hilo de voz.

Sentía una presión muy fuerte en el pecho, la garganta y detrás de mis ojos.

—Tío Reid fue a buscarlo cuando llegué a su casa, pero no lo encontró. Esos hombres se lo llevaron y le estarán haciendo mucho daño.

—River es el hombre más fuerte que conozco. Y sabe cuidar de sí mismo. —No sé si lo dije para convencerla a ella o a mí misma.

—Nos necesita. Me dijo que me fuera para pedir ayuda a tío Reid, pero no sirvió de nada.

—Eso no es cierto, cariño. Aunque Reid no lo encontrara en casa, ahora ya lo está buscando junto con Zion. Y ellos lo van a encontrar muy rápido.

—¿Lo crees de verdad? —Su vocecilla se clavó en mi corazón.

—Lo sé a ciencia cierta. Farren, tus tíos son los mejores y estoy segura de que ya deben tener alguna pista. Pásame a Reid.

—¿Dónde estás?

—Estaba en una de las obras. Voy de camino a casa, no tardaré nada en llegar.

—Vale. —Oí como sorbía una vez más—. Te quiero, ma.

—Y yo a ti, cariño. Más que a nadie.

—Zion está que trina porque no lo has esperado para volver. —Oí como Reid daba unos cuantos pasos—. ¿Habéis salido ya de allí?

—Sí, Marco está conduciendo lo más rápido posible. —Le lancé una mirada y él asintió con una expresión seria antes de concentrarse de nuevo en la carretera.

—Me alegro de que no estés sola, aunque no deberías haberte marchado sin avisar. Zion me ha puesto al día de todo.

—Era muy temprano, no quería molestar a nadie y solo iba a ser un momento. —Me pasé una mano por la cara—. Hablaremos cuando llegue.

—Ten cuidado.

Dejé el teléfono entre ambos asientos y solté una bocanada de aire. Luego cerré los ojos, traté de no pensar en nada e ignoré el dolor que me perforaba el abdomen cuando mi imaginación me devolvía una película de lo que habría ocurrido en mi casa en mi ausencia.

Sabía que Grant estaba detrás de todo, que quizá estuviera castigando a River por no dar su brazo a torcer. Y como yo, Zion

también pensaría lo mismo y ya se habría puesto en marcha para encontrarlos a ambos.

Dios, esperaba que River estuviera bien, que ese hombre solo quisiera asustarlo, que mis hermanos lo encontraran lo antes posible.

Ahora que todas las piezas del rompecabezas parecían haber encajado, necesitaba más que nunca que todo funcionara. Nos merecíamos nuestra oportunidad, merecíamos ser felices juntos, los tres.

Abrí los ojos cuando noté que nos desviábamos hacia la derecha y me encontré con un camino desconocido. Uno muy estrecho de tierra en el que nunca me había fijado a pesar de hallarse en la carretera por la que pasaba cada día.

—¿Marco? —murmuré confundida.

—Es un atajo. Da al bosque que hay detrás de tu casa. Así no tendremos que pasar por el pueblo.

Asentí, aunque mi abdomen se contrajo inseguro.

Contemplé el paisaje durante varios minutos antes de volver a hablar.

—¿Cuánto queda para llegar?

—Unos dos minutos.

Fruncí el ceño. No sabía a qué altura nos habíamos desviado, pero para llegar en dos minutos deberíamos encontrarnos ya dentro de Sweet Meadows.

El camino se ensanchó un poco, los árboles se fueron espaciando y un edificio bastante grande apareció frente a nosotros. Parecía una nave industrial, aunque no había ningún cartel que lo identificara. Marco detuvo el coche frente a la puerta metálica y sonrió.

—Necesito hacer una parada muy rápida.

Agarró ambos teléfonos, que descansaban juntos entre los asientos, y salió del vehículo. Comprobé que se había llevado las llaves con él, así que me apeé yo también. Esa sensación cruda se había intensificado hasta ocupar todo mi cuerpo.

La puerta metálica se abrió antes de que Marco llegara hasta ella y el mismo hombre que había acudido a mi oficina el día anterior se detuvo frente a nosotros.

—Qué alegría verte por aquí, Kaia.

37

RIVER

Me desperté de golpe cuando el agua helada impactó en mi cara. Me costó dos segundos enfocar la mirada en los dos hombres que se encontraban frente a mí con sonrisas burlonas. Sus rostros empezaban a amoratarse de la pelea que había tenido lugar en casa de Kaia, y el mío debía presentar una apariencia similar.

Moví mis brazos con brusquedad para descubrir que estaba atado de manos, pero no de pies. Ellos sonrieron más, como si eso les hiciera mucha gracia.

Paseé la mirada por la sala vacía y polvorienta sin ver a los demás y mi mente comenzó los cálculos de forma automática. Estaban armados; veía los objetos que sobresalían de la cinturilla de sus pantalones. Sin embargo, podía con ellos dos, aunque uno de ellos fuera una montaña andante.

Antes de que pudiera ponerme en pie, otro más accedió a la sala. Su lenguaje corporal me indicó que se encontraba confiado y relajado. Sus ojos se posaron sobre mí y soltó una carcajada antes de escupir a mis pies.

—Es hora del reencuentro.

Los otros dos me sujetaron cada uno de un brazo y me alzaron con facilidad. Trastabillé los primeros pasos para hacerles creer que

me encontraba débil, cuando la realidad era que la adrenalina fluía por mis venas y estaba preparado para enfrentarme a ellos.

Dejé que me arrastraran por un pasillo oscuro y estrecho; uno soltó una risita por lo bajo cuando llegamos a la única puerta cerrada y mi corazón se detuvo cuando la empujó y dejó a la vista lo que había al otro lado.

—¡River!

Kaia se llevó ambas manos al rostro y sus ojos espectaculares me devolvieron una mirada de terror, una muy parecida a la que había visto en el rostro de mi hija un rato antes.

La busqué por la habitación y me tranquilizó no encontrarla allí. Eso significaba que había logrado escapar y que probablemente Zion ya estaría al tanto de lo ocurrido.

Quien no esperaba descubrir allí fue a Marco, que permanecía junto a Kaia. ¿Lo habían secuestrado también?

Mi chica dio un paso involuntario hacia mí, pero él la detuvo. Clavé mi mirada en la persona que había trabajado con ella durante tanto tiempo y una carcajada resonó en la estancia. Grant avanzó hacia el centro, se detuvo junto a ellos y alzó una mano hacia el rostro de Kaia.

—Ni se te ocurra tocarla —gruñí entre dientes.

Eso provocó que su risa se intensificara y que Marco murmurara algo por lo bajo. Ella intentó apartarse de ellos, pero no se lo permitieron. Sus ojos verdes brillaban con furia y miedo y los dirigía una y otra vez entre las personas que nos encontrábamos allí.

—Ahora que ya estamos todos, podemos empezar la reunión. —Grant les hizo un gesto a los dos imbéciles que todavía me sujetaban para que me acercaran al centro de la sala.

Kaia se sacudió del agarre de Marco y mi antiguo jefe fue el que le colocó su mano encima, lo que hizo que saliera disparado hacia él, aunque sus hombres lograron evitar el impacto. La osadía fue castigada con un puñetazo en la cara y el grito de terror de Kaia, que se quedó inmóvil a escasos centímetros de mí.

Marco volvió a agarrarla del brazo y Grant negó con la cabeza.

—Solo quiero que hablemos.

—No pienso hablar de nada contigo —escupió ella.

Sentí una punzada de orgullo, aunque enseguida fue reemplazada por una oleada de miedo cuando Marco la zarandeó de mala manera. Kaia le dedicó tal mirada llena de desdén que él se puso rojo y temí que fuera a atacarla.

—¿Qué quieres, Grant? —Lo último que me apetecía era seguirle el juego, pero no podía permitir que ella saliera herida de ese encuentro. Necesitaba hacerme con las riendas de la situación para sacarla de allí lo antes posible.

—Tu chica va a tener que formar parte de la reunión si queremos que esto salga bien —suspiró él de forma teatral.

—Me querías a mí y ya me tienes. Ella no tiene nada que ver —mascullé.

—¡No! —Kaia intentó zafarse de nuevo de Marco y él la zarandeó sin miramientos. Ella lo miró a los ojos con una expresión herida—. ¿Por qué haces esto? Pensaba que éramos amigos.

—Lo somos.

Grant se echó a reír, pero Marco permaneció serio con la mirada fija en Kaia. Su mandíbula tensa reflejaba la furia que sentía, así como algo más, aunque no me permití adivinarlo porque necesitaba alejar la atención de ella.

—¿Qué quieres, Grant? —Hice un esfuerzo por centrarme en él.

—Quiero que vuelvas al equipo, por supuesto, pero también estoy interesado en la empresa de tu chica.

—No es su chica —siseó Marco.

Grant enarcó una ceja en su dirección, Kaia volvió a tirar de su brazo para que la soltara y yo apreté los dientes como nunca para no reaccionar como un salvaje, que era lo que mi cuerpo me pedía.

—Tenía entendido que vivían juntos.

Conocía ese tono. Grant lo utilizaba cuando quería manipular a alguien, cuando se burlaba de una persona para después demostrarle quién mandaba allí.

Lo más inteligente era no responder, permanecer callado, bajar la cabeza y dejar que charlara cuanto quisiera. De esa forma la tormenta pasaba antes y no había tantas consecuencias; al menos eso era lo que siempre me había funcionado. Sin embargo, Marco cometió el error de dar un paso hacia él y bajar la guardia con Kaia.

—Solo se instaló en su casa cuando quemé su cabaña roñosa. De no haberlo hecho, jamás se habrían acercado de nuevo —gruñó con el rostro enrojecido.

Eché un vistazo a los dos imbéciles que todavía me sujetaban; ellos también estaban distraídos con la conversación, y confirmé que los demás se encontraban apoyados en la pared más lejana. En guardia, aunque a varios metros de distancia, y por lo que había visto, ninguno llevaba armas de fuego.

—Trabajan codo con codo —continuó Grant sin perder su sonrisa.

No esperé a que Marco fuera tan idiota como para responder; salté hacia delante, lo pateé en la rodilla para que cayera al suelo y me situé delante de Kaia, que me rodeó con sus brazos. Sentí su rostro en mi espalda mientras su cuerpo temblaba, aunque su agarre era firme.

—Sabes de lo que soy capaz, así que diles a tus perros que no se acerquen ni un milímetro más —advertí con voz letal.

—Ahí está mi River. —Grant se relajó en lugar de tensarse, al contrario que todos los demás. Su sonrisa se amplió y me miró casi con admiración—. No he encontrado a nadie como tú. Te necesito de nuevo en mis filas, como mi mano derecha.

—Yo soy tu mano derecha —gruñó Marco con la mirada fija en él.

—Eres un buen soldado, pero nunca estuviste a su altura. Entenderás que quiera al mejor a mi lado.

—Llevo años trabajando para ti, haciendo todo lo que me pides, viviendo como quieres que lo haga. —Marco empezó a temblar de rabia—. Te lo he dado todo para obtener esta posición, incluso a ella.

—Y has hecho un buen trabajo. —Grant le dio una palmada en el hombro antes de centrarse en mí de nuevo—. ¿Seguimos con la reunión? Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo. Todos saldremos ganando con este trato. Tú vuelves conmigo y tu chica me entrega su empresa y a cambio yo prometo no volver a acercarme a este pueblo.

—¿Igual que lo prometiste hace diez años? —siseé.

Grant soltó una carcajada.

—Cumpliste tu parte al confesar un crimen que no habías cometido para que yo dejara a tu chica en paz. Y por eso no le hice nada todos estos años, pero no contaba con que crearía una empresa tan exitosa en tan poco tiempo. —Se acercó un paso más a nosotros—. Conoces mis negocios, sabes que necesito blanquear mi dinero y que estas compañías son perfectas para ello. Tengo hombres infiltrados en las mejores del estado y la de tu chica es solo una más.

—No es cierto. —Kaia me soltó para salir de detrás de mi cuerpo y encararlo con rabia—. Wildwood Constructions es una empresa pequeña, familiar. No contamos con cientos de trabajadores ni movemos tanto dinero como la mayoría.

—Pero es confiable. Es la que mejor nota tiene, la que deja a sus clientes más satisfechos, lo que lleva a que la lista de espera sea cada vez más larga. Además, todos los proveedores quieren trabajar con vosotros.

—¿Cómo sabes todo eso? —murmuró ella acongojada.

—Marco es un gran compañero. —Grant le pasó un brazo por encima de los hombros, pero él se lo sacudió—. Al principio estaba designado a la empresa en la que conociste a River, pero luego lo mandé contigo. Lo hice solo porque no tenía ningún otro negocio al que enviarlo y resultó ser la mejor decisión de todas.

—No pienso darte mi empresa. —Kaia pronunció las palabras de forma lenta y clara.

Grant sonrió de lado y yo me tensé.

—Creo que vas a cambiar de opinión muy rápido.

Mis instintos me hicieron actuar sin pensar. Salté hacia delante para que no pudieran llegar hasta ella e impacté contra Marco. Caímos juntos al suelo y, a pesar de que continuaba con las manos atadas a mi espalda, fui capaz de golpearlo con la cabeza antes de ponerme en pie.

Kaia soltó un grito cuando los otros dos cayeron sobre mí. Pateé como un animal salvaje, logré quitarme de encima a uno y fui a por el segundo, pero un puñetazo impactó en mi rostro. Marco sonrió de lado cuando caí al suelo de espaldas y los otros dos me levantaron

mientras mi chica trataba de zafarse del agarre de otro más, que la mantenía alejada de mí.

Grant le lanzó una navaja a Marco, que la agarró al vuelo.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Quiero una garantía de que no seré reemplazado como tu mano derecha —masculló él.

Él sonrió todavía más.

—De ti depende. Haz un buen trabajo y serás recompensado.

Marco le devolvió el gesto. Menudo idiota, ese desafío iba a costarle la vida y ni siquiera era consciente de ello. Abrió la navaja, la acercó a mi cuello y rasgó mi camiseta ante el grito de Kaia.

Rompió la tela con ambas manos, de forma que dejó mi torso al descubierto y me dedicó una mirada triunfal. Mi chica detuvo sus gritos cuando vio las heridas ensangrentadas que había recibido en su casa, meros cortes superficiales, pero de los que había brotado el líquido rojo. Su piel empalideció, sus ojos se volvieron vidriosos y su cuerpo se paralizó.

—Estoy bien —aseguré sin apartar mis ojos de ella. Los suyos volvieron a mi rostro y me confirmaron que no me creía—. De verdad.

—Pero pronto dejará de estarlo si no accedes a mi petición. —Grant sonrió casi con amabilidad—. ¿Me entregas tu empresa a cambio de mantener a tu novio con vida?

—No —respondí yo por ella.

Marco negó con la cabeza, acercó el cuchillo de nuevo a mi cuello y esa vez lo deslizó con suavidad sobre la superficie. Apenas sentí dolor, pero Kaia gritó de nuevo al ver el reguero de sangre que se deslizaba por mi pecho.

—¡No! ¡Para, por favor! ¡No le hagas daño! —Intentó luchar contra el hombre que la sujetaba, aunque era mucho más corpulento que ella y no logró soltarse de su agarre. Se movió frenética con la mirada clavada en mí, una llena de terror—. ¡Por favor! ¡No me importa mi empresa! ¡Es tuya, pero no le hagas más daño!

Marco clavó un poco más la punta, furioso por sus palabras, aunque Grant lo detuvo con una sonrisa.

—En ese caso, formalicemos el acuerdo.

Sacó unos papeles del bolsillo trasero de sus pantalones, los desdobló y se los tendió a Kaia junto con un bolígrafo.

—No firmes nada, Kaia —gruñí mientras tiraba de mis brazos sin éxito.

Marco volvió a acercarme el cuchillo al cuello y ella agarró los papeles con rapidez.

—Kaia, no lo hagas —siseé con la mirada fija en su cuerpo tembloroso.

La punta de la navaja se clavó una vez más en mi piel, pero no me importó. Lancé una pierna hacia atrás para patear a uno de ellos, que soltó un alarido de dolor, y yo me quedé sin aliento cuando Marco apretó un poco más contra mi piel ya perforada.

Ella firmó el documento de cualquier manera y se lo devolvió a Grant, quien sonrió satisfecho.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo, Kaia. —Luego se volvió hacia nosotros—. Soltadlo.

Dos pares de manos lo hicieron al instante, pero Marco no se alejó. Su mirada se volvió más oscura, sus labios formaron una sonrisa y el cuchillo se deslizó de nuevo por mi piel, esa vez con mucha más fuerza.

El grito de Kaia acompañó mi caída al suelo y silenció el resto de sonidos. No sentí el golpe, tampoco ningún dolor que no fuera el que se extendía por mi cuello. Mis ojos la buscaron con frenesí porque temía no volver a verla.

Allí estaba. Corría hacia mí con el rostro desencajado y esa mirada verde tan increíble llena de lágrimas.

38

KAIA

Todo pareció congelarse: los sonidos, las voces, mi sangre.

Mi corazón latía de forma errática y resonaba en mis propios oídos. Me dejé caer sobre River, coloqué ambas manos sobre la herida e intenté apretar para frenar la hemorragia, pero mi cuerpo temblaba demasiado para hacerme caso.

Sus ojos estaban clavados en los míos, como si quisiera memorizar mi rostro.

Ahogué un sollozo cuando la sangre corrió entre mis dedos y llegó hasta el suelo. Quise aumentar la presión, traté de hacerlo, pero no había forma de detener aquello.

—No, por favor, no me dejes ahora —susurré rota de dolor.

Su pecho se movió y me fijé en que intentaba mover una de sus manos hacia mí. Me incliné sobre su sien y lo besé.

—No te preocupes, te voy a sacar de aquí. Voy a conseguir ayuda.

No reconocí mi voz. No había rastro de la calma que la caracterizaba.

Parpadeé con furia cuando mis lágrimas empañaron por completo mi visión. Al mirar a mi alrededor, me topé con la mirada fría de Marco, que nos contemplaba sin moverse.

—¡Ayúdame!

Mi grito lo despertó. La navaja cayó al suelo y todo pareció activarse.

—¡¿Qué narices has hecho?!

Grant cargó contra él, lo levantó del suelo con una mano y lo golpeó con la otra. River soltó un sonido burbujeante.

—No, no, no, por favor.

La presión de mi pecho era insoportable, el dolor lo invadía todo y sentí que me asfixiaba. El aire no entraba en mis pulmones, mis latidos eran demasiado exagerados y mis extremidades se habían entumecido.

Me mordí el labio con fuerza en un intento de recuperar el control de mi cuerpo. Necesitaba taponar la herida con algo, una prenda de ropa o lo que fuera, pero para eso debía apartar al menos una mano durante unos segundos y el terror a que se desangrara me impedía hacerlo.

Acerqué mis labios a los suyos y lo besé.

—No me dejes, River. Por favor. —Mi voz temblaba tanto como mi cuerpo, las lágrimas corrían veloces por mis mejillas y él solo me miraba—. Te quiero, ¿me oyes? Siempre te he querido, desde el momento en el que te vi por primera vez.

Él intentó decir algo, pero lo silencié con otro beso rápido, casi violento.

Un estruendo me hizo chillar, aunque logré mantener las manos sobre la herida y el rostro junto al suyo. Al alzar la mirada, vi un humo denso que se dirigía hacia nosotros.

Grant y sus hombres soltaron a Marco y echaron a correr. El humo engulló el cuerpo de mi supuesto amigo y se acercó peligrosamente a nuestra posición. Me dolía el pecho de la presión que sentía en él; las manos, de hacer fuerza sobre su cuello; los pulmones, de intentar respirar sin demasiado éxito.

Me coloqué sobre su cuerpo para cubrirlo con el mío y protegerlo de lo que fuera aquello, aunque River acababa de cerrar los ojos y el terror que me invadía parecía estar comprimiendo cada uno de mis órganos. Todo mi interior ardía de dolor y desesperación.

Me incliné sobre su pecho para apoyar la oreja sobre su corazón y averiguar si latía. Sin embargo, fui incapaz de detectar sonido

alguno, tampoco ningún movimiento. Acerqué mis labios a los suyos, pero tampoco encontré el aire que se suponía que debía estar fluyendo por esa vía.

El dolor de mi pecho explotó de repente y mis propios sollozos y gritos se filtraron entre el humo que ya nos cubría.

No podía respirar.

No podía ver su rostro, su cuerpo.

Estaba perdiendo a River bajo mis manos y no sabía qué hacer.

Todo dolía demasiado, todo se caía a pedazos dentro de mí.

¡Necesitaba ayudarlo de alguna manera!

Aparté las manos de su cuello, me quité la sudadera e intenté taponar la herida con ella. Pasé las mangas por detrás de su nuca, hice un nudo con ellas alrededor de la tela y apreté con todas mis fuerzas. No podía ver bien debido al humo tan denso; solo esperaba que esa tela frenara la hemorragia mientras yo empezaba con las compresiones.

Jamás había practicado esos movimientos antes. ¿Por qué no había hecho ni uno de esos cursos que ofrecían de vez en cuando en los hospitales?

No sabía dónde o cómo debía colocar mis manos, ni la presión que necesitaba ejercer. Tampoco el ritmo. ¿Y cuántas veces hasta que tuviera que insuflar aire?

Dejé que mi cuerpo fuera el que tomara las riendas de todo. Coloqué una mano sobre el centro de su pecho, la otra encima y apreté. Repetí la acción varias veces mientras mi propio pecho continuaba contraído por el miedo y el dolor. Luego pegué mis labios a los suyos y solté una buena bocanada de aire. Otra más y volví a empezar.

Me congelé al oír un disparo seguido de varias voces, pero ignoré lo que ocurría a mi alrededor para seguir con mi tarea. Un, dos, tres parecía un buen ritmo.

Dios, esperaba que lo fuera.

—¡Kaia!

Alcé la cabeza ante la voz conocida y una oleada de alivio me invadió durante un segundo, uno solo.

—¡Zion! —Mi grito sonó desgarrador, como si estuviera al borde de la muerte.

Apareció junto a mí acompañado de Dax. Ambos reaccionaron al instante, se lanzaron sobre nosotros y el que siempre había sido como mi hermano mayor me apartó las manos y palpó la sudadera que había envuelto alrededor de su cuello. Al no poder acceder a su piel, agarró su muñeca y esperó unos segundos que se me hicieron eternos.

Mi garganta ardía como si estuviera al rojo vivo y estaba segura de que debía tener algo roto en mi interior dado el dolor que sentía.

Cuando soltó una maldición, me sentí desfallecer. Dax echó un vistazo a su cuello y añadió su propia sudadera sobre la herida. Luego se puso en pie y desapareció. Yo llevé mis manos temblorosas al cuello de River, aunque las aparté cuando Zion dirigió las suyas al mismo lugar.

El dolor que sentía en mi interior era tan intenso que temí perder el conocimiento. Me dispuse a retomar las compresiones, pero mi amigo me detuvo.

—Debemos detener la hemorragia.

—¡Pero no tiene pulso!

—Lo tiene, aunque es muy débil. Y, de todas formas, lo primero es la hemorragia.

Debería haber sentido alivio ante sus palabras, pero mi mente y mi cuerpo se habían saturado de tantas emociones crudas.

—Esto no puede terminar aquí. Por favor, Zion, necesito que esto no sea el final.

No sé cómo me entendió entre mis llantos, pero lo hizo. Me dedicó esa mirada calmada e intensa que aseguraba que él se encargaría de todo, que lo solucionaría. Sin embargo, por mucho que quise creerlo, esa vez no pude.

Dax reapareció acompañado de Reid, un par de policías y varios sanitarios que se repartieron alrededor de River. Zion me ayudó a soltar las sudaderas repletas de sangre que había vuelto a presionar, me apartó unos pasos para que el equipo médico pudiera acceder a él y me tomó del mentón para que lo mirara.

Apenas podía verlo entre mis lágrimas.

—Lo has hecho muy bien. Ahora deja que sean ellos quienes continúen.

Dax y Reid me abrazaron también, aunque me abrí paso para contemplar la escena más horripilante que había vivido nunca. River permanecía inerte en el suelo bajo los cuidados de los sanitarios, que se lanzaban comentarios los unos a los otros sin perderlo de vista. De repente se levantaron a la vez y temí lo peor.

Uno de ellos se detuvo frente a nosotros.

—Hemos estabilizado la hemorragia. Lo llevamos al hospital. ¿Quién viene con nosotros?

Di un paso hacia él, aunque Zion no me soltó, temeroso de que cayera al suelo, ya que mis piernas no habían dejado de temblar. Los seguimos hasta el exterior; ese mismo sanitario me ayudó a subir a la parte trasera de la ambulancia y, cuando las puertas se cerraron, insistió en echarme un vistazo.

No sé cuánto duró el trayecto; una neblina densa se formó en mi mente mientras ellos revisaban mi estado y yo contemplaba a River. Entramos en el hospital todos juntos, pero en uno de los pasillos nos separaron; a él se lo llevaron sobre una camilla y a mí me obligaron a quedarme en una sala.

Asentí a todo lo que me dijeron, aunque no oí ni una palabra. Me tragué las pastillas que me dieron, permanecí inmóvil en la butaca y solo me centré en intentar mitigar el dolor que parecía haberse instalado para siempre en mi pecho.

Zion, Dax y Reid fueron los primeros en llegar. Intentaron decirme algo, pero no fui capaz de comprender el significado. Mi voz solo conocía una palabra en ese momento y esa era el nombre de la persona que tanto significaba para mí, del padre de mi hija.

Cada vez que la pronunciaba en voz alta, los rostros se ensombrecían y yo ponía mi empeño en comprender las explicaciones.

«Se encuentra en la sala de operaciones. El cirujano vendrá a hablar con vosotros en cuanto termine.»

Esa frase fue lo único que nos dijeron durante una eternidad. Mis amigos, todos excepto Eden, que se había quedado con Farren en su casa, se encontraban en aquella sala diminuta conmigo. Zuri se

había acomodado junto a mí en la misma butaca y me mantenía pegada a su cuerpo mientras los demás se levantaban y sentaban cada pocos minutos para cambiar posiciones, acercarse a mí, abrazarme o tocarme, ofrecerme comida o consuelo.

Las agujas del reloj ubicado en la parte central de una de las paredes se movían muy lentamente, pero el tiempo transcurría de todas formas, hasta que un médico ataviado con un pijama de color verde y un gorro a conjunto entró en la sala.

Zuri me apretó con fuerza cuando notó que mi corazón se disparaba.

—River se encuentra fuera de peligro.

Un sollozo desgarrador interrumpió su explicación y solo me di cuenta de que había sido yo cuando Nyla y Faith se sumaron al abrazo en el que me mantenía una Zuri llorosa.

Vi como los labios del cirujano se movían e intuí que debía estar dando los detalles de la cirugía y otra información importante que debía escuchar, pero que por alguna razón era incapaz de oír. Los chicos asintieron, Zion le dio la mano y todos me rodearon con rostros mucho más relajados.

—Está todo bien, Kaia. River se va a recuperar. —Zion siempre lograba llegar hasta mí.

—¿Estás seguro?

Asintió y al fin sonrió de lado.

—Todavía está sedado, pero podremos verlo en cuanto lo trasladen a planta. —Le lanzó una mirada a Nyla y ella le guiñó un ojo.

—Llevas un millón de horas sentada en esa butaca. Tienes que estar meándote a la fuerza, así que vayamos al aseo y de paso te adecentaremos un poco. —Al ver mi mueca desganada, se cruzó de brazos—. No creo que quieras que River o Farren te vean cubierta de sangre. Vamos.

Dejé que me arrastraran hacia el aseo más cercano, me ayudaron a eliminar esa sustancia roja que no quería ver nunca más, Zuri me prestó su jersey y luego acepté pasar por la cafetería para tomar un zumo, ya que me sentía incapaz de comer. Pasaron unas

pocas horas más antes de que una enfermera interrumpiera en la sala con una sonrisa.

—River acaba de despertarse. Se encuentra en la habitación cuarenta y cuatro.

Se echó a reír cuando salí corriendo de allí y me volví en todas direcciones en busca de un cartel que me indicara dónde se encontraba esa habitación. Recorrí los pasillos a toda velocidad, me detuve en seco ante la puerta y mi mano se congeló en el pomo, de repente atemorizada de que su estado pudiera empeorar.

Zuri me acarició el pelo para sacarme del embrujo y Nyla me dio un empujón suave hacia delante, así que abrí la puerta y mi abdomen se contrajo al encontrar sus ojos azules fijos en los míos.

Corrí hacia él sin importarme mi comportamiento y frené antes de tocarlo. Sus comisuras se elevaron, una de sus manos llegó hasta mi rostro y lo rozó con tanto amor que dejé que las lágrimas salieran de nuevo. Había llorado más durante esas últimas horas que a lo largo de toda mi vida.

—Te quiero —su voz fue solo un susurro muy ronco.

Mi pecho se llenó de presión de nuevo, aunque esa vez fue una sensación distinta.

—No hables. —Me atreví al fin a posar mis manos sobre su pecho y a acercar mis labios a los suyos. Tenía el cuello completamente vendado, así como parte de su pecho. Era imposible que pudiera o debiera hablar en esos momentos tras lo que acababa de suceder—. Te quiero tantísimo que no sé cómo expresarlo con palabras.

Sonrió, paseó sus dedos por mi mejilla hasta llegar a mi mentón y tiró de él para que me inclinara de nuevo. El beso fue suave, delicado, bonito.

Abrió la boca para decir algo, pero negué con la cabeza.

—Ni se te ocurra. Ahora solo descansa y recupérate lo antes posible porque no te haces una idea de cuánto te necesito.

River intentó decir algo más, pero sonrió ante mi mirada severa. Asintió como un buen niño, se llevó una de mis manos a los labios para depositar un beso en ella y juro que sentí como sus ojos me decían todo lo que su boca no podía decir en ese momento.

Mi corazón se llenó de amor y al fin sentí que me encontraba completa. Mi hija, River, mis amigos. Ahora sí que había logrado juntar todas las piezas indispensables de mi vida.

EPÍLOGO

RIVER

Unos días más tarde

ERA la primera vez que asistía a una boda, aunque pensaba hacer todo lo posible para que no fuera la última. Reid y Eden se encontraban en el muelle de madera de su propio jardín bajo una guirnalda de luces que acompañaba un sinfín de farolas repartidas por el terreno.

Hacía un frío increíble, el sol se había puesto hacía unas horas y el cielo se había teñido de tonos verdes y rosados. De alguna forma, el amigo de la mujer de mis sueños había logrado llevar a cabo su enlace justo la noche en la que las auroras boreales eran visibles desde Sweet Meadows.

Kaia se inclinó sobre mí y sus dedos se deslizaron entre los míos. Llevé su mano a mis labios para depositar un beso, algo que no podía dejar de hacer cuando nos encontrábamos rodeados de otras personas y, por lo tanto, no podía besarla como querría.

Ella sonrió de lado, su mirada repleta de calidez y calma, y volvió a centrar su atención en los novios.

Reid no podía apartar los ojos de su chica y ella trataba de contener las lágrimas sin éxito. Ambos vestían abrigos largos y gruesos dadas las bajas temperaturas, él de color negro y ella, azul.

Zion se encontraba frente a ellos y leía las palabras que tenía escritas en la hoja de papel que sujetaba. Su amigo le había pedido

que oficiara la ceremonia y él no se había podido negar. No tenía potestad para casarlos, pero eso a ellos les daba igual. Kaia me había contado que habían firmado los papeles esa misma mañana en secreto y que Nyla y Atlas habían sido arrastrados hasta allí con una excusa para encontrarse siendo los testigos.

Unas horas antes nos habían avisado a los demás para que nos reuniéramos en su casa tras la cena y nos habíamos encontrado de esa forma con la decoración y la noticia.

Zion terminó el discurso, Eden saltó sobre Reid y el beso se transformó en una declaración de amor que despertó aplausos, silbidos y algunos comentarios divertidos por parte de mi hija.

Sentí una punzada de amor absoluto en mi pecho al ver como corría hacia ellos y ambos la abrazaban entre risas.

Todavía no le habíamos confesado que yo era su padre. Habíamos decidido esperar a que me dieran el alta del hospital y luego habíamos tenido que pasar varias veces por la comisaría para declarar. Tanto Grant como Marco se encontraban bajo custodia sin fianza, igual que los cinco hombres que habían irrumpido en casa de Kaia para llevarme con ellos.

La investigación había sido larga, incluso con la ayuda y los recursos prestados por Zion, quien había pasado a liderar el caso tras conseguir formar parte del equipo local. Había aceptado participar de forma ocasional a partir de ese momento y prestar sus servicios en los casos más complicados.

Todavía no me sentía del todo cómodo en su presencia, a pesar de que si me encontraba en esa boda era solo gracias a él. Zion había colocado un localizador en el teléfono de Kaia al iniciar la investigación sobre sus contratos. Admitió haberlo hecho en un intento de mantenerla a salvo por si las cosas se torcían y confesó haberlo mantenido en secreto para no asustarla cuando todavía no había motivos.

Tras lo ocurrido hacía unos meses con Zuri y Revel, había preferido saltarse todas las barreras para asegurarse de que no volvía a repetirse la misma historia. Y yo no podía estar más agradecido por ello. Ese localizador le había permitido poner en

marcha a varias patrullas de policía, así como a una ambulancia, y dirigirlos a todos al lugar en el que nos hallábamos.

—¿Te encuentras bien? —Kaia me miró con preocupación.

—Perfectamente. —Acaricié su rostro con un dedo antes de acercar mis labios a los suyos—. Estás preciosa.

—Estoy como siempre. Si nos hubieran avisado de que iban a crear una ceremonia nupcial en su jardín, al menos me habría lavado el pelo.

Se me escapó una sonrisa.

—Tu pelo es increíble tal y como está.

—¿Lleno de polvo y alguna que otra gota de pintura? —Enarcó una ceja divertida y no logré contener mis ganas de besarla.

—Yo que pensaba que vosotros no hacíais estas cosas.

Nos separamos para mirar a Farren, que nos contemplaba con los brazos cruzados, pero sonriente.

—En una boda se permiten los besos. —Kaia la atrajo hacia sí para demostrárselo y ella se revolvió.

—¡Ma, mi reputación!

—Pero si no hay nadie.

—¿Me vas a decir que esta reunión amorosa no correrá por el pueblo mañana?

—Tienes razón. —Kaia sonrió y la soltó.

—Sois los únicos que estáis sentados. —Farren señaló las sillas vacías. Busqué a los demás y los encontré a unos pasos de distancia. Algunos charlaban, otros bailaban y Nyla lanzaba miradas sospechosas en varias direcciones. No pude adivinar qué tramaba porque mi hija me agarró una mano—. Tienes que bailar conmigo ahora.

Mi pecho se contrajo.

Kaia me dio un apretón en la pierna y me instó a levantarme con su mirada. Leí de nuevo el amor, el cariño y la confianza en sus ojos, y me di cuenta de que iba a hablar con Farren en ese mismo momento; no quería postergarlo más. Mi chica asintió como si pudiera leerme la mente y se marchó con los demás. Farren y yo la seguimos un tanto rezagados.

—Me sorprende que te guste bailar. —Dije lo primero que me vino a la mente porque estaba nervioso, pero al ver su mueca de asombro me justifiqué—. Me refiero a este tipo de bailes.

Señalé a los novios, que se balanceaban poco a poco al ritmo de la balada que sonaba.

—No es mi música favorita, pero este baile es obligatorio en las bodas, ¿no?

Lo era. Hasta yo lo sabía. Sobre todo, un baile entre la novia y su padre, así como entre las mujeres que asistían a la boda y sus propios padres. Sin saberlo, Farren me había invitado a un momento mágico.

Llegamos hasta la zona en la que algunos bailaban y me rodeó la cintura con sus brazos antes de apoyar su rostro en mi abdomen. Yo también la abracé y comenzamos a movernos, ella con la expresión más calmada que le había visto hasta el momento y yo con un nudo inmenso en la garganta.

Aguanté solo unos segundos antes de poner una mano sobre su cabeza. Farren alzó su mirada verde idéntica a la de su madre y sonrió de una forma que me dejó sin aliento.

—Tengo que decirte algo —logré murmurar.

—¿Vas a pedirle a mamá que se case contigo?

—En algún momento lo haré, pero no se trata de eso.

—Si quieres conocer mi opinión, deberías hacerlo ahora mismo.

No me quedó más remedio que sonreír ante el tono de su voz. Aparté unos mechones de su cara mientras trataba de encontrar el valor para soltar semejante bomba, pero su nariz diminuta se arrugó.

—Ya me estás peinando como ella. ¿Tengo que amenazarte también a ti con controlar las demostraciones excesivas de afecto en público? No es ninguna broma que tengo una reputación de tía dura que proteger. Así es como me encargo de que ningún idiota de clase se atreva a pedirme una cita.

—¿Cita? Si tienes nueve años —gruñí olvidando mi nerviosismo.

—Eso es lo que yo digo, pero todo el mundo está obsesionado con hacerse novios. Uno de mis compañeros tiene incluso dos novias. Y son amigas.

—Nada de novios hasta que…

—Tenga treinta años. Lo sé. Tío Crew me lo recuerda cada semana. —Farren puso los ojos en blanco—. ¿Qué querías decirme?

Mis tripas rebotaron y yo intenté disimular una mueca, pero ella alzó ambas cejas.

—Es sobre tu padre —logré decir a duras penas.

Su ceño se frunció durante una milésima de segundo; luego su sonrisa ocupó todo su rostro. No esperé a que me soltara una de sus respuestas ingeniosas, tomé una bocanada de aire e ignoré la punzada intensa clavada en mi pecho.

—Soy yo.

Contuve la respiración bajo su atenta mirada. Su expresión se mantuvo paralizada, todavía con esa sonrisa. Mis pulsaciones se incrementaron, el dolor de mi pecho se expandió en todas direcciones y mis intestinos resonaron con fuerza. Eso hizo que mi pequeña soltara una carcajada explosiva.

—Ya lo sé, pa. Lo supe cuando nos conocimos en la obra aquel día. Bueno, no, allí lo sospeché y luego lo confirmé cuando viniste a vivir con nosotras después de que se incendiara tu casa. —Farren colocó su mano sobre mi pecho y me dio una palmada—. Has tardado una eternidad en decírmelo.

Mi corazón se detuvo ante sus palabras y una de ellas resonó en mi mente varias veces: «pa».

—¿Pa? ¿Se te apagaron las neuronas?

Saltó sobre mí de repente y enganchó sus manos en mi nuca para sujetarse. Yo solté un sonido de sorpresa, sus ojos se agrandaron llenos de pánico y me soltó, pero la atrapé entre mis brazos y la estrujé con fuerza.

—Tu cuello —masculló preocupada. Intentó aflojar el agarre, aunque se detuvo al comprender que no sentía ningún tipo de dolor en aquel momento. Sus manos volvieron a rozar mi pelo y noté su respiración junto a mi oído—. Te quiero mucho, ¿sabes? Y me alegro infinito de que fueras tú.

—Yo también —murmuré atontado por todas las sensaciones que se agolpaban en mi interior.

—Ya lo sé.

Farren tomó mis mejillas con sus manos y me dio un beso en la frente, lo que me hizo sonreír. Su mirada se desvió hacia un lateral, su sonrisa se ensanchó y volvió a centrarse en mí.

—¿Por qué tienes esa cara de demonio? —me atreví a preguntar.

—Porque mamá no deja de mirarnos y creo que está llorando otra vez.

Me volví para buscarla. Se encontraba junto a Nyla y Faith y sus ojos brillaban, una imagen que había visto varias veces desde que me había despertado en el hospital.

—¿Sabías que nunca antes la había visto llorar? Ni una sola vez. —Mi hija frunció el ceño—. Así que ya estás haciendo algo para que no vuelva a hacerlo. Y para ello podrías empezar por pedirle que se case contigo ahora mismo.

Negué con la cabeza sonriente, la estrujé una vez más y la dejé en el suelo.

—Ve a buscar un lugar caliente donde refugiarte.

—¿Y perderme el momento? Ni hablar.

—No voy a pedirle que se case conmigo ahora. Es demasiado pronto.

—¿Cómo va a ser pronto después de diez años? —Me miró como si fuera tonto—. Tú sabrás, pa, pero ya habéis perdido suficiente tiempo.

Por primera vez fui yo quien puso los ojos en blanco. Ella sonrió, se alejó de mí con paso firme y le susurró unas palabras a su madre. Kaia la abrazó todavía con ese brillo en su mirada y luego se dirigió hacia mí.

—¿Cómo ha ido? Parece contenta. —Sus brazos rodearon mi cuello con cuidado; mis manos aferraron su cintura.

—Me ha dicho que ya lo sabía, que lo había sospechado desde que nos conocimos.

El asombro cubrió sus facciones, aunque solo durante un instante, antes de que mi chica me mostrara la sonrisa más preciosa del mundo.

—Farren ha sabido quedarse con lo mejor de cada uno de nosotros.

—¿Los poderes de Zuri? —La atraje un poco más hacia mí y besé la punta de su nariz.

—No sé si los mismos, pero desde luego algo es capaz de ver en las personas.

—También me ha dicho que he tardado una eternidad en confesárselo.

Soltó una carcajada y yo no pude evitar besarla de nuevo. Mi cuerpo vibraba con esa sensación cálida que ocupaba cada célula de mi ser, una que solo había experimentado con Kaia y desde hacía poco también con Farren.

—Oh, Dios mío.

Sus dedos se clavaron en uno de mis hombros y yo me volví todavía con ella entre mis brazos. Mis ojos encontraron a nuestra hija de inmediato, pero no vi nada extraño. Seguí su mirada porque me percaté de que la de Nyla estaba fija en la misma dirección y encontré a Revel y Aldric en el muelle iluminado por la guirnalda de luces. Se encontraban muy cerca el uno del otro y parecían estar discutiendo. Él negó con la cabeza, ella frunció su ceño y, antes de que pudiera pensar en si debíamos intervenir, Revel lo agarró de la nuca y pegó sus labios a los suyos.

—¡Sí! —susurró Kaia pegada a mí—. ¡Vamos, Revel!

Aldric detuvo el beso y oí como mi chica contenía el aliento. El dueño del hostal abrió la boca para decir algo bajo la mirada desafiante de la melliza de Dax, pero la volvió a cerrar. Sus labios formaron una línea fina; Revel apoyó sus manos sobre su pecho y volvió a ponerse de puntillas. Él fue quien salvó la distancia esa vez.

—¡Vamos!

Me volví hacia Nyla y vi cómo Faith le tapaba la boca con la mano mientras Farren saltaba en silencio a su lado. Kaia se echó a reír todavía entre mis brazos y buscó mis labios.

—Esta es la mejor noche de la historia —aseguró más feliz que nunca.

—Espero poder superarla algún día —se me escapó. Ella enarcó una ceja y sonrió.

—Cada una de mis noches es la mejor desde que volviste.

Mi pecho se contrajo ante sus palabras, ante la emoción que destilaban sus ojos.

—No te haces una idea de lo que significas para mí. Lo eres absolutamente todo: mi esperanza, mi felicidad, mi ilusión. Y voy a encargarme de devolverte todo esto durante el resto de mi vida.

—Estoy deseando disfrutar de todo ello a tu lado.

¿No estás lista para soltar a Kaia y River? Aquí tienes un capítulo adicional: BONUS. ¡Espero que te encante!

Si has disfrutado de estas páginas, me harías muy feliz si dejaras una frase —tres o cuatro palabras en realidad— AQUÍ, ya que este gesto me ayuda mucho más de lo que puedas pensar con mis libros =)

¿Quieres conocer la historia de Beau, el veterinario que ayuda a Zuri y Sylvie en su refugio? Una promesa más ya está disponible en Amazon. Puedes conseguirla AQUÍ.

Te dejo también la del resto del grupo por si te falta alguna por leer:

Eres mi perdición
Eres mi obsesión
Eres mi redención
Eres mi inspiración
Eres mi tentación
Eres mi ilusión

¿Todavía no conoces mis otras series?

Woodcreek: nuevos comienzos, segundas oportunidades y mucho romance.

→ Empieza con Una promesa más: matrimonio de conveniencia, *grumpy-sunshine*, *found family*.

Rainbell Falls: romance, secretos y segundas oportunidades.
→ Empieza con Entre latidos: *grumpy-grumpy*, *hacker* x policía, *found family*.

Pineville: un pueblo encantador, un grupo de amigos muy cercanos y mucho romance.
→ Empieza con Más allá de nuestra historia: *grumpy-sunshine, found family, slow burn, feel good*.

UNA PROMESA MÁS

Solo me había sentido yo misma en un lugar: el pueblo remoto de montaña en el que vivía mi abuela. Allí me sentía libre, segura y feliz junto a la persona que más quería en el mundo.

Sin embargo, ella falleció cuando yo aún era una niña y mi mundo se apagó. No volví a Woodcreek y tampoco me sentí respaldada ni querida de nuevo. Crecí y desaparecí con mi cámper a la primera oportunidad para convertirme en una *influencer* de viajes, muy a pesar de unos padres que esperaban de mí algo más decorativo y conveniente.

Durante años recorrí el mundo buscando la pieza que me faltaba. Hasta que una llamada inesperada me empujó a regresar a Woodcreek para cometer la mayor locura de mi vida. Y para cumplir una promesa que estaba segura de que mi amigo de la infancia ni siquiera recordaría.

Lo que no esperaba era descubrir que Beau Rush se había convertido en el hombre más atractivo, gruñón y exasperante del pueblo.

Consigue la historia de Beau, el veterinario que ayuda a Zuri y Sylvie en su refugio, AQUÍ.

AGRADECIMIENTOS

Millones de gracias a todas las que me apoyáis con cada uno de mis libros. Gracias por leerme, gracias por responderme a las newsletters, gracias por dejarme un comentario en Instagram, gracias por pedirme más historias, gracias por vuestro apoyo incondicional.

Sin vosotras esto no tendría sentido, así que muchas gracias por permitirme dar rienda suelta a mi imaginación y crear todas estas historias sabiendo que estáis ahí para mí :)

OTROS LIBROS DE VERA BERYL

Woodcreek

Una promesa más

Un susurro más

Una noche más

Un instante más

Un invierno más

Un beso más

Sweet Meadows

Eres mi perdición

Eres mi obsesión

Eres mi redención

Eres mi inspiración

Eres mi tentación

Eres mi ilusión

Rainbell Falls

Entre latidos

Entre secretos

Entre sonrisas

Entre miradas

Entre recuerdos

Entre deseos

Pineville

Más allá de nuestra historia

Más allá de tu corazón

Más allá de nuestra amistad

Más allá de tus caricias

Más allá de nuestro amor

Más allá de tus sueños

Box Sets

Box Set Sweet Meadows (Libros 1-3)

Box Set Sweet Meadows (Libros 4-6)

Box Set Rainbell Falls (Libros 1-3)

Box Set Rainbell Falls (Libros 4-6)

Box Set Pineville (Libros 1-3)

Box Set Pineville (Libros 4-6)

Encuentra todos los libros de Vera Beryl AQUÍ.

SOBRE VERA BERYL

Hay niños que nacen con una barra de pan bajo el brazo. Vera lo hizo con un libro en una mano y una libreta en la otra.

Comenzó a escribir relatos cortos de animales en cuanto aprendió a coger un lápiz y luego exploró diversos géneros como el terror, la aventura, la novela romántica juvenil, la paranormal, la fantasía y el new adult. Su actual obsesión son los romances que suceden en pequeños pueblos de montaña en los que sus habitantes se dedican a entrometerse en los asuntos de los demás, especialmente en los de los protagonistas. Son novelas románticas muy tiernas que envuelven al lector en un ambiente acogedor lleno de amor, amistad y emoción.

Suscríbete a su newsletter en la página web para recibir avances exclusivos de sus próximas novelas, curiosidades sobre ellas y alguna que otra sorpresa más.

Puedes encontrarla en: www.veraberyl.com